

INDEPENDENCIA E INTEGRACIÓN NACIONAL (1816-2016)

Dos siglos de búsquedas



fundación Banco Ciudad

**INDEPENDENCIA
E INTEGRACIÓN NACIONAL
(1816-2016)**

Dos siglos de búsquedas

Editor

Mario Morando

Colaboración general

Omar López Mato

Búsqueda y selección de artículos antiguos para el apéndice

Equipo de Todo es Historia liderado por Felicitas Luna

Investigación fotográfica

Gabriela de Antueno

Diseño

María Jaeschke

Corrección de textos

María Martha Arce

Obra de tapa y contratapa

Hermenegildo Sábat

Independencia e integración nacional, 1816-2016 : dos siglos de búsquedas / Mario J. Morando ... [et al.] ; editado por Mario J. Morando - 1a ed. - Buenos Aires : Fundación Banco Ciudad, 2016.

Libro digital, Book app for Android

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-25979-2-4

1. Independencia Argentina . I. Morando, Mario J. II. Morando, Mario J., ed.

CDD 982

Queda hecho el depósito que prescribe la Ley N°11.723.

Ejemplar sin valor comercial. Prohibida su venta.



fundación **Banco Ciudad**

**INDEPENDENCIA
E INTEGRACIÓN NACIONAL
(1816-2016)**

Dos siglos de búsquedas

A las nuevas generaciones argentinas,
inspirándolas a completar nuestra Independencia.
Integrados entre argentinos y a la familia universal.

A la Independencia Argentina

Independencia al suelo americano.

Luca

Prestadme o sacras musas
vuestro divino aliento,
prestadme aquel acento
que resuena en los coros celestiales,
y haré que el corazón de los mortales,
de entusiasmo arrobado,
palpite como el mío en el instante,
y que ensalcen los libres el gran día
en que la patria mía
independiente, al fin, y soberana,
llena de gloria respiró triunfante.

Ni el trueno aterrador que se desata
de los preñados senos de la nube,
y retumbando fragoroso sube
y por el ancho espacio se dilata,
al espíritu flaco aterra tanto;
ni el mortífero rayo desprendido
del bronce comprimido,
que hiende por las filas y escuadrones,
con zumbido terrible,
es al débil soldado tan temible,
como son a los viles opresores
los vivos y clamores
que del foro argentino se levantan,
con tumultuoso grito y vehemencia,
alegres proclamando independencia;
y nada es tan gozoso
a los hijos del Plata
como el día de Julio venturoso.

Pudo en los siglos de ignorancia torpe,
en que el hombre adormido

sus sagrados derechos olvidaba,
con el salvaje bruto confundido,
dominar arrogante el despotismo;
mas luego que la ciencia
al espíritu humano iluminara
audaz se levantó la inteligencia,
y el coloso infernal que la abrumara
derrocose, humillado, al hondo abismo.

Así do quier los simulacros viles
de la opresión cayeron;
pues los humanos pechos, quebrantando
los vínculos serviles,
que su elación divina comprimían
en sacrosanto fuego se encendieron.

La libertad prendió en los corazones,
y do quier las estúpidas pasiones
al despotismo aciago entronizaron,
los rayos refulgentes
de los pechos ardientes,
que de divino soplo eran movidos,
al fiero despotismo destronaron.

Así fue en Grecia y Roma;
y en las comarcas todas de la tierra,
en incesante guerra,
la libertad al despotismo doma,
y do quiera que asoma
aquella victoriosa
las ciencias y las artes en las alas
del genio prepotente se subliman,
ostentando sus galas,
y todo es gloria, paz; felicidades,
y el genio de la guerra furibundo
su aterradora faz y sus maldades
hunde allá en los abismos del profundo.
Sólo entonces, inspirando
las musas al poeta, lanzó el canto

su profética voz por todo el orbe,
a los siglos atónitos marcando
sus futuros destinos,
y en versos peregrinos
los prodigios del genio eternizando.

Cantemos, pues cantemos
la independencia de la patria amada,
y con voz acordada,
a la aurora de julio celebremos.
Cantemos el gran día
que vio nuestras cadenas quebrantadas,
y del león humilladas
la arrogante cerviz y valentía.
Cantemos la agonía
del monstruo que oprimiera
la América inocente entre sus manos,
por tres centurias, y a la tierra diera
el ejemplo inaudito, en un instante,
del instable poder de los tiranos.

Cantemos el momento
en que a la faz del mundo y de la Patria,
con encanto juramos,
vivir independientes,
o con la sacra libertad valientes,
exhalar antes el postrer aliento.
Así el cóndor ostenta su alegría,
cuando con libertad gira su vuelo
por el inmenso cielo;
así el león en los bosques espaciosos,
con hórrido bramido,
y los seres que encierra el universo,
en su tosco lenguaje no aprendido,
himnos entonan saludando el día
en que finó su largo cautiverio:
así lo canta el hombre que el imperio
sufrió de la opresión y tiranía.

Esteban Echeverría.

Índice

19 Prólogo

Por Javier Ortiz Batalla

21 Introducción

Por Mario Morando

25 Dibujando el Bicentenario

Por Hermenegildo Sábat

**29 Discursos y acontecimientos preliminares de la
Independencia de las Provincias Unidas del Río de
la Plata**

Por Alejandra Pasino

59 1816

Por María Sáenz Quesada

73 Napoleón y la Independencia

Por Emilio Ocampo

101 Artigas y los precursores de la Independencia

Por Omar López Mato

135 El 9 de julio de 1816

Un hecho, muchos procesos y miles de protagonistas

Por Ricardo de Titto

169 La Independencia y su declaración:

reflexiones y precisiones

Por Isidoro J. Ruiz Moreno

**189 Los proyectos monárquicos en 1816: cuando la
Argentina pudo ser parte de un imperio incaico**

Por Torcuato Di Tella

197 El Congreso de Tucumán y la solución monárquica

Por Bernardo Lozier Almazán

219 La Iglesia en tiempos de la Independencia

Por Roberto L. Elissalde

**245 La Independencia argentina y los residentes
españoles**

Por Alejandro Fernández

277 La reconquista de América

Por Vicente Gonzalo Massot

- 301** **El pueblo como impulsor de la Independencia**
Por Fernando Elías
- 311** **Mujeres en tiempos de revolución y guerras**
Por Eliana de Arrascaeta
- 325** **Sobre la Independencia argentina y sus efectos económicos**
Por Carlos Newland y Javier Ortiz Batalla
- 345** **La independencia del poder judicial**
Por Juan Vicente Sola
- 361** **El bicentenario de la Declaración de la Independencia y la tradición literaria argentina**
Por Esteban Moore
- 387** **Oíd mortales: historia del Himno Nacional**
Por Omar López Mato
- 409** **Nuestra incompleta Independencia nacional**
Por Mario Morando
- 435** **Bicentenario de un país de novela**
Por Marcos Aguinis
- 445** **Mirando al Mundo más allá de nuestras narices**
Por Diego Ramiro Guelar

Visiones de la Independencia

457 Palabras preliminares

Por Felicitas Luna

461 Manuel Belgrano, decisivo impulsor de la Independencia

Por Manuel Lizondo Borda

473 La indisciplina de los soldados, madre de todas las derrotas

Por José María Paz

481 Restablecer la disciplina y festejar la Independencia

Por Gregorio Aráoz de Lamadrid

487 El poeta del Centenario

Por Carlos Guido Spano

491 Batalla de Tucumán – 24 de setiembre de 1812

Extractos de *Campañas militares argentinas* de I. Ruiz Moreno.

495 Las operaciones del General Güemes durante la Guerra Gaucha

Extractos de *Güemes documentado (t. 4)* de L. Güemes.

501 Fue el más audaz intento de dar al país su Constitución

Por Nicolás Avellaneda

509 El Congreso se sobrepuso a aciagas circunstancias y funestos pronósticos

Por Paul Groussac

523 La Casa Histórica permaneció olvidada hasta 1874

Por Manuel Villarrubia Norri

531 ¿Qué hemos hecho para engrandecer aquel legado?

Por Joaquín V. González

539 Documentos del Congreso, una esperanza de los pueblos libres

Por Ricardo Levene

551 Conmemorar el Centenario en Tucumán: un acto de justicia histórica

Por Adolfo Carranza

Prólogo

Me toca prologar un destacado esfuerzo que culmina del mejor modo posible. Con un producto que supera largamente la idea original. Cuando hace algún tiempo discutimos con Mario Morando la posibilidad de celebrar los doscientos años de nuestra independencia, convocando con la Fundación del Banco Ciudad a un distinguido grupo de intelectuales a reflexionar sobre el tema desde perspectivas novedosas, ciertamente la idea embrionaria estaba, pero poco más. Pues he aquí, luego de una intensa labor, una magnífica obra.

Va aquí mi agradecimiento hacia él y hacia quienes colaboraron con Morando de uno u otro modo: el Dr. Omar López Mato, el equipo de la revista *Todo es Historia*, la Academia de Ciencias Morales, la Fundación Ortega y Gasset, y tantos otros. Y por supuesto a todos los autores y colaboradores.

Una última reflexión. Este sin duda ha sido un año especial para el Banco Ciudad, pues, entre tantas otras acciones, luego de 138 años de existencia, por primera vez hemos trascendido el espacio geográfico bonaerense y nos hemos federalizado,

abriendo sucursales en distintas ciudades del interior del país. Lo hicimos porque creemos en el futuro y apostamos a un crecimiento integrado entre las distintas regiones que conforman nuestra Nación. Este libro y esa decisión de negocio que en principio pueden leerse como hechos no vinculados, son en realidad productos de la misma visión. La importancia de explorar y afianzar el destino común, el futuro colectivo de esta historia conjunta que hemos venido viviendo desde hace doscientos años, cuando nuestros padres fundadores se congregaron en Tucumán en 1816.

Los invito por tanto a disfrutar de la lectura de esta obra.

Buenos Aires, 9 de julio de 2016

Javier Ortiz Batalla

Presidente del Banco de la Ciudad de Buenos Aires

Inroducción

“Sería una blasfemia el imaginar que el supremo Bienhechor de los hombres haya permitido el descubrimiento del Nuevo Mundo para que un corto número de pícaros imbéciles fuesen siempre dueños de desolarle. [...] Nuestros descendientes nos llenarán de imprecaciones amargas, cuando mordiendo el freno de la esclavitud, de la esclavitud que habrán heredado, se acordaren del momento en que para ser libres no era menester sino el quererlo. Este momento ha llegado. [...] Descubramos otra vez de nuevo la América para todos nuestros hermanos, los habitantes de este globo”.

Padre Juan Pablo Viscardo y Guzmán S.J., Carta dirigida a los españoles americanos (1792).

Como diría el Zorzal Criollo, en esta ocasión: “Que 200 años no es nada”. Dos siglos de pensamiento y acción para buscar la Independencia. ¿Qué Independencia? ¿La Independencia de quién, liberándose de quiénes? Bicentariamente declarada, seguimos intentando entenderla y conquistarla en toda su plenitud.

Es una ocasión ideal para repensarnos como país. ¿Puede una comunidad proyectarse sólida y auténticamente sin tener claros sus orígenes?

Este libro es un homenaje a quienes contribuyeron a los intentos, aun fracasados, y a los logros. También resulta un es-

tadio de reflexión para seguir adelante en la conquista plena de nuestra Independencia. Y finalmente es un legado para quienes ya comienzan a ser protagonistas.

Ningún autor solo podría haberlo escrito. Reinó en su gestación un amigable ambiente de cooperación. Las contribuciones que aquí leerán fueron escritas con amor a la Patria, como quienes rememoran el nacimiento de sus queridos padres. No reditúa reseñarlas aquí; para eso está el índice.

La obra no responde a la unificación de ninguna visión general, sino que refleja el pensamiento de cada autor. Que reine la pluralidad en este libro.

La idea de producirlo surgió en conversaciones con Javier Ortiz Batalla, antes de que fuera presidente del Banco de la Ciudad de Buenos Aires, a propósito de su artículo sobre las consecuencias económicas de la independencia. Ortiz Batalla es economista financiero e historiador económico, habiendo coescrito una historia de las instituciones monetarias argentinas. Adicionada la insoslayable tarea de la Fundación Banco Ciudad de celebrar y contribuir a la reflexión en este bicentenario único, surgió este libro.

Cabe destacar la intensa labor de Omar López Mato, médico oftalmólogo, cuyo patriotismo lo hace gran aficionado a la historia, y cuyo “ojo” histórico se traduce en una vasta y rica obra escrita. En este caso no solo aportó dos artículos propios, sino que convocó a ocho autores. Además, su complicidad resultó clave para no perder entusiasmo luego del impulso inicial.

El equipo de la revista *Todo es Historia* plasmó nuestro requerimiento de hallar artículos referentes a la Independencia.

cia argentina escritos en otras épocas, para disponer de diferentes visiones, así como de imágenes alusivas. El Instituto de Historia Militar Argentina aportó dos artículos para agregar a esas visiones, por vía de su Presidente el General Rafael Barni. La Academia de Ciencias Morales contribuyó con sendos artículos de sus miembros Isidoro Ruiz Moreno y Juan Sola. La Fundación Ortega y Gasset aportó el artículo de Alejandro Fernández. María Jaeschke, de Editorial Olmo, tuvo a su cargo la supervisión de todo el trabajo de diseño artístico e impresión. Gracias a todos ellos.

Se pensó en lanzar primero una versión digital, por razones de costo y de celeridad, no solo en la producción, sino también en la distribución masiva y gratuita. Pero la importancia de la ocasión y la fortuna de contar con el aporte plástico del Maestro Hermenegildo Sábat tornan inexorable apuntar a la edición en papel.

Deseo a los autores la gratitud de sus lectores. Como impulsor, compilador y editor, me autoimputo todos los errores subsistentes.

Ojalá que este libro nos sirva para afianzar nuestra Independencia, al mismo tiempo que logramos nutrirnos de, y nutrir a, la gran familia universal. Y que, desde esa posición de relativa autonomía de nuestra cultura nacional, poder decir:

¡Viva la Patria! ¡Viva la Humanidad!

Buenos Aires, 9 de Julio de 2016

Mario Morando
Presidente de la Fundación Banco Ciudad



Los próceres de la Independencia, obras de Hermenegildo Sábat.

Dibujando el Bicentenario

Por Hermenegildo Sábat

La iconografía que atiende héroes, monarcas, papas y poderosos es muchas veces contradictoria.

Los emperadores romanos fueron esculpidos del natural y así nos enteramos tanto de las facciones de Julio César como las de Viriato o Heliogábalo. Y han servido, cómo no, a actores de teatro o cine.

Los pueblos de América, mayormente jóvenes, salvo excepciones, han debido recurrir a caracterizaciones hechas a partir de retratos dudosos. La estatua de Carlos María de Alvear, de Antoine Bourdelle, es reconocida como una de las tres mejores esculturas ecuestres. Otros héroes no tuvieron la misma suerte, ya fuere por falta de documentación o simplemente por no encontrar a alguien tan grande como Bourdelle.

Lo habitual ha sido representar jinetes que dominan sus corceles con una mano mientras la otra señala un espacio que, se debe suponer, habría sido territorio de sus hazañas.

Los artistas han sido adoctrinados, además, de modo que

una vez terminada la obra los espectadores pudieran decir que el modelo «pareciera estar hablando».

Con la pintura, los reyes tuvieron más suerte. En España, por ejemplo, fueron atendidos por tres titanes: Tiziano, Velázquez y Goya, que habla en abundancia de las libertades concedidas a los tres, al extremo de enfatizarse que eran retratos despiadados de los propios patrones. No importa, esas obras son y serán destacadas por sus admirables valores pictóricos.

Algo similar ocurrió en Gran Bretaña, con los estupendos retratos de Holbein y Van Dick, capaces de ser comparados con quienes pintaron a los reyes españoles.

No pasó lo mismo en Francia. No sólo Napoleón debía parecer estar hablando sino incluso convencer que el poder se había adueñado de la tela pintada.

Esta iconografía sobrevivió en el Siglo XX con el título de Realismo Socialista. Por esas razones, entre otras, abandonaron su país de origen Kandinsky y Marc Chagall.

Ilustrar figuras que intervinieron en la epopeya que determinó nuestra independencia pone a prueba distintos grados de responsabilidad. El primero, y más delicado, no aprovechar semejante oportunidad confundiendo méritos de esos legítimos patriotas. El segundo y no menos importante, comprender que la falta de documentación en la mayoría de los casos no es un cheque para hacer cualquier cosa.

De cualquier manera, hemos intentado ubicarnos en esa época y sí, rendir homenaje a quienes nos otorgaron esa libertad con la que se ha querido jugar muchas veces para subestimarla, herirla o, incluso, hacerla desaparecer.

Esos patriotas cuya iconografía se desconoce, tal vez hubieran necesitado un artista mayor. Hasta ahora encontraron un invariable admirador.

Hermenegildo Sábat



Francisco de Miranda (1750-1816).

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

Discursos y acontecimientos preliminares de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata

Por Alejandra Pasino*

En 1816 se reimprimió en Buenos Aires el célebre escrito independentista *Carta dirigida a los españoles americanos por uno de sus compatriotas*, en una de las nuevas imprentas establecidas en la ciudad como resultado de la puesta en vigencia del Estatuto Provisional de 1815, la Imprenta de la Independencia de Ramón Eduardo de Anchorís. El nombre de su autor, Don Juan Pablo Viscardo y Guzmán¹,

1. En la bibliografía especializada los diferentes autores utilizan el nombre con s o con z (Viscardo o Vizcardo). Uno de ellos, Rubén Vargas Ugarte, explica que utiliza “Vizcardo” porque así figura en la partida de nacimiento, señalando que sin duda en aquellos tiempos era corriente mudar la s en z o viceversa, y debido a ello él optó por utilizar el uso correcto. Por su parte, Miranda, cuando realizó la traducción y edición de la *Carta a los españoles americanos*, utilizó “Viscardo”, legando ese uso en el Río de la Plata. Ver Vargas Ugarte, Rubén *La Carta a los Españoles Americanos de Don Juan Pablo Vizcardo y Guzmán*, Lima, Editorial del CIMP Chorrillos, 1954. p. XIV.

* Profesora del departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y del departamento de Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales en la mencionada Universidad. Investigadora del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani, FFyL / UBA.

aparece en la “Advertencia al editor” que ocupa la primera página, así como también su lugar y fecha de edición: Filadelfia, 10 de junio 1799. A continuación se adjuntó otro escrito: “Americanos bajo el yugo español”, fechado en enero de 1810, en el cual se afirma: “Los patrióticos deseos del ilustre y virtuoso Viscardo van a realizarse”.²

Ambos textos tienen como tema central la Independencia de los territorios españoles en América, y su publicación en Buenos Aires sin duda tuvo como finalidad fortalecer ante la opinión pública los motivos, doctrinales e históricos, que justificaban la declaración de Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sancionada por el Congreso de Tucumán el 9 de julio de 1816.

La distancia temporal entre ambos textos (1799 y 1810) nos permite identificar dos momentos históricos en los cuales fueron elaborados. El primero estuvo marcado por los efectos de las denominadas Reformas Borbónicas en los territorios americanos (la marginación de los criollos del comercio y de los empleos públicos, la expulsión de los jesuitas, los levantamientos sociales). El segundo estuvo marcado por la crisis de la monarquía española, generada por la invasión de las tropas napoleónicas a la península en 1808 (la acefalía de poder, la formación de Juntas de gobierno en España, el inicio de la Revolución Liberal y la formación de juntas americanas). Estos

2. Utilizamos la reproducción del documento que se encuentra en *Colección Documental de la Independencia del Perú, Tomo 1 Los Ideólogos, Vol. 1*, Recopilación, estudio preliminar y notas de César Pacheco Vélez. Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, Lima, 1971. pp. 505-536.

momentos fueron valorados en forma distinta por la historiografía de las últimas décadas para abordar los orígenes de las independencias hispanoamericanas: como el resultado del nuevo pacto colonial establecido por la Corona en la segunda mitad del siglo XVIII, que generó el resentimiento de los sectores criollos y dio inicio a un proceso de toma de conciencia de sus propios intereses, o como el resultado de la crisis de la monarquía española de 1808 y la consecuente acefalía de poder.³

Ambos documentos reimpresos en Buenos Aires remiten a la figura de Francisco de Miranda y, por su intermedio, al rol desempeñado por Gran Bretaña en el proceso independentista, el cual consideramos que debe ser abordado desde una doble mirada: la del propio Gobierno inglés y sus intereses económicos en una época marcada por su desarrollo industrial, y la de los hispanoamericanos, que buscaron por diferentes medios contar con el respaldo de la potencia del momento para llevar adelante planes independentistas, así como también legitimar las Juntas de gobierno formadas desde 1810.

Como veremos a lo largo de estas páginas, Miranda fue el traductor y editor de la *Carta de Viscardo* en Londres y el autor del panfleto “Americanos bajo el yugo español”, redactado en la misma ciudad.

El propósito de las siguientes páginas es dar cuenta del recorrido de los textos, de Londres a Buenos Aires, identificando

3. Para un balance historiográfico reciente, ver González Bernardo de Quirós, Pilar “Introducción. Independencias iberoamericanas: hacia un nuevo paradigma complejo y global” en *Independencias iberoamericanas. Nuevos problemas y aproximaciones*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2015. pp. 11-36.

su contexto de producción en la capital británica y su recepción en el Río de la Plata durante las primeras décadas del siglo XIX, con el propósito de analizar la relación entre los discursos y los acontecimientos históricos que desembocaron en nuestra declaración de Independencia.

De Londres a Hispanoamérica: los escritos de Viscardo y de Miranda

En 1799 Francisco de Miranda recibió en Londres, de manos de su amigo Rufus King (embajador de los Estados Unidos ante el Gobierno inglés), los papeles de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, fallecido en la capital británica un año antes. Entre estos se encontraba el manuscrito de su célebre *Carta a los españoles americanos*, escrita en Florencia entre 1787 y 1791, en un contexto histórico marcado por la Revolución de Independencia norteamericana, la Revolución Francesa y, fundamentalmente, la rebelión de Túpac Amaru en el Alto Perú. Los primeros generaron un importante cambio en los lenguajes políticos de los últimos años del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, en los cuales los términos *soberanía*, *libertad*, *igualdad*, *constitución* e *independencia* se politizaron y se difundieron a partir de variados escritos por el mundo atlántico. Por su parte, los levantamientos americanos reflejaron los límites y, en ciertos aspectos, el fracaso de las reformas que, con la finalidad de conformar un nuevo pacto colonial, Carlos III había puesto en marcha. Su brutal represión evidenció no solo los temores de la Corona ante el levantamiento social, sino también la concien-

cia sobre la necesidad de contar con el apoyo de los españoles americanos para sostener el equilibrio político en los territorios de ultramar y evitar cuestionamientos hacia la legitimidad política de la monarquía, porque las demandas y reclamos no se limitaban a las castas ni a los sectores indígenas.

Es importante, a los fines del presente trabajo, tener en cuenta el carácter global de los acontecimientos mencionados porque en el transcurso de esa época revolucionaria la movilidad de personas y de ideas fue importante. Las ideas de la Ilustración viajaban como también lo hacían las noticias sobre rebeliones específicas contra la autoridad imperial (ya sea esta Gran Bretaña o España), información que circulaba más allá de la estrecha elite.⁴

El novedoso momento histórico constituyó el escenario en el cual Viscardo, a partir de su sólida formación doctrinal generada en su educación junto a los jesuitas tanto en América como en sus años de exilio en Italia, expuso que la independencia de los territorios americanos constituía un derecho natural de sus habitantes para poner fin a la servidumbre española.

Pero Viscardo no limitó su lucha por los derechos americanos al papel: también fue un hombre de acción. Desde su exilio italiano, en septiembre de 1781 escribió las primeras cartas al cónsul inglés en Liorna, John Udny, en las cuales informaba sobre el levantamiento de Túpac Amaru y señalaba que este tenía como finalidad “liberar a los indios de la esclavitud de

4. Para el análisis conjunto del momento revolucionario atlántico, ver Bender Thomas, *Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, especialmente el Capítulo 2 “La “gran guerra” y la revolución estadounidense” pp. 73-124.

España y recuperar el imperio de sus antepasados”⁵. Además, explicaba que la información la había recibido directamente desde Cuzco. Además recomendaba la organización de una expedición británica que, accediendo por Buenos Aires, llegara a los territorios americanos con la finalidad de garantizar su Independencia, y aseguraba que serían bien recibidos por los criollos. Con esa información y su propuesta Viscardo ofrecía sus servicios al Gobierno británico para llevar adelante el plan independentista. El cónsul Udney recibió con agrado la información y le abrió las puertas del gabinete inglés. Como ocurrirá en años posteriores entre los revolucionarios hispanoamericanos, Gran Bretaña era para Viscardo un centro político clave para la lucha por la su independencia. Al año siguiente viajó, junto a su hermano Anselmo, a Londres, utilizando los seudónimos de Paolo Rossi y de Antonio Valesi, respectivamente. Allí permanecieron entre junio de 1782 y marzo de 1784 y se mantuvieron con una pequeña subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores, como era costumbre en la época.

En Londres intentó obtener el apoyo del Gobierno inglés para la independencia americana, pero el contexto no era propicio porque en esos momentos Inglaterra estaba negociando la paz con España, que se concretó en 1783. A esta situación debe sumársele la llegada a Londres de noticias sobre el colapso del levantamiento altoperuano y la ejecución de sus líderes. Los planes de Viscardo se derrumbaron, y junto a su hermano decidieron regresar a Italia.

5. Citado en Brading, David. “Introducción” a *Carta dirigida a los españoles americanos. Juan Pablo Viscardo y Guzmán*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, p.28

Pero no se mantuvo quieto. En 1784 escribió una carta a Evan Nepean, cónsul británico en Génova, en la que ofrecía datos concretos sobre la brutal represión llevada adelante por los españoles en el Alto Perú. Sobre todo, señalaba que la represión había sido apoyada por los grupos criollos y asumía como fracaso su idea de una lucha conjunta entre criollos, indios y castas contra el poder español en América.

Fueron esos los años en que el Primer Ministro Británico William Pitt se mostró interesado en los planes de Francisco Miranda, en los cuales dio cuenta, entre otros aspectos, del interés de los jesuitas exiliados en Italia por colaborar con la independencia americana.⁶ Dicho interés se produjo en un contexto diferente al experimentado por Viscardo en su primer viaje a Londres, ya que la paz entre España y Gran Bretaña había llegado a su fin.

Así los planes de Viscardo volvieron a ser de interés para el Gobierno británico, que gestionó su nuevo viaje a Londres. Esto le permitió negociar en mejores términos su nueva colaboración, ya que el Gobierno no solo aceptó pagarle 200 libras al año, sino añadir similar suma hasta que Viscardo pudiera obtener los recursos que su familia tenía en Perú, los cuales venía reclamando desde hacía varios años.

Durante esos años Viscardo continuó sus escritos sobre los territorios americanos y la necesidad de su independencia. Si bien su nombre pasó a la posteridad a partir de su *Carta* y su posterior traducción y difusión como arma de guerra pro-

6. Berruezo León, María Teresa. *La lucha de Hispanoamérica por su independencia en Inglaterra. 1800-1830*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989. pp. 54-55.

pagandística, también redactó en francés varios documentos: un proyecto para lograr la independencia de la América española, un ensayo histórico sobre los problemas de Sudamérica en 1780 y un esbozo político del estado actual de la América española y su significación para acelerar la Independencia.⁷ En estos dio cuenta de su conocimiento sobre la geografía americana, de los beneficios que el comercio inglés obtendría y, sobre todo, alertaba de los posibles planes de la Francia revolucionaria que podría llevar sus distorsionadas ideas de libertad a los territorios americanos. Si bien en su *Carta* retomaba sus argumentos sobre la necesidad de la independencia como un derecho natural, a diferencia de los otros escritos, esta fue diseñada como un manifiesto político para su distribución entre los criollos durante las proyectadas expediciones de la marina británica a tierras americanas, que solo podía producirse en un contexto de enfrentamiento entre España y Gran Bretaña. En la *Carta* utiliza los conceptos de tiranía para referirse al dominio español, en el plano tanto económico como político y denuncia la marginación en la cual vivían los sectores criollos al no poder acceder a los cargos civiles y religiosos. Además, condena el absolutismo de los Borbones, utilizando ejemplos del funcionamiento de las antiguas Cortes de Aragón como modelo de libertad y respeto a las leyes por parte del monarca, absolutismo que en el caso americano asimilaba a una situación de esclavitud. Pone como ejemplo la arbitraria expulsión de los jesuitas con el objeto de confiscar sus propiedades. Ante

7. Para el análisis de los mencionados escritos, ver Brading, David *op. cit.*

ese panorama convocaba a los españoles americanos a tomar conciencia de su situación, a defender su patria y a luchar por su emancipación de la tiránica tutela española, emancipación que se justificaba también por la distancia entre ambos territorios que legitimaba una independencia natural. Así, unificando los argumentos sobre el derecho natural a la Independencia con la denuncia de tiránico dominio español, convocaba a sus compatriotas a establecer sobre nuevas bases la libertad civil y económica. Como afirma Brading, “Lo que hacía de la Carta algo tan efectivo era precisamente su combinación de los lamentos tradicionales del patriotismo criollo con la insistencia de la Ilustración en los derechos naturales plasmados en las revoluciones norteamericana y francesa”⁸

Pero nuevamente fueron los cambios en las alianzas europeas las que tiraron por tierra los planes de Viscardo. La declaración de guerra de España a la Francia jacobina condujo a la primera a reiniciar sus tratados de paz con Gran Bretaña en un frente antirrevolucionario.

El interés del gobierno británico por los planes de Viscardo no puede tomarse de manera aislada. Otros americanos con planes independentistas despertaron su interés, como fueron los casos de Antonio Nariño y de Pedro José Caro, quienes se integrarían al círculo de Miranda.⁹

En los últimos días de su vida Viscardo entregó sus escritos a Rufus King, ministro estadounidense en Londres, con

8. *Ibíd.* p. 51.

9. Berrueto León, *op. cit* pp. 35-38.

quien había trabado amistad, al cual le solicitó su publicación tanto para su honra como para el futuro de la América española. El interés del norteamericano por los proyectos independentistas de Viscardo se basaba en la similar mirada contra las Revolución Francesa y la necesidad de una intervención angloamericana para asegurar la independencia de la América española. Debido a ello el cónsul también mantenía relaciones con Francisco Miranda, quien había arribado a Londres años antes, desilusionado por el desarrollo de los acontecimientos en Francia. Los papeles de Viscardo pasaron a manos de Miranda, quien prontamente concretó el pedido de publicación y traducción de la *Carta*. Así se produjo el encuentro discursivo entre Viscardo y Miranda, ya que ambos personajes no se conocieron en forma directa. Y el valorado documento se convirtió en un arma política, un elemento de propaganda útil y eficaz en favor de la causa americana, como lo expuso Miranda en la “Advertencia del editor”, que incluyó en la edición española: “Este precioso legado de un americano español a sus compatriotas, sobre el objeto más grande y más importante que se puede ofrecer a su consideración”.¹⁰

El interés de Miranda por la *Carta* de Viscardo no se limitó a su contenido, sin duda compartido por el venezolano, sino también a un aspecto de su autor: un jesuita expulsado de América por el centralismo Borbónico. Conocedor de la labor desarrollada por la orden en América y las quejas de los criollos ante las reformas borbónicas, consideró que la Orden tenía

10. *Carta dirigida a los españoles americanos por uno de sus compatriotas*, Londres, Imprenta de Boyle, 1801.

una buena imagen de los territorios americanos y la publicación de este texto con ese dato generaría un importante efecto propagandístico. Debido a ello, en la mencionada advertencia identificaba a Viscardo como exjesuita.

En la traducción existe también un cambio significativo, resaltado por Georges Bastin en su análisis sobre la *Carta*. Mientras Viscardo utiliza la fórmula “españoles americanos”, Miranda invierte los términos por “americanos españoles”¹¹ para otorgar énfasis el concepto americano. Como han señalado destacados especialistas en historia conceptual, dicho concepto inició su politización durante el siglo XVIII como respuesta de los criollos a la centralización política promovida por los Borbones en España. El contexto abierto por los heterogéneos levantamientos hispanoamericanos iniciados en los últimos años del siglo XVIII fue el que le otorgó una fuerte designación política.¹²

La primera publicación de la *Carta* en su idioma original

11. Bastin, Georges, “*Carta dirigida a los españoles americanos* de Juan Pablo Viscardo y Guzmán, en la traducción de Francisco de Miranda (1801)” en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*, Alicante, 2012, pp.3-4. Para el análisis de la importancia del estudio de la traducción en los procesos históricos, especialmente referido a Viscardo, ver Bastin, Georges y Castrillón, Elvia, “La Carta dirigida a los españoles americanos”, una carta que recorrió muchos caminos, en *Hermeneus. Revista de Traducción e Interpretación*, núm. 6, año 2004.

12. Para el análisis del concepto América/Americanos desde la perspectiva de la historia conceptual en el área iberoamericana, ver Feres, Joao, “El concepto de América: ¿concepto básico o contraconcepto?” en Fernández Sebastián, Javier (director), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. Iberconcepos I*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, pp.51-67; para el análisis del mencionado concepto en el Río de la Plata, ver Souto, Nora “América, Argentina-Río de la Plata”, en Fernández Sebastián, *op. Cit.* pp. 68-79.

(francés) fue publicada por Miranda en 1799 con un falso pie de imprenta de Filadelfia. Al año siguiente realizó la traducción española mencionada, la cual se difundió por las Antillas y por el Caribe; fue utilizada por Miranda en su expedición a las costas de Venezuela en 1806 como arma de propaganda.

Finalizado su frustrado intento de incentivar la Independencia desde el norte de la América meridional, Miranda regresó a Londres, pero no resignado. Si bien el gobierno británico intentó limitar sus actividades políticas, por consejo de un amigo comerciante se dedicó a publicitar en la capital inglesa la Independencia hispanoamericana en el nuevo contexto abierto por la invasión francesa a la península Ibérica y la conformación de una nueva alianza entre España y Gran Bretaña para enfrentar a Napoleón. Este nuevo contexto marginó para el Gobierno inglés los planes de Miranda debido a la alianza entre la España resistente y el Gobierno británico.

En esa labor de propaganda, la *Carta* de Viscardo ocupó también un lugar. Apareció como apéndice en la obra del periodista William Burke *Additional Reason, for our immediately emancipating Spanish America: deduced, from the New and Extraordinary Circumstances, of the Present Crisis; and containing valuable information respecting the late important events, both at Buenos Aires, and in the Caracas, as well as whit respect to the present disposition and views of the Spanish Americans: Being intended as a supplement to Sooth American Independence*, publicada en Londres en 1808. Extenso título que evidencia la intencionalidad de la publicación: propagandizar en Londres la causa americana, en la cual Miranda tomó parte aportando

argumentos y documentos.¹³

Al año siguiente, Miranda, junto a James Mill, publicaron en la prestigiosa revista *whig*, la *Edinburgh Review*¹⁴ (de gran llegada al mundo de los comerciantes británicos), el artículo “*Emancipation of Spanish America. Lettre aux Espagnols Américains par un de leurs compatriotes*”, que debería ser una reseña (género característico de la publicación) de la *Carta de Viscardo*, pero los autores se olvidaron pronto del objetivo inicial ya que solo le dedican las primeras páginas, explicando las circunstancias en las cuales se había redactado y resumiendo brevemente su contenido, para pasar, según palabras de Alberich, a convertirse en una biografía-panegírico de Miranda y sus esfuerzos para comprometer a Inglaterra en la Independencia hispanoamericana.¹⁵

El mencionado artículo constituyó el punto de partida de la obra de José María Antepara, natural de Guayaquil, que había llegado a Londres en 1809 y se había incorporado al círculo de Miranda. El libro se tituló *South American Emancipation. Documents historical and explanatory, showing the designs which have been in progress and the exertions made*

13. Sobre la relación entre William Burke y Francisco de Miranda, ver Berrie León, María Teresa, *La lucha de Hispanoamérica...* op. cit. pp.45-52.

14. Fue fundada en 1802 por un grupo de jóvenes escoceses (Francis Jeffrey, Sydney Smith y Henry Brougham) y reflejó los intereses del mundo político y literario de los sectores *whigs*. Debido a su llegada al sector de los comerciantes, publicó varios artículos sobre la situación de los territorios españoles en América. Ver Alberich, José, “Actitudes inglesas ante el mundo hispánico en la época de Bello” en *Bello y Londres*, Caracas, Fundación la Casa de Bello, 1980, pp.125-164 y Pons, André *Blanco White y España*, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, Universidad de Oviedo, 2002, pp. 227-240.

15. Alberich, José, op. cit. pp.140-141.

by General Miranda, for the attainment of that object, during the last twenty five years, y fue publicado en la capital británica en 1810.¹⁶ Presenta similitudes con la obra de William Burke en torno a la exaltación de la labor de Miranda, pero en este caso, y tal como se desprende de su título, su figura ocupa un lugar central, ya que se reproduce una gran cantidad de documentos sobre su actuación en la Francia revolucionaria, su relación con algunos políticos norteamericanos, los planes presentados ante el Gobierno inglés, la expedición fracasada a las costas de Venezuela y sus contactos con otros hispanoamericanos residentes en Londres. Como hemos señalado, la obra se inicia con un extracto de la reseña de la *Carta* de Viscardo publicada en la *Edinburgh Review*, que en opinión de Antepara contenía muchos elementos de sumo interés, tanto para los hispanoamericanos como para el público inglés, debido a las oportunidades económicas que ofrecían los territorios españoles en América, los cuales se verían sin duda incrementados con su independencia.

También en 1810 el periodista William Walton, radicado en Londres, quien entre 1810 y 1817 mantendría fluidos contactos con los gobiernos rioplatenses, incorporó la *Carta* de Viscardo como apéndice a su primer libro referido a los terri-

16. Berruezo León sostiene que la obra fue escrita originalmente en español y traducida al inglés, pero no ofrece mayores datos. La primera edición española fue realizada en el 2009. José María Antepara, *Miranda y la emancipación suramericana. Documentos, históricos y explicativos, que muestran los proyectos que están en curso y los esfuerzos hechos por el general Miranda durante los últimos veinticinco años para la consecución de este objetivo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2009.

torios españoles en América: *Present State of the Spanish Colonies. Including a particular repost of Hispaniola, or the Spanish art of Santo Domingo*¹⁷, el cual fue enviado por el autor al Gobierno de Buenos Aires en 1811.

Los especialistas en la obra de Viscardo sostienen que en 1810 Miranda realizó una nueva edición en español de la *Carta* para, y en el marco de sus actividades propagandistas, remitirla a las principales ciudades americanas. Como veremos más adelante, esta edición fue la reimpresión en Buenos Aires en 1816 ya que iba acompañada del panfleto “Americanos bajo el yugo español”. Los principales datos sobre su origen fueron expuestos por el historiador argentino José María Mariluz Urquijo¹⁸ para rebatir la atribución que Ernesto Fitte había otorgado a Mariano Moreno del mencionado panfleto.¹⁹ En su trabajo aporta valiosa documentación, como la carta de Miranda al gobernador de Trinidad en febrero de 1810, en la cual anuncia el envío

17. Para el análisis de la relación de Walton con los gobiernos rioplatenses entre 1810 y 1817, ver los clásicos trabajos de Ricardo Caillet-Bois: “Noticias acerca de las vinculaciones de Fray Servando Teresa de Mier, Guillermo Walton y Santiago Perry con el gobierno de Buenos Aires (1812-1818)” en *Revista de Historia de América* 35-36. 1953, y Germán Tjarks, “William Walton y el proceso propagandista en la emancipación americana” en *Publicaciones del Museo de la Casa de Gobierno*, Seire II, núm. 7, Buenos Aires 1960. He abordado el tema en mi trabajo “Rioplatenses en Londres: entre la diplomacia y la sociabilidad política (1810-1815)” en *Actas de la VI Jornadas Nacionales y II Internacionales sobre el siglo XIX*, “Doscientos años independientes”, Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata, abril 2016.

18. Mariluz Urquijo, José María. “Sobre una proclama atribuida a Mariano Moreno” en *Revista del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene*, núm. 15, Buenos Aires, 1964, pp.208-211.

19. Fitte, Ernesto *Mariano Moreno, Escritos judiciales y papeles políticos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1964, pp. 22-24.

de panfletos impresos por un colombiano de Guayaquil (Sin duda se trata de Antepara), en los cuales se había insertado un discurso a la *Carta* de Viscardo. A ello le sumó el testimonio de la Inquisición de Nueva España que en septiembre de 1810 denunció la presencia del impreso, explicitando que se trataba del trabajo de Viscardo al cual se le había anexado la proclama a los americanos, con la intención de esparcir ideas independentistas en las colonias españolas.

Si bien (como veremos en las siguientes páginas) la *Carta* de Viscardo circuló en el Río de la Plata con anterioridad a la edición española de 1810, no quedan dudas de que la reimpresión realizada en 1816 fue tomada de aquella.²⁰

El Río de la Plata entre las Invasiones Inglesas y la crisis de la monarquía

Sin duda el fracaso de la expedición de 1806 a las costas de Venezuela por parte de Miranda dejó en él un sabor amargo que lo condujo a un replanteo sobre la legitimidad que la monarquía española tenía en los territorios americanos.

Las Invasiones Inglesas al Río de la Plata (1806/1807) y la creación de fuerza locales para enfrentarlas generó importantes cambios: la militarización de la población, la movilización política y creación de una nueva elite urbana formada por co-

20. César Pacheco Vélez da cuenta de otras ediciones hispanoamericanas, una realizada en Bogotá en 1810 y otra en Lima en 1822. Ver “Tras las huellas de Viscardo y Guzmán” en *Colección documental de la independencia del Perú*, op. cit. pp. LXXIX-LXXXIV.

mandantes y jefes de los cuerpos milicianos.²¹ La destitución del virrey Sobremonte y su reemplazo por Santiago de Liniers implicó una experiencia de autonomía inédita que, si bien no significó una ruptura del lazo legal con la metrópoli ni planteos deliberados para redefinir los lazos imperiales, mostró los límites de los intentos de modificar la práctica de gobierno diseñados por las reformas borbónicas.²²

La nueva situación del virreinato del Río de la Plata también evidenció que los planes de Miranda tenían escasa acogida en esas tierras. Desde la isla de Trinidad, donde se había refugiado después de su fracasada expedición, condenó el accionar británico: “No se trataba de entrar al país como amos y confiscadores, sino por el contrario como aliados y auxiliares de su independencia”.²³ Años después analizó la situación con una mirada optimista. Así lo trasmite su amigo Antepara al señalar que los efectos del accionar británico en Buenos Aires y Montevideo sobre su plan independentista tenía un doble filo: sin duda había generado la desconfianza hacia el Gobierno británico pero, al mismo tiempo, ponía en evidencia el valor de la población americana para defender sus derechos.²⁴

Si bien Miranda envió al Cabildo de Buenos Aires una

21. Halperin Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985, pp. 27-29.

22. Ternavasio, Marcela. *Historia de la Argentina 1806-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009, pp. 37-39.

23. Miranda al Almirante Thomas Cochrane, 4 de junio de 1807, citada en Gallo, Klaus *De la invasión al reconocimiento. Gran Bretaña y el Río de la Plata 1806-1826*, Buenos Aires, AZ editora, 1994, p. 66.

24. Antepara, José María *Miranda y la emancipación suramericana op. cit.* pp. 36-38.

carta en la cual intentó explicar el accionar británico,²⁵ su presencia en Buenos Aires se dio por intermedio de la figura de Saturnino Rodríguez Peña quien, en el momento de la segunda Invasión, era secretario del virrey Santiago de Liniers y, como tal, encargado de entregar los sueldos y la correspondencia a los oficiales ingleses presos en Luján, entre los cuales se hallaban el General Beresford y el Coronel Pack. Durante esos encuentros Beresford convenció a Peña sobre la importancia de poder organizar una fuga a cambio del apoyo británico para la independencia del virreinato. La propuesta fue aceptada, y la fuga se concretó con éxito. Rodríguez Peña contó para ello con la ayuda del altoperuano Aniceto Padilla, quien cumplía una sentencia de cárcel durante las Invasiones y había sido liberado por Beresford.

Erróneamente Rodríguez Peña consideró que podría contar con el apoyo de Martín de Álzaga, alcalde de primer voto del Cabildo y enfrentado con el virrey Liniers, pero este lo denunció documentando la conversación que habían mantenido frente a un escribano. Al mismo tiempo elevó su denuncia ante el monarca, explicitando no solo que el proyecto de Rodríguez Peña era declarar la Independencia con la ayuda de Gran Bretaña, sino también que se contaba con el apoyo de varios sujetos de la ciudad²⁶, sujetos que conformaron el grupo que co-

25. "Carta de Miranda al Ilustre Cabildo y Ayuntamiento de la Ciudad de Buenos Aires en julio de 1808", reproducida en Francisco de Miranda, *América Espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982. pp. 379-380.

26. *Mayo Documental*, Tomo IV, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1965, p. 49.

menzó a denominarse como “Partido de la Independencia.”²⁷

Ante la denuncia, Rodríguez Peña y Padilla huyeron de la ciudad. El primero se radicó en Río de Janeiro y el segundo en Londres; fueron beneficiados con una pensión del Gobierno inglés debido a su apoyo en la huida de sus oficiales. Desde estas ciudades, donde profundizaron sus relaciones con funcionarios británicos, continuaron conspirando en pos de la Independencia. En Londres, Padilla, como muchos otros hispanoamericanos residentes allí, entró en contacto con Miranda, al cual le relató los últimos sucesos de Buenos Aires,²⁸ vinculándolo también con Rodríguez Peña.

La correspondencia entre ambos se inició durante los primeros meses de 1808. Miranda informó sobre su reunión con Padilla y propuso la preparación conjunta de “la emancipación absoluta de la madre patria.”²⁹ En su respuesta, Rodríguez Peña detalló, con un halo de pesimismo, la situación del virreinato del Río de la Plata: “Estoy obligado a confesar a Ud. que mi Patria, y por consiguiente las ciudades y villas de su dependencia, están gobernadas y animadas por un gran número de hombres rudos, sin educación, ni principios aún los más comunes. Que estos en su mayor parte son europeos, y que seguramente to-

27. Halperin Donghi, Tulio. *De la revolución de independencia...* op. cit. p. 34.

28. La carta de Padilla a Miranda en Londres se encuentra en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la Historia Argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, Tomo I, p.158.

29. “Carta de Francisco de Miranda a Saturnino Rodríguez Peña, Londres 18 de abril 1808, en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Tomo XI, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, pp. 10711-10712.

dos son interesados en sostener el despotismo de España por sus miras particulares. El infeliz pueblo ciego con las tinieblas de la misma esclavitud jamás puede ver la luz [...] algunos pocos sabios hay sin duda, más éstos o no tienen facultades para fortificar un partido poderoso, o tiemblan con las consecuencias de una anarquía, guerra interior o general sublevación. Lo demás de las gentes, y casi todas las de las ciudades interiores ni saben que cosa sea independencia, ni si hay en el mundo semejante gobierno”.³⁰

En Buenos Aires, a principios de 1808, se agudizaron los temores por la existencia de rumores que aludían a una nueva invasión por parte de Gran Bretaña la cual, enfrentada nuevamente a España y viendo limitado cada día más su comercio por el avance napoleónico en Europa, volvió nuevamente a tener en cuenta los planes de Miranda. Los temores rioplatenses se acrecentaron también debido a la llegada de la corte portuguesa a Río de Janeiro con todo el apoyo de la armada inglesa.

Al otro lado del atlántico, en marzo se produjo el Motín de Aranjuez, por el cual el rey Carlos IV se vio forzado a abdicar la corona en su hijo Fernando, situación que en breve fue aprovechada en Bayona por Napoleón para generar una crisis dinástica que desembocó en la ocupación de la mayor parte del territorio peninsular y la designación de José I como nuevo rey de España y sus territorios de ultramar. Esto dio inicio a la Guerra de Independencia española y a una crisis de

30. Carta de Saturnino Rodríguez Peña dirigida a F. de Miranda, 28 de julio 1808, en *Mayo Documental*, *op. cit.* Tomo II, pp. 77-79.

soberanía.³¹ La formación de Juntas de Gobierno en las principales ciudades españolas, que legitimaron su constitución en el principio de retroversión de la soberanía a los pueblos en ausencia del monarca, dio paso a la conformación de un Gobierno central: la Junta Suprema de España e Indias. Sus objetivos fueron centralizar los esfuerzos bélicos, para lo cual también firmó una alianza con Gran Bretaña para enfrentar a Napoleón, e iniciar un proceso de reformas para modernizar la monarquía. Tanto en España como en Hispanoamérica se juró lealtad al cautivo rey Fernando y se reconoció a la Central como Gobierno legítimo.

Cuando, en julio de 1808 comenzaron a llegar al Río de la Plata las noticias de los acontecimientos españoles, la compleja e inédita situación profundizó los enfrentamientos locales entre el virrey, el Cabildo de Buenos Aires (con Martín de Álzaga como principal referente), y el gobernador de Montevideo, Francisco Javier de Elío. Dichos personajes, tomando como modelo el juntismo peninsular intentaron, con diverso éxito, repetirlo en el Río de la Plata. Así en septiembre de 1808 Elío dio forma a una Junta de gobierno en Montevideo, que fue disuelta con la llegada del virrey Cisneros, designado por la Junta Central; Álzaga fracasó en su intento de formarla en Buenos Aires a principios de 1809. Si bien contó con el apoyo de las fuerzas

31. Para el análisis del proceso revolucionario español desde la óptica de una triple crisis (dinástica, de soberanía y constitucional), ver Portillo, José María, *Revolución de la Nación. Orígenes de la cultura constitucional en España 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000. Del mencionado autor pero referido a Hispanoamérica, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

milicianas dependientes del Cabildo, fue prontamente vencido por el resto de las milicias que, con el respaldo de destacados oficiales criollos (entre los cuales se destacó Cornelio Saavedra al frente del regimiento de Patricios), apoyaron al virrey Liniers.

En ese contexto podemos volver la mirada a la *Carta* de Viscardo como insumo discursivo en Buenos Aires dada la presencia de sus argumentos en una proclama anónima que circuló en el momento del levantamiento y posterior derrota de Martín de Álzaga. Esta lleva por título “Proclama sediciosa de Buenos Aires” y se inicia con el término “Americanos” para dar paso a una explicación sobre lo sucedido el 1 de enero de 1809: “Estuvimos por ser sacrificados por el orgullo y la ambición de cuatro infelices europeos” que se atrevieron a “querer darnos Leyes” que conducían a “hacernos más infelices de lo que aun hemos sido en trecentos años de continua esclavitud, y las tropas seducidas y pagadas por estos tiranos gritaron en la Plaza mueran los Patricios”.³² Pero no solo el uso de los términos *esclavitud* y *tiranía* recuerdan el escrito de Viscardo: también se reproducen de manera casi textual varios párrafos de la *Carta*³³ sin mencionarla. Esta situación evidencia su presencia en Buenos Aires.

En el Río de la Plata el nuevo contexto abierto en 1808 planteó la expresión de distintas alternativas para enfrentar la

32. “Proclama sediciosa de Buenos Aires”, s/f, reproducida en *Colección documental de la Independencia del Perú*, op. cit. pp.252-253 y en *Documentos relativos a los antecedentes de la Independencia de la República Argentina*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1912. Hemos utilizado la primera referencia.

33. Pacheco Vélez, César. “Tras las huellas de Viscardo y Guzmán” en *Colección documental de la Independencia del Perú*, op. cit, p. xix.

crisis desatada en la península. Una de las opciones que generaron debates y potenciaron aún más los conflictos locales fue la denominada por la historiografía como *carlotismo*. En agosto de 1808 la infanta Carlota Joaquina de Borbón remitió a los centros administrativos de la monarquía en los territorios americanos un manifiesto en el cual expuso sus derechos y pretensiones a la regencia del reino. El manifiesto encontró una amable acogida en los miembros del Partido de la Independencia (Juan J. Castelli, Antonio Beruti, Hipólito Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña y Manuel Belgrano), quienes remitieron a la princesa una memoria en la cual reconocían la legitimidad de sus pretensiones. En dicho texto, el término *independencia* solo es utilizado en sentido genérico, asociado a libertad, porque reiteradamente se menciona la “dependencia del legítimo soberano”. Existe en el texto un aspecto de singular importancia, la denuncia que realiza de las intenciones de los comerciantes monopolistas concentrados en el Cabildo, a los que acusa de intentar “constituir un gobierno republicano” que “oculta a los sensatos que cesaría la calidad de colonia”³⁴ para referirse al frustrado intento de Álzaga.

Las pretensiones de Carlota también encontraron eco en Saturnino Rodríguez Peña, quien envió a Buenos Aires a Diego Parroissien con el objetivo de entregar correspondencia y entrevistarse con los amigos del proyecto carlotista. Pero, debido al cambio en la política británica que presionó a la

34. “Memoria de Juan J. Castelli, Antonio L. Beruti, Hipólito Vieytes, Nicolás Rodríguez Peña y Manuel Belgrano a la infanta Carlota Joaquina, en que reconociendo sus legítimos derechos piden protección para estos reinos. 20 de septiembre de 1808” en *Mayo Documental op. cit.* Tomo III, pp. 101-107.

Corte portuguesa para que no interviniera en los territorios españoles en el Río de la Plata, Carlota lo denunció. Esto condujo a su arresto en Montevideo y su envío a Buenos Aires para ser juzgado.

En marzo de 1810 se inició el juicio contra Parroissien como cómplice de Saturnino Rodríguez Peña, cuyo abogado defensor fue Juan José Castelli. Entre los argumentos utilizados por la defensa se destaca un atractivo análisis del concepto de independencia, sostenido en la diferencia entre los dos momentos políticos en los cuales Rodríguez Peña había utilizado el término: las Invasiones Inglesas y la crisis monárquica de 1808. Su punto de partida es el uso genérico de la voz *independencia* y la necesidad de comprender su significado teniendo en cuenta las circunstancias, los motivos y los fines. Castelli señaló que Peña “cuidó poco de expresar con propiedad el concepto, mezclando y uniendo entre sí las ideas de independencia genérica y de independencia específica”³⁵, pero resalta que, para juzgar sus acciones e interpretar sus opiniones, esa diferencia era central.

A partir de este razonamiento Castelli explicó que en el momento de las Invasiones Inglesas el uso que Peña realizó del término remitía a la idea de “independencia específica”, una independencia de la dominación española, que el abogado defensor calificó como “independencia republicana revolucionaria”, “independencia democrática, aristocrática u otra republicana popular”, una “independencia criminal.”³⁶ Pero, a diferencia de

35. *Biblioteca de Mayo, op. cit.* Tomo XI, p.10334.

36. *Ibíd.* 10335.

ese uso, en 1808 la propuesta de Peña tenía como punto de partida el reconocimiento de la legitimidad de Fernando VII y el derecho de su hermana Carlota Joaquina a ocupar la regencia ante la suposición de estar perdida la península y de no existir en España un Gobierno legítimo. Este uso remitía a la idea de una independencia de Francia y de Portugal, porque Carlota debía abandonar sus derechos sobre la corona portuguesa, manteniendo de este modo la forma de Gobierno monárquica.

Si bien los argumentos de Castelli plantean claramente la polisemia del concepto de independencia, su uso en los meses previos a la formación de la primera junta de gobierno en Buenos Aires reforzó su carga negativa porque formaba parte de las acusaciones entre los diferentes grupos que gravitaban en la escena política. Dicha polisemia se mantendría en el Río de la Plata, y generaría interesantes debates entre un concepto de independencia entendido como formación de un Gobierno autónomo frente a los nuevos Gobiernos peninsulares (Junta Central, Regencia y Cortes reunidas en Cádiz en 1810), pero que reconocía a Fernando VII como legítimo soberano y un concepto de independencia adjetivada como absoluta, que planeaba la separación y la constitución de una nueva comunidad política.³⁷

Las noticias sobre la pérdida de Andalucía llegaron al Río de la Plata en mayo. La reacción del virrey Cisneros fue inmediata: difundió una circular en la cual dio cuenta del

37. Para el análisis del concepto de Independencia ver Pasino, Alejandra, "Independencia, Argentina/Río de la Plata" en Javier Fernández Sebastián (Director) *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*. Iberconceptos II. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2014. Tomo II, pp. 33-48.

peligroso estado de la monarquía. Pero a esta carga negativa se le unió un voluntarioso optimismo que involucraba a los americanos al realizar la siguiente suposición: si España está destinada “a perder su libertad e independencia”, los franceses no podían esclavizar a toda la nación porque en los territorios americanos se conservarían la “libertad e independencia de la monarquía española”, manteniendo intacto “el sagrado depósito de la soberanía, para restituirlo al desgraciado monarca”. Su propuesta concreta era la búsqueda de una solución en la cual deberían participar todos los virreinos, para acordar una “representación de la soberanía de Fernando VII” en una lucha por “la libertad e independencia de toda dominación extranjera de estos dominios”³⁸. Así, el uso del término está asociado, tal como ocurría desde 1808, a la lucha contra los franceses, que involucraba a toda la nación, vale decir a su parte peninsular y a sus territorios americanos, considerados como parte integrante de la monarquía, de acuerdo a las proclamas que la Junta Central había emitido a lo largo de 1809.

Pero, junto con Cisneros, la nueva elite política que iba tomando cuerpo en Buenos Aires desde las Invasiones Inglesas, también se preparaba para heredar el poder derribado. Cisneros dio cuenta de esta derrota, cuyo motivo central era el “objeto de independencia” o “designios de independencia”, como una obra meditada y resuelta, que perseguían los criollos; defi-

38. *Registro Oficial de la República Argentina*, Buenos Aires, La República, Tomo 1, pp. 3-4.

ne este término como “sustraer esta América de la dominación española”.³⁹

Durante los primeros meses revolucionarios, dentro de esa elite política se destacó la figura de Mariano Moreno,⁴⁰ tanto en sus acciones como secretario de la Junta como en los discursos que plasmó en la recientemente creada *Gaceta de Buenos Aires*. En sus páginas volvemos a encontrarnos con las palabras de Miranda a partir de la reproducción de *El Colombiano*, publicado en Londres entre marzo y mayo de 1810 para ser distribuido en los territorios americanos. En este aparecen varios argumentos del panfleto “Americanos bajo el yugo español” que, como hemos mencionado, apareció en la edición de 1810 de la *Carta* de Viscardo, la cual fue reimpresa seis años después en Buenos Aires.

Dichos argumentos estaban centrados en el contexto de crisis de la monarquía española y en la formación de Junta Central como Gobierno legítimo de España, su posterior disolución como consecuencia de las derrotas ante las fuerzas francesas que la obligaron a trasladarse de Madrid a Sevilla,

39. “Memorias de Baltazar Hidalgo de Cisneros” en *Memorias de los virreyes del Río de la Plata*, Buenos Aires, Bajel, 1945, pp. 45-52.

40. César Pacheco Vélez da cuenta de la presencia de cuatro manuscritos de la *Carta* de Viscardo, dos de los cuales proceden de Buenos Aires. El primero corresponde a Mariano Moreno, forma parte de sus papeles personales y es copia de su puño y letra. El segundo perteneció a Pedro Antonio Somellera, quien lo entregó a Bartolomé Mitre. Ver “Tras las huellas de Viscardo y Guzmán” *op. cit.* pp. LXXXIV-LXXXV. En la recientemente publicada biografía de Mariano Moreno, Noemí Goldman analiza la presencia de argumentos de la *Carta* en la “Representaciones de los hacendados” y analiza las posibles lecturas que Moreno realizó de esta, ver Noemí Goldman, *Mariano Moreno. De reformista a insurgente*, Buenos Aires, edhasa, 2016, pp. 103-123.

y desde allí a Cádiz, su reemplazo por el Consejo de Regencia y la reunión de las Cortes Generales y Extraordinarias en la Isla de León. Durante esos años el Gobierno de la Central, en cuyo seno se destacaba la figura de Gaspar de Jovellanos, había emitido importantes proclamas a los americanos en las cuales, utilizando los conceptos de libertad e independencia, los convocaba a la lucha conjunta a partir del reconocimiento de igualdad entre los territorios españoles a ambos lados del atlántico. Además, por medio de la Real Orden del 22 de enero de 1809, convocó a los americanos a elegir representantes para sumarse al Gobierno. Pero un mes después, sin reconocer la contradicción, designó a Cisneros como virrey propietario del virreinato del Río de la Plata. Apenas formado el Consejo de Regencia, emitió el 14 de febrero de 1810 un nuevo decreto a los americanos españoles, cuya parte central fue reproducida en el primer número de la *Gaceta de Buenos Aires*: “Desde el principio de la revolución declaró la Patria esos dominios parte integrante y esencial de la Monarquía Española. Como tal le corresponden los mismos derechos y prerrogativas que a la Metrópoli siguiendo este principio de eterna equidad y justicia, fueron llamados esos naturales a tomar parte en el gobierno representativo que ha cesado: por él tienen en la Regencia actual, y por el la tendrán también en la representación de las Cortes elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes encorvados bajo un yugo mucho más duro mientras más distantes estabais del centro del poder, y mirados con indiferencia, vejados por la codicia y destruidos por la ignorancia.... Vuestros destinos ya no dependen ni de los Ministros, ni de

los Virreyes, ni de los Gobernadores: está en vuestras manos”.⁴¹

El Colombiano de Miranda también reprodujo el mencionado decreto y reflexionó sobre este en varios de sus artículos aludiendo a la ausencia de legalidad de la Central y la Regencia para lo cual apelaba y reproducía palabras de Jovellanos como cita de autoridad; reiterando en varias oportunidades que España estaba perdida porque no podría vencer a los franceses a pesar del apoyo británico. Estos argumentos se encuentran presentes en el panfleto “Americanos bajo el yugo español”, en el cual reaparece la misma referencia a Jovellanos con la intención de legitimar la declaración de Independencia de 1816.

Una de esas reflexiones de *El Colombiano* fue reproducida en la *Gaceta* con la intención de otorgar legitimidad al Gobierno de la Junta al transcribir las palabras de un periódico publicado en Londres.⁴²

Así la reproducción del panfleto “Americanos bajo el yugo español” que acompaña la *Carta* de Viscardo, no significó una novedad en Buenos Aires porque sus argumentos se venían reiterando desde el inicio de la Revolución.

Finalmente es interesante interrogarnos sobre los motivos de la reimpresión de 1816. Sin duda otorgaba valiosos argumentos para legitimar la declaración de Independencia, pero en un interesante artículo Juan José Antonio Segura⁴³ aporta

41. *Gaceta de Buenos Aires*, Reproducción facsimilar de la Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires 1910/15, núm. 1, jueves 7 de junio de 1810, pp. 15-16.

42. *Gaceta de Buenos Aires*, núm. 18, jueves 4 de octubre de 1810, pp. 287-289.

43. Segura, Juan José Antonio “Vizcardo y Guzmán y su “Carta a los españoles americanos” en *Cuarto Congreso Internacional de Historia de América*, Tomo I, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966, pp. 359-388.

una sugerente respuesta que vincula la intención con el dueño de la imprenta donde se realizó la publicación: Ramón Eduardo de Anchoris. Este porteño nacido en 1775 estudió en el Colegio de San Carlos y en la Universidad de Charcas, donde se graduó en 1800 y se ordenó sacerdote. En 1810 se radicó en Lima, donde estuvo en contacto con grupos independentistas y debido a ello fue arrestado y conducido a Cádiz. Pero prontamente logró su libertad, regresó a Buenos Aires y tuvo una activa participación en la Asamblea de 1813. Es altamente probable que en Lima haya obtenido una copia de la edición de 1810 de la *Carta*, la cual, como hemos indicado, se publicó conjuntamente con el panfleto “Americanos bajo el yugo español”, que él no anexó como sostiene Segura⁴⁴ porque solo reimprimió la edición mencionada. Al tratarse de una imprenta independiente, la publicación significó un homenaje a los discursos precursores de la Independencia.

Así en acontecimientos clave de la historia argentina, las palabras de Miranda y de Viscardo ocuparon un destacado lugar. Sus argumentos fueron armas en la batalla política y militar que los dirigentes revolucionarios iniciaron durante la primera década del siglo XIX para legitimar la Independencia de las Provincias Unidas.

44. Segura escribe su artículo en el momento del debate entre Ernesto Fitte y Mariluz Urquijo sobre la autoría del panfleto “Americanos bajo el yugo español” al cual nos hemos referido. Sin duda el autor carecía, en el momento de la redacción, de documentación que diera cuenta de la edición de la *Carta* y el mencionado panfleto en 1810. De todos modos, al final de su artículo agrega a modo de anexo la explicación de Mariluz Urquijo.

1816

Por María Sáenz Quesada*

El año 1816 ha sido calificado como el más infausto de la Revolución americana. El fracaso signó los planes independentistas desde México hasta el Perú. Por todas partes hubo derrotas militares y se levantaron patíbulos para ejecutar a los jefes patriotas. Fue un tiempo en que el poder español se fortaleció y Fernando VII estuvo al borde de concretar su sueño de reinar en forma absoluta la metrópoli y los dominios de ultramar.

Las diferencias entre 1810 y 1816 son notables en lo que respecta al contexto internacional en que se desarrolló el proceso de las independencias. En efecto, cuando se produjeron los movimientos juntistas de Caracas, Buenos Aires, Bogotá y Santiago de Chile y estalló la guerra social en México, dicho contexto todavía era favorable al cambio político (cuyos orí-

* Licenciada en Historia, Miembro de Número de la Academia Nacional de la Historia y de la Academia Nacional de Educación y directora de la revista *Todo es Historia*. Autora entre otros títulos de *Mariquita Sánchez*, *Las cuentas pendientes del Bicentenario* y *La primera presidente*.

genes se remontaban a las Revoluciones francesa y americana de fines del siglo XVIII. Tanto en Europa como en América, el pensamiento moderno se abrió paso con exigencias de libertad, igualdad, fraternidad, tolerancia religiosa, división de poderes, fin de los privilegios hereditarios y nuevos pactos políticos. Ciertamente que un anhelo común de libertades y derechos inspiró a quienes combatían entre sí en el campo de batalla. Había, en los respectivos bandos de patriotas y realistas, intereses y pasiones que los diferenciaban, pero también coincidencias llamativas en los estatutos sancionados por los reformistas españoles y los revolucionarios hispanoamericanos de un lado y otro del Atlántico (por ejemplo, la abolición del tributo indígena decretada tanto por el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata como por el Gobierno de Cádiz para América, en 1811). En 1816, el absolutismo más conservador había desplazado al liberalismo reformista.

En el lapso mencionado se escribió en la historia de Europa un capítulo pródigo en guerras, invasiones y cambios dinásticos, consecuencia del auge y del ocaso del Imperio de Bonaparte. En dicho periodo, los ejércitos franceses pasaron de la victoria a la derrota en una secuencia vertiginosa: la invasión a Rusia, fracasada; la invasión de Francia por las fuerzas de la sexta coalición luego de la batalla de Leipzig; la abdicación de Bonaparte, su regreso al trono y la derrota en Waterloo, que constituyó el punto final del ciclo de la Revolución y del Imperio.

El abrupto cambio de escenario mereció este comentario de Gervasio Antonio de Posadas, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata: “El maldito Bonaparte la

embarró al mejor tiempo: expiró su imperio y nos ha dejado en los cuernos del toro”, escribió al entonces gobernador de la provincia cuyana, general José de San Martín, en julio de 1814.

Dicho final dio lugar al fortalecimiento de las monarquías “legítimas” cuyos representantes reunidos en el Congreso de Viena se aplicaron a reconstruir Europa, según los principios de restaurar el orden tradicional y asegurar el equilibrio entre los grandes Estados. Quienes llevaron la voz cantante en las negociaciones fueron Gran Bretaña, Prusia, Austria y Rusia. Francia, donde los Borbones recuperaron el trono y las monarquías débiles, aquellas donde la legitimidad no era hereditaria (como era el caso de Polonia), quedaron fuera de las grandes decisiones tomadas en Viena. Entre los estados postergados estuvo España.

Fernando VII regresó al Reino luego de su dorado cautiverio en tierra francesa, decidido a recuperar el poder absoluto, sin Constitución de Cádiz, ni nada que oliera a modernidad. Aprovechó su carisma real entre la población más humilde y las fuerzas corporativas del clero, la milicia y la nobleza, no contaminadas por el espíritu de la Ilustración, para apartar por la fuerza a los liberales de la Metrópoli y acometer la recuperación de sus dominios americanos. El primer objetivo, reinar en forma absoluta, lo consiguió sin dificultades. Declaró “nula y de ningún valor y efecto” la Constitución de 1812 y castigó a sus responsables, a quienes culpó por la pérdida de sus colonias. Pero alcanzar el segundo objetivo resultó mucho más complejo y a ese efecto desplegó una estrategia a base de fuerza armada y diplomacia.

Un trabajo reciente del historiador Eduardo Martíre documenta los pasos dados por el Rey: firmar el acta del Congreso de Viena, procurar que España entrara en el círculo de las grandes potencias y que los monarcas legítimos lo ayudaran a recuperar sus colonias. Pero Gran Bretaña se mantuvo a distancia y tanto en Viena como en congresos posteriores obstaculizó una posible intervención extranjera para apoyar el sueño de Fernando VII de recuperar la América española. Temía que esto significara un nuevo monopolio que afectara sus intereses comerciales. El objetivo de la diplomacia británica en medio de la guerra americana fue mantener abiertos los puertos (Valparaíso, Montevideo, Buenos Aires, La Guayra, entre otros), y garantizar la actividad comercial mediante la presencia de barcos de guerra.

En su relación con América, Fernando intentó en principio la reconciliación. A ese efecto restableció el Consejo de Indias, colocó a su frente a un miembro de la nobleza mexicana, exhortó a sus súbditos recordando el mucho amor que les profesaba y se comprometió a convocar a nuevas cortes “legítimas” e incluso a remediar errores tales como la expulsión de la Compañía de Jesús (asunto siempre presente en el horizonte de las quejas de los criollos contra la Corona).

Más efectivo para los reales proyectos resultó el envío de una fuerza armada de diez mil veteranos de las guerras europeas, que al mando del general Pablo Morillo zarpó de Cádiz en febrero de 1815. Dicha fuerza, destinada en principio a sofocar la Revolución en el Río de la Plata, fue enviada a Nueva Granada (hoy Colombia) y a Venezuela. Relata uno de sus in-

tegrantes que la noticia del cambio de destino, conocida cuando ya se habían embarcado, provocó justificados temores. Esos territorios donde se libraba la “guerra a muerte” constituían el escenario más temido. No obstante los temores, la fuerza reconquistadora avanzó sin mayores obstáculos. Entró en Caracas. Después fue el turno de Cartagena, recuperada luego de un dramático sitio en el que pereció gran parte de la población. A continuación cayó Bogotá, en mayo de 1816.

Revolución y contrarrevolución

Vale recordar que en ambas regiones se había declarado formalmente la Independencia. Nada de esto importó. La guerra civil entre facciones revolucionarias facilitó la empresa restauradora. En Nueva Granada lucharon centralistas contra federalistas mientras que en Venezuela estalló la llamada “guerra social”, en la que intervinieron criollos ricos y llaneros, esclavos y libertos, blancos, negros, pardos y mulatos. Cada uno peleaba en pos de sus intereses y expectativas de futuro, encabezados por caudillos de muy diversa procedencia e ideología, como el legendario asturiano José Tomás Boves, que luchó en las filas realistas junto a los jinetes llaneros, y el criollo José Antonio Páez, quien comandó a esos mismos llaneros en favor de la Independencia.

Conquistado el territorio por Morillo “El Pacificador”, llegó el castigo ejemplar (fusilamientos, confiscaciones y destierros), que aniquiló a la dirigencia patriota. En Bogotá y en Quito hubo centenares de ejecuciones de quienes formaban

la élite política e intelectual del Virreinato, entre ellos el sabio Francisco José de Caldas, uno de los científicos de la célebre Expedición Botánica a Nueva Granada, fusilado por la espalda, como traidor.

No fue preciso enviar una expedición reconquistadora al virreinato de Nueva España (México) para devolverlo al dominio español porque “la guerra social” había dividido a la sociedad mexicana criolla en forma tal que los patriotas perdieron apoyo. En 1815, el cura José María Morelos, caudillo rebelde que intentó en vano encauzar la revolución y evitar la “guerra de castas”, que declaró la Independencia y demostró capacidad como jefe militar, fue fusilado (previamente el tribunal de la Inquisición lo había declarado hereje y lo había degradado de su condición sacerdotal). Así concluyó una etapa de la guerra. A partir de entonces la insurgencia revolucionaria quedó limitada a bandas aisladas de guerrilleros dispersos en la áspera geografía mexicana. Entre tanto el control social volvió a manos de la clase alta criolla, beneficiada por una política de amnistía. Desde 1815 ellos fueron quienes actuaron en México, en nombre de Fernando VII.

El triunfo de la contrarrevolución en Venezuela y en Nueva Granada obligó a Simón Bolívar, jefe militar de “la primera república”, a buscar refugio en Jamaica, donde escribió la célebre carta dirigida a un comerciante británico, en que analizó la situación continental y dio por seguro que el Gobierno español se restablecería hasta Quito y Perú y desde allí obraría de concierto sobre Buenos Aires. Su fino análisis reconocía las dificultades propias de cada una de las antiguas jurisdicciones

coloniales para alcanzar el objetivo común de independizarse de España.

De Jamaica pasó a Haití y recibió apoyo del presidente Alexandre Pétion, interesado en conseguir la libertad de los esclavos (asunto que todavía no había sido resuelto por los primeros jefes revolucionarios de Venezuela, donde la mano de obra esclava desempeñaba un rol económico de primer orden). Bolívar se comprometió a conseguirlo y con la protección de Pétion recuperó el liderazgo de las fuerzas patriotas venezolanas. El futuro Libertador proyectaba un cambio de estrategia: invadir el territorio venezolano por el Oriente, donde estaba viva la llama revolucionaria en las guerrillas rurales mandadas por una variedad de caudillos que desafiaban a las fuerzas realistas. Sin embargo, el primer desembarco sobre la Costa Norte, en julio de 1816, resultó un rotundo fracaso. Bolívar se recuperó, pero solo a fines de ese año logró hacer pie en la zona del Orinoco, imponerse a los caudillos llaneros, y más tarde convocar al Congreso de Angostura, paso indispensable en su campaña libertadora.

En julio de 1816, Francisco de Miranda, el Precursor de la Revolución americana, murió en la cárcel de La Carraca, Cádiz. Estaba prisionero desde 1812, cuando había fracasado la primera república de Venezuela, cuya independencia él mismo había propuesto y jurado como diputado al Congreso Constituyente.

Este es a grandes trazos el panorama del movimiento emancipador en el Norte de América del Sur y en México en el año en que las Provincias Unidas declararon la Independen-

cia. Vale señalar que, si bien el territorio del antiguo virreinato había quedado a salvo de la expedición reconquistadora de Morillo, no tenía su libertad garantizada y que el peligro mayor venía del Norte.

El virreinato del Perú, bajo la férrea conducción de Fernando de Abascal, logró constituirse desde un comienzo en el bastión contrarrevolucionario. Con el concurso de la aristocracia criolla y del comercio limeño, contrarios a todo cambio, Abascal había combatido exitosamente la revolución en territorio peruano, altoperuano y chileno. Sus ejércitos habían derrotado en Rancagua (1814) a los patriotas chilenos y en Sipe-Sipe (1815), a los patriotas rioplatenses. A partir de esa fecha, las clases altas altoperuanas dejaron de considerar a Buenos Aires como alternativa de poder y se volcaron a sus propios intereses autonómicos, según observó Bartolomé Mitre.

En la región serrana también doblegó a los revolucionarios. En 1815 fue ajusticiado en el Cuzco el cacique Mateo García Pumacagua, un caudillo quechua de mucho prestigio que se sumó a los rebeldes luego de una prolongada y probada lealtad a Fernando VII. La autoridad española a cargo de la represión estimó que en el Perú, a raíz de la diversidad de castas y de intereses opuestos entre ellas, los planes de los revoltosos serían siempre estériles, no solo por las rivalidades entre blancos y aborígenes, sino también entre mestizos, criollos y etnias indígenas. Lo mismo opinaba Bolívar: “El Perú no es apto para las revueltas exitosas por la diversidad de castas e intereses”, dijo en la carta de Jamaica.

Lo cierto es que el Cuzco se constituyó en la cabeza de la contrarrevolución en la región serrana y en la fuente de los recursos humanos que lucharon bajo bandera española hasta que finalizó la Guerra de la Independencia (1825).

En 1816 el virrey del Perú, Fernando de Abascal, se retiraba del cargo, “viejo pero indomable”, dice el historiador John Lynch. Su puesto fue ocupado por Joaquín de la Pezuela, de ideas absolutistas y con menos condiciones para el mando pero tan decidido como su antecesor a defender los derechos de España en tierra americana.

En el Alto Perú las ciudades quedaron en poder de los realistas, y una variada gama de caudillos criollos, mestizos e indígenas se hizo cargo de la resistencia en el altiplano y en los valles. En la frontera norte de la actual República Argentina, en Salta, Jujuy y en la Quebrada de Humahuaca, la resistencia quedó en manos de las guerrillas gauchas de Martín Miguel de Güemes. De ahí el cuidado del director supremo Juan Martín de Pueyrredón (nombrado por el Congreso de Tucumán), y del gobernador de Cuyo, general San Martín, por darle trato preferencial a Güemes.

Hacia el sur de América

En 1816, el cuadro de situación del antiguo virreinato del Río de la Plata mostraba las secuelas del proceso de las autonomías que se había desarrollado a partir de la ruptura con España en 1810. No había dudas de que Buenos Aires estaba fracasando en su intento de mantener su autoridad como cabeza del virreinato.

La provincia del Paraguay, desde la frustrada expedición de Manuel Belgrano, se había mantenido apartada no solo de España, sino también del Gobierno de Buenos Aires, con el que solo aceptaría relaciones de igualdad y al que reclamó que reconociese expresa y formalmente su Independencia. Favorecía a la nueva nación su aislamiento geográfico. Pronto se definió el juego del poder en favor del doctor Gaspar Rodríguez de Francia, quien en junio de 1816 fue electo dictador perpetuo, cargo que ostentó hasta su fallecimiento, 24 años después. La dictadura perpetua constituía entonces un posible modelo de gobierno y una solución al problema de la gobernabilidad; no obstante, su espíritu contradecía los anhelos de incorporar a las nuevas naciones los principios de las nuevas ideas antes mencionados. Según le explicó Francia a un comerciante británico, él quería evitar “el fétido y turbador espíritu de anarquía y revolución del resto de Sudamérica”. Valoraba, en cambio, la posibilidad de comerciar con el resto del mundo y desde luego, con los británicos.

También el Gobierno de la Banda Oriental había desconocido la autoridad de Buenos Aires. En Montevideo se impuso desde el comienzo la lealtad a la Corona y sus delegados, sostenida por la elite comerciante y por las fuerzas del apostadero naval. En la opción pesó la vieja rivalidad entre los dos puertos rioplatenses. Después, en la medida en que se consolidó el prestigio de José Gervasio de Artigas en la campaña, se constituyó el Protectorado de los Pueblos Libres, cuyo proyecto era una Confederación, con relaciones de perfecta igualdad entre las provincias y que la capital no estuviera en Buenos Aires.

En 1815 el poderío de Artigas era reconocido en la Banda Oriental (excepto Montevideo), en el actual litoral argentino, Entre Ríos, Corrientes, Misiones y Santa Fe y por momentos en Córdoba.

Las reiteradas invasiones de Buenos Aires a Santa Fe, para recuperar su autoridad, hicieron fracasar a los sucesivos mediadores enviados por el Congreso para que el Litoral, la Banda Oriental y el Paraguay enviaran diputados a Tucumán y reconocieran al Directorio. La situación se agravó cuando un ejército portugués avanzó sobre el territorio oriental con el pretexto de que el territorio de las Misiones había sido incorporado a los Pueblos Libres, en agosto de 1816. El Directorio dejó hacer. Tanto Pueyrredón como San Martín, en una entrevista celebrada poco antes, temerosos de que Artigas introdujera el desorden y la anarquía, habían acordado respaldar la expedición a Chile y dejar librada la Banda Oriental a su suerte; de hecho prefirieron la vecindad de Portugal.

Por su parte Artigas volvió a rechazar la incorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas, porque recibió aviso de la invasión portuguesa y sospechó que había acuerdo con el gobierno porteño. Lucharía sin ayuda de Montevideo, donde se encontraba el núcleo aporuguesado, favorable a la ocupación.

Quienes respondieron a la convocatoria de integrar el Congreso fueron los diputados de Salta, Catamarca, La Rioja, Tucumán. Jujuy, Buenos Aires, Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago del Estero, Córdoba y los de las provincias altoperuanas ocupadas por los realistas, Chichas, Mizque

y Charcas. Todos ellos formaron el Congreso, eligieron al Director Supremo con el voto de todos y se abocaron a los asuntos urgentes. Resolvieron la declaración de la Independencia, necesaria para definir la existencia de una nueva nación en el contexto internacional y llevar la fuerza libertadora a Chile y Perú. Dieron a conocer un Manifiesto en el que explicaron sus razones y agravios. Discutieron la forma de gobierno, monárquico o republicano, sin alcanzar definiciones que quedarían para más adelante. En su última etapa, ya trasladado a Buenos Aires, el Congreso redactó una Constitución que fue rechazada por las provincias ya francamente decididas por la forma de estado federal.

Como se ve, 1816 fue un año aciago para la revolución americana. No obstante, los congresales de las Provincias Unidas en Sudamérica, declararon su voluntad de emanciparse de la metrópoli española y de toda otra dominación extranjera, en un documento que constituye el acta de nacimiento de la República Argentina. Si se tiene en cuenta el lúgubre panorama de la guerra revolucionaria relatado aquí, su compromiso de sostener el juramento con sus “vidas, haberes y fama”, adquiere un significado profundo. Recordar su decisión y su coraje es un deber de quienes heredamos una patria y nos sentimos comprometidos con su devenir.

Bibliografía

Coolighan Sanguinetti, María Luisa. "El Congreso de Concepción del Uruguay y la actuación de Miguel Barreyro". En *Cuarto Congreso Internacional de Historia de América*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1966.

Duroselle, Jean Baptiste. *Europa de 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales*. Barcelona, Nueva Clío - Labor, 1991.

Krauze, Enrique. *Siglo de caudillos*. México, Tusquets, 2002.

Lynch, John. *Las revoluciones hispanoamericanas. 1808- 1826*. Barcelona, Ariel, 1997.

Lynch, John. *Simón Bolívar*. Barcelona, Crítica, 2010.

Martiré, Eduardo. *Fernando VII y la América revolucionaria (1814-1833)*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2015.

Pasquali, Patricia. *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria*. Buenos Aires, Planeta, 1999.

Rosenblat, Ángel. *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*. Buenos Aires, Institución Cultura Española, 1945.

Sáenz Quesada, María. *Las cuentas pendientes del Bicentenario*. Buenos Aires, Sudamericana, 2010.



Juan Bautista Alberdi, ca. 1855.

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

Napoleón y la Independencia

Por Emilio Ocampo*

*El día que Napoleón I hizo cautivo a Fernando VII,
creó en Sudamérica catorce naciones independientes.*

Juan Bautista Alberdi, *Del gobierno en Sudamérica según las miras de
su revolución fundamental.*

Habiendo transcurrido casi dos siglos, debería ser fácil evaluar el papel que Napoleón jugó en la Independencia americana.** Hay al menos tres libros que lo proponen en su título: el de Carlos Villanueva (1912), el de Enrique de Gandía (1955) y el de mi autoría (2007). Sin embargo, el tema no ha merecido la atención que se merece. En general, para los historiadores europeos lo más relevante de la epopeya napoleónica ocurrió en Europa. Muchos de sus

* Economista, historiador y profesor en la Universidad de Nueva York (EE.UU.) y en la Universidad UCEMA (Buenos Aires). Es autor de seis libros de Historia y Economía y de numerosos artículos académicos y periodísticos sobre temas relacionados con ambas disciplinas. Su libro *The Emperor's Last Campaign: A Napoleonic Empire in America* fue publicado en EE.UU. en 2009 y ganó el premio al mejor libro de la era napoleónica otorgado ese año por la International Napoleonic Society.

** Para evitar confusiones, a lo largo del artículo con este término nos referiremos a la independencia la de las colonias españolas en América.

colegas sudamericanos, especialmente los revisionistas, coinciden con esta conclusión. Para el revisionismo —que en la última década fue convertido en la historia “oficial”— las hazañas reales o imaginarias de los próceres nativos fueron mucho más importantes para la Independencia que cualquier evento o personaje foráneo.¹ En este breve ensayo esbozaremos la tesis opuesta. Lo que sigue es la punta del iceberg. Seguramente queden por descubrir en los archivos de Francia y de Inglaterra muchos documentos que echarían luz sobre este período tan importante de la historia americana y europea. Es tarea pendiente para los historiadores de ambos continentes.

La historia oficial

Según la versión comúnmente aceptada de su historia fundacional, la nación argentina debe su existencia a la intervención providencial de un hombre con una personalidad extraordinaria y talentos sobrehumanos, más cercano a los héroes de la mitología griega que al prototipo del hombre argentino. A este personaje se le ha adjudicado la “paternidad” de la patria, se lo ha elevado a la categoría de “Libertador de América” e identificado con “la argentinidad”.^{*} Obviamente, me refiero a San Martín.

El padre de esta versión de la historia fue Bartolomé Mitre, quien se inspiró en Carlyle y en Plutarco. Para el primero, la historia de un país no era más que las biografías de sus

^{*} No es que no haya historiadores serios sino que, quizás para evitar la controversia, se han dedicado a estudiar otros períodos de la historia.

“grandes hombres” que, según el segundo, debían ser escritas para incitar la emulación ciudadana.² Con sus biografías de Belgrano y de San Martín, Mitre inauguró una tradición que han seguido y siguen la mayoría de los historiadores argentinos, incluso los revisionistas, que supuestamente se oponen a aquella. Para ambas corrientes historiográficas, San Martín es objeto de reverencia unánime.³ La diferencia es que para los revisionistas modernos fue el iniciador de una “línea histórica” continuada por Rosas y por Perón.

El crítico más punzante de la historia mitrista fue Juan Bautista Alberdi. En primer lugar cuestionó su objetividad. “No se puede ser presidente de la república e historiador filosófico, pues el presidente no tiene ni puede tener la libertad del filósofo”.⁴ También objetó sus objetivos y su metodología. Según Alberdi, había dos maneras de escribir la historia. La primera, a la que llamaba la “historia vanidosa”, consideraba a los “grandes hombres” como “la causa motora de los hechos históricos”. Según esta manera de escribir la historia (que fue la de Mitre), “la América del Sud vegetaría hasta hoy en poder de España si la casualidad no hubiese hecho que nazcan un Belgrano, un San Martín, un Bolívar, etc.”.⁵ En esta historia la verdad estaba “prohibida implícita y tácitamente como una brutalidad si es desagradable para el amor propio del país o poco favorable a la gloria de sus grandes hombres.”⁶ La otra manera de escribir la historia se basaba en el análisis objetivo de los hechos y de las fuentes documentales. Más que relatar la vida de hombres célebres, debía investigar “las leyes, las fuerzas y los intereses” en las que residía “la verdadera causa que produce los hechos.”⁷

La historia fundacional propuesta por Mitre y luego enriquecida por el revisionismo no es más que una “mitología política con base histórica”. La mitología es “una narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico”. En muchos países se fusiona con hechos ciertos para narrar su historia fundacional y construir su identidad. Por eso Renan decía que “el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad”⁸. El problema es que los mitos pueden ser peligrosos, especialmente cuando se usan para justificar el autoritarismo o la guerra.

La reforma educativa de 1908 impuso esta versión de la historia como dogma oficial de la República Argentina. Su objetivo era contrarrestar la influencia extranjerizante del aluvión inmigratorio con “un adoctrinamiento para exaltar el sentimiento nacional y patriótico”. Gracias a esta versión, San Martín fue transformado en un “superhéroe dotado de todas las virtudes y ninguno de los defectos que enriquecen a los hombres de carne y hueso”.⁹ Esta mitificación del prócer necesariamente requirió una tergiversación de la historia. Primero, porque como señaló Alberdi, la Independencia no fue “obra suya, sino de causas de un orden superior”.¹⁰ Segundo, porque no cumplió la misión que se le había encomendado, que era libertar el Alto Perú. Si hubiese cumplido esa misión, escribió Alberdi, no habría existido “motivo ni pretexto para erigir de esas provincias argentinas la nación aparte que hoy lleva el nombre de su libertador colombiano [Bolivia].”¹¹ Tercero, porque aunque San Martín incuestionablemente contribuyó a

libertar el sur del continente, no fue el “Libertador de América”, ya que Bolívar aseguró la independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, y Freire, la de Chile. Y por último, y no menos importante, como veremos más adelante, la Independencia que propuso San Martín era limitada.

Esta tergiversación del pasado no fue inocua. Primero porque, como dijo Alberdi, al atribuir “a nuestros guerreros la independencia que nos han dado los acontecimientos de la Europa y del mundo, desconocemos los verdaderos sostenes y garantías de nuestra independencia”.¹² En la concepción alberdiana, la independencia —o libertad exterior— era solo la mitad de la Revolución. De esta mitad surgió “la América sin gobierno, ni ajeno ni propio; ni extranjero ni nacional [...] gobernada por la anarquía, soberana tan funesta y abominable como la peor dominación extranjera”. La otra mitad consistía en asegurar la libertad interior a través de una constitución que protegiera los derechos individuales. Una debía seguir a la otra, ya que el principal objetivo de la Revolución no era más que “la creación de un gobierno libre y nacional”.¹³ Segundo, porque como también señaló Alberdi, si una sociedad adopta una historia mítica y vanidosa, “su gobierno será un cuento inacabable [...]. Sus hombres de estado no serán hombres, sino semidioses”.¹⁴ El énfasis desmesurado en las batallas implicó minimizar la importancia de las instituciones.

El culto sanmartiniano contribuyó a instalar la noción de que los líderes providenciales son los que salvan a la nación, y no sus instituciones. He aquí el origen del caudillismo que tantos males le ha causado a la sociedad argentina.¹⁵ Como expli-

ca el historiador alemán Michael Goebel, Perón invocó “al único héroe indiscutido de la Argentina [...] como el antepasado de sus propios logros” porque “concordaba” tanto con sus preferencias personales como con sus objetivos políticos. La imagen de San Martín como “salvador de la nación del colonialismo convenía a la estrategia de presentarse como el líder de la autosuficiencia económica.”¹⁶ Perón dejó en claro que, si San Martín viviera, sería peronista, y a través de la propaganda buscó una total identificación con el prócer.¹⁷ Así nació el segundo “Padre de la Patria” de la historia revisionista, según la cual la independencia del país no se completó hasta 1946. Es necesario hacer hincapié en esto porque la historia fundacional sigue siendo rehén de la política. El populismo sigue recurriendo al relato maniqueo y paranoico del revisionismo. Obviamente, si la independencia fue, en gran medida, consecuencia de eventos externos, este relato se desmorona.

La otra historia

Según el abate de Pradt, era un error atribuirle a Napoleón “la separación de la América y la España” ya que, en realidad, solo había acelerado “el momento que debía hacer público su divorcio”.¹⁸ Como intentaremos demostrar, Napoleón fue mucho más que un catalizador de la Independencia. En realidad, fueron, primero, su rivalidad con Inglaterra y sus ambiciones después con Waterloo las que le dieron al movimiento independentista un ímpetu irrefrenable. La primera duró hasta 1815 y tuvo como foco a Europa, mientras que las segundas duraron hasta 1821 y tuvieron como objetivo las colonias españolas.

Durante el período que nos concierne, Inglaterra fue gobernada mayormente por los *tories*. Esta facción representaba el ala más conservadora del Parlamento inglés. Sus líderes fueron Pitt el Joven, Perceval y Liverpool, en este orden. Pero, después de la muerte de Pitt, su verdadero cerebro fue el sa-gaz Robert Stewart, Lord Castlereagh, Secretario de Guerra y Colonias (1805-1809) y de Relaciones Exteriores (1812-1822). Castlereagh fue el enemigo más implacable de Napoleón.

Las políticas externas de ambas potencias respecto de las colonias españolas cambiaron a medida que variaban las circunstancias (que entre 1800 y 1815 lo hicieron varias veces de manera abrupta), pero siempre se guiaron por un principio básico: impedir por todos los medios que su rival controlara lo que entonces se consideraba una de las fuentes de riqueza y recursos más importantes del planeta. El imperio colonial español en América era el más vasto y más rico que el mundo había conocido. En cierto sentido, a principios del siglo XIX, América Latina tenía un valor estratégico similar para Europa que el que tuvo Medio Oriente durante la segunda mitad del siglo XX.

Este principio básico estaba sujeto a una restricción fundamental, que no era más que el límite geográfico hasta donde cada potencia podía proyectar su poder militar. Para Napoleón fue el Atlántico*, mientras que para Inglaterra, hasta mediados de 1812, los Pirineos. Guiado por ese principio básico y sujeto a esta restricción, Napoleón intentó aplicar sucesivamente cuatro estrategias distintas en relación con el imperio español:

* Especialmente después de Trafalgar.

hasta 1806 lo mantuvo como aliado, en 1807 intentó desmembrarlo, en 1808 con José Bonaparte en el trono pretendió mantener su integridad territorial y, a partir de 1809 y hasta su muerte, intentó nuevamente desmembrarlo.¹⁹ Como veremos, cada una de estas estrategias tuvo implicancias distintas para las colonias españolas y provocó una reacción opuesta de Inglaterra. La Independencia terminó siendo consecuencia de este proceso de acción y reacción al que se adaptaron los actores locales.

Napoleón siempre soñó con un imperio americano. El primer paso para convertirlo en realidad fue la firma de un tratado secreto con España por el que Francia recuperó la Luisiana. Napoleón planeaba utilizar este territorio, que se extendía desde Nueva Orleans hasta el Oregón, como la base de un vasto imperio que también incluiría a Haití. Esta isla estaba estratégicamente ubicada sobre las rutas que conectaban las colonias españolas con Europa, y, por su cercanía al istmo de Panamá, podía ser utilizada como base de operaciones para cualquier expedición ulterior al sur del continente.²⁰ Con la intención de ampliar los límites occidentales de este imperio, en 1802 Napoleón ofreció a España el Ducado de Parma a cambio de la costa norte del Golfo de México.²¹ Pero dos factores descarrilaron estos ambiciosos planes. Primero, el fin de la paz en Europa. Segundo, la rebelión de los esclavos de Haití a fines de 1802 y la epidemia de fiebre amarilla, que prácticamente aniquiló la fuerza expedicionaria enviada por Napoleón para sofocarla.²² Sin un ejército para ocupar y defender Luisiana, decidió vendérsela a los Estados Unidos para evitar que los ingleses se apoderaran de ella.²³

A pesar de este revés, Napoleón no olvidó su sueño americano. Pero, mientras estuviera aliado con España, solo las colonias portuguesas eran objetivos permisibles. En 1803, el Conde de Liniers, hermano mayor de Jacques de Liniers, le presentó un plan para conquistar Brasil usando Buenos Aires como base.²⁴ Al año siguiente, las colonias españolas volvieron a llamar su atención. Aunque España era neutral, pagaba enormes subsidios a Francia, que eran financiados con oro y plata provenientes de América. El gabinete inglés sospechaba que Napoleón dependía de esos recursos para financiar una invasión de Inglaterra.²⁵ A mediados de 1804, Pitt ordenó al almirantazgo que interceptara un convoy español que traía un valioso cargamento de oro y plata procedente del Perú, cuyo valor se estimaba en dos millones de libras esterlinas. El objetivo fue conseguido a fines de año, pero a un altísimo costo, ya que provocó una batalla naval en la que fue hundida una de las fragatas españolas con todos sus pasajeros y tripulantes.

Como consecuencia de este ataque, España profundizó su alianza con Francia y le declaró la guerra a Inglaterra. La batalla de Trafalgar (1805) y la amenaza austrorrusa en su retaguardia convencieron a Napoleón de abandonar su invasión a Inglaterra. Por su parte el gabinete inglés comenzó a desempolvar varios planes para apoderarse de las colonias españolas.²⁶ A mediados de 1806 una fuerza expedicionaria británica intentó infructuosamente tomar posesión de Buenos Aires. Aunque por ese entonces Napoleón marchaba victorioso con su ejército por el norte de Europa, la fallida invasión volvió a llamar su atención al sur de América. Luego de haber derrotado a

sus enemigos continentales, su principal objetivo fue estrangular comercialmente a Inglaterra. Para lograrlo, en noviembre de 1806 decretó el bloqueo continental. Sabía que, si las manufacturas inglesas penetraban los vastos mercados de la América española, el bloqueo sería inocuo. En julio de 1807, otro ejército inglés, esta vez de 10.000 hombres y con sanción oficial, intentó nuevamente apoderarse de Buenos Aires. Una vez más, el francés Liniers lideró las fuerzas que derrotaron a los invasores y fue a Napoleón a quien primero informó de su victoria.

Esta fue la peor derrota que sufrió el ejército inglés durante las guerras napoleónicas y convenció a Castlereagh de la necesidad de adoptar otra política hacia las colonias españolas. En su opinión, era una cuestión “exclusivamente de interés económico.” Las expediciones militares no conseguirían una “ventaja nacional permanente”, y el contrabando no ofrecía beneficios comerciales de largo plazo. Según Castlereagh, Inglaterra debía crear y apoyar un Gobierno sostenido por “una fuerza nativa creada bajo nuestra aprobación”, es decir, la independencia. De esta manera podía quitarle a Napoleón “uno de su principales recursos económicos” y abrir los mercados “de ese gran continente a nuestras manufacturas”. Aunque como buen conservador Castlereagh se oponía a “incitar deliberadamente” una revolución no excluía la posibilidad de que, si Napoleón mantenía a España bajo su control, Inglaterra se vería forzada “a promover el desmembramiento del imperio español”. Uno de sus proyectos era coronar en Buenos Aires al duque de Orleans, entonces exiliado en Londres.²⁷ Años más tarde volvería a considerarlo con el mismo objetivo.

Por su parte, Napoleón comprendió que, si Francia no controlaba los recursos de las colonias españolas, pronto lo haría Inglaterra.²⁸ Dos invasiones fallidas de Buenos Aires y rumores de una tercera lo convencieron de la necesidad de asegurar su bloqueo continental. La solución fue invadir España y poner a su hermano José en el trono de Madrid. Así fue como Inglaterra inesperadamente se encontró aliada con los destronados Borbones españoles. En solo cuestión de meses, Castlereagh se vio forzado a alterar su política y abandonar los planes de una tercera invasión de Buenos Aires.

Una vez con España bajo su control, Napoleón se puso a analizar cómo controlar su tambaleante imperio colonial. En Bayona recibió un memorando de un diputado colombiano que proponía extender el régimen bonapartista a todo el continente. Dos diputados de Buenos Aires le presentaron a José Bonaparte un plan para invadir a Brasil e incluirlo dentro de ese vasto imperio.²⁹ Mientras analizaba estas y otras opciones, Napoleón envió al Marqués de Sassenay a conferenciar con Liniers.³⁰ Inglaterra, mientras tanto, planeaba una nueva expedición militar a Buenos Aires para impedir que Francia se apoderara de la ciudad.³¹

Napoleón, que inicialmente pensó que podría controlar las colonias, cambió de opinión al ver que tanto las élites locales como las autoridades se mantenían leales a Fernando VII. Además, viendo que el oro y la plata que México y Perú seguían remitiendo a Cádiz “contribuían tan decididamente a prolongar la guerra en España”, elaboró un plan “para excitar la revolución en la América española”.³² A principios de 1809 en-

vió agentes a las principales capitales para comunicar a los patriotas que deseaba liberarlos del despotismo de los Borbones y que apoyaría su independencia. Pero estos ofrecimientos no fueron bien recibidos.³³ Frente a este rechazo, a fines de 1809, Napoleón anunció públicamente que apoyaría la independencia de las colonias españolas “siempre y cuando no establezcan relaciones con Inglaterra”.³⁴

Es necesario abrir un paréntesis en esta cronología y recordar que el apoyo activo de una potencia extranjera era condición necesaria para la Independencia. Los norteamericanos difícilmente la hubieran conseguido sin la asistencia militar de Francia. Por otro lado, todos los conatos revolucionarios en las colonias españolas y portuguesas que precedieron esta declaración fracasaron (Bogotá en 1794, Caracas en 1797, Pernambuco en 1801 y Chuquisaca en 1809).³⁵

El impacto de esta declaración se sintió rápidamente en América, donde a los pocos meses se produjeron movimientos revolucionarios. Pero las autoridades de México y Perú, cuyos recursos financiaban la resistencia a la ocupación francesa en la Península, mantuvieron su lealtad a Fernando VII. Fue por esta razón por la que, a partir de mediados de 1810, la independencia de ambas colonias se convirtió en un objetivo de vital importancia para Napoleón. Para alcanzarlo solicitó el apoyo de los Estados Unidos.³⁶ En el resto del continente, la Revolución tuvo un efecto contrario al que esperaba Napoleón ya que, al abrir los puertos americanos al comercio inglés, neutralizó en parte los efectos del bloqueo continental. Castlereagh veía claramente estas ventajas comerciales, pero su alianza con la

Junta de Cádiz le impedía alentar a los rebeldes y menos aún reconocer su independencia. Su objetivo era la libertad de comercio irrestricta con todas las colonias españolas a cambio del apoyo militar de Inglaterra a la causa de Fernando VII.

Mientras Napoleón y Castlereagh reacomodaban sus piezas sobre el tablero de ajedrez global, en América comenzaba la lucha militar por la independencia. Los rebeldes pronto se dividieron en dos facciones opuestas, una más exaltada y republicana, que buscaba el apoyo de Napoleón y los Estados Unidos, y otra más moderada e inclinada al monarquismo, que esperaba la protección de Inglaterra. En el primer grupo operaba la célebre Sociedad de los Caballeros Racionales.* Esta logia secreta tenía sedes en varias ciudades de América y de Europa. En Cádiz funcionaba la N.º 3, cuyo fundador y líder era Carlos de Alvear, que contaba con solo veinte años de edad. Contrariamente a lo que afirman muchos historiadores, los Caballeros Racionales no tenían vinculación alguna con la Gran Logia de Londres.³⁷ De hecho, a mediados de 1811, antes de su partida a Londres, Alvear inició gestiones para obtener el apoyo material del emperador francés.³⁸

Por esa misma época, mediados de 1811, Napoleón instruyó a su embajador en Washington para que solicitara la cooperación de Estados Unidos con el fin de suministrar equipamiento militar y asistencia a los rebeldes y proteger a los convoyes franceses que transportaran armamento a Sudamérica.³⁹ El presidente Madison estaba interesado en expandir la influencia política y comercial de Estados Unidos en Sudamérica.⁴⁰

* Es más probable que su fundador haya sido Nariño, y no Miranda como aseguran muchos historiadores.

Sin embargo, a punto de declararle la guerra a Inglaterra, no estaba en condiciones de ayudar militarmente a los rebeldes. En vez le ofreció al emperador francés una red de agentes para transmitir mensajes a los rebeldes.⁴¹

A pesar de la desastrosa campaña de Rusia, las colonias españolas siguieron siendo una prioridad para Napoleón, quien estaba convencido de que su independencia, que consideraba inevitable, sería “el evento más importante evento del siglo”. Por otra parte, reconocía que su apoyo a la causa independentista había neutralizado en parte sus esfuerzos para aislar comercialmente a Inglaterra ya que, gracias al contrabando, las exportaciones inglesas a Sudamérica habían crecido dramáticamente desde 1808. De cualquier manera seguía convencido de que, si Francia apoyaba a los rebeldes y establecía buenas relaciones con las nuevas repúblicas, podría sustraerlas de la órbita de influencia inglesa.⁴²

A medida que el imperio napoleónico en Europa se desmoronaba, Castlereagh buscó sacar ventaja para promover los intereses de Inglaterra en Sudamérica. Aunque la opinión pública y los comerciantes ingleses apoyaban la causa de la Independencia, el Gobierno siguió apoyando a los Borbones, y esperaba obtener como recompensa la apertura de los lucrativos puertos americanos. Pero simultáneamente mantuvo vivas las esperanzas de los patriotas que buscaban su apoyo, por si acaso triunfaban. Esta política sinuosa aseguraba que los intereses de la corona británica siempre estuvieran protegidos. En contraste, Napoleón mantuvo invariable su apoyo a la causa de la Independencia. A principios de 1813 prometió

su ayuda a un grupo de patriotas venezolanos. “Todo estaba listo para darles la asistencia necesaria a los americanos cuando la batalla de Leipzig tuvo lugar”, recordaría años más tarde el enviado de Caracas.⁴³

Con la caída de Napoleón a principios de 1814, la independencia de las colonias españolas se convirtió en una cuestión de estado para todas las monarquías europeas, ya que amenazaba el principio de legitimidad sobre el que se asentaban. Esto hacía necesario extirpar el virus revolucionario. Fernando VII confiaba hacerlo con una masiva expedición militar al mando del general Morillo. Pero la percepción generalizada en el resto de Europa era que tarde o temprano perdería su imperio. Para prepararse para esa eventualidad, Inglaterra y Estados Unidos comenzaron a tomar posiciones. Se trataba de obtener un pedazo del botín más apetecible desde que Colón había descubierto América. Aunque derrotado y exiliado en Elba, Napoleón no quería quedarse afuera y contemplaba un “gran proyecto” para México.⁴⁴ Quizás juzgó que sus perspectivas eran más atractivas en Francia, ya que a principios del año siguiente se escapó y en solo 20 días recuperó el trono que había perdido.

Estos hechos son más o menos conocidos, aunque no lo suficientemente enfatizados en los libros de Historia argentina de mayor circulación. Menos conocidos son los esfuerzos de Napoleón a favor de la Independencia luego de la Batalla de Waterloo. Esta derrota marcó el fin definitivo de su carrera política en Europa y despertó nuevamente su perenne sueño americano: crear un imperio bonapartista en el Nuevo Mun-

do.⁴⁵ Quizás este era el proyecto que había meditado en Elba. Al momento de abdicar, Napoleón tenía solo 46 años y gozaba de buena salud. Una opción era entregarse a la misericordia de su enemigo más implacable. La otra, como sugirió Churchill, era forjarse “un nuevo imperio en México, Perú o el Brasil”.⁴⁶

De hecho, después de haber abdicado, Napoleón anunció a su círculo íntimo que se exiliaría en Estados Unidos. Cuando su secretario cuestionó esta decisión, reveló su verdadero plan: “Si los norteamericanos no me quieren en su territorio, me iré a México. Encontraré allí a los patriotas y me pondré a su cabeza. Y si los mejicanos no me quieren, me iría a Caracas. ¡Y si no fuera bien recibido allí, me iré a Buenos Aires!” respondió entusiasmado Napoleón.⁴⁷ Subestimaba quizás la fuerte resistencia que encontraría entre los líderes patriotas.⁴⁸

Como es sabido, las circunstancias forzaron a Napoleón a entregarse a los ingleses. Pero, durante los casi cinco años que permaneció prisionero en Santa Elena, sus seguidores intentaron hacer que su sueño americano se convirtiera en realidad. México y Lima serían las capitales de este nuevo imperio, pero la cabeza de playa terminó siendo Buenos Aires porque en 1815 era el único puerto al sur de Nueva Orleáns completamente libre de dominación europea.* Gracias a una vasta red de espías y a la colaboración inestimable de varios traidores, hacia fines de 1816 tanto el Gobierno norteamericano como las potencias europeas conocían los planes de Napoleón y a partir de entonces no escatimaron esfuerzos ni recursos para desbaratarlos.

* Puerto Príncipe también era libre, pero estaba más cerca de Jamaica, centro de la actividad comercial inglesa en el Caribe.

Es clave incorporar este dato para entender lo que sucedió en el sur del continente entre 1815 y 1822. A medida que el escenario de una restauración total o parcial de la autoridad de Fernando VII en sus dominios americanos se hizo más improbable, y por ende, más probable el de la Independencia, se desató un conflicto entre tres proyectos incompatibles. El primero, favorecido por San Martín, era el establecimiento de monarquías con príncipes europeos; el segundo, la instauración de nuevas repúblicas siguiendo el modelo norteamericano; y el tercero, nada más y nada menos que la creación de un imperio bonapartista. Ninguno de estos proyectos tenía oportunidad de éxito sin el apoyo activo de una potencia extranjera. El primero en perderlo, aunque de manera gradual, fue el republicano, especialmente cuando John Quincy Adams asumió como Secretario de Estado de Estados Unidos.

Al ya no poder contar con apoyo de Napoleón o de Estados Unidos, los republicanos comenzaron a gravitar hacia José Bonaparte, que desde su mansión en Nueva Jersey intentaba cumplir con los deseos de su hermano. Entre 1816 y 1820, José prestó apoyo financiero a numerosas expediciones militares dirigidas a destruir el poderío español en México, Buenos Aires, Santiago, Nueva Granada y Venezuela. Además, estas expediciones fueron apoyadas activamente, y en algunos casos lideradas, por ex generales de Napoleón, e incluyeron entre sus filas a veteranos de la *Grande Armée*. Todas fracasaron debido a la intervención directa o indirecta de Estados Unidos, Francia, Inglaterra y/o España. La única excepción fue la de José Miguel Carrera, que fue desbaratada por Pueyrredón y San Martín.

Sostenidos en el trono gracias a la ocupación extranjera, los Borbones franceses temblaban ante la posibilidad de que el “Ogro de Córcega” reapareciera en América. Sus parientes españoles temían perder su principal fuente de riqueza. En cuanto a Inglaterra, su política exterior post 1815 buscó conciliar dos objetivos no siempre compatibles: mantener un balance de poder en Europa (con Francia subyugada) y conseguir la apertura de los mercados de las colonias españolas a las manufacturas inglesas. Ni el establecimiento de un imperio bonapartista en América que pudiera desestabilizar a los Borbones en Francia (y facilitar el retorno al poder de una facción hostil a Inglaterra), ni la continuación de la guerra entre realistas y rebeldes en las colonias, que dificultaba el desarrollo del comercio inglés, eran consistentes con estos objetivos. En cuanto a Estados Unidos, que durante la presidencia de Madison había apoyado la causa independentista, bajo la de Monroe se convirtió en aliado de Europa. Los intereses norteamericanos eran claros: el desmembramiento del imperio español ofrecía enormes oportunidades, pero un México gobernado por la dinastía Bonaparte constituía una amenaza inaceptable. Aislado en Santa Elena, Napoleón quería seguir siendo parte de la partida. A mediados de 1817 intentó negociar con Inglaterra su libertad a cambio de la apertura comercial de las colonias españolas (aún suponía que las expediciones financiadas por José serían exitosas). Pero estas negociaciones nunca fueron seriamente consideradas por el gabinete inglés.

La amenaza bonapartista favoreció la causa de la Independencia ya que puso de manifiesto la incapacidad de Fernando

VII de retener las colonias bajo su control, y, el peligro que ello significaría para toda Europa. Frente a esta realidad, las cortes de París y de Viena comenzaron a buscar activamente una solución al problema. Esta consistía en implantar en los antiguos virreinos españoles monarquías con príncipes europeos. Bajo el impulso del Duque de Richelieu, primer ministro francés, y con la anuencia de Castlereagh, este proyecto alcanzó su mayor desarrollo en Buenos Aires.

El fuerte apoyo de la Logia Lautaro a la solución monárquica se explica por una combinación de pragmatismo e ideología. Días antes de la Declaración de la Independencia, Belgrano explicó en una sesión secreta del Congreso de Tucumán, “que había acaecido una mutación completa de ideas en la Europa en lo respectivo a la forma de gobierno. Que como el espíritu general de las naciones en años anteriores era republicano todo, en el día se trataba de monarquizarlo todo.”⁴⁹ Pocos meses después San Martín declaró que sus compatriotas eran “moralmente” incapaces de gobernarse bajo principios democráticos. “Somos muy muchachos y nuestros estómagos no tienen suficiente calor para digerir el alimento que necesita bajo estos principios”.⁵⁰

La Declaración de la Independencia en 1816 significó el triunfo del partido monárquico. Así lo juzgó el comodoro Bowles cuando regresó a Buenos Aires luego de dos años de ausencia. Bowles no solo era los ojos y oídos del gabinete inglés en Sudamérica, sino también amigo de San Martín. Por ende, era una de las personas mejor informadas sobre lo que ocurría en Buenos Aires. Sus despachos son un antídoto contra la his-

toria oficial. Sobre la situación en Buenos Aires a fines de 1816, opinaba: “Nada es más lamentable que la descripción que puedo hacer de su miseria y su deterioro”, para agregar luego que el entusiasmo que la independencia “alguna vez excitaba aquí, ha desaparecido por completo”. ¿Cómo se condice esto con la declaración del 9 de julio? “Debe parecer sorprendente a sus Señorías que el gobierno actual, el cual tenemos todas las razones para creer está conduciendo una negociación con la corte de Río de Janeiro, elija este momento para declarar su independencia no solo de España, sino de todas otras potencias; pero imagino que se puede explicar fácilmente por la necesidad de aplacar a aquellos cuya violencia y entusiasmo revolucionario era peligroso oponerse o penetrar en el secreto”, explicó el marino inglés.⁵¹ De hecho, Bowles estaba convencido de que la propuesta de coronar a un príncipe inca había sido una estratagema para introducir el sistema monárquico como forma de gobierno y luego coronar a un príncipe europeo. Sospechaba que el candidato al trono sería portugués. Algunos abrigaban esa idea, pero San Martín se opuso.* Los monárquicos porteños ansiaban un príncipe francés. Esto fue lo que intentó negociar Pueyrredón, que por fuerza de las circunstancias derivó en la candidatura del duque de Lucca, emparentado tanto con los Borbones como con los Habsburgo.

En realidad, el principal impulsor de este plan fue San Martín. A principios de 1817, después de su victoria en Chacabuco, volvió a Buenos Aires para reunirse con Bowles, quien informó al almirantazgo que el general argentino quería con-

* Inglaterra no quería que la influencia lusitana se extendiera al Río de la Plata.

fiarle “un plan en el que la intervención del Gobierno de Su Majestad puede ser necesario y que no quiere arriesgarse a poner en papel”.⁵² Ante la ausencia del marino, San Martín se entrevistó con el cónsul inglés, Robert Staples. Durante la reunión manifestó sin ambages su deseo de que el gabinete inglés le informara privadamente qué curso de acción “conseguiría su aprobación.” Luego explicó que su plan secreto era instalar monarquías en Argentina y en Chile con príncipes europeos bajo la protección de Inglaterra. San Martín le preguntó a Staples “con quién debía consultar para darle el giro necesario a los asuntos de Chile para conseguir el fin propuesto” y le aseguró que “si alguien es autorizado a tratar conmigo los asuntos que he mencionado, que sea en la manera más privada posible y esté seguro de mi convicción que cualquier ventaja que este país tiene para ofrecer, su prosperidad depende de concedérsela a Inglaterra”. También pidió que su mensaje fuera transmitido al Gobierno inglés “de la manera más expeditiva y privada posible”.⁵³

En esos momentos, Castlereagh intentaba nuevamente convencer a la corte de Madrid que abriera los puertos americanos al comercio inglés. Pero, consciente de que, si Fernando VII mantenía su negativa, la independencia sería inevitable, apoyó secretamente las negociaciones con Richelieu para instalar un príncipe Borbón en Buenos Aires.⁵⁴ Obviamente había un bocado más apetecible para Inglaterra, especialmente si San Martín lograba entrar en Lima.

A principios de 1818, San Martín logró reunirse con el comodoro Bowles y le comunicó su plan para resolver la cues-

tión de las colonias españolas. El plan consistía en establecer monarquías en los distintos virreinos españoles con príncipes europeos. Francia tendría Buenos Aires; Rusia y Austria a Colombia y a Venezuela; e Inglaterra, por quien San Martín tenía especial simpatía, podría coronar su delfín en Perú. Como incentivo adicional, San Martín ofreció al Gobierno inglés ventajas comerciales y la posesión de Chiloé y del puerto de Valdivia. Y, para que Fernando VII aceptara, proponía que España se quedara con México y recibiera una indemnización del resto de las colonias. Bowles no solo tomó notas detalladas de esta conversación, sino que luego se las leyó a San Martín para confirmar que reflejaban sus puntos de vista.⁵⁵

Los principales enemigos de este proyecto eran José Miguel Carrera y Carlos de Alvear, unidos en una extraña alianza con los caudillos Ramírez y López. La llamada “conspiración de los franceses” a fines de 1818 no fue más que un conato de los dos primeros con la ayuda de bonapartistas exiliados para derrocar a Pueyrredón. Sus esfuerzos fueron coronados por el éxito a principios de 1820 en la Batalla de Cepeda. El Tratado de Pilar desbarató definitivamente los planes monárquicos y proclamó el sistema federal y representativo como la forma de gobierno a adoptar por las provincias argentinas. Esto no fue del agrado de San Martín, quien desde Chile advirtió a sus compatriotas que “el genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación.” En su opinión, era descabellado y peligroso “establecer un gobierno federativo en un país casi desierto, lleno de celos y antipatías locales, escaso de saber y de experiencia en los negocios públicos, desprovisto de rentas para hacer frente a los gastos del gobierno”.⁵⁶

Además, el proyecto monárquico perdió su sponsor europeo. La victoria del partido liberal en Francia a fines de 1818 puso fin a las negociaciones iniciadas con Pueyrredón. La situación política europea se complicó aún más durante 1819 y especialmente al año siguiente con las revoluciones en España, Portugal, Piamonte y Sicilia. Sin embargo, en América, donde las noticias de Europa llegaban con retraso, el proyecto monárquico se mantuvo vivo. Una vez instalado en Lima, San Martín propuso coronar un príncipe europeo con la protección de Inglaterra. Hasta Mitre tuvo que admitir que, al impulsar este “malhadado plan”, desertaba “de su misión” y “renegaba de su obra”.⁵⁷ Sea como fuere, fracasó en el intento y en septiembre de 1822 renunció, lo que marcó el fin de su carrera política en América.

Como bien observó John Quincy Adams, el proyecto monárquico impulsado por Pueyrredón y San Martín era incompatible con la Independencia. “El anhelo por una monarquía, ha infectado la política de todas las sucesivas autoridades gobernantes de Buenos Aires y siendo igualmente contraria al verdadero interés del país, al sentimiento general de todos los americanos y a las instituciones liberales compatibles con el espíritu de la libertad, ha producido [...] disensiones irreconciliables, sangrientas guerras civiles, con sus consecuentes prisiones arbitrarias, la perversión de la prensa y el total aniquilamiento de la libertad civil y la seguridad personal”, escribió Adams en 1823. Coronar a un príncipe europeo implicaba someterse “a intereses europeos, a proyectos de preferencias políticas y económicas para aquella nación

européa de cuya familia real el precioso heredero sea injertado”.⁵⁸ Según Adams, los verdaderos sostenes de la Independencia eran un Gobierno elegido periódicamente a través de elecciones, la subordinación de los militares al poder civil y el respeto por los derechos individuales.

Seguramente la historia hubiera sido distinta si Napoleón no hubiera muerto en Santa Elena en mayo de 1821. Aunque todas las expediciones militares bonapartistas en América fracasaron, su nombre seguía inspirando temor y admiración en ambos lados del Atlántico. Y su liberación, que se consideraba inminente debido a los cambios políticos ocurridos en Inglaterra, habría tenido un fuerte impacto en América. La historia también hubiera sido distinta si Castlereagh no se hubiera suicidado en agosto de 1822. Su muerte produjo el advenimiento de una política exterior inglesa más liberal bajo George Canning. Fue en gran medida gracias a Canning, que frenó los intentos neocolonialistas de Francia y España, que el proyecto republicano, que había prácticamente fenecido por falta de apoyo externo, terminó por imponerse, aunque de manera anárquica y desordenada, en casi todas las colonias españolas.

Notas

1. "Contar la historia es operar sobre la identidad nacional", Entrevista a Martín Kohan, *Clarín*, 3 de julio de 2005.
2. Carlyle, Thomas, *Of Heroes, Hero worship and Heroic in History* (New York: Wiley and Putnam, 1846).
3. Goebel, Michael, *La Argentina partida: Nacionalismos y políticas de la historia* (Buenos Aires: Prometeo, 2012), 80, 84.
4. Alberdi, Juan B., *Grandes y pequeños hombres del Plata* (Buenos Aires, Editorial Punto de Encuentro, 2007), 27.
5. Alberdi, Juan B., *El crimen de la guerra, Precedido de un estudio sobre Alberdi de José Nicolás Matienzo* (Buenos Aires: Talleres Gráficos Argentinos L.J. Rosso, 1917), 242.
6. *Ibidem*, 27.
7. *Ibidem*, 23.
8. Renan, Ernest, "Qu'est-ce qu'une nation?," en Renan, Ernest, *Oeuvres complètes de Ernest Renan*, ed. Henriette Psichari (Paris: Calmann-Lévy, 1947 [1882]), I: 891.
9. Escudé, Carlos, *El fracaso del proyecto argentino* (Buenos Aires: Tesis-Norma, 1990), 26-34.
10. Alberdi, *El crimen de la guerra*, 248.
11. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, 21-27.
12. Alberdi Juan B., *Escritos Póstumos, De la Forma de Gobierno en Sudamérica* (Buenos Aires: Coni, 1897) 4: 41-42, 45-46.
13. Alberdi, *Grandes y pequeños hombres del Plata*, 28. La Argentina recién completó esta transición el 25 de mayo de 1853.
14. Alberdi, Juan Bautista, "Los Gigantes de los Andes" en Alberdi, Juan Bautista, *Estudios Póstumos. Ensayos sobre la Sociedad, los Hombres y las Cosas de Sud América* (Buenos Aires: Imprenta Juan Bautista Alberdi, 1900) 12: 481-482,
15. Ocampo, Emilio, *Entrampados en la farsa: el populismo y la decadencia argentina* (Buenos Aires: Ed. Claridad, 2015).
16. Goebel, *op. cit.*, 120-121.
17. Discurso pronunciado en Mendoza, 30 de diciembre de 1950, en Perón, Juan D., *Habla Perón* (Buenos Aires, 1951), 57.
18. Dufour, Dominique George, Abate de Pradt, *De las colonias y la revolución actual de la América* (Burdeos, 1817), 1: 20.
19. Domínguez Nafría, Juan C., "La América española y Napoleón en el Estatuto de Bayona", Donostia-San Sebastián : Eusko Ikaskuntza, 2009, 4, 315-346.
20. Nemours, C., "Bonaparte et Saint-Domingue", *Revue des Etudes Napoléoniennes*, París, Jul-Dec.1930, Vol.XXXI, 156-158.
21. Villanueva, *op. cit.*, 114.
22. Sandeau, Jacques, "La Révolution a Saint-Domingue et le désastre du corps expéditionnaire français, 1789-1803", *Revue de l'Institut Napoléon*, N°191, 2005, II, 7-44.

23. Bertrand, Henri-Gatien, *Cahiers de Sainte-Hélène* (París, 1949), 8: 96. Respecto a la venta de la Luisiana ver Samuel E. Morison (Ed.), *The Growth of the American Republic* (Nueva York, 1980), 1: 338-342.
24. Baulny, Olivier, "Napoleón et les projets d'attaque du Brésil", *Revue de l'Institut Napoléon*, Nº118, París, 1971, p25-33.
25. Hague, William, *William Pitt the younger* (London: Harper & Collins, 2004), 539.
26. Hughes, Ben, *The British Invasion of the River Plate 1806-1807: How the Redcoats were humbled and a nation was born* (Barnsley: Pen & Sword, 2013), 15, 20 y Hague, *op. cit.*, 456.
27. Lord Castlereagh, "Memorandum para/por the Cabinet, relative a South America", 1807, en Charles William Vane (Ed.), *Memoirs and Correspondence of the Viscount Castlereagh second Marquess of Londonderry* (London, 1848-1853), 7: 320. También Henry S. Ferns, *Great Britain and Argentina in the Nineteenth Century* (Oxford, 1960), 47-48.
28. Artola, Miguel, "Los afrancesados y América", *Revista de Indias*, Madrid, Año X, 1949, No.37-38, 543 y Jean-René Aymes, *Napoléon Ier et le Mexique*, Tilas, Strasbourg, XI, 1971, 39.
29. Francisco Zea a Napoleón, julio de 1808, en Miramón, Alberto, *Política Secreta de Napoleón en Nueva Granada* (Bogotá, 1978), 72-74 y Parra Pérez, Carraciolo, *Bayona y la política de Napoleón en América* (Caracas, 1939), 73-99.
30. de Sassenay, Bernard, *Napoléon I et la fondation de la République Argentine*, Jacques de Liniers Comte de Buenos-Ayres, Vice Roi de la Plata et le Marqués de Sassenay (1808-1810) (París, 1892), 5-8,10, 131-134, Villanueva, *ob. cit.*, 214-216 y Belgrano, Mario, "Napoleón et l'Argentine, La mission de Sassenay (1808)", *Revue des Etudes Napoleoniennes*, París, Jan-Jun 1925, Vol XXIV, 219-238.
31. Pyne, Peter, "A soldier under two flags. Lieutenant-Colonel James Florence Burke: officer, adventurer and spy", *Études irlandaises* 1998, 23:1, 121-138.
32. Palacio Fajardo, Manuel, *Outline of the Revolution in Spanish America* (Londres, 1817), 80.
33. Palacio Fajardo, *ibidem*, 79-87. Respecto a los agentes de Napoleón en las colonias hay un extensa bibliografía: Aymes, "Napoleón I^{er} et Mexique", 38-62; Penot, Jacques, *Meconnaissance Connaissance et Reconaissance de l'Indépendencia du Mexique par la Francia* (París, 1975), 46-62, Rydjord, John, *Foreign Interest in the Independence of New Spain* (Durham, 1935), 295-296; Borges, Analola, "El Plan Bonaparte y sus Repercusiones en los Documentos Anglo-Españoles," en *Cuarto Congreso de Historia de América*, Tomo VII, Buenos Aires, 1966, 205-237; Penot, Jacques, *Les Relations entre la Francia et le Mexique de 1808 a 1840*, (París, 1976); Gandía, Enrique de, *Napoleón y la Independencia de América* (Buenos Aires, 1955) y Spence Robertson, William, *France and Latin American Independence* (Baltimore, 1939), 73-74.
34. *Le Moniteur Universal*, París, diciembre 14, 1809.
35. Ocampo, Emilio, "Inglaterra, la Masonería y la Independencia," *Todo es Historia*, Nro. 463-Febrero 2006.
36. Aymes, "Napoleón Ier et le Mexique", 50.

37. Ocampo, *op. cit.*
38. Vigo-Rousillon, François, "La Guerre d'Espagne, Fragments des Mémoires du coronel Vigo-Rousillon", *Revue des Deux Mondes*, París, Vol. 116, Julio 1891, pp.918-919.
39. Napoleón a Bassano, 23 de agosto de 1811, en *Correspondance de Napoleón Ier*, París, 1859-1870, Vol. XXII, p. 506 y Bassano a Serurier, 16 de septiembre de 1811, en Villanueva, *Napoleón y la Independencia de América*, 278-280.
40. Gallatin a Madison, 17 de septiembre de 1810, en Stagg, *op. cit.*, 2: 545.
41. Serurier a Bassano, de noviembre de 1811, en Villanueva, *Napoleón y la Independencia*, 282.
42. de Caulaincourt, Armand, *With Napoleon in Russia* (New York: Morrow, 1935), 305-306.
43. Palacio Fajardo, ob. cit., 352, y Parra Pérez, Caracciolo, *Una misión diplomática venezolana ante Napoleón en 1813* (Caracas, 1953); Robertson, *op. cit.*, 102-104; Urrutia, Francisco J., *Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano-Americanas* (Madrid: Ed. América, 1918), 49-50 y Miramón, ob. cit, 87-90.
44. Vivian, J. H., *Minutes of a Conversation with Napoleón Bonaparte during his Residence at Elba* (London, 1839), 23.
45. Ocampo, Emilio, *La última Campaña del Emperador: Napoleón y la Independencia de América* (Buenos Aires: Claridad, 2007).
46. Churchill, Winston S., *A History of the English speaking people*, Londres, 1958, 3: 309.
47. Fleury de Chaboulon, Pierre Alexandre, *Memoirs of the Private Life of Napoleon* (Londres, 1821), 2: 294-296.
48. Bolívar a Camilo Torres, Kingston, 22 de agosto de 1815, en Miramón, *op. cit*, 141-143.
49. Sesión secreta del 6 de julio de 1816, en *Actas Secretas del Congreso general Constituyente de las Provincias Unidas del Rio de la Plata* (Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1926), 1-2.
50. San Martín a Bowles, 7 de septiembre de 1816, en The National Archives (NA), ADM 1/1563.
51. Bowles a Croker, 22 de septiembre de 1816, en NA ADM 1/1563.
52. Bowles a Croker, 8 de abril de 1817, NA ADM 1/23.
53. Staples a Hamilton, 25 de mayo de 1817, NA FO 72/202 f.48.
54. Este era básicamente el proyecto que él mismo había pergeñado en 1807 para reducir la influencia napoleónica en Sudamérica Webster, C.K., *The Foreign Policy of Castlereagh 1815-1822* (London: G.Bell, 1934), 423.
55. Bowles a Croker, 14 de febrero de 1818, en NA ADM 1/23.
56. Proclama del general San Martín, 22 de julio de 1820, en Comisión Nacional del Centenario, *Documentos del Archivo de San Martín*, 7: 214.
57. Mitre, Bartolomé, *San Martín y la Emancipación Sudamericana* (Buenos Aires: Eudeba, 1977), 2: 425.
58. Adams a Rodney, Washington, 17 de mayo de 1823, en Ford (Ed.), *The Writings of John Quincy Adams*, pp.424-441.



Artigas en la meseta

Carlos María Herrera, ca. 1911.

Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

Artigas y los precursores de la Independencia

Por Omar López Mato*

En la Argentina celebramos como días patrios una fecha libertaria (25 de mayo de 1810) y otra independentista (9 de julio de 1816). Entre una y otra median seis años de intensas gestiones, batallas y deliberaciones. A lo largo de ese tiempo, ¿pudieron las Provincias Unidas ser libres sin ser independientes? ¿Cuál es la diferencia entre libertad e independencia? ¿Podíamos ser independientes si nuestra economía dependía de un comercio exterior cuasimonopólico? ¿Podíamos llamarnos soberanos si hasta 1880 no tuvimos moneda propia y cuando la tuvimos esta se depreció en forma exponencial, manteniéndose ligada a una moneda extranjera como referencia?

Una forma de analizar esta dualidad es a través de la etimología de las palabras.

* Médico, escritor e investigador de historia y arte. Autor de más 20 libros sobre temas históricos. Es columnista del diario *La Prensa* y colabora para diversos medios gráficos y televisivos. Conduce, junto a Emilio Perina, *Tenemos Historia* por Radio Concepto.

Libertad (del latín *libertas*) es la capacidad de la conciencia para pensar y obrar según la propia voluntad.

Sin embargo, en inglés la palabra *freedom* proviene de la raíz indoeuropea *freedom*, que significa “amar”. Del mismo origen es la palabra *afraid* (miedo), lo cual da a entender que el miedo sería una falta de amor, porque libertad y amor son condiciones relacionadas, al menos desde el punto de vista etimológico.

La palabra *independencia* (del latín *in* ‘negación’ - *dependere* ‘colgar de arriba’) es “no estar bajo la voluntad de otro”. Un Estado independiente es aquel que toma sus decisiones sin depender de voluntades ajenas. ¿Acaso eso es factible?

En 1810 las Provincias Unidas del Río de la Plata optaron por pensar y obrar según su propia voluntad, pero subordinadas, no a la nación española, sino a la figura del rey Fernando VII que, al estar preso de Napoleón, no tenía autoridad sobre sus súbditos. Lo que se discutió en el período que va de 1810 a 1816 fue si las Juntas en España tenían el poder de tomarse la atribución de gobernar a las colonias como antes lo hacía el rey.

La gesta de Mayo

En el ex virreinato del Río de la Plata, las provincias también discutieron el derecho que Buenos Aires se arrogaba para gobernarlas. Todo el proceso se agravó con la vuelta de Fernando VII y con la exigencia de varias provincias de tener una independencia relativa de Buenos Aires. Estos acontecimientos forzaron la definición de algunos temas que culminaron en el

Congreso de 1816, aunque no resolvieron la forma de gobierno ni la Constitución¹, como había sido el mandato.

De las naciones latinoamericanas, Argentina fue la que más años tardó en consagrar una Constitución² definitiva, a pesar de haber sido la que más tiempo estuvo fuera de la égida de España.

Curiosamente, en muchos libros de texto del siglo XIX se habla de la gesta de 1810 como independentista. Sin ir más lejos, Juan Bautista Alberdi, nuestro pensador más lúcido del siglo XIX, así lo consideraba. Como sabemos, esto no fue así. Existió una puja entre los patriotas, un conflicto interno que ocasionó innumerables problemas y sucesiones de Gobiernos, asambleas y discusiones entre las partes involucradas, que oscilaban entre la ilusión de una independencia relativa con la metrópolis (sin romper vínculos) y las ideas cambiantes de republicanos, confederados, centralistas y monárquicos.

A lo largo de esos seis años existió una amplia gama de opciones que pasaban por el sometimiento a Inglaterra —propuesto por Alvear en su carta a Lord Strangford— al simple retorno a la corona ibérica, con algunas concesiones económicas. Hubo varios intentos de implantar monarcas europeos en el exvirreinato, desde el carlotismo (que entusiasmó a varios miembros de la Primera Junta) hasta la propuesta de impo-

1. El congreso de Tucumán con posterioridad se trasladó a Buenos Aires, donde se dictó la Constitución de 1819, rechazada por las provincias.

2. Como vimos, la Constitución de 1819 no fue aceptada y la de 1826 solo estuvo en vigencia tres años. Habría que esperar hasta la Constitución de 1853 para la organización legal del país. Durante el largo Gobierno de Rosas este se negó a dar una Constitución al país.

ner un rey de origen incaico. La misión más notable fue la de Rivadavia, Belgrano y Sarratea, quienes intentaron instalar a un hermano de Fernando VII en el trono rioplatense cuando, para sorpresa de muchos, Napoleón volvió a París e inició los famosos “Cien días” que culminaron en la batalla de Waterloo. Entonces la intención de coronar a un príncipe español fracasó y también cayó la máscara de Fernando VII, tras la cual se escondían las intenciones separatistas del ex virreinato del Río de la Plata.

Derrocado Napoleón, Fernando VII recuperó el trono y de ser “el Deseado” se convirtió en “el Felón”, al derogar la Constitución española de 1812, de neto corte liberal. España volvía a ser la una autocracia borbónica, “absolutamente absolutista”.

La falta de toda intención de diálogo por parte del monarca español, el fracaso de la gestión para instaurar al príncipe Francisco de Paula³, como rey del Río de la Plata, más la derrota de Bonaparte y el consiguiente fortalecimiento del sistema monárquico en Europa con la Santa Alianza fueron algunas de las circunstancias que empujaron a las Provincias Unidas hacia la independencia, aunque en la amplia geografía del virreinato coexistían distintas formas de ver esta cuestión.

El espíritu separatista, republicano y federal primó en las tierras mesopotámicas, impulsado por don José Ger-

3. Las malas lenguas decían que en realidad Francisco de Paula era hijo de la reina y del ministro Manuel Godoy. El mismo Goya, al pintar el retrato de la familia real, destaca el parecido entre el joven y Godoy al que llamaban “el Príncipe de la Paz” (por su negociación de la Paz en Basilea en 1795).

vasio Artigas. En Cuyo también se propugnaban las ideas independentistas promovidas por San Martín con miras a la campaña a Chile y Perú. Este deseaba la independencia para que la guerra con los realistas no fuese una guerra civil, sino una guerra entre naciones. San Martín apoyaba la propuesta de una monarquía parlamentaria, en coincidencia con Belgrano, que buscaba un príncipe para coronar en estas tierras, y a falta de uno europeo propuso uno incaico. Belgrano tenía la idea de consagrar al hermano menor de Tupac Amaru (Juan Bautista) o a Dionisio Inca Yupanqui, quien se desempeñaba como coronel de un regimiento de dragones y había concurrido al congreso de Cádiz como representante de la Colonia.

En las provincias del Alto Perú había más resistencia a la separación de España, mientras que en Tucumán y en Salta primaba la intención de pelear contra el yugo español, como lo habían hecho bajo el liderazgo de Belgrano. Buenos Aires siguió una política zigzagueante hasta que los acontecimientos en Europa precipitaron su decisión.

La ambivalencia de la clase dirigente porteña se expresó de distintas formas a lo largo de nuestra primera década de vida. Este conflicto subsistió hasta que se tomó la decisión de cortar vínculos con España o con cualquier otra potencia extranjera, aunque las diferencias en cuanto a las propuestas de organización nacional continuarían a lo largo de casi cincuenta años, con sus secuelas de conflictos civiles y represión autoritaria.

Proyectos independentistas

¿Cuándo comienza esta gesta independentista? Algunos afirman que el haber elegido a un virrey como Liniers después de luchar contra los ingleses fue el primer esbozo independentista, afirmación ambiciosa, ya que fue Liniers el primer contrarrevolucionario en 1810, posición que le costó la vida.

Hay quienes ven la Revuelta de Elio en 1808 como un prolegómeno de la independencia cuando este —vinculado con Martín de Álzaga— desconocía a Liniers como virrey por ser “afrancesado”.

Algunos autores opinan que las ambiciones segregacionistas empezaron el mismo 25 de mayo cuando un grupo de exaltados ya insinuaba una intención independentista, mientras los más cautos (que eran la mayoría) se sentían más cómodos invocando al monarca español como referente.

Ese 25 de mayo de 1810, Fidel López describió a un temeroso Mariano Moreno (que hasta entonces no había participado ni en la guerra contra los ingleses, ni en los preparativos de la Revolución) preguntándose qué habría de ser de ellos si volvían los españoles. Los patriotas no quemaron las naves como Hernán Cortes: se valieron de excusas y de juegos de palabras para disfrazar una actitud ambivalente.

Don Martín de Álzaga fue quizás el español más interesado en declarar una independencia relativa de la Metrópolis. Estaba más cerca de proponer una especie de Commonwealth (como propugnaba Jovellanos en la península) que una separación efectiva; en su defecto prefería coronar a Carlota como

Reina del Plata. Esta era, sin dudas, la opción menos traumática, pero las pasiones dominaron los ánimos, y la codicia obnubiló la mente de algunos dirigentes.

En junio de 1812 se firmó la Constitución liberal en España, más conocida como “la Pepa” por haber sido promulgada el día de San José. Los patriotas y los miembros del Partido Moderado Español procuraron un acercamiento de las partes con el compromiso de enviar dinero a la Península a fin de apoyar la guerra contra Francia y, a su vez, despachar diputados a las Cortes de Cádiz para deliberar sobre el futuro de España y sus colonias. Hubiese sido esta la solución menos sanguinaria, una natural conjunción de intereses por lazos de sangre y por una historia en común, pero los mismos liberales españoles no estaban tan dispuestos a equipararse a los representantes de las colonias, y las tratativas así dispuestas estaban condenadas al fracaso.

Un mes después de haber sido promulgada la Constitución en Cádiz, Álzaga y otros cuarenta y ocho españoles fueron acusados por un esclavo que decía haber escuchado una conversación en la que estos promovían una contrarrevolución para derrotar al Triunvirato, aprovechando la proximidad de las tropas portuguesas en la Banda Oriental.

Treinta y dos de los apresados fueron ejecutados a fin de ofrecer una sanción ejemplificadora. Tras esta medida se adivinaba la mano de Bernardino Rivadavia, dispuesto a cobrarse una vieja afrenta infligida por el otrora poderoso don Martín. Además de este héroe de la Reconquista, murió fray José de las Ánimas, el coronel Felipe Sentenach y Francisco de Tellechea

(un rico comerciante cuya única hija y heredera de 14 años se casó poco después con Martín de Pueyrredón), todos ellos de destacada actuación durante las Invasiones y ricos comerciantes a los que se les confiscaron sus bienes, utilizados para sostener el esfuerzo bélico en el Alto Perú y en la Banda Oriental. De esta forma se descabezaba a la dirigencia mercantilista española en el Río de la Plata.

Cabe destacar que, pocos meses antes, el 21 de marzo de 1812, había muerto en Buenos Aires el obispo Benito Lué y Riega, feroz monárquico y españolista. Después de la Revolución de Mayo, Lué intentó refugiarse en Montevideo, aún en manos hispanas, pero le fue prohibida la salida de Buenos Aires. El obispo mantuvo frecuentes enfrentamientos con los curas más afectos a la causa patriótica, a punto tal de sostenerse que su impensada muerte habría sido fruto de un envenenamiento durante una cena opípara (preferencia del obispo que hacía caso omiso de uno de los pecados capitales, la gula).

Los dedos acusadores señalaron al padre Ramírez, y varios historiadores sostienen que fue Sarratea quien proveyó el veneno. El escándalo fue prontamente aplacado, y varios curas, como el célebre presbítero Antonio Sáenz, futuro rector de la Universidad de Buenos Aires, debieron concurrir a un obligado retiro en Luján, donde seguramente meditaron sobre lo difícil que es dar a Dios lo que es de Dios y al Cesar lo que le pertenece...

El acto más destacado convocado con la intención de separarse de España fue la Asamblea del Año XIII, aunque no se decretó la independencia ni se promulgó una constitución, ni se consagró la bandera... Solo se avanzó tímidamente ha-

cia una forma de Gobierno autónomo. Esta timidez obedecía a que aún estaba viva en la memoria la Represión de 1809 en el Alto Perú, castigada brutalmente por los españoles.

La Asamblea del Año XIII fue convocada el 14 de octubre de 1812. Debían elegirse cuatro diputados por Buenos Aires y dos por cada capital de Provincia (hecha la excepción de Tucumán, ciudad a la que le fue concedida esa licencia a pesar de depender de Salta, por su heroica actuación en la batalla que se había librado a las puertas de esa ciudad). La votación fue *in voce*.

Los porteños eran mayoría dentro de la Asamblea; muchos de ellos pertenecían a la Logia Masónica. En esta había bandos contrapuestos con respecto al tema de la independencia, aunque primó el grupo conducido por Carlos María de Alvear, quien veía con preocupación la ruptura de lazos con España. La Logia fue el vehículo de los intereses británicos de no declarar la independencia, ya que España entonces era una aliada en su lucha contra Napoleón.

Como ya hemos señalado, el más ferviente promotor de la Independencia fue José Gervasio Artigas un, oscuro oficial oriental. Mucho se ha hablado de dónde sacó un oficial de Blandengues, criado en las asperezas de los trabajadores rurales, las ideas de avanzada que expuso en más de una oportunidad. Se ha comprobado que el Protector tenía un ejemplar de la *Independencia de la Tierra Firme*, de Thomas Paine, que incluía una copia de la Constitución del estado de Massachusetts. Desde un primer momento Artigas expuso sus ideas sobre una independencia “relativa y absoluta” (es decir, separarse de

España y establecer un régimen de autodeterminación de cada provincia a fin de mantener un pacto defensivo).

Para que sus diputados concurriesen a la convocada Asamblea del año XIII, llegó a un acuerdo con Manuel Sarra-
tea, el extriunviro y general de las tropas porteñas en la Banda Oriental, con quien mantenía una relación tirante. A fin de desahogar la situación, firmaron el Convenio de Yi (enero de 1813) para sumar sus tropas al sitio de Montevideo y enviar diputados a Buenos Aires.

Ese mismo año, un mes más tarde, Belgrano vencía a los monárquicos en Salta, y San Martín derrotaba a los realistas en San Lorenzo a orillas del Paraná. Estas victorias que afianzaban la posición de los criollos, no modificaron el ánimo de los asambleístas porteños, poco predispuestos a declarar la independencia del acuerdo a las inquietudes británicas expresadas por Lord Strangford, árbitro de los intereses ingleses en el hemisferio sur.

En la Banda Oriental se procedió a elegir a los diputados que debían llevar las instrucciones del Congreso de Tres Cruces a la Asamblea en Buenos Aires. Estas consistían en declarar la independencia de la Metrópolis, proclamar un sistema de “Confederación para el pacto recíproco de las provincias”, además de promover la libertad civil y religiosa y de mantener la separación de los tres poderes que “jamás podrán estar unidos entre sí”.

Pedían, a su vez, que el Gobierno de las Provincias Unidas residiese fuera de la ciudad de Buenos Aires, reclamo con el que coincidieron los diputados de Tucumán, Jujuy y Potosí.

Poco pudieron escucharse estas voces disidentes porque los porteñistas, que eran mayoría (Larrea y Posadas representaban a Córdoba y Alvear a Corrientes), no reconocieron los diplomas de los diputados orientales, que así quedaron fuera de la Asamblea.

Nos es lícito afirmar que con el rechazo de los diputados orientales comenzó la disputa entre federales y unitarios que tiñó nuestras guerras civiles. Estos últimos eran partidarios de un Gobierno único (de tendencia monárquica) y central con sede en Buenos Aires, ciudad que se creía con derecho a heredar la hegemonía española, mientras que otras provincias discutían este liderazgo, que creían infundado. Los federales, por su lado, pretendían un mayor grado de autodeterminación para cada una de las provincias.

Rechazados los diputados orientales, se le encomendó a Rondeau, el oficial de más alto rango entre las tropas que sitiaban Montevideo, que convocase a una nueva elección, pero excluyendo a los electores de las localidades donde los artiguistas habían sido mayoría. Artigas, obviamente, desconoció a los delegados elegidos por este Congreso.

La Asamblea del Año XIII no proclamó la Independencia ni dictó Constitución, pero excluyó toda mención de Fernando VII, ya que varios diputados creían que no habría de volver a asumir el Gobierno de España. Sin embargo, la Asamblea tomó algunas medidas de fondo como las de cesantear a todo ciudadano español que no se hubiese naturalizado, dictó la libertad de vientres, suspendió la mita y el yanaconazgo, abolió los títulos nobiliarios y prohibió el uso de uniformes extranjeros.

También desconoció a la Inquisición y estableció la escarapela y la marcha patriótica como símbolos identificatorios, pero no reconoció la enseña nacional propuesta por Belgrano. Hasta 1815 la bandera que enarbolaron nuestros ejércitos fue la española.

Si bien muchas de estas medidas habían sido copiadas de la Constitución española de 1812 (la famosa Pepa por haber sido promulgada el día de San José), las Provincias Unidas se ponían a la cabeza de los adelantos sociales. Sin embargo, estas medidas fueron más enunciativas que efectivas porque no había muchos nobles en el territorio del Río de la Plata, y al único conde autóctono (Santiago Liniers, conde de la lealtad) lo habían fusilado. El marqués de Yavi y el barón Holmberg siguieron luciendo sus títulos sin inconvenientes.

Solo había un mayorazgo en el territorio de las Provincias Unidas (que era el de la familia Brizuela y Doria en La Rioja), y la mita y el yanaconazgo se practicaban fundamentalmente en el Alto Perú, que seguía en manos de los españoles.

Lo de los uniformes era lógico porque habían surgido algunas confusiones de nefastas consecuencias durante las contiendas, y la escarapela servía para distinguir amigos de enemigos en esas contingencias.

Por último, la tan mentada libertad de vientres terminó perjudicando a la gente de color, porque los hijos de esclavos debían abandonar prontamente la casa de sus amos. ¿Dónde iba a ir un joven de color sin educación ni oficio? Pues a convertirse en soldado. Por esta razón, muchos jóvenes negros fueron a parar a los ejércitos de la patria, donde sirvieron de carne de cañón. Debido a esta decisión, una ciudad como Bue-

nos Aires que contaba con un treinta por ciento de habitantes de color terminó constituida por una población casi exclusivamente de origen europeo.

La Asamblea otorgó una amplia amnistía, pero excluyó de esta a Saavedra y a Campana (el primero por estar sospechado de ordenar la muerte de Mariano Moreno y el segundo por la asonada de los orilleros en 1811). En el orden económico establecieron la fiscalización de la tierra pública (base de la futura enfiteusis) y nacionalizaron la minería —con el fin de recuperar las minas del Potosí o de poner en marcha las de Famatina—. Por otro lado, suspendieron la ley que obligaba a los comerciantes extranjeros a consignar sus productos a mercaderes locales. Esta ley terminó beneficiando a los comerciantes extranjeros, ya que los británicos lograron eludir los empréstitos forzosos que obligaban a los locales a aportar fondos para la guerra de liberación. Los ingleses dominaron el negocio del cuero y del sebo, además de comprar con descuento los bonos a corto plazo emitidos por el Segundo Triunvirato. Estos bonos fueron utilizados a su valor nominal para pagar los aranceles de exportación, lo cual fue beneficioso por la inflación (que entonces rondaba el seis por ciento anual).

Los comerciantes criollos, desplazados por los británicos, se volcaron intensivamente a la ganadería y al negocio de los saladeros. Estos serían el sostén económico de las provincias en las décadas venideras.

La Asamblea no fue muy popular en Buenos Aires a punto tal que el decreto de iluminación y festejo por la reunión de los diputados despertó tan poco fervor que las autoridades debieron ir casa por casa conminando a su cumplimiento.

1813

Mientras esto se deliberaba a orillas del Plata, Napoleón retrocedía perseguido por el “General Invierno” en Rusia. El 13 de junio de 1813 Wellington derrotaba a los franceses en Vitoria (España).

En la Banda Oriental continuaba el sitio de Montevideo a pesar de la heroica Batalla del Cerrito. Esta victoria no apaciguó los enfrentamientos entre Sarratea y Artigas, que culminaron el 16 de enero del año 1813 con la desaparición de toda la caballada del ejército liderado por el extriunviro porteño. De la noche a la mañana desaparecieron miles de caballos sin un relincho. Obviamente, Sarratea pensó que Artigas y sus charrúas debían estar detrás del asunto. Viéndose acorralado, Sarratea ofreció una suma tentadora para deshacerse de Artigas. A tal fin tentó a Fernando Ortogués, primo del Protector, quien se quedó con el dinero y denunció la situación a las autoridades. Después de otra mendaz acusación a Artigas, haciéndolo pasar como un traidor aliado de Vigodet, Sarratea se vio obligado a volver a Buenos Aires el 21 de febrero de 1813. El jefe de los orientales se había impuesto a la conjura porteñista.

La decepción por el devenir de la Asamblea del Año XIII y las desinteligencias en la conducción del sitio de Montevideo calaron hondo en el espíritu de Artigas quien, con razón, se sentía traicionado. El 20 de enero de 1814 partió con rumbo desconocido. Emprendía “La Marcha Secreta”. Dejó una nota a un amigo que decía: “He sido tratado con el último desprecio, vejada mi seguridad y la de los pueblos... Voy siguiendo mi gran obra”.

La desaparición de Artigas creó inquietud entre los sitiadores, circunstancia aprovechada por los españoles para salir de Montevideo a forzar la situación. Poco duró su entusiasmo; las tropas criollas no abandonaron sus puestos, y los realistas debieron volver a la protección de las murallas. No en vano los españoles llamaban a Montevideo “La Fidelísima”.

Alarmado por el protagonismo de Artigas, el 11 de febrero de 1814, el Director Posadas declaró a Artigas traidor y le puso precio a su cabeza (6000 pesos, una cifra muy superior a los 200 pesos que le había entregado la Primera Junta para sublevar a la Banda Oriental en 1810).

El diputado oriental, Felipe Santiago Cardoso, supuesto autor de la Constitución Federal presentada a la Asamblea del año XIII, fue acusado de mantener correspondencia “sediciosa y turbativa” con las autoridades del Alto Perú, a las que había invitado a sumarse a la lucha de las Américas, proponiendo un sistema federativo. Cardoso fue apresado, y el Gobierno porteño lo condenó a muerte por las misivas cursadas, aunque la ejecución no se llevó a cabo, transmutada por el exilio en La Rioja.

Por varios meses Artigas no dio a conocer su paradero, ya que podía correr una suerte aún peor a la de Cardoso. Enterado de estas desavenencias, Vigodet le ofreció al jefe oriental la posibilidad de pasarse al bando realista. Artigas rechazó el ofrecimiento con una frase reveladora: “Con los porteños tendré siempre tiempo de arreglarme, pero con los españoles jamás”.

El jefe de los orientales aprovechó su alejamiento de Montevideo para incrementar su prestigio en la Mesopotamia. La

presencia del caudillo, a escasos kilómetros de Buenos Aires, inquietó a los porteños, quienes enviaron al recientemente arribado barón Holmberg para atrapar al sedicioso. A orillas del arroyo Espinillo, en Entre Ríos, se libró la primera de las muchas batallas que jalaron la contienda entre unitarios y federales. La suerte le resultó esquiva al barón, quien fue capturado por las tropas artiguistas y pudo volver a Buenos Aires gracias a la magnanimidad del oriental, convencido de que Artigas tenía razón...

La prédica federativa de José Gervasio se elevaba sobre las cuchillas mesopotámicas junto a la bandera creada por Belgrano, pero cruzada por una banda roja, para simbolizar la sangre derramada en las luchas libertarias y que el oriental usaba como insignia.

Mientras tanto y por unos meses más, continuó flameando la enseña española sobre el fuerte de Buenos Aires.

Hambreados por el sitio y bloqueo impuestos por la flota patriótica conducida por el almirante Brown, los españoles en Montevideo estaban dispuestos a negociar una capitulación honrosa, siempre y cuando Artigas estuviese presente. La derrota de Holmberg y la amenaza de sublevar toda la Mesopotamia hizo recapacitar al Gobierno de Buenos Aires. Debían arreglar con Artigas y a tal fin enviaron a Francisco Candiotti (rico estanciero conocido como el “Príncipe de los gauchos”) y al fraile Mario Amaro para ofrecerle al oriental una retractación. “El ciudadano Artigas ha sido indignamente infamado”, proclamó en un documento el Director Supremo. Artigas pasaba de bandido a prócer solo con la firma de un decreto.

Allanadas las diferencias, Posadas le escribió una carta a Artigas, donde lo trataba de “mi amigo y apreciable paisano...”; era momento de unirse para tomar Montevideo.

En 1814, Napoleón estaba recluido en la isla de Elba, pero el 22 de marzo decidió volver a París para tomar el Gobierno, apenas acompañado por un reducido séquito. Jamás el pequeño Corso fue más grande, enfrentando solo a los ejércitos que salían a apresarlos y caían rendidos a sus pies. Napoleón volvió a ceñirse la corona de Emperador y a amenazar a las monarquías europeas.

Casi al mismo tiempo y ante el asombro tanto de peninsulares como de criollos, Fernando VII volvía al trono español. Sin aclamaciones y sin proclamas se instaló en el Palacio Real el 4 de mayo, decretó la ilegalidad de todo lo actuado por las Cortes de Cádiz y derogó la Constitución de 1812, que limitaba su poder. De nada había servido la gesta de los intelectuales liberales, de nada había servido la guerra contra Francia en ausencia de su rey; Fernando volvía y tiraba por la borda años de esfuerzo. Como se ha dicho, de “Deseado” a “Felón” en un paso.

Obviamente, hubo reclamos y quejas, pero poco duraron. ¿Por qué no se encontró más resistencia?, porque la Constitución de 1812 implicaba un aumento de los impuestos a los campesinos. Al verse liberados de esta onerosa carga, el campesinado apoyó masivamente al monarca. Con el rey regresó la Compañía de Jesús, se reavivó la Inquisición y se favoreció a la Iglesia. Esto le otorgaba a Fernando el apoyo de gran parte de la población, que desconfiaba de “masones y de herejes”.

Los liberales no se aplacaron a pesar de la represión y hubo varios alzamientos en los años siguientes y hasta 1820, cuando una revolución liberal (fogueada por algunos criollos) impidió el envío de una gran armada para recuperar el Río de la Plata.

La situación de las colonias

La represión en las colonias españolas, que no se había atenuado en ausencia de Fernando VII, se reavivó cuando este volvió al trono. El monarca deseaba recuperar su Imperio, y especialmente la renta de sus colonias para reconstruir su poder.

Durante ese conflictivo año 1814, el 15 de junio, tras la Batalla de La Puerta, los españoles amenazaron con tomar Caracas. El pueblo caraqueño, al igual que el oriental y el jujeño, apeló al éxodo y a la estrategia de tierra arrasada que tan buenos resultados les había reportado a los rusos contra Napoleón. Este éxodo debilitó a la Segunda República de Venezuela, y el Libertador Simón Bolívar debió retirarse a Jamaica y a Haití, donde conoció a la curiosa monarquía negra instaurada por el general Petión (quien años más tarde asistiría también al coronel Manuel Dorrego durante su exilio).

La Junta de Asunción de Paraguay no envió diputados a la Asamblea del Año XIII, a pesar de haber sido invitada a participar. La figura de Gaspar Rodríguez de Francia se agigantaba dejando de lado al otro cónsul, Fulgencio Yegros. En octubre de 1814, Rodríguez de Francia fue proclamado Director Supremo de la República por voto popular. Una de las primeras

medidas de Francia fue cortar la relación de subordinación y dependencia con Buenos Aires. A pesar de la carta de Artigas donde invitaba a unir fuerzas contra los porteños, Francia prefirió la política de reclusión que caracterizó su gesta.

En México la figura dominante era la del cura José María Morelos quien, después de haber liderado la revolución contra los españoles, convocó al Congreso de Chilpancingo, donde se promulgó una Constitución, y el 6 de noviembre de 1814 se declaró la independencia de México. Corta vida tuvo la República mexicana, ya que una fuerza expedicionaria española reconquistó el antiguo virreinato. Morelos murió fusilado el 22 de diciembre de 1815.

Mientras que Fernando permaneció alejado del trono, su hermana, la reina Carlota, casada con Juan VI de Portugal, aspiraba a gobernar todo el territorio del virreinato del Río de la Plata, fogueada por Lord Strangford (hombre de muchos ascendientes sobre la Corte lusitana después de haber organizado su huida desde Lisboa a Río de Janeiro para que no cayera en las manos de Napoleón). La idea de tener a Carlota en el trono porteño no les disgustaba a muchos de nuestros patriotas (como Vieytes, Paso, Castelli y el propio Belgrano), pero no así a los artiguistas, quienes habían vivido de cerca la amenaza constante de los portugueses, invasores de las Misiones Jesuitas orientales al río Uruguay y depredadores de todo el territorio al norte del Río Negro en la provincia cisplatina. Darle el trono a Carlota implicaba entregarse a los odiados “portugos”, y esa hubiese sido la peor suerte para los orientales, razón suficiente para oponerse a este proyecto.

La caída de Montevideo

Mientras esto acontecía en el mundo, los españoles de Montevideo no pudieron resistir el sitio, y el 21 de junio de 1814 capitularon ante el joven general porteño Carlos María de Alvear, aunque habían estado en tratativas con Otorgués para entregar la plaza a Artigas. El hambre pudo más y, después de una larga serie de condiciones que el general Alvear prometió cumplir, Vigodet abrió las puertas de la fortaleza. Alvear poco tardó en romper su palabra bajo el pretexto de un supuesto complot, que terminó con Vigodet y sus oficiales en la cárcel. Esa misma noche las fuerzas porteñas perpetraron un inexplicable ataque contra los orientales acampados a las afueras de Montevideo. Alvear se fue en confusas explicaciones y le dio largas al asunto mientras vaciaba a la ciudad de Montevideo de sus defensas. Los trescientos cañones que la protegían se transportaron a Buenos Aires, más municiones, pólvora, mercadería y dineros públicos. Estos fueron reclamados en varias oportunidades por Artigas, sin resultado alguno. La fortaleza quedó como una cáscara vacía e indefensa.

La toma de Montevideo es un hito importante en nuestra historia, quizás el más importante en el Río de la Plata durante la guerra de emancipación, porque privó a la marina española de un puerto donde desembarcar sus tropas para la reconquista de sus colonias.

Como dijimos, muchos miembros de la conducción porteña temían la retaliación hispana (de allí la sucesión de Gobiernos que caracterizaron nuestros primeros años de vida).

¿Juntas o Triunviratos? ¿Monarquía o República? ¿Director Supremo o gobernadores? De nuestros próceres, los pocos que encarnaban el ideario republicano eran Artigas y sus seguidores, Ramírez, López y Güemes (quien había servido en la Banda Oriental).

Belgrano, San Martín, Rivadavia, Pueyrredón, Alvear, Paso y muchos otros abrazaban ideas monárquicas con un sistema parlamentario a la inglesa.

Cuando aún no había caído Montevideo, Sarratea le envió una carta a Fernando VII, devuelta a sus funciones reales después de un dorado cautiverio, en la que se declaraba “Vasallo de su Majestad...” y expresaba su disposición para lograr la conciliación con la metrópolis después de una “gran confusión” ocasionada por su ausencia. ¿Volver a los brazos de “el Deseado”? ¿Traer a uno de sus hermanos como rey? ¿Subordinarse a Inglaterra? Esas eran algunas de las preguntas que mantenían en “una gran confusión” a los patriotas.

Las diferencias entre porteños y orientales se fueron tensando mientras esquilmban prolijamente a la ciudad de Montevideo. La conflictiva relación entre las partes llegó a tal punto de efervescencia que el Gobierno de Buenos Aires envió a uno de sus mejores oficiales, el Coronel Manuel Dorrego, a poner orden en la Banda Oriental.

Artigas convocó a sus tropas, incluidos varios centenares de charrúas, para enfrentar a Dorrego. Conocedores del terreno, los orientales atraieron a los porteños hacia el paso de Guayabos mediante un ardid pergeñado por Fructuoso Rivera. Allí fueron encerrados y exterminados. Dorrego apenas pudo esca-

par con un puñado de hombres, entre los que se encontraba un joven cadete llamado Juan Galo Lavalle. Este nunca le perdonó a su jefe esta derrota ignominiosa.

Aconsejado por Lord Strangford, Posadas se decidió a enviar una comitiva a España para reconciliarse con Fernando VII, pero tratando de lograr cierto grado de autonomía. En principio, Manuel Belgrano y Pedro Medrano viajarían para reunirse con Sarratea, quien desde hacía meses trataba de “felicitar al rey y obtener la paz para las provincias”. A último momento Medrano fue reemplazado por Bernardino Rivadavia, rehabilitado después de su desafortunado paso por el Triunvirato. En Río de Janeiro, Belgrano y Rivadavia pasaron casi obligadamente a brindar sus respetos a Lord Strangford, con quien charlaron largamente, abrevando de sus opiniones sobre el destino de las Provincias Unidas.

El viaje de los embajadores estuvo a punto de lograr su cometido y traer un príncipe español a fin de coronarlo rey del Río de la Plata, Chile y Perú. El príncipe de marras era Francisco de Paula, hermano menor de Fernando VII (y supuesto hijo de la reina Luisa con el príncipe Godoy). El exrey Carlos IV estaba muy contento de volver a recuperar una parte de su poder y cobrar una suculenta pensión, que sería donada amablemente por sus agradecidos súbditos porteños, quienes también prometieron pensiones y honores al exministro Godoy. Tan entusiasmados estaban los diputados del Río de la Plata que Manuel Belgrano redactó una Constitución, y junto al monarca planearon modificar el escudo consagrado por la Asamblea del Año XIII, inclu-

yendo en este las tres flores de lis de los Borbones... pero todo llegó a su fin cuando Fernando se enteró de que sus padres pensaban mutilar su imperio, y, para colmo de males, a Napoleón se le ocurrió volver de su exilio. Con la “Bestia” suelta, cualquier cosa podía pasar. No, era mejor dejar las cosas como estaban.

Posadas le escribió a San Martín: “El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo [...] y nos ha dejado en los cuernos del toro”.

Como hemos dicho, la actuación de Alvear en Montevideo había sido poco honrosa (para no decir bochornosa), y así se lo hicieron saber las autoridades españolas a Rivadavia y a Belgrano. El mismo Lord Strangford lo comentó con el ministro Castlereagh, dubitativo ante el ofrecimiento de España, que prometía concederle ventajas comerciales en sus colonias si los asistían en la reconquista de América Latina. Ante la negativa británica (que bien sabía que de una u otra forma obtendría esas ventajas... y así fue), Fernando VII recurrió a Rusia que, después de la derrota de Napoleón, ya se perfilaba como una nueva potencia mundial, pero no se llegó a un arreglo por problemas con la flota rusa. (Una lástima porque la actividad del Tsar y su gente en tierras de América del Sur se hubiese prestado a las más bizarras aventuras).

Castlereagh instó a España a conservar su ascendencia legal y derechos preferenciales de comercio sobre sus colonias, pero creía conveniente otorgarles un gobierno propio y libertad de comercio con todo el mundo. Fernando VII, aunque debilitado por años de guerra, no estaba dispuesto a realizar

esas concesiones; se jugó el todo por el todo y al final se quedó con nada. Fernando VII fue lo peor que le pasó a España...

Carlos María de Alvear era una máquina de dar sorpresas; gracias a la toma de Montevideo, su tío Posadas lo nombró Jefe del Ejército del Norte, y el joven general marchó a su puesto enarbolando la enseña española. Este gesto, más el rumor de que Posadas había acordado la entrega de las Provincias Unidas a España después del retorno de Fernando VII al trono, causó el descontento de los soldados criollos, quienes se rebelaron el 8 de diciembre de 1814. A pesar de tener el Ejército del Norte en contra, no gozar de la simpatía de San Martín (quien organizaba el ejército de los Andes en Mendoza) y haber sido derrotado Dorrego en Guayabo, el 15 de enero de 1815 Alvear asumió como Director Supremo. A dos semanas de haber tomado el mando, siempre preocupado por la amenaza de invasión al Río de la Plata por parte de una flota española, el nuevo Director Supremo le envió una carta a Lord Strangford a través de José Manuel García, en la que le ofrecía a Gran Bretaña el protectorado de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Después de la sorpresa inicial, el embajador inglés rechazó de plano la propuesta por no estar convalidada por la Asamblea.

El Doctor García, siguiendo las órdenes de Alvear, continuó viaje a Inglaterra para presentarse ante el ministro inglés y reiterar la propuesta. Allí se encontró con Belgrano y Rivadavia, quienes lo convencieron de no entrar en semejante componenda.

A fin de no tener tantos frentes abiertos, Alvear le ofreció a Artigas la independencia de la Banda Oriental a través de

Elías Galván y Guillermo Brown, quienes oficiaron de intermediarios. Artigas rechazó la propuesta porque sabía que su provincia, sin apoyo de las demás, sería inmediatamente invadida por los lusitanos.

El Protectorado

El poder de Artigas se extendía por las Provincias Unidas, su Protectorado se expandía más allá de la provincia de Córdoba. En marzo de 1815 tropas artiguistas cruzaron a Santa Fe para apoyar la lucha de esta provincia contra la invasión porteña, celosa del rol aduanero que tenía esta ciudad para la entrada de productos de ultramar.

Afianzado en su condición de Protector de los Pueblos Libres, Artigas se instaló en Purificación, la ciudad que fundó a orillas del río Uruguay, donde ensayó sus principios republicanos, otorgando tierra sin dueño (o que había sido expropiada de “los españoles y manos americanos”) a las personas de escasos recursos. Esto fue considerado por algunos historiadores como una revolución agraria, aunque en realidad ponía en práctica los principios jesuíticos y de los comuneros españoles venidos a América en tiempos de Carlos V.

También fijó tasas aduaneras acordadas con mercaderes ingleses y promovió la educación y la justicia en un país desolado por las guerras.

Preocupado por el auge del Protector —que dominaba literalmente la mitad del territorio de las Provincias Unidas—, Alvear ordenó al Ejército del Norte bajar de Córdoba

para luchar contra las tropas mesopotámicas. Inmediatamente los oficiales del ejército, muchos de los cuales habían conocido a Artigas y sus ideas, no tardaron en sublevarse al llegar a Fontezuelos. La presión era tal que Alvear debió renunciar no sin antes haber tratado de imponerse por el terror, haciendo fusilar al oficial Joaquín Úbeda, supuestamente relacionado con los artiguistas. La Asamblea pretendió reemplazar la figura del Directorio con la de un nuevo Triunvirato encabezado por San Martín, Rodríguez Peña y Matías Irigoyen a la cabeza, pero el primero estaba en Mendoza, y el Cabildo resistió esta iniciativa.

Acorralado, Alvear debió embarcarse en una fragata inglesa que lo condujo a Río de Janeiro. Allí, dedicó su tiempo a comunicarles a las autoridades portuguesas el número y características de las fuerzas con las que contaban las Provincias Unidas mientras le escribía una carta a Fernando VII, donde solicitaba “se digne recomendarme a su Soberana piedad”.

Años más tarde su nieto, el presidente Marcelo Torcuato de Alvear, trató de recuperar estas cartas para evitar el juicio de la historia. Como ven, no tuvo éxito.

Rondeau fue designado Director Supremo *ad referendum* de las otras provincias, pero permaneció al frente del Ejército del Norte, al que conduciría de derrota en derrota, mientras que Álvarez Thomas (sobrino de Manuel Belgrano) asumió el puesto de Director Supremo el 5 de mayo de 1815 en carácter de Director Interino. Apenas una semana más tarde, derogó las anteriores imputaciones contra Artigas, quemando en la Plaza de las Victorias todos los decretos que injuriaban al Protector. En esos días, por primera vez se arrió el pabellón español, que

flameaba desde hacía cinco años sobre el fuerte de Buenos Aires y se izó la bandera de Belgrano, mientras sobre las provincias mesopotámicas flameaba la insignia artiguista, la misma celeste y blanca, pero cruzada por una banda roja.

A fin de resolver las diferencias entre Buenos Aires y el Protectorado, Álvarez Thomas envió al coronel Blas José Pico y al doctor Francisco Rivarola como delegados para discutir los términos de un acuerdo con el padre Larrañaga y con José Reynal.

Los diputados porteños se dirigieron a Purificación, donde llegaron a mediados de junio. Con la intención de congraciarse con Artigas, llevaron como presente griego a siete oficiales orientales con los que el Protector había tenido diferencias en el pasado. Casi todos habían militado entre las tropas de Buenos Aires y enfrentado a los orientales. Artigas podría disponer de ellos a su antojo... En cambio la fiera, la bestia, el implacable caudillo enemigo de la civilización, inmediatamente los liberó. “No soy verdugo de Buenos Aires”, les espetó.

Los estupefactos diputados porteños recibieron, además de esta lección de magnanimidad, una propuesta de arreglo que repetía los postulados artiguistas: cada provincia tendría igual dignidad, privilegios y derechos; quedaban vinculadas por un pacto defensivo y deberían respetar una misma Constitución. Pico y Rivarola tenían instrucciones de ofrecer lisa y llanamente la independencia de la Banda Oriental, mientras Entre Ríos y Corrientes quedaban en libertad de elección para adherir o al Protectorado oriental o al Directorio porteño; Santa Fe y Córdoba no gozaban de esa posibilidad: debían permanecer bajo la esfera de Buenos Aires.

El Congreso

Como no llegaron a un acuerdo con los porteños, el Protector de los Pueblos Libres convocó a un Congreso en Mercedes a los delegados de las provincias artiguistas, aunque a último momento se eligió el Arroyo de la China (actual Concepción del Uruguay) para la convocatoria.

El Congreso se reunió el 29 de junio de 1895; los diputados de la Mesopotamia, incluidas Misiones, Santa Fe, Córdoba y, obviamente, la Banda Oriental propusieron articular una “unión libre, igual y equitativa”.

Los diputados enviados por Misiones eran indios de las Misiones jesuíticas, designados por Andresito Artigas. El único cuya presencia fue confirmada era la de Andrés Yacabú, y probablemente llegó para el final de las deliberaciones. Por Corrientes asistieron Juan Francisco Cabral; Ángel Mariano Vedoya, por la capital; Serapio Rodríguez, por Riachuelo; Juan Fernández, por Itatí; Sebastián Almirón, por Esquina; y el mismo Artigas, por San Roque.

Se sabe que el doctor José Simón García de Cossio asistió a las sesiones junto a Francisco de Paula Araujo, en representación del “continente de Entre-Ríos”. Justo Hereñu fue elegido por la villa de Nogoyá (Entre Ríos).

Francisco Martínez, Pedro Bauzá, Miguel Barreiro (y seguramente algunos más de quienes no hay registro porque convivían con Artigas en su campamento de Purificación) asistieron al nuevo Congreso.

Por Santa Fe fueron Pedro Aldao y Pascual Diez de An-

dino y por Córdoba fue el abogado José Antonio Cabrera y Cabrera, a pesar de que el mismo Álvarez Thomas envió al teniente coronel José Ambrosio Carranza para convencer al gobernador Díaz de que no enviase diputado alguno. Cabrera fue el único representante que asistió a ambos Congresos, el de Concepción del Uruguay y el de Tucumán. Lo acompañaron a Cabrera, José Roque Savid (o Savia) y el presbítero doctor Miguel del Corro, enviados por Córdoba. Este último también asistió a Tucumán, pero no estuvo presente en la jura.

Si bien no se ha conservado el documento original, se supone que este fue el texto redactado:

Miércoles 29 de junio de 1815

Arroyo de la China, provincia de Entre Ríos

Nos los representantes de las provincias de Misiones, la Banda Oriental, Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba, reunidos bajo la voluntad del Todopoderoso, ligados entre sí por fuertes compromisos de unión y justicia, lealtad y patriotismo, juramos la independencia absoluta y relativa de esas provincias que componen la Liga de los Pueblos Libres, no solo de España sino de todo poder extranjero o interno, enarbolando su estandarte tricolor. Dado en Arroyo de la China, firmada por nuestra mano, sellada con el sello del Congreso y refrendada por nuestros secretarios.

José Simón García de Cossio, correntino;

José Antonio Cabrera de Cabrera, cordobés;

Pascual Diez de Andino, santafecino;

Miguel Barreiro, oriental;

José Gervasio Artigas, capitán general.

Es preciso subrayar que desde abril de 1813 todos los funcionarios artiguistas se ponían en funciones con un mismo juramento:

¿Juráis que esta Provincia por derecho debe ser un estado libre, soberano e independiente y que debe ser reprobada toda adicción, sujeción y obediencia al rey, reina, príncipe, princesa, emperador y Gobierno Español y a todo otro poder extranjero cualquiera que sea y que ningún príncipe extranjero, persona, prelado, Estado potentado tienen ni deberán tener Jurisdicción alguna superioridad preeminencia autoridad no otro poder en cualquiera materia Sibil Eclesiástica dentro de esta Provincia excepto la autoridad que eso puede ser conferida por el Congreso General de las Provincias Unidas?

De acá en más, se presentaban como funcionarios de un Estado “libre, soberano e independiente”.

¿Por qué Artigas no difundió esta declaración como lo habían hecho las colonias americanas a las que trataban de emular? Quizás, y solo quizás, no quería granjearse la manifiesta enemistad de los porteños y de los españoles. Cuando Artigas se enteró de la declaración de Independencia en Tucumán, solo entonces se limitó a decir que ellos ya la habían declarado.

Terminado el Congreso, se designaron cuatro diputados para dirigirse a Buenos Aires y comunicar la determinación independentista de estas provincias mesopotámicas. Barreiro, Cabrera, García Cossio y Díez Andino viajaron el 11 de julio a bordo del *Neptuno* hacia la capital, pero no fueron atendidos

por Álvarez Thomas y estuvieron encerrados en una fragata mientras se realizaban los aportes para invadir, una vez más, la provincia de Santa Fe. Álvarez Thomas jamás habló con los delegados; quien lo hizo en su nombre fue el presbítero Antonio Sáenz, el mismo que un año más tarde firmaría el acta de Tucumán y sería el primer rector de la Universidad de Buenos Aires.

Al haberse enterado de la reclusión de sus diputados, Artigas envió una carta donde protestaba enérgicamente por ese “ultraje”. Álvarez Thomas solamente se limitó a responder, en una nota enviada el 1 de agosto, lo inadmisible de las propuestas artiguistas.

La posición de Álvarez Thomas continuaba siendo la misma; ofrecía la independencia a la Banda Oriental para terminar con las injerencias del oriental en los asuntos de las Provincias Unidas (que de esta forma dejaban de ser tan unidas). En una carta que le escribió a Artigas confirmó esta propuesta con un giro que hacía alusión a la historia clásica. “Las repúblicas de Atenas y Lacedemonia, bajo dos constituciones contrarias, consiguieron ser igualmente gloriosas y felices”.

Esta no era la perspectiva de Artigas, quien sabía que, sin un pacto defensivo, la Banda Oriental terminaría en manos de los portugueses, como aconteció un año más tarde.

Vale destacar que, mientras se constituía el Congreso en Tucumán, Bernardino Rivadavia trató de lograr un acercamiento con España. Después de largas dilaciones (porque la corte madrileña no estaba dispuesta a negociar con una colonia que se había portado en forma tan aviesa como lo había

hecho Alvear al haber tomado Montevideo) pudo reunirse con el ministro Pedro de Cevallos y le ofreció que las Provincias del Río de la Plata volviesen a ser parte de la monarquía reconociendo su vasallaje. A pesar del “generoso” ofrecimiento, la Corte no estaba dispuesta a confiar en esta gente porque ya planeaba recuperar sus colonias a sangre y fuego.

Bernardino Rivadavia fue expulsado de España. Esto aconteció el 16 de julio de 1816, una semana después que en Tucumán declararan la independencia de las otras provincias que no habían asistido al Congreso del Arroyo de la China, hecha la excepción de Córdoba, que estuvo presente en ambas declaraciones.

El fin

Un año más tarde, Artigas se encontraba en el difícil trance de pelear contra el Imperio lusitano sin el apoyo porteño. No solo no tuvo asistencia de Buenos Aires, sino que se rumoreaba que estaba en la mente de algunas autoridades porteñas el sometimiento a la corte de Río de Janeiro. Tan insistente fue esta versión que el diputado Medrano instó a la modificación del acta redactada en Tucumán, donde aclaraba que nuestra independencia no solo era de España, sino de cualquier otra potencia extranjera. Esta definitiva declaración de la Independencia fue presidida por el diputado Sánchez de Loria.

Don Gervasio continuó luchando contra la adversidad, peleando contra el Imperio, los porteños y la desazón de sus allegados, constantemente hostigados por las derrotas y por la


escasez de medios. Fueron cuatro años de sinsabores y de traiciones y de apenas un puñado de ilusiones que llegaron a su fin cuando, perseguido por Ramírez, su lugarteniente, envanecido por las propuestas de Sarratea y de Alvear, decidió abandonar la lucha iniciada casi 10 años atrás.

Antes de haber cruzado al Paraguay, donde lo esperaba un destino incierto a manos del misterioso Doctor Rodríguez Francia, entregó el dinero que le quedaba para asistir a los prisioneros orientales que languidecían en las prisiones de Río de Janeiro. Acompañado por el fiel negro Ansina, el Protector se internó en tierra guaraní, y así culminó su gloriosa tarea.

Artigas murió en el exilio paraguayo, como un humilde labrador que instruía a los niños en los secretos de la religión traduciendo la Biblia al guaraní, especialmente la lectura del Éxodo, porque insistía en que “los niños americanos debían saber que se puede elegir entre el cautiverio y el desierto”.

José Gervasio Artigas falleció el 23 de septiembre de 1850. Su gesta es aún discutida y se presta a interpretaciones, pero nadie podrá negar su franca posición independentista, federal y republicana. Fue un americanista que soñaba con una patria más grande, pero defendía con furor los derechos de la patria chica. Un hombre cuyos ideales excedían los límites de las provincias y de las dos orillas que fueron testigos de sus sacrificios.

Acta


En la benemérita y muy digna Ciudad de San Miguel del Tucumán á n
días del mes de Julio de mil ochocientos diez y seis: Terminada la Sesión ordina
el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre
grande y áugusto objeto de la Independencia de los Pueblos que lo forman: En
universal, constante y decidido el clamor del Territorio entero por su emancipación
solemne del poder despótico de los Reyes de España; los Representantes sin em
go, consagraron á tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la re
tutud de sus intenciones, é interés que demanda la sancion de la suerte suya, fi
blos representados y posteridad: Á su termino fueron preguntados: ¿ Si qu
an que, las Provincias de la Union fuesen una Nacion libre é independiente
los Reyes de España y su Metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo
dor de la Justicia, y uno á uno reiteraron ~~reiteraron~~ sucesivamente su unán
y espontaneo decidido voto por la Independencia del País, fijando en su virtud
la determinacion siguiente.

Declaracion.

Nos los Representantes de las Provincias Unidas en Sud América,
midos en Congreso general, invocando al Eterno que preside al Universo, en
nombre y por la Autoridad de los Pueblos que representamos, protestando a
Cielo, á las Naciones y hombres todos del Globo, la Justicia que regla nuestr
rostos: Declaramos solemnemente á la faz de la Tierra que, es voluntad
nime é indubitable de éstas Provincias romper los violentos vínculos que li
ligaban á los Reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despoja
é insertarse del alto caracter de una Nacion libre é independiente del Rey Fern
Septimo, sus Sucesores y Metrópoli: Quedan en consecuencia de hecho y
derecho con amplio y pleno poder para dar y dar las formas que exija la Justicia

Primera página del Acta de la Independencia.

Se observa en el margen la palabra "Declaración".

Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Escritos. Buenos Aires. Argentina.

El 9 de julio de 1816

Un hecho, muchos procesos y miles de protagonistas

Por Ricardo de Titto*

Hay hechos y hay procesos. El acto de proclamación de la Independencia celebrado el 9 de julio de 1816 en San Miguel de Tucumán se podría catalogar como un “hecho”: un grupo de gente se reúne y aprueba una resolución. Esa es la “foto”, la imagen que conserva nuestra memoria desde los años escolares y que con leves modificaciones se realimenta cada año. Laprida de pie, ceremonioso; la “casita” bien blanca y reluciente; el momento de las manos alzadas en el salón profundo, la emoción que se percibe en el aire son versiones icónicas de un pasado “capturado” en los recuerdos “tipo Billiken” y tienen —digamos— su valor cultural, como representación identitaria, en este caso, de una nación que se funda, que nace de un acto de gestación.

Comencemos por afirmar, en consecuencia, que los hechos existen: las batallas existen, los actos existen, un general con una mala decisión existe, los caballos se mancan y las ruedas se rompen... Existen también quienes plasman ideas en un escrito y la difunden por la prensa, tanto como son de carne y

*Docente, investigador y ensayista. Director de la Colección *Claves del Bicentenario*, autor de más de veinte libros de Historia argentina y americana, y colaborador del diario *Clarín*.

hueso quienes, en determinado momento, leen esos escritos. La infinita lista de tantos otros millones de pequeños y grandes sucesos cotidianos es imposible de describir o enumerar, pero todos ellos, aunque parezcan insignificantes, modifican en alguna medida la realidad. Los hechos se *provocan* y, a su vez, generan... pero ¿qué los genera?

Para intentar explicar los hechos hay que atender los procesos y todos los procesos, por definición, son complejos: presentan múltiples aristas, combinan factores decisivos y otros secundarios, admiten diversos caminos de abordaje e interpretación. Toda realidad no es sino la combinación de segmentos desigualmente desarrollados de la economía, la sociedad, la política, la cultura, las guerras —cuestiones humanas y sociales— y muchos otros elementos en juego, como puede ser la geografía, el clima o un episodio geológico y, a veces, hasta algún incidente circunstancial con apariencia de anecdótico, que se combinan para dar surgimiento a lo nuevo.

El 9 de julio de 1816, en Tucumán surgió algo nuevo: un país, las Provincias Unidas del Río de la Plata —y en Sudamérica— manifestaba a la faz de la Tierra su voluntad de conformarse como una entidad política independiente, una unidad de “provincias” con un contexto territorial no claramente definido —solo intencional, cercano al del viejo virreinato— y una unidad gubernamental común, el Directorio. También se aseguraba el expreso deseo de agrupar esa nueva entidad bajo una Constitución formal que, finalmente, el mismo Congreso dictaría tres años después. (Que ese proyecto fracasara, por ahora, es harina de otro costal).

El 9 de julio de 1816 veintinueve diputados congresales,¹ en representación de trece provincias presentes² aprobaron expresamente y a viva voz su conformidad con el Acta de Declaración de Independencia y estamparon su firma al pie del sublime texto. Como es sabido, la primera versión de ese día magno, con la fórmula “Una nación libre e independiente de

1. Ellos fueron, respetando las grafías originales del Acta: Francisco Narciso de Laprida, diputado por San Juan, presidente; Mariano Boedo, vicepresidente, por Salta; Dr. Antonio Saenz, por Buenos Aires; Dr. José Darregueyra, por Buenos Aires; Fray Cayetano José Rodríguez, por Buenos Aires; Dr. Pedro Medrano, por Buenos Aires; Dr. Manuel Antonio Acevedo, por Catamarca; Dr. José Ignacio de Gorriti, por Salta; Dr. José Andres Pacheco Melo, por Chichas; Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, por Jujuy; Eduardo Perez Vulnes, por Córdoba; Tomás Godoy Cruz, por Mendoza; Dr. Pedro Miguel Araoz, por Tucumán; Dr. Estevan Agustín Gazcon, por Buenos Aires; Pedro Francisco de Uriarte, por Santiago del Estero; Pedro Leon Gallo, por Santiago del Estero; Pedro Ignacio Ribera, por Mizque; Dr. Mariano Sanchez de Loria, por Charcas; Dr. José Severo Malavia, por Charcas; Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros, por La Rioja; L. Gerónimo Salguero de Cabrera, por Córdoba; Dr. José Colombres, por Catamarca; Dr. José Ignacio Tames, por Tucumán; Fray Justo de Santa María de Oro, por San Juan; José Antonio Cabrera, por Córdoba; Dr. Juan Agustín Maza, por Mendoza; Tomás Manuel de Anchorena, por Buenos Aires; José Mariano Serrano, por Charcas; Juan José Passo, por Buenos Aires. El diputado por San Luis, Juan M. de Pueyrredón, designado Director Supremo el 3 de mayo, estaba en viaje; uno de los diputados por Córdoba, Miguel Calixto Del Corro, estaba en comisión en el Litoral y un diputado por Chichas nunca se acreditó, mientras que a José Moldes, de Salta, no se le aceptaron los pliegos. Cuatro o cinco provincias, según se cuente, se mantuvieron al margen del Congreso y no enviaron diputados: Santa Fe, los Entre-Ríos (que comprendían a Corrientes, luego autonomizada), las Misiones (occidentales y orientales) y la Banda Oriental, agrupadas en la Liga de los Pueblos Libres.

2. Del actual territorio argentino, los diputados presentes en la sesión eran de diez provincias: siete por Buenos Aires, tres por Córdoba, dos por Salta, Santiago del Estero, Tucumán, Catamarca, Mendoza y San Juan, uno por Jujuy y La Rioja; el de San Luis estuvo ausente. De la actual Bolivia (Alto Perú) hubo cinco diputados por tres provincias: tres de Charcas, uno de Mizque y uno de Chichas, el otro, Fernández Campero, no participó de las deliberaciones porque prefirió mantenerse en su puesto de lucha.

los reyes de España y su metrópoli”, manifestaba esa voluntad respecto de la tradicional monarquía opresora de la región. Para evitar suspicacias sobre posibles connivencias con otras potencias (la corona lusobrasileña, en especial, pero también respecto de Inglaterra), diez días después, en sesión secreta y a sugerencia del diputado Pedro Medrano, se agregó de común acuerdo aquella frase “y de toda otra dominación extranjera”, con lo cual la idea de “independencia” quedó plasmada de modo fehaciente.

Aquí mismo podemos observar cómo, hasta en su redacción, hubo un *work in progress*, si atendemos al tiempo previo de consensuar la agenda del Congreso —que llevó cerca de tres meses—; los borradores del texto del Acta; la posterior redacción de sus versiones en quechua y aymará, para facilitar su divulgación en el ajetreado Alto Perú; y, por fin, los sucesivos manifiestos dirigidos a los pueblos vecinos como aquellos enviados a todos los rincones de la América hispana. Más aún, debe considerarse que con copias de esa misma acta se lanzaron a los océanos corsarios como Brown y Bouchard que, en nombre de las Provincias Unidas, guerrearón a los barcos con bandera española en lugares tan distantes como las Filipinas, las costas brasileñas, Hawái, el Caribe y California y, en defensa de valores republicanos y democráticos, enfrentaron y derrotaron a barcos esclavistas en Madagascar; de este modo liberaron su ominosa “carga” humana.

Circunscribiéndonos solo a los textos originados por el Congreso y relativos directamente a la cuestión de la independencia, se aprecia claramente esta comunión que solo explica los hechos como procesos. La historia es, justamente, la ciencia

que estudia eso, las redes que se traman e interactúan en determinados períodos y regiones, para tratar de desentrañar sus líneas (desde las más evidentes y aparentemente directas a las más complejas y abstrusas), porque las cosas no son (ni fueron), sino que parecen, cambian, devienen, mutan y solo nos permiten aproximaciones sucesivas que nos acercan a la comprensión de los fenómenos que encierran. En consecuencia, nunca estará dicha la última palabra; y también es así respecto de nuestro querido y emblemático 9 de julio.

Porque hay más. El último manifiesto del Congreso de Tucumán se hizo días antes de su traslado a Buenos Aires.³ Durante esos largos seis meses, las deliberaciones no estuvieron, justamente, encerradas en una plácida torre de cristal, allá en la “casita” venerada y, por supuesto, tampoco los congresales no vivieron aislados del mundo. Por el contrario, fue un semestre más que álgido, plagado de graves acontecimientos (revueltas, conflictos, crisis, persecuciones, invasiones, matanzas, ejecuciones, deportaciones, alistamientos ...y fiestas) que, en lo interno y en lo externo, tenían la guerra como violento telón de fondo: en el Alto Perú, con la denodada lucha de las republiquetas contra la dominación realista; en Salta y Jujuy, con la resistencia de los Infernales de Güemes a las sucesivas invasiones del ejército monárquico; en el Centro y el Litoral

3. Por eso, porque en la “capital” sesionó más de dos años mientras que en Tucumán lo hizo nueve meses, en oportunidad de la conmemoración del bicentenario nos permitimos sugerir que se llame en adelante “Congreso de Tucumán y Buenos Aires”. Sencillamente, se trata del mismo evento, que originó la primera Constitución nacional, aunque también muchos de los congresales y hasta sus autoridades fueron cambiando, renunciados unos, incorporados otros.

con la guerra civil declarada entre el Directorio y el Congreso contra la Liga de los Pueblos libres, liderada por Artigas y contra los líderes de las rebeliones provinciales como Díaz y Borges en Córdoba y Santiago del Estero; en la Banda Oriental del Uruguay y el Plata con el acoso y posterior invasión lusobrasileña y toma de Montevideo y, por fin, en el oeste, con los preparativos acelerados de San Martín con el Ejército de los Andes para emprender la epopeya de cruzar la cordillera y reconquistar Chile para la libertad.

Un panorama de guerra, con miles de muertos aquí y allá (la inmensa mayoría, anónimos para la historia), con provincias que despuntaban su voluntad de convertirse en estados autónomos y azuzaban al poder central, con los consiguientes liderazgos en disputa (muchos de ellos con jefes locales de real relevancia pero poco conocidos, aun por la mayoría de los argentinos), es el conjunto de escenarios que da cuerpo y el que anima a aquel gesto intrépido, pero cargado de un sentido mucho más terrenal que simbólico de los congresales en Tucumán.

Haciendo justicia con la complejidad del proceso que conjuga revolución y guerra con autonomías provinciales e independencia nacional y cientos de personajes que supieron estar a la altura de los acontecimientos desde distintos lugares, intentaremos dar cuenta de ello en las líneas que siguen.

Un único globo

Desde hace unos quinientos años que no hay proceso social y político del mundo que pueda estudiarse sin atender a la

situación global. Así como más cerca en el tiempo la independencia de la mayoría de los países africanos fue un reguero de pólvora que se extendió en el continente después de la Segunda Guerra Mundial, la independencia de la mayoría de los territorios hispanoamericanos guarda sincronía y hasta *ritmos*, si se quiere, coincidentes.

Tras las revoluciones de Estados Unidos y de Francia de finales del siglo XVIII y el sinuoso camino de la Francia napoleónica que finalmente sucumbía ante el poderío de las reaccionarias casas reales europeas, las revoluciones y guerras en Hispanoamérica constituyeron el proceso político más importante del mundo de las dos primeras décadas del siglo XIX: en poco más de quince años, entre 1808 y 1825, un continente casi entero alcanzó su independencia, y comenzaron a conformarse nuevos estados nacionales; así se abrió un camino democrático y republicano. Por fuera de ese proceso quedaron solo el inmenso Brasil y algunos pequeños territorios. Fue un proceso que se adelantó casi un siglo y medio a la independencia de la mayoría de África, de la India (1947), China e Indochina (1912, 1949 y 1954), Sudáfrica (1960) y de los países árabes, desde Irak (1932) hasta Argelia (1962), pasando por el propio Egipto, cuyo reino se creó en 1922. Y no olvidemos que hubo tres países que recién se liberaron de sus remisos imperios opresores casi a finales del siglo XX: Angola y Mozambique, de Portugal, en 1975 y el Sahara español, provincia de España hasta 1976.

Esta digresión por el mapa mundial de la descolonización no hace sino dar mayor relevancia y ubicar temporalmente la

verdadera epopeya que se extendió por América, desde México (todavía con Texas y California, mexicanas hasta 1836 y 1848) hasta la Patagonia y sus Islas Malvinas. Por eso, sin forzar analogías y guardando las distancias correspondientes, la gesta de San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins, Morelos, Artigas, Belgrano, Padilla, Azurduy, Hidalgo, Güemes y Miranda (con otros muchos) debe colocarse en la historia universal a la par de otros apellidos que conforman otras constelaciones y nos resultan más cercanos en el tiempo, como los de Patrice Lumumba, Nelson Mandela, Ho Chi Min, el Mahatma Gandhi y hasta el mismo Martin Luther King, todos ellos líderes o inspiradores de la libertad e independencia o de la conquista de los derechos conculcados de sus respectivas comunidades y naciones más de un siglo después.

La independencia de América hispana navegó sobre aguas turbulentas con tensiones y contradicciones y en un marco de política global, con múltiples actores motivados por variados intereses: Inglaterra y Francia, potencias en disputa, que intervinieron desde un primer plano; los Países Bajos, Alemania, la Rusia de los Zares, el imperio austríaco, los Estados Unidos, la Italia que aún no existía, como jugadores más secundarios; y, siempre atento, el Vaticano, con su poderío tutelar. Por supuesto que en primera línea se encontraban los más directamente afectados, las monarquías de España y Portugal, los peninsulares ibéricos, basadas en dinastías entrelazadas pero rivales de vieja data, los Borbones y la Casa de Braganza.

El mapa latinoamericano

Cuando se asumió la determinación de declarar la independencia en las Provincias Unidas, la situación política, local e internacional, no podía ser más crítica. Todos los primeros gritos libertarios —la Patria Vieja de Chile y su Primera Junta (1810) y los levantamientos de Quito y Guayaquil, como los de Chuquisaca y La Paz (todos de 1809)—, en más o menos tiempo, fueron ahogados en sangre por las fuerzas realistas. En México fusilaron a los dos principales líderes revolucionarios, los curas Miguel Hidalgo (1811) y José María Morelos (1815), y la Constitución de Apatzingán, proclamada en 1814, quedó sin efecto. Ese mismo 1814 cayó la llamada Segunda República de Venezuela. Al año siguiente, la expedición de Pablo Morillo, *el Pacificador*, destinada inicialmente al Río de la Plata, desembarcó en sus costas; obtuvo rápidos triunfos y obligó a Bolívar a exiliarse en Jamaica.

La declarada libertad americana cuando Fernando VII permanecía cautivo de Napoleón quedó en pie solo en el extremo sur del continente. Las batallas de Tucumán (1812) y de Salta (1813), así como el combate de San Lorenzo, habían protegido a los Gobiernos revolucionarios porteños. Los españoles perdieron su última plaza en la región con el triunfo patriota en la estratégica plaza de Montevideo en junio de 1814.

Entretanto, tras la batalla de Waterloo, el espectro republicano con el que Napoleón iluminaba Europa se apagaba y, de inmediato, el rey Fernando VII recuperó su corona; aseguró su reinado con una reacción antiliberal que anulaba todo lo

actuado por las Cortes que gobernaron en su ausencia —dentro de esto, la Constitución aprobada en 1812—, reprimió con dureza a todo sospechoso de antimonárquico y fortaleció su política al amparo de los principios de la Santa Alianza. Las casas reales de Rusia, Francia y Prusia reunieron sus empeños para frenar al republicanismo; y todos sabían que su principal foco vivo en el mundo estaba en América.

A pesar de los triunfos militares obtenidos, los acontecimientos en el Cono Sur latinoamericano no parecían pintar mejor. La grave derrota sufrida en Sipe-Sipe, en el Alto Perú, a finales de 1815, había dejado inerme y sin posibilidad de lucha al Ejército del Norte. Los heroicos comandantes de las republiquetas resistieron con fiereza, pero con escasos medios. La frontera se trasladó así a Humahuaca y quedó bajo la defensa de los gauchos de Güemes, con más compromiso, astucia y valentía que armas y preparación. Pero los realistas repitieron sus incursiones en Salta y en Jujuy, y amenazaban seriamente el camino hacia Tucumán, que se había convertido de nuevo en una plaza estratégica.

La Banda Oriental sufría el acoso de las fuerzas lusobrasileñas, y la esforzada resistencia de las guerrillas de los Pueblos Libres —desde las de Misiones hasta las de Entre Ríos— no parecía poder poner un freno al avance de estos otros realistas. Además, el Litoral seguía en pie de guerra contra Buenos Aires: sucesivamente, Díaz Vélez y Viamonte comandarían expediciones para aplastar las veleidades autonomistas de Santa Fe, mientras Montes de Oca y el mismo Balcarce acechaban y reprimían los alzamientos en Entre Ríos. La provincia de Córdo-

ba, de la mano de José Xavier Díaz, trataba de tender puentes con ambos bloques políticos (artiguistas y directoriales), y en Santiago del Estero el indómito caudillo Juan Francisco Borges se debatía en armas una y otra vez, con el objeto de instalar un gobierno autónomo respecto del tucumano: moriría fusilado por los oficiales de Belgrano.

En la propia ciudad capital había crisis: los directoriales enfrentaban la resistencia de los federales como Manuel Dorrego, Manuel Moreno y Pazos Kanki, que imprimían periódicos y panfletos donde se denunciaba al Gobierno de complicidad con los portugueses y ofrecían repetidos momentos de conflicto con los poderes centrales.

En el extremo oeste, al pie de la Cordillera, San Martín alistaba un ejército con el plan de invadir Chile y liberarla y, aunque la decisión estaba tomada, la empresa era muy complicada en cuanto a hombres y a enseres: requería de capitales, o sea, impuestos gravosos; comprar y traer armas y municiones del exterior; fabricar pólvora; requisar animales de carga; y, sobre todo, integrar y formar muchos hombres y jefes confiables. Todas estas eran tareas muy difíciles de instrumentar, más aún con un frente interno poco consolidado.

En pocas palabras, entonces, nada de paz acompañaba a la reunión del Congreso en Tucumán. Por el contrario, las noticias que llegaban eran en su mayoría negativas, y lo que predominaba en las Provincias Unidas eran los conflictos y las crisis. Sobrevolaba, sí, una especie de espíritu que animaba a los congresales, que podríamos titular casi como una “expresión de deseos” de una nueva generación política que, arrojada

y, de algún modo, acorralada, por los acontecimientos, sentía la necesidad de dar otro paso adelante. En efecto, los congresales eran en su mayoría hombres de letras mucho más que de acción. Por eso, si la posteridad ha hecho que los congresales de Tucumán sean, en su gran mayoría, personajes poco reconocidos no es una casualidad: eran personas que preferían el bajo perfil. El lugar de los líderes, los caudillos y los revoltosos (tanto los encuadrados como los desobedientes) era otro.

Desde la Concepción del Uruguay al Tucumán: en guerra

Estuvieron geográficamente lejos del desarrollo de la convención clave de Tucumán, pero son ellos también parte decisiva de esta historia. La interacción entre unos y otros era casi cotidiana. Se trata, digámoslo así, de los combatientes de la independencia, dispuestos en diversos frentes y con una gran variedad de *tipos*.

Por supuesto, los reglados eran aquellos que formaban parte de estructuras regulares, con estudios y prácticas académicas, jerarquía de mandos definida, grados y carrera militar con líneas de ascensos, uniformes y sueldos pagos por algún estado. Para este período sus paradigmas podrían ser Balcarce, Rondeau, Arenales, Belgrano y San Martín.

Pero tantos como ellos (tal vez el número era mayor) estaban los que formaban parte de grupos militares menos uniformados en todo sentido, o cuerpos locales que eran referidos como “gauchos”, “montoneros” e, incluso, “indios”. En estos casos era más común encontrar que tenían “jefes” o “comandan-

tes”, o directamente “caudillos”, cuando no “caciques”; por lo general, reportaban a una conducción política, un emergente social, que en algunos casos era el gobernador de un “país” (o alguien que pugnaba por serlo) y, habitualmente, formaba parte de alguna prominente familia de la región. Veremos en esa situación a varios hacendados y comerciantes. Sin duda Artigas, Güemes y varios de los jefes de las republiquetas, como Manuel A. Padilla y su esposa Juana Azurduy, eran emblemas de esta categoría.

Ambos grupos guerrearon en diversos frentes. Algunos se enfrentaron solo con ejércitos monárquicos (como el Ejército de los Andes, cuyos oficiales se negaron a participar de luchas intestinas), mientras que otros atendieron también guerras civiles, como el Ejército del Norte. También es esa la situación de las guerrillas artiguistas que fueron acosadas e invadidas desde el norte, el oeste y el sur por los directoriales y desde el este por el poderoso ejército portugués.

En esas luchas destacaron personajes todavía poco conocidos por los argentinos. Andresito Guazurarí fue el jefe guaraní que lideró la lucha en las misiones y en Corrientes, y fue nombrado gobernador. Se lo conoce como Andresito Artigas porque, como era habitual en aquellos años, el muchacho fue “adoptado” por José Artigas. Con él apareció el irlandés Pedro Campbell, que llegó con los invasores de 1806, desertó y, afincado en Corrientes, se ganó la confianza de Artigas, que lo nombró jefe de un regimiento integrado en su mayoría por indios, el cual resultó casi imbatible. Extranjero también era Manuel Miño, un militar español de ideas republicanas, que actuó

como auxiliar capitán de las huestes de Andresito. Otro importante jefe militar de los Pueblos Libres, aunque no artiguista, fue Estanislao López, que luego sería gobernador de Santa Fe por un cuarto de siglo. Su intervención aseguró la autonomía santafecina cuando el Congreso de Tucumán envió al ejército a imponer orden y devolver a la provincia a su antiguo carácter de intendencia de Buenos Aires. En Entre Ríos descollaron Eusebio Hereñu, que primero estuvo con los federales y luego con el Directorio, y en Corrientes quien sería su primer comandante de armas como provincia autónoma, Blas Basualdo cuyo movimiento revolucionario elevó al poder a Juan Bautista Méndez como gobernador correntino. Basualdo falleció muy joven, en 1815. Y sería injusto dejar fuera de esta lista al indómito cordobés Juan Pablo Bulnes que, adhiriendo a la causa federal, apoyó la autonomía cordobesa, exigió a su gobernador José Xavier Díaz que se definiera por la causa federal, enfrentó armas en mano a su propio suegro, Ambrosio Funes, y corrió en apoyo de Santa Fe cuando fue asediada por Buenos Aires.

Propios de la Banda Oriental son Juan Lavalleja, Fructuoso Rivera y Fernando Otorgués, todos hombres que cargaron con la lucha contra el invasor portugués. Otorgués suma una curiosidad: como jefe federal derrotó en Guayabos a los enviados de Buenos Aires, cuyo jefe unitario fue el después muy elocuente federal Manuel Dorrego.

Y, ya que mencionamos a esta guerra civil, apuntemos que el largo y cruento conflicto entre unitarios y federales tuvo su primer encuentro militar el 22 de febrero de 1814 en El Espinillo, a unos veinticinco kilómetros al este de Paraná. Allí el

entrerriano Hereñu lideró una montonera que venció al ejército directorial, dirigido por el barón de Holmberg. ¿Y quién era este barón? Un primer teniente de las Guardias Valonas llamado Eduardo Kaunitz, que era ante todo un naturalista, pero que había arribado al país junto con San Martín, Zapiola y Alvear, para sumarse a la lucha independentista.

En el bando artiguista también había doctores y hombres letrados. Propios de la Banda Oriental eran el cura Dámaso Larrañaga, Tomás García de Zúñiga y Miguel Manuel Barreiro; y en el Congreso de Oriente de junio-agosto de 1815 estuvieron presentes los doctores José Simón García de Cossio (Continente de Entre-Ríos) y Pascual Diez de Andino (Santa Fe) y don Francisco de Paula Araujo (Corrientes). No faltaron tampoco en este bando curas guerreros: fueron muy mentadas las andanzas del segundo jefe y capellán de Andresito, fray Leonardo Acevedo. En un plano más negociador se destacó fray Mamerito Amaro, hombre cercano a Artigas, aunque no tanto como fray José Benito Monterroso, que fue secretario del Protector desde mediados de 1815 y hasta 1820.

Vayamos ahora al extremo norte de las Provincias Unidas. Tenemos ahí una cantidad muy importante de militares-militantes, líderes que por propia vocación se pusieron al hombro la lucha contra el ejército monárquico que, por tres veces, había derrotado al Ejército Auxiliar del Norte. Generó un bastión realista en Huaqui (junio de 1811) primero, después en Vilcapugio y Ayohúma (primavera de 1813) y finalmente en Sipe-Sipe o Viluma, en noviembre de 1815, que resultó definitiva. Las fuerzas patriotas estuvieron comandadas sucesiva-

mente nada menos que por Juan José Castelli, Juan Martín de Pueyrredón, Juan José Viamonte, Eustoquio Díaz Vélez, Manuel Belgrano, Juan Ramón Balcarce, Mariano Rondeau, Bernabé Aráoz y Martín Rodríguez; descollaron jóvenes oficiales como José María Paz, Gregorio Aráoz de Lamadrid, Gregorio Perdriel y Manuel Dorrego, además del citado barón de Holmberg. Estuvieron nominalmente a su mando también Cornelio Saavedra y José de San Martín, que no llegaron a combatir. Es de lamentar que varios de ellos —Viamonte, Balcarce, Díaz Vélez, Rondeau y el propio Belgrano— se involucraran también en la guerra contra las provincias del Litoral.

Desde la dura derrota de Sipe-Sipe, la resistencia altopezuana descansó sobre líderes locales, tomó la forma de republiquetas, y la defensa heroica costó la vida de miles de aborígenes y criollos del altiplano y los llanos. Los apellidos de sus líderes también resuenan poco en los oídos de los argentinos. Hagámosles el homenaje correspondiente, porque su estado beligerante fue clave para que los realistas no pudieran bajar mucho más allá de la Quebrada de Humahuaca.

Por supuesto, Manuel Ascensio Padilla y su esposa Juana Azurduy, jefes de la republiqueta de La Laguna, encabezan el listado; la casi absoluta falta de mujeres en los primeros planos militares y políticos y la increíble epopeya de la coronela (admirada por Belgrano) colocan a Azurduy en un plano diferenciado. El circunspecto y eficaz Álvarez de Arenales tuvo bajo su control la republiqueta de Mizque, presente en el Congreso. También presente en Tucumán estuvo Chichas, aunque uno de sus diputados no viajó al Congreso: el *Marqués de Yavi* (cuyo

nombre era Juan José Feliciano Fernández Campero y que tenía, además, un montón de títulos nobiliarios) prefirió quedarse comandando sus fuerzas en la Puna, donde armó el llamado Ejército Peruano. Fernández Campero, que renunció a la nobleza y se sumó a los patriotas tras la Asamblea del Año XIII, fue secundado por Bonifacio Ruiz de los Llanos y por muchos capitanes indígenas como Diego Cala, Juan Antonio Rojas y Agustín Rivera. Del *Marqués de los Gauchos* quedó una bella y emotiva página cuando, el 30 de agosto, Día de Santa Rosa, arengó a sus soldados y les hizo jurar a sus soldados la independencia aprobada en Tucumán con un discurso que, curiosamente, terminaba viviendo al Imperio peruano: “Si queréis ser independientes, si apetecéis componer una nación grande, llegar al rango de vuestros antepasados, conservad la Religión Católica”, expresó. Y concluyó: “Resuenen por el aire las voces halagüeñas. ¡Viva la América del Sud! ¡Viva nuestra amada patria! ¡Viva el imperio peruano y vivan sus hijos en unión!”.

Desde las sierras al Pilcomayo las republiquetas se extendían por valles y quebradas. Fueron nueve: Ayopaya, La Laguna, Larecaja, Santa Cruz, Vallegrande, Tarija, Cinti, Porco y Chayanta. La mayoría de sus jefes murieron en su defensa. Ignacio Warnes (Santa Cruz), José Miguel Lanza (Apopaya), el sacerdote Ildefonso de las Muñecas (Larecaja), José Camargo (Cinti), Pedro Betanzos (Porco y Chayanta) son algunos de los líderes político-militares que sostuvieron esa resistencia popular con notables sacrificios y con la propia vida. El 9 de julio no hubiera sido posible sin su esforzado concurso y sin su sangre derramada en cientos de pequeños combates y acciones

de hostigamiento, aunque el Alto Perú permanecería como un bastión realista y sería liberado, finalmente, recién a finales de 1824, tras la batalla de Ayacucho.

Apuntemos, por último, un detalle de color. Uno de los triunfos más importantes de este período fue el conseguido por las republiquetas de Vallegrande y Santa Cruz en La Florida. Sí, “Florida”: la más tradicional peatonal porteña lleva ese nombre en homenaje, justamente, a esta batalla librada justo un 25 de mayo, en 1814 y en la actual Bolivia.

El Ejército de los Andes y los gauchos infernales

Sería injusto no destacar también a aquellos que forjaron la más formidable maquinaria militar de la época: el Ejército de los Andes. Bajo las órdenes de San Martín, un ejército se atrevió a cruzar el segundo macizo más alto del mundo en un frente de dos mil kilómetros, desde Catamarca hasta Neuquén. El Gran Capitán armó una eficiente red de espías trasandinos, entre otros, con *el Americano*; Jorge Palacios, apodado *el Alfajor*; Domingo Pérez, supuesto comerciante que funcionaba como enlace; Juan P. Ramírez, identificado como *Astete* y el doctor Manuel Rodríguez, conocido como *el Español*. Contó también con su fraile “todo terreno”, Luis Beltrán devenido en ingeniero, constructor, químico, arquitecto, luthier, carpintero, relojero, enfermero a veces e ingenioso creador en casi todo oficio imaginable.

San Martín organizó y formó, en poco más de un año, a 4000 soldados, casi 1500 auxiliares (arrieros, barreteros en-

cargados del arreglo de los caminos, operarios de maestranza y milicianos cuyanos). Movilizó nada menos que 11.000 animales, 18 cañones y municiones y los víveres necesarios para quince días de marcha (galleta, charqui molido, ají, queso, vino —una botella por hombre—, harina de maíz tostado, cebolla y ajo). El despliegue fue algo cercano a la epopeya: el Ejército de los Andes avanzó, de modo simultáneo, en seis divisiones y por seis pasos distintos. Sus jefes merecen estar también en primera fila de este *racconto*: fueron Rudecindo Alvarado, Ambrosio Crámer, Pedro Conde y Gregorio Las Heras, jefes de los cuatro batallones con 3000 soldados de infantería y José Matías Zapiola, José Antonio Melián, Nicasio Ramallo, Manuel Escalada y Mariano Necochea, que estaban al mando de los 700 hombres organizados en cinco escuadrones de granaderos a caballo.

Tras haber homenajeado a los miles de negros, mestizos y aborígenes que junto a los criollos cruzaron el macizo andino, nos falta recordar, finalmente, a los heroicos gauchos de Güemes, que terminaron por dibujar ese triángulo patriótico: ellos (con las republiquetas) en el norte, Artigas y los federales, en el este y San Martín, en el oeste.

Fue en septiembre de 1815 cuando Güemes informó de la formación de la División Infernal de Gauchos de Línea, que pasaba a revistar bajo el mando de la provincia saltojujeña y constituía así un cuerpo con amplia autonomía. Sus acciones montoneras, su funcionamiento por partidas, su táctica de hacer la guerra de recursos, la política de tocar y huir, su aparente desorden y escasez de verdaderos oficiales no eran del agrado

del jefe del Ejército del Norte, José Rondeau. Hubo con Güemes fuertes roces que casi llegan a un enfrentamiento abierto. La mediación de San Martín y, luego, la intervención de Pueyrredón, logró firmar “una paz sólida, la amistad más eterna entre el Ejército Auxiliar y la benemérita provincia de Salta, echándose un velo sobre el pasado en virtud de una amnistía general”. El Libertador saludó entusiasmado la Paz de los Cerrillos, acordada el 22 de marzo de 1816: “Más que mil victorias he celebrado la mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau. Así es como las demostraciones en esta sobre tan feliz incidente se han celebrado con una salva de veinte cañonazos, iluminación, repiques y otras mil cosas”. El acuerdo se festejó también con campanazos, misas, salvas de artillería y bailes en Salta y en Tucumán. Bernabé Aráoz, primer gobernador de la Intendencia de San Miguel de Tucumán (y anfitrión del Congreso que se estaba instalando) también felicitó al salteño: “Yo no podré pintarle a usted cuánta es nuestra alegría viendo cortadas las desavenencias entre usted y el señor general”. No era poco recibir esas cartas y, al leerlas, el barbado líder salteño se habrá sonreído con beneplácito: muy poco antes Rondeau lo había insultado y declarado “traidor a la patria”.

Esta desmentida hacía recordar a otra cercana, la que había realizado en mayo de 1815 el director supremo Ignacio Álvarez Thomas sobre José Artigas cuando había ordenado quemar en la plaza pública todas las proclamas emitidas por Alvear poco antes, en las que, tras haberlo denigrado, ponía precio a su cabeza.

Así como sin aquel gesto hubiera sido imposible iniciar tratativas de paz con el Protector, así también sin el Pacto de

los Cerrillos tampoco hubiera sido posible instalar el Congreso, solo dos días después.

De abogados, curas y militares

Repasamos ya a protagonistas enrolados en la lucha militar, la que, sin duda, concitó a la inmensa mayoría de los patriotas. Muchos de ellos, como San Martín o Belgrano, “hacían política” desde las propias filas castrenses pero entonces... ¿quién legislaba?, ¿quién gobernaba?, ¿quién administraba? El país estaba en guerra (externa y civil), y eso aparecía como prioridad. Pero se necesitaba un cuerpo de profesionales y burócratas (en el mejor sentido del término) que se dedicara a tratar de dar Constitución a las Provincias (Des)unidas. Y en este rol aparecen los hombres letrados, esto es, en buena medida... los sacerdotes. Hemos dado cuenta ya de algunos de ellos que se convirtieron en hombres de acción, pero la mayoría optó por cumplir tareas más reposadas.

Considerando que durante tres siglos de dominio colonial la corporación eclesiástica había sido un pilar de la burocracia del sistema, ¿a qué se debió una adhesión masiva de religiosos americanos a la causa libertaria? A primera vista aparece una causa nítida: la jerarquía católica peninsular se reservaba todos los mejores cargos y dejaba a los sacerdotes nativos los puestos de mayor sacrificio y menor poder. La estructura de castas estaba muy definida al interior de la Iglesia, y los puestos decisorios eran ocupados inexorablemente por peninsulares. Esta división se fue profundizando en los

años previos a la Revolución cuando la brecha general entre españoles peninsulares y españoles americanos se agigantó.

En efecto, cuando se produjo la Revolución de Mayo, la presencia de religiosos en ambos bandos fue terminante. El obispo Lué y Riega fue real vocero de los defensores de la monarquía, pero no menos importante fue, en el Cabildo Abierto del 22 de mayo, la voz de los clérigos y sacerdotes favorables al juntismo. La importante presencia clerical en la Asamblea del Año XIII se constata argumentando que los diputados Francisco Javier Argerich, Valentín Gómez. Pedro Ignacio de Castro Barros, Juan Gregorio Baigorri, Mariano Perdriel, Ramón E. Anchoris, Pedro Vidal y Juan Dámaso Fonseca eran sacerdotes. También era parte de la corporación el director Gervasio Posadas, notario del Obispado. No por casualidad la Asamblea, por fuera de los temas de dogma, sancionó cambios fundamentales en la cuestión religiosa anulando toda injerencia peninsular en la estructura administrativa de la Iglesia.

La alta presencia de religiosos se hizo notable también en Tucumán. Sobre un total de treinta y tres congresales, dieciocho eran abogados o doctores en leyes; cuatro, militares (de los cuales dos, Pueyrredón y Moldes, no participaron de las sesiones) y once, religiosos, dos de ellos frailes, o sea, uno de cada tres miembros plenos del Congreso. Apuntemos finalmente que entre el grupo de sacerdotes revolucionarios uno de los más entusiastas fue el cordobés Miguel Calixto del Corro que, comisionado a parlamentar con Artigas, terminó virtualmente exonerado por hacerse eco de las demandas de los federa-

les. Como la mayoría de los diputados cordobeses, Del Corro mantuvo una actitud crítica hacia la influencia porteña.

Ser o no ser... (en la unidad o en la autonomía)

El Cabildo Abierto o “Congreso” celebrado el 22 de mayo de 1810 había sometido a votación una sencilla pregunta, “si se ha de subrogar otra autoridad a la superior que obtiene el Excelentísimo Señor Virrey, dependiente de la soberanía que se ejerza legítimamente a nombre del Sr. Don Fernando VII y en quién”. Como es sabido, la mayoría de los asistentes apelaron al concepto de reasunción del poder por parte de los pueblos, aunque la soberanía que reasumiría la Junta sería “en depósito” (dado el cautiverio de Fernando VII), y no “en propiedad”.

Como bien señala Noemí Goldman, las primeras resoluciones de la Primera Junta dejaron establecido que “la asunción de la soberanía como atributo esencial de un nuevo sujeto soberano americano: el pueblo o la nación, ya sea como resultado final de la reversión de la soberanía en el pueblo o con la introducción de un nuevo principio de legitimidad, el contrato social (según la opción preferida por Mariano Moreno) sería el resultado de la reunión de un congreso constituyente del conjunto de los pueblos que integraban el virreinato”.⁴ Goldman explicó entonces que “el hecho fue que los mismos pueblos, que se correspondían con el ámbito urbano

4. Noemí Goldman, “Legitimidad, soberanía e independencia en el pensamiento de Mayo”, prólogo a R. de Titto (comp.) *El pensamiento de los hombres de Mayo*, colección Claves del Bicentenario, El Ateneo, Buenos Aires 2009.

de las ciudades con cabildo fundaron en la noción de ‘pacto’, y desde el inicio del movimiento, sus pretensiones soberanas ante la Junta de Buenos Aires”.

La cuestión entonces de si la lógica de la situación implicaba instaurar un poder central, heredero del centralismo virreinal o *monárquico* (*mono:uno*) o que *los pueblos* asumieran sus respectivas soberanías con sendas juntas locales estuvo planteada desde el vamos. Con argumentos muy similares a los esgrimidos en Buenos Aires, la Junta formada poco después en el Paraguay fundamentó su derecho a la autonomía.

El emergente del grito libertario fue un nuevo poder que planteó a la vez, la forma de ejercerlo y la proliferación de nuevos poderes ejercidos por los pueblos, *patrias* o provincias sobre el antiguo esquema virreinal asentado en cabildos o en ayuntamientos en sus principales ciudades. Porque no solo se trataba de las capitales, sino de las localidades que eran, a su vez, tenencias de otras, como por ejemplo, Santa Fe de Buenos Aires (como Entre Ríos, a su vez, de Santa Fe), La Rioja respecto de Córdoba, Jujuy, de Salta, etc.. Estas “naciones” comenzaron a reclamar el ejercicio local de la soberanía y el rechazo a los “mandones” de otro poder, cualquiera fuera su supuesta legitimidad.

De tal modo, desde el mismo mayo de 1810 se corporizaron y se desarrollaron las dos tendencias que dominarían la escena política rioplatense (en los debates y en la guerra civil) durante las siguientes cinco décadas, los unitarios y los federales. Los triunviratos y los sucesivos directores supremos, como los estatutos de 1815 y 1817 y la Constitución de 1819 expresaron la tendencia a centralizar el poder. También

lo hicieron quienes abogaron por instaurar una monarquía parlamentaria o *temperada*, como la casi totalidad de los congresales de 1816-1819.

La posición opuesta fue la federalista o confederal (en realidad, hay aquí muchos matices y bastante confusión teórica), que izó sus banderas con la Liga de los Pueblos Libres liderada por José Artigas. Se expresó con nitidez en los movimientos autonómicos de Córdoba y del Litoral, plasmados en 1815 con la elección de gobernadores que desconocieron la autoridad de los porteños y la rechazaron con las armas; se reunió de modo caudillesco en el Congreso de Arroyo de la China (Concepción de Uruguay) de junio a agosto de 1815 y se manifestó en la organización de milicias y ejércitos locales o provinciales como, de hecho, lo fueron también los “gauchos de Güemes” y las “indiadas” de Borges en Santiago del Estero, Andresito en las misiones y de Juan P. Bulnes en Córdoba. La “mancha federal” que alcanzó una relativa organización bajo el liderazgo de Artigas se extendió a casi todas partes: La Rioja intentó separarse de Córdoba, Catamarca y Santiago, de Tucumán y Jujuy demostró independencia respecto de Salta. Todos estos intentos fueron sofocados por acción del Directorio con respaldo expreso del Congreso de Tucumán que abominaba de eso que se denominaba “anarquía”.

En Buenos Aires la opinión federalista y, a la vez, republicana, alzó su voz con panfletos y periódicos contra las propuestas monárquicas realizadas en el Congreso. Sus mentores fueron reprimidos por el director Pueyrredón y, la mayoría, desterrados, varios de ellos en Baltimore (Estados Unidos)

donde continuaron sus actividades conspirativas contra el Directorio y el unitarismo. Entre ellos podemos recordar a Manuel Dorrego, Pedro José Agrelo, Estanislao Soler, Manuel Moreno (hermano de Mariano), Vicente Pazos Kanki, Domingo French y Feliciano Chiclana. La mayoría suscribía el modelo constitucional de los Estados Unidos como señaló Pazos Kanki en *La Crónica Argentina*: “Allí vemos una democracia sin desorden y no es tan fácil presentar aristocracias sin insolencia, ni monarquías (aun constitucionales, si es que puede haber alguna fuera de Inglaterra) sin tiranía y sin usurpación”.

El rechazo de las provincias a la Constitución emanada del Congreso, en 1819, pondrá en evidencia que las rebeliones autonómicas y los conceptos republicanos y (con)federalistas reflejaban un proceso profundo: varias provincias se convirtieron en repúblicas (Tucumán, Entre-Ríos, Santa Fe, entre ellas) y votaron sus propias Constituciones mientras el poder central se desvanecía. La organización federal y republicana cobraría mucha sangre hasta que la Constitución de 1853-1860 impulsara un orden a las Provincias Unidas ya distanciadas definitivamente de Bolivia y de Uruguay, que constituyeron sendas repúblicas independientes. Soberanía de los pueblos, federalismo efectivo, república... ser o no ser en aquellos años de violentas disputas, y palabras que, por cierto, aún resuenan.

Aquel otro 24 de marzo

Y, procesadas ya muchas ideas y situaciones (los *procesos* convergentes), es hora de que inclinemos de nuevo la mirada sobre

nuestro hecho, el Congreso de Tucumán, y sobre un día muy especial, que no es sino el 24 de marzo, fecha de instalación de las sesiones.

El clima convulsionado que relatamos rodeaba el momento, y no todos los congresales habían arribado de sus pesados viajes. Por caso, el que fue elegido como vicepresidente, Pedro Ignacio de Rivera, de Mizque, se incorporó tres días después de abiertas las sesiones.

Tras una salva de veintiún cañonazos, a las nueve de la mañana se reunieron por primera vez los diputados en la sala de sus sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar y eligieron como presidente provisorio a Pedro Medrano, diputado por Buenos Aires, que sería luego un congresal muy activo e influyente.⁵

El presidente prestó el juramento en manos del más anciano, y los diputados, conteniendo con actitud recogida las manifestaciones de la alegría popular, se dirigieron al templo para invocar las debidas bendiciones. Así pasó aquel severo 24 de marzo: el Congreso, aislado, permaneció en la Sala de Sesiones.

Al día siguiente, se determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado a las milicias, y la novedad del espectáculo atrajo a buena parte de los habitantes de la provincia: una multitud se dio cita en las calles aledañas. En

5. Medrano tomó parte en el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810, fue diputado a la Asamblea del Año XIII y el primer presidente del Congreso de Tucumán. Además, dio el discurso inaugural, fue quien propuso una enmienda decisiva al Acta de la Independencia y —junto con Serrano y Sánchez de Bustamante— uno de los redactores del primer texto del Manifiesto a las Naciones.

el acto presidido por el gobernador intendente Bernabé Aráoz y entre las aclamaciones del pueblo, el gentío formó dos filas estrechas y compactas, entre las cuales pasaron los congresales para trasladarse hasta el templo de San Francisco, donde se ofició una misa en acción de gracias.

Soplar y hacer botellas

Ya lo hemos subrayado: las dificultades eran muchas. En ese marco, no deja de sorprender la insistencia de San Martín que, desde Mendoza, instó una y otra vez a los congresales a reunirse primero y a declarar la independencia después. La certeza de que ese paso debía darse muestra que el Gran Capitán analizaba que los tiempos políticos se agotaban. El 19 de enero le había escrito al diputado Godoy Cruz, hombre de su confianza y estima: “¿Cuándo empiezan ustedes a reunirse? Por lo más sagrado, le suplico haga cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte; todas las provincias están en expectación esperando las decisiones de ese congreso”. El 24 vuelve sobre el tema: “¿Cuándo se juntan y dan principio a sus sesiones? Yo estoy con el mayor cuidado sobre el resultado del Congreso y con más si no hay unión íntima de opinión”, y aporta una contundente definición política: “Me muero cada vez que oigo hablar de federación. ¿No sería más conveniente trasplantar la Capital a otro punto, cortando por este medio las justas quejas de las provincias? ¡Pero, federación! ¡Y puede verificarse! [...] Amigo mío, si con todas las provincias y sus recursos somos débiles, ¿qué nos sucederá aislada cada una de

ellas? Agregue Usted a esto la rivalidad de vecindad y los intereses encontrados de todas ellas, y concluirá Usted que todo se volverá una leonera, cuyo tercero en discordia será el enemigo”.

Y tras manifestar en otra carta su alegría por el comienzo de las sesiones, el 12 de abril reclamó prontas definiciones en unas líneas que se harán famosas: “¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra Independencia! ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cucarda nacional, y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos? ¿Qué nos falta más que decirlo? [...] ¡Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas!”.

Godoy Cruz, que veía a diario las complicaciones que resumía el Congreso, respondió con lenguaje sencillo: “[La declaración] no es soplar y hacer botellas”, y el Libertador le contestó el 24 de mayo: “Veo lo que usted me dice sobre el punto de la independencia: no es soplar y hacer botellas; yo respondo a usted que mil veces me parece más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola”.

San Martín, está claro, necesitaba ponerse en movimiento hacia Chile esgrimiendo una bandera que no fuera la amarilla y roja de los realistas y en nombre de un país independiente, o su causa sonaría absurda.⁶ Por eso es a él a quien debe reco-

6. Creará a tal efecto una bandera celeste y blanca y un escudo, el del Ejército de los Andes. Relato esa historia menuda pero interesante en mi libro *Las dos independencias argentinas. Sus protagonistas* (El Ateneo, 2015) donde me explico sobre el tema de los colores celestes y blancos presentes tanto en la bandera nacional —homologada justamente por el Congreso de Tucumán— como en la tricolor de los “artiguistas” (con su banda roja), el emblema del Ejército de los Andes y en varios de los escudos provinciales —como el cordobés, el santafecino y varios de los orientales—, nacidos en ese proceso de autonomías regionales.

nocerse como el verdadero arquitecto de la independencia y, aunque su genio militar está fuera de toda duda, debe reafirmarse que fue también un hábil estratega político y el auténtico animador y hacedor, desde la trastienda, de la nominación de Pueyrredón como Director Supremo y de la declaración aprobada el 9 de julio. Por eso lo celebró con todo entusiasmo como se lo comentó, exultante, al mismo Godoy Cruz en carta fechada el día 16: “Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia. [...] La maldita suerte no ha querido el que yo me hallase en mi pueblo para el día de la celebración de la Independencia. Crea usted que hubiera echado la casa por la ventana”.

En mérito de esta adhesión el Ejército de los Andes realizó una especial parada para que el Acta aprobada el 9 de julio fuera solemnemente jurada por oficiales y soldados, acto que se realizó el 8 de agosto, en la víspera de cumplirse el primer mes de su vigencia.

Los que juraron, cuándo juraron y los que nunca lo hicieron

Comencemos por aclarar un concepto: el 9 de julio no se juró la Independencia, sino que se *declaró* o se *decretó*. La jura se hizo doce días después, el 21, cuando los congresales y el ejército al mando de Belgrano estacionadas en San Miguel realizaron ese acto “teniendo a Dios por testigo”. El Acta misma, especial, llevó al margen el título de *declaración*.

Las fechas de la juras en cada Cabildo o región y por los ejércitos criollos ayudan a demostrar lo difícil de la situación

interna. Es válido apuntar que en el segundo semestre de 1816 hubo luchas y conflictos en casi todos los frentes. Sabiendo ya que ni Santa Fe, ni Corrientes, ni Entre Ríos, ni Misiones, ni la Banda Oriental fueron de la partida y que jamás juraron o proclamaron la independencia aprobada en Tucumán, repasemos sumariamente estos sucesos.

En agosto el Congreso, en asociación con el director supremo Pueyrredón, ordenó invadir Santa Fe. Ante esto, el gobernador cordobés Díaz cerró filas con el Congreso y se negó a apoyar a los federales, lo que motivó una crisis política que terminó en la renuncia del propio Díaz. En ese mismo mes el Congreso designó un teniente gobernador en Santiago del Estero, pero el autonomista Borges se alzó en armas contra él: terminó apresado y fusilado el 1.º de enero de 1817. En simultáneo, las fuerzas brasileñas intensificaban su número y equipamiento en la frontera con la Banda Oriental y, finalmente, concretaron la invasión. En enero de 1817 tomaron Montevideo y el general portugués Carlos Federico Lecor asumió como gobernador.

En el norte el panorama no era mejor. A mediados de septiembre los realistas fueron rechazados en Tilcara por fuerzas patriotas y Güemes lanzó desde Jujuy una proclama donde instaba a la población a “arrojar al enemigo del suelo patrio”. Pero las republiquetas sufrieron graves pérdidas: el 13 de septiembre una ofensiva españolista aplastó a Padilla y su gente; ejecutó al líder y setecientos combatientes murieron en el combate; un mes después fue ejecutado el cura Muñecas y asumió un nuevo virrey del Perú para organizar la contraofensiva. En noviembre fueron

derrotados claramente los patriotas de Campero; Warnes, con mil soldados, presentó batalla el 21 de noviembre y, aunque la caballería realista fue vencida y los españoles perdieron la mitad de sus hombres, la infantería patriota fue arrasada y Warnes murió por una bala de cañón. El 23 de noviembre, Güemes se replegó a Jujuy.

En el ínterin, las diversas provincias realizaban sus respectivos actos de jura, pero solo dos lo hicieron en el mismo mes de julio: Tucumán, el 21 y Catamarca, el 31. La mayoría formalizó la proclamación y jura de la independencia durante agosto: el 3, Santiago del Estero; el 4, Córdoba; el 6, San Salvador de Jujuy; dos días después, el Ejército de los Andes; el 12 de agosto, Mendoza; el 20, San Juan; el 24, San Luis y el 30 de agosto, La Rioja. Buenos Aires demoró bastante el trámite (se adujeron problemas climáticos) y recién lo hizo el 13 y 14 de septiembre. La noticia había originado algarabía popular pero, además de la “excesiva lluvia”, los disensos alrededor de si debía instalarse una monarquía o una república se intensificaron, lo que complicó el panorama local. Cuando finalmente se concretó la jura, abarcando una caminata y procesión por cuatro plazas de la ciudad, la oportunidad se aprovechó también para criticar a los federales y a los republicanos. Unas décimas convocaban a respetar la nueva unión y el orden emanado del Congreso y enjuiciaban severamente a Artigas y las provincias que se mantenían autónomas: “Jurada la Independencia // ya están todos obligados // a no vivir separados [...] // Como enemigo interior, // tú vulneras nuestro honor // sois peor que el irracional // del bien propio eres rival, // de la patria cruel traidor”, se decía... poéticamente.

Con la jura hecha en Salta el 7 de diciembre, con la presencia del gobernador Güemes y de un numeroso vecindario concluyó, casi cinco meses después, el acto abierto por Laprida aquella mañana invernal del 9 de julio en Tucumán. Las Provincias Unidas independientes eran las del Río de la Plata. Pero, del mismo modo que el Congreso lo reiteró en varios manifiestos, no olvidaban, su vocación americana. La Independencia aprobada en Tucumán era parte de una lucha continental, y sus protagonistas tenían plena conciencia de ello. Se había dado, sí, un decisivo paso adelante.



*Tintero con el que se firmó el Acta de Independencia.
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

La Independencia y su declaración: reflexiones y precisiones*

Por Isidoro J. Ruiz Moreno**

1

Sombrío se presentaba el año 1816. Los americanos en guerra contra su exmetrópoli —*ultima ratio* de la política— estaban derrotados en todos los frentes. En los países del subcontinente habían sido vencidos los movimientos emancipadores desde Venezuela (1813) hasta Chile (1814); y no era mejor la situación en el vasto territorio conocido como el Río de la Plata.

En efecto, en Paraguay fue rechazado Belgrano en Tacuarí (1811), y en el Alto Perú resultó derrotado Rondeau en Sipe Sipe (1815). Para peor, las Provincias Unidas no demostraban ser consecuentes con su nombre, ya que, agravando el estado de las cosas, la lucha interna imperaba a las puertas de su Capital. Una serie de medidas del Gobierno Central, desacertadas unas y nacidas de la situación otras, había indispu-

* Aporte de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

** Abogado y Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Miembro de número de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Ex profesor titular en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Profesor emérito en la Escuela Superior de Guerra del Ejército.

las regiones que componían el desaparecido Virreinato y que hoy forman Argentina, con respecto a las autoridades de la nascente Nación. Tan solo la caída de Montevideo (base naval de España en el Río de la Plata) fue una gran victoria estratégica lograda en el año 14. Pero ya estaba en marcha la resistencia al Gobierno, nacida en la misma Provincia Oriental, ya que habían sido rechazados sus diputados al primer Congreso General en 1813.

El general José Artigas lideraba una causa contra Buenos Aires que sería denominada “federal”. Era, por ahora, el “Jefe de los Orientales”; tal era su título reconocido.

La política en la Capital se debatía entre la causa nacional y resistencias locales, y de esta confrontación nacía, entre otros temas, la denominación antes señalada de “Buenos Aires”. Pero no era exacta la denominación, ya que esta ciudad actuaba como centro generador de los intereses generales, de acuerdo a su naturaleza como asiento de los Poderes Centrales; aunque el hecho es que se confundía el lugar geográfico de donde emanaba la política con la condición institucional que revestía la ciudad.

No era la imposición del mando por sí mismo sino la finalidad de lograr la independencia que beneficiaría a todas las partes rioplatenses lo que movía a esas autoridades centrales en su accionar. Esta función no se diferenciaba entonces, y hasta hoy se confunde con una corriente historiográfica.

La presente recreación de los acontecimientos se basará en testimonios contemporáneos a los sucesos, que han sido a veces, cuando no tergiversados, estudiados por narradores lo-

cales que frecuentemente no tuvieron en vista el amplio panorama de la situación nacional, para abocarse a las situaciones particulares. Y este miraje estrecho, acotado, les ha impedido comprender la política desenvuelta por el Gobierno General con sede en Buenos Aires. La tendencia, debe decirse, llega hasta nuestros tiempos, mas es hora de despojarse de razonamientos limitados a cada provincia —sin negar que en parte tuviesen justificación ciertas quejas—, para estudiar la Historia de la Patria en conjunto, como la de un organismo en evolución, en lugar de ceñir el análisis a un solo aspecto.

Lo cierto es que, desde 1814 en adelante, para agravar el panorama político de las Provincias Unidas, para varias de ellas el enemigo no era el Reino de España, sino la ciudad de Buenos Aires.

Todo indicaba que la causa de la Independencia estaba a punto de fracasar.

2

Ese mismo año el Rey Fernando VII fue liberado por Napoleón de su prisión en Francia y retornó a la Península. Fracasado el impulso bélico desarrollado desde 1810, las autoridades nacionales en Buenos Aires —conviene recalcarlo— recurrieron a la diplomacia, ya que el solo apoyo británico que recibían no podía manifestarse ostensiblemente. Lo primero que se intentó fue buscar la paz con España, para salvar la emancipación que se vivía.

Se emprendió con el intento de coronar a un hermano del monarca, el infante Francisco de Paula, lo que, de lograrse con la anuencia del Rey Fernando, pondría fin a la guerra que se perdía con la entronización de este otro miembro de la familia Borbón. Pero no se obtuvo la conformidad de la Corona Española.

Lo que no cesó fue la búsqueda de otro príncipe europeo (esta política duraría hasta 1819, en las postrimerías de la existencia del Gobierno Central) y, por más que tales asuntos habían sido tratados en sesiones secretas del Congreso ya en funciones, trascendieron. Pero no se supo que se ambicionaba el apoyo del país de origen de tal príncipe, para encontrar un aliado en la lucha contra España —en la soledad del Río de la Plata—, y se interpretó que se entregaría la soberanía nacional a otro Estado.

De aquí la explicación al agregado de la declaración del Congreso de Tucumán, en cuanto se reafirmaba la independencia de España “y de toda otra dominación extranjera”.

Pero el relato debe volver a retomar la secuencia cronológica.

3

La desfavorable guerra emancipadora no era atendida por varias provincias, más atentas a asegurar su libertad política con respecto al Gobierno Central —un Poder Ejecutivo con la denominación de *Director Supremo*, asistido por un Congreso Nacional, desde 1814—, y las autoridades de Buenos Aires

encontraban resistencia para sumar esfuerzos a la causa de todos. Se esbozaba la oposición de lo que luego se tornaría en el enfrentamiento entre federales y unitarios durante la década siguiente, y aun después.

La oposición más próxima y abierta la encabezaba el general Artigas, ya no meramente Jefe de los Orientales, pues esta tendía a afirmar la autonomía de las provincias contra los esfuerzos del Gobierno Nacional por someterlas a su obediencia para lograr revertir el estado de la lucha contra España.

En 1814 comenzaba Artigas a ser reconocido como “Protector de los Pueblos Libres”, esto es, de los que combatían contra los intentos “dictatoriales” del Director del Estado. Tal Liga la componían las provincias (los pueblos) Oriental, Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. Su influencia llegaba hasta Córdoba, que en 1815 le obsequiaría un sable de honor dedicado por el Cabildo. Debe decirse que el protectorado se confundía con el concepto de mando, pues no deseaba menos su titular que afirmar, por los medios que fueran, la doctrina que prohijaba.

Ejemplo de lo expuesto fueron las expediciones militares despachadas desde la Capital —lo seguía siendo Buenos Aires sin alteración desde que en 1776 se había creado el Virreinato del Plata—, para someter a las provincias reacias a reconocer su dirección política, lo que provocó la resistencia armada de las afectadas. La Provincia Oriental, Entre Ríos y Santa Fe conocieron la presencia de Ejércitos nacionales, que tenían por finalidad unificar las voluntades con el objetivo de sumarlas a la guerra contra el enemigo externo: para que no sucumbiera el ideal independentista que beneficiaría a todos. No obstante,

entre 1814 y 1815 se sucedieron enfrentamientos que a la postre concluyeron con el triunfo de “los Pueblos Libres”. Se reveló que al más equipado y disciplinado cuerpo militar se le podía oponer victoriosamente el pueblo en armas, noción demostrada no mucho antes por los mismos españoles, en su defensa contra las tropas francesas del Emperador.

Ese triunfo de las provincias llevó a algunas de estas (Córdoba, Santiago del Estero, La Rioja, Mendoza, Tucumán) a proclamar su *independencia*, respecto de la Capital porteña. No estaba en sus manos decidir separadamente cuestiones que afectaban a la política nacional. Hoy llamaríamos a esta actitud “autonómica”, quitándole el rotundo significado empleado entonces. Al igual que la leyenda acuñada en las nuevas monedas en 1813: “En Unión y Libertad”... ¿Se refería a las libertades civiles, que fueron desde cuarenta años después vigentes en Argentina? ¿O era utilizado el vocablo como sinónimo de “independencia”, libertad política nacional?

No siempre las palabras empleadas a principios del siglo XIX llevaban el mismo sentido que después. Los hechos aclararán las expresiones. Lo positivo para nuestro tema es que hacia 1815 se encontraba consolidada la Liga de los Pueblos Libres, y que el general Artigas era su Supremo Hacedor.

4

La ambición de dejar de formar parte del Imperio Español se remontaba, al menos, a una década anterior. El rechazo de las

invasiones británicas fortificó el anhelo, que comenzó a cobrar estado público, si bien con las precauciones consiguientes. El 1.º de enero de 1809 el exalcalde Álzaga se alzó públicamente contra el virrey Liniers para reclamar la formación de una Junta. Pero, sofocada su intentona, fue encarcelado y procesado “por haber querido poner en independencia del dominio de nuestro soberano a esta Capital”. Ya estaba difundido el ideal. Y las conversaciones y proyectos no cesaron hasta el estallido del 22 de mayo de 1810, en que como consecuencia de las noticias recibidas de haber caído toda España en poder de los franceses y desaparecido su Gobierno, el nuevo virrey Hidalgo de Cisneros fue depuesto por decisión de los vecinos porteños reunidos en Cabildo Abierto. La tentativa de este de permanecer en su puesto fue anulada el día 25, cuando cesó definitivamente. La última fecha señala el comienzo de la marcha hacia la independencia total que emprendieron las Provincias del Río de la Plata.

No tardó en comenzar la lucha armada, de ejércitos, para imponer lo resuelto en Buenos Aires, con la adhesión inmediata de varios Cabildos del Interior. Con el correr del tiempo y de los acontecimientos, se mostró paulatinamente que la nueva nación afirmaba su personalidad política. Nunca más tuvo mando una autoridad emanada de Europa; comenzaron a sancionarse disposiciones legales propias. En 1812 se adoptó un pabellón distinto al español, evidencia pública de la mayor entidad para mostrar la separación de los Estados.

No se engañaron, desde luego, los más altos funcionarios españoles en América sobre el sentido del movimiento de

mayo de 1810: el virrey de Perú, el comandante del Apostadero Naval de Montevideo, el embajador en Río de Janeiro, todos ellos denunciaron y alertaron a la Península que el Río de la Plata marchaba a la independencia absoluta, desde el primer momento. El propio virrey depuesto, Hidalgo de Cisneros, expuso a poco (22 de junio) al Consejo de Regencia de Cádiz: “El objeto de la revolución era el de una absoluta independencia”.

Muestra de ello se precisó cuando en 1813 fueron adoptadas las señales rotundas de la emancipación del Plata respecto del Reino de España: una participación del Interior en la conducción del Gobierno (Junta Grande en diciembre de 1810), señal de federalismo; y la creciente uniformidad social con respecto a indios y a negros, evidencia de republicanismos. Es elocuente la recomendación, en 1811, de que las vacantes en los puestos oficiales fueran cubiertas por la capacidad de los candidatos “para que los ciudadanos se estimulen a ser amigos de la independencia”. Todo esto fue reafirmado por las decisiones del Congreso General reunido aquel año, con la abolición de títulos de nobleza y de la exhibición de escudos de armas, y con el cese del trabajo personal de los aborígenes, entre otras medidas igualitarias. Pero lo más destacado para nuestro tema son otras medidas de índole política.

A la bandera se le sumó un escudo nacional diferente al cuartelado de Castilla y León que significaba la pertenencia al Imperio, donde comenzaba a ponerse el sol; los diputados del Congreso no juraron acatamiento al monarca peninsular, sino que se declararon representantes de la nación. Una marcha

patriótica oficial reafirmó el antagonismo entre España y las Provincias Unidas. Con los colores argentinos adoptados en los nuevos símbolos (bandera, escudo y escarapela) se invistió al nuevo Poder Ejecutivo unipersonal (el Director Supremo), que ya no usaría en su banda distintiva del cargo el colorado de la enseña hispana —la dominante Cruz de Borgoña—, sino el celeste, elegido por el antiguo Vocal de la Primera Junta de Gobierno patrio como “color nacional” (*sic*).

Hubo de formularse la declaración pública y oficial de la emancipación por parte de esa primera Asamblea nacional en 1813 y, consecuentemente, la sanción de una Constitución, para la cual se elaboraron dos proyectos. Pero el grave estado de la guerra impulsó a la diplomacia británica, por intermedio de Lord Strangford, a postergar esa toma de posición, para no privar al Gobierno de las Provincias Unidas del apoyo de la única potencia amiga que tenían en Europa. De no mantener el equívoco con la “máscara de Fernando” (que a nadie engañaba y que era censurada en privado por los conductores de la Revolución), Gran Bretaña debería concurrir en auxilio de su aliada contra Napoleón, España.

5

Se vivía en territorio rioplatense, pues, una independencia de hecho. Todo lo indicaba; nadie se confundía. Las manifestaciones en este sentido por parte de los dirigentes de la política criolla abundaban. Entonces, ¿era necesaria una declaración

sobre tal situación? La contestación se dará más adelante. Por el momento se continuaba prescindiendo de ello. Lo inmediato era ganar la estabilidad mediante la victoria definitiva de las armas. Para esto, desde 1814, en Mendoza el Gobernador de la Intendencia de Cuyo, y a la vez Comandante del Ejército que se denominaría “de los Andes”, general José de San Martín, preparaba, en medio de toda suerte de inconvenientes, un plan para expandir el movimiento emancipador en las regiones fuera del Río de la Plata, para aliviar su estado y contribuir con el triunfo en estas, con la consolidación del ideal común. El frente en el Norte se hallaba estabilizado; era preciso obtener la pacificación interior para unir esfuerzos en la gran tarea.

José Artigas era, según criterio del Directo Supremo, el principal obstáculo para lograrla: bajo la dirección de este caudillo (y no se interprete nada peyorativo en el término), el Litoral argentino había rechazado, como se dijo, todo intento de someterlo a la obediencia del Poder Central, y, consecuentemente, a participar en los sacrificios que la guerra demandaba. Las provincias sujetas a su Protectorado formaban una especie de Estado dentro del gran Estado Nacional. El Director Posadas declaró al general Artigas “infame, fuera de la ley, traidor y enemigo de la Patria”. Sin embargo, este mismo jefe, en sus instrucciones a los diputados que la Provincia Oriental había enviado al Congreso de 1813, había manifestado su intención de definir la situación de la nacionalidad naciente. Lo terminante de su pensamiento merece su transcripción íntegra: “Pedirá la declaración de la independencia absoluta de estas colonias; que ellas estén absueltas de toda obligación de

fidelidad a la Corona de España y familia de los Borbones; y que toda conexión entre ella y el Estado de España es y debe ser totalmente disuelta”.

La política internacional movió a la Asamblea a rechazar esta exigencia por inoportuna, no incorporando a los diputados que la conducían, lo que motivó la desertión de Artigas del sitio a Montevideo que se mantenía, aquel decreto del Director Supremo en su contra, y la guerra y el odio que desde entonces el caudillo oriental mantuvo contra Buenos Aires.

Pero Buenos Aires era —ahora sí hay que llamar por su nombre a esta ciudad— el origen y motor de la Independencia que Artigas, como otros aquí y afuera, buscaban. En la ciudad platense había comenzado el germen y se había expandido el pensamiento. Se sabe que alcanzó eco en todo el antiguo virreinato (excepto Córdoba, pronto adherida) y que lo resistieron, en una acción que definía las fronteras “naturales”, dos zonas de su territorio: el Alto Perú (Bolivia) y Paraguay, disímiles, en su composición étnica y cultural, del Río de la Plata. (El caso de la Provincia Oriental, luego convertida en Estado, obedece a otra causa posterior).

Lideraron la audaz empresa de conseguir la independencia hijos de Buenos Aires: fueron comandantes militares Belgrano, A. Balcarce, Pueyrredón, Viamonte, Sarratea, Rondeau. Y porteños sus principales oficiales: Dorrego, J. R. Balcarce, Zelaya, Rojas, French, Necochea, Lavalle, y la lista sería larga. Jamás podría ponerse en menos a los nacidos en el Interior argentino, ni a sus pueblos, los heroicos salteños y jujeños, tucumanos, cuyanos, pero cuadra destacar el papel conductor

desempeñado por Buenos Aires. Desde esta ciudad, a la par de la guerra, se manejaron las finanzas y las relaciones exteriores.

Lo dirán en sentencia rotunda dos de los principales lugartenientes de Artigas, federales probados, adversarios del Gobierno Central, los gobernadores de Entre Ríos y Santa Fe, generales Francisco Ramírez y Estanislao López, al cerrar el ciclo de su enfrentamiento con el detestado Directorio y culminar la empresa victoriosa que le puso fin: “Buenos Aires, cuna de la libertad de la Nación”. Inapelable expresión asentada en el pacto de Pilar (1820), el primero de los constituyentes.

6

Faltaba mucho para entonces, y debe retrotraerse el relato hasta un lustro anterior. En 1815 el nuevo Director, general Carlos de Alvear, despachó una columna militar para someter la provincia de Santa Fe, adicta a Artigas, pero con simpatizantes de un Gobierno sujeto a la Capital. Pero su comandante, el general Ignacio Álvarez Thomas, se sublevó al norte de la provincia de Buenos Aires (3 de abril) y causó la caída de la autoridad suprema. Si bien se consideró un acto propicio a la causa del General oriental, en realidad Álvarez quiso evitar que este invadiera Buenos Aires —como lo asentó en sus *Memorias*—, lo que era el designio del Protector, hallándose ya en la ciudad de Santa Fe. También logró esto Álvarez Thomas, y Artigas abandonó el lugar de su residencia a la vez que su proyecto de invasión.

Los dos personajes se convirtieron en el eje de los acontecimientos que siguieron, en el Litoral y por extensión en el país por entero. Concluido el enfrentamiento, fue designado reemplazante del caído Director Supremo el propio general Álvarez en forma provisoria. Jubiloso, el general Artigas participó al Cabildo de Buenos Aires el 29 del mismo abril su virtual conformidad, mediante un documento que no ha sido medido en su verdadera dimensión: “Hoy mismo van a salir mis circulares convocando a los pueblos que se hallan bajo mi mando y protección, para que por medio de sus respectivos Diputados entiendan en la ratificación espontánea de la elección para ejercer la suprema magistratura”.

El antecedente oficio contiene varios puntos de importancia: 1) Artigas se dirige al Cabildo de Buenos Aires, reconociendo implícitamente su papel en la conducción de asuntos nacionales; 2) alude a los “pueblos” que se encuentran bajo su *mando*; 3) demuestra su pertenencia a las Provincias Unidas y la necesidad de que estas cuenten con “una suprema magistratura”.

Parecía que la hostilidad imperante durante tanto tiempo había desaparecido, y el país se encaminaba a la normalidad.

En esa instancia histórica, la ciudad de Buenos Aires asumió una vez más el papel rector que había encarnado en mayo de 1810. Ahora sí podía referirse a esta por su nombre, puesto que fue su Cabildo, y no la autoridad nacional (el Directorio), la que marcó los rumbos de la política.

En ese rol, el Cabildo porteño designó una Junta de Observación, que el 5 de mayo de 1815 aprobó un estatuto provi-

sional para el régimen y gobierno del Estado, el cual dispuso que el nuevo Director debía invitar a todas las ciudades y villas de las provincias “para el pronto nombramiento de Diputados que hayan de formar la Constitución, los cuales deberán reunirse en la ciudad de Tucumán”.

7

El Congreso reemplazaba a la anterior Asamblea inaugurada en enero de 1813 y desaparecida con la autoridad de Alvear. De su principal cometido, se destaca el trabajo incumplido de sancionar una Ley Suprema para el nuevo Estado, toda vez que el otro magno acontecimiento, la independencia, era a la sazón un hecho consumado, evidente y difundido. No obstante, otra cuestión de importancia ventilaría el Congreso en el norte argentino, puesto que el 19 de abril Álvarez Thomas participó, al “Cabildo Gobernador” de Buenos Aires, cuál era asimismo su propósito: “Que el nuevo Gobierno tratará preferentemente la proclamación de la Independencia”.

A todo esto, el general José Artigas estaba de acuerdo con el nombramiento del general Ignacio Álvarez para regir interinamente a las Provincias Unidas, mientras no llegase del Norte su titular, “la benemérita persona del brigadier don José Rondeau”, según sus expresiones. Faltaba la ratificación de los demás pueblos de la Liga que obedecían a su protectorado.

A tal fin Artigas promovió la reunión de sus delegados, en lugar de conformarse con sus opiniones individuales.

La sede del encuentro sería la villa de Concepción del Uruguay, en Entre Ríos, por resultar “el punto medio relativamente a los demás pueblos que deben concurrir”. Como se advierte, la finalidad de la concurrencia era precisa, limitada, pero el caso es que se ha querido dar mayor importancia al “Congreso Oriental” —como se denominó entonces—, casi con la magnitud del citado en Tucumán. Problemas de las tendencias historiográficas comprometidas con posturas políticas...

El segundo semestre del año 15 fue el de la preparación de las provincias argentinas para la concurrencia a Tucumán. Las cuatro del Litoral estaban expectantes del arreglo definitivo de sus conflictos con la Capital, antes de resolverse a designar los suyos, pero tan solo Santa Fe lo haría, en octubre, con el sacerdote Pedro José Crespo, y por renuncia el doctor Juan Francisco de Seguí en diciembre, aunque tampoco este viajó.

Pendía, sobre todo, otro asunto en la región dominada por el general Artigas: el problema de sus relaciones con el Gobierno Central. El Protector había urgido solucionarlo al inaugurar la reunión de los delegados de las Provincias bajo su control, el 29 de abril, y en consecuencia “después de muchas reflexiones resolvió tan respetable corporación marchasen nuevamente ante el Gobierno de Buenos Aires cuatro Diputados”. Viajaron recién en agosto, mas nada concreto obtuvieron de su anhelo por reclamar la protección de sus “intereses y seguridad”. Tras larga demora en la ciudad del Plata (donde se entrevistaron con el Ministro Gregorio Tagle y luego con el representante del Gobierno presbítero Antonio Sáenz), los comisionados de la Liga regresaron a su punto de

partida en junio. El 13 de agosto de 1815 lo que Artigas denominaba pomposamente “Congreso General” de Concepción del Uruguay dio por concluido su cometido.

No obstante, y si bien (o mal, mejor dicho) las hostilidades se reiniciaron por parte de tropas porteñas contra Santa Fe, estas culminaron con un pacto en la capilla de Santo Tomé el 9 de abril de 1816. Dicho convenio derivó en nuevo tratado el 28 de mayo, mediante el cual Santa Fe “enviará inmediatamente su Diputado al Soberano Congreso Nacional”. Pero, como no fue ratificado en Buenos Aires dentro del plazo acordado, fue declarado nulo por el mandatario santafecino. La consecuencia resultó definitiva: cuatro importantes provincias argentinas no concurrieron al Congreso de Tucumán. Las demás acataron la convocatoria de Buenos Aires, y sus ciudades se dispusieron a elegir sus representantes. El procedimiento pecó por exceso u optimismo, ya que serían admitidos en el Congreso quienes alegaban la personería de las regiones del Alto Perú, todavía bajo el dominio del Ejército Español.

8

Al nuevo Congreso Nacional, reunido el 24 de marzo de 1816, asistieron 21 diputados. Su primer presidente fue don Pedro Medrano, de Buenos Aires. Se tuvo muy presente la finalidad de la convocatoria, y el periódico *El Redactor*, que recogía sus trabajos y problemas, expuso de aquellos: “Al fin darán por fruto la grande obra de una Constitución”, que era deseada para

base de un Estado “libre e independiente”. No se mencionó otro tema pendiente.

Incluso cuando el 3 de mayo el Congreso eligió al nuevo Director Supremo, el general Juan Martín de Pueyrredón, este juró reconocer en dicho cuerpo, “defender el territorio de las Provincias de la Unión y sus derechos, contra toda agresión”.

Pero en junio se fijó un programa de trabajo en el cual se contemplaba la Declaración de la Independencia, además de la forma de Gobierno. Repitamos la interrogante: ¿era necesaria dicha declaración? Se conocen las incitaciones del general San Martín, Gobernador Intendente de Cuyo, a través del diputado mendocino Godoy Cruz, en ese sentido, como una exigencia para lograr personería internacional en la guerra contra España, así como también la queja de fray Cayetano Rodríguez, diputado porteño, por los recelos de quienes aún la consideraban un paso peligroso y preferían —se mofaba este— continuar “fernandeando”.

La Independencia era una cuestión de hecho, y su declaración no era indispensable para que existiera un nuevo Estado Nacional, que ya contaba con los elementos suficientes para demostrarla; pero el ejemplo norteamericano, y la influencia cercana del Siglo de las Luces, según se llamaba al siglo XVIII por el afán de razonamiento que en él campeaba, sin duda también influyeron.

Aunque se impuso otra consideración. La guerra exterior se perdía, y era precisa una manifestación pública de energía, capaz de revelar al exterior que la determinación de las provincias rioplatenses era irrevocable. Significaba un desafío a la ex-

metrópoli, ahora con el Rey Fernando vuelto a su trono, y a la misma población argentina para que prosiguiera sus esfuerzos.

La declaración del 9 de julio de 1816 fue adoptada por la totalidad de los diputados: puestos de pie, aclamaron su sanción, “resonando en la barra un aplauso universal con repetidos vivas y felicitaciones al Soberano Congreso”, según describe el acta de la sesión, que precisa a continuación: “Se recogieron después uno por uno los sufragios de los señores Diputados, y resultaron unánimes sin discrepancia de uno solo”.

Gran mérito fue el de los congresales de Tucumán, porque su declaración no se produjo cuando los sucesos les eran favorables, sino todo lo contrario: en el peor momento de la lucha en el resto de Sudamérica, como se puso de relieve al comienzo del presente trabajo.

La respuesta popular fue positiva. Y desde estas empobrecidas provincias desunidas se inició la reconquista de lo perdido, con San Martín en Chile y en Perú, abriendo el camino hacia el sur del otro gran libertador Bolívar. Pero esto corresponde a otro tema. Una semana después el Congreso oficializó la bandera celeste y blanca con tres franjas (y no dos como hasta entonces), símbolo perpetuo de la “nueva y gloriosa Nación”.



*Tintero que perteneció a Bernardino Rivadavia.
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires, Argentina.*

Los proyectos monárquicos en 1816: cuando la Argentina pudo ser parte de un imperio incaico*

Por Torcuato Di Tella**

Aunque a veces se sostiene que las ideas monárquicas eran inaplicables a nuestro medio, de hecho estas estuvieron muy difundidas entre los dirigentes que llegaron al poder después de la Revolución de Mayo, especialmente entre los que luego formaron parte del equipo del Directorio. La monarquía era la forma política más común en la época, y su versión constitucional, al modo de Inglaterra, era considerada como el modelo más adaptado a la mayoría de los países, salvo excepciones como los pequeños cantones suizos.

La República, ya desde los análisis de Montesquieu (en su *Espíritu de las Leyes*, de 1748) era considerada como factible solo en pequeños estados y en sociedades de alto nivel

* Extraído del libro del autor: *Historia Argentina, desde los orígenes hasta 1830*. Editorial Troquel, 1994.

** Sociólogo especializado en el estudio comparativo de sistemas políticos latinoamericanos. Entre sus libros se pueden señalar *Sociología de los procesos políticos* (GEL, 1985) y *Perón y los sindicatos* (Ariel, 2003).

educativo y de amplia base de responsabilidad ciudadana, lo que en la época se llamaba “virtud”. Los Estados Unidos eran una excepción a esta ley, justificable por el tipo de colonos que habían tenido, sobre todo en el norte. Sin embargo, no faltaban quienes pensaban que (al igual que lo ocurrido en la Roma antigua) con el tiempo, al concentrarse más el poder y las riquezas, se daría también allí la tendencia a la formación de una monarquía.

Para la América española, tanto sus tradiciones como su bajo nivel de vida y educativo hacían más que improbable el arraigo de una república genuina, al menos por un par de generaciones. Brasil daba el ejemplo de que la institución real era perfectamente adaptable al medio americano.

Por otra parte, ya en 1815 se había enviado, con poco éxito, a Belgrano y a Rivadavia a Europa en busca de una salida monárquica a la crisis que amenazaba destruir el poder independiente. Ahora, cuando se planteó en el Congreso de Tucumán la forma básica que debería tener la Constitución, las voces monárquicas se hicieron sentir, sobre todo en las sesiones secretas. Uno de los principales propulsores de este tipo de soluciones fue Manuel Belgrano, que además favorecía el hecho de que se adoptara a un descendiente de los incas para conseguir el apoyo de las poblaciones estratégica del norte, especialmente de la actual Bolivia, y aun del Perú. Por cierto que la idea tenía que vencer fuertes prejuicios racistas. Además, era bastante comprensible que muchos consideraran el proyecto como algo artificial para un nuevo país cuyo centro de gravedad se desplazaba decididamente hacia el Río de la Plata.

La gente menos teórica, y más ligada a la experiencia de los hacendados porteños, como Tomás Manuel de Anchorena, comentaba de manera risueña el episodio, según se lo recordaría muchos años después el patricio a su pariente y correligionario político Juan Manuel de Rosas:

Los diputados de Buenos Aires nos quedamos atónitos con lo ridículo y extravagante de la idea, pero porque vimos brillar el contento en los diputados cuicos, en los de su país asistentes a la barra, y también en otros representantes de las provincias, tuvimos por entonces que callar y disimular el sumo desprecio con que mirábamos tal pensamiento, quedando al mismo tiempo admirados de que hubiera salido de la boca del general Belgrano. El resultado de esto fue que al instante se entusiasmó toda la cuicada, y una multitud considerable de provincianos congresales y no congresales; pero con tal calor, que los diputados de Buenos Aires tuvimos que manifestarnos tocados de igual entusiasmo por evitar una dislocación general en toda la República.¹

Hay que tener en cuenta que Belgrano acababa de volver de Europa, donde había palpado la dificultad de conseguir un monarca de las casas tradicionales de ese continente. Para Anchorena, en cambio, al supuesto inca habría que ir a “sacarlo borracho y cubierto de andrajos de alguna chichería”, lo que evidenciaría lo imposible del proyecto. Reconviéndole luego a Belgrano por su idea —con la que los había expuesto a “un trastorno general en toda la República”—, el creador de la

1. Memorial de Tomás de Anchorena a Rosas, reproducido en la obra de Julio Irazusta: *Tomás M. de Anchorena*, 2.a ed., Huemul, Buenos Aires, 1962, p. 27.

bandera le contestó que “lo había hecho con el ánimo de que corriendo la voz, y penetrando en el Perú, se entusiasmaran los indios y se esforzasen en hostilizar al enemigo”.

En realidad, había varios distinguidos personajes, principalmente residentes en España, que se consideraban descendientes de los incas, pues desde los primeros tiempos los conquistadores se habían casado con las mujeres de la nobleza local. Pero otro argumento que se esgrimía era que la gente como Belgrano, que proyectaba desatar los vientos de la lucha racial contra los españoles, podría recoger una tormenta, que como aprendiz de brujo sería incapaz de controlar. La oposición republicana de Buenos Aires, por vía de uno de sus periódicos (dirigido por Manuel Moreno), así lo dejaba entender:

¿Pensamos engañar a los indios para que nos sirvan en asegurar nuestra libertad, y no tememos que nos suplanten en esta obra? ¿Será prudente excitar la ambición de esta clase, no vemos los riesgos de una liberalidad indiscreta, cual sublevó a los negros de Santo Domingo contra sus mismos libertadores?

¿Los infinitos [candidatos] que se creen descendientes esperarán pacíficos la decisión del Congreso? ¿Se sujetaría, por último, el rey que reconociésemos a la constitución que le diéramos?²

De todos modos, para la mayor parte de los sostenedores del proyecto monárquico, el objetivo no era conseguir apoyo entre los aborígenes, sino entre las potencias europeas triunfantes en las guerras napoleónicas. Para eso se necesitaba un rey del

2. Artículo firmado por Domingo Victorio Achega (posiblemente un pseudónimo), en *La Crónica Argentina*, Buenos Aires, 22/9/1816.

Viejo Continente, que sería visto como una garantía de que en América se respetarían los intereses del comercio internacional y de los posibles inversores extranjeros. Experiencias demasiado innovadoras, como la de una república, o la insólita de una monarquía incaica, ponían nerviosos a quienes buscaban el desarrollo del país en una más estrecha conexión con las fuerzas económicas, culturales y políticas europeas. Es así como Bernardino Rivadavia, desde Europa, comentaba a su amigo el director Pueyrredón, en marzo de 1817:

No puedo dejar de confesar que he sabido con sorpresa y dolor que ahí se fomenta la idea de proclamar a un descendiente de los Incas. Como he llegado a comprender que uno de los que han abrazado con más ardor esta opinión es Don Manuel Belgrano, le he escrito largamente sobre este particular, exponiéndole las principales razones que, en mi concepto, deben condenar tan desgraciado pensamiento a un absoluto olvido. Por otra parte, yo no te creo a tí de tal parecer.

Estoy persuadido de que es de suma importancia declarar a ese Estado en monarquía, reservándose la elección de soberano al resultado de la negociación con las cortes de Europa.

Seguía argumentando Rivadavia que la solución debería ser común a los varios países que se estaban formando en América, pues se sabía que en todos estos existían fuertes grupos convencidos de la necesidad de la vía monárquica. Si las Provincias Unidas se anticipaban en esta búsqueda de reyes disponibles —parece que había todo un mercado al respecto—, podrían “conseguir un príncipe más digno que los que ofrece la

Casa de España”, o sea más adaptable al régimen constitucional de división de poderes, y más abierto a otras ideas modernas en asuntos de economía y legislación. Todo el tema tenía connotaciones geopolíticas evidentes:

No estará de más advertir —continuaba Rivadavia— que no se hiera de ningún modo a la nación inglesa: ella está en lo principal por nuestra causa. Es preciso hacer una formal distinción entre ella y su gobierno. Tampoco debemos atacar a éste abiertamente, y es preciso no manifestar predilección por la nación francesa, ni preferencia por la causa e intereses del Continente de Europa contra Inglaterra. Lo que debe manifestarse es una disposición igualmente cordial para con todos los gobiernos y todas las naciones, y un vivo celo por nuestros intereses, doquiera que los encontremos. Esta es la marcha que nos corresponde, si hemos de ser verdaderamente independientes: lo contrario sería servir a intereses ajenos subordinando a ellos los nuestros.³

3. Carta de Rivadavia a Pueyrredón, desde París, del 22/3/1817, reproducida en *Documentos del Almirante Brown*, 2 volúmenes, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1958, vol. 1, pp. 296-298.



Billete argentino de 10 pesos, 1962.

Museo Histórico y Numismático "Dr. José Evaristo Uriburu (H)" del Banco Central de la República Argentina.

El Congreso de Tucumán y la solución monárquica

Por Bernardo Lozier Almazán*

El eminente historiador Ernesto Quesada (1858-1934) solía decir con verdadero acierto que “todos los acontecimientos humanos tienen explicación lógica, cuando se analiza la época en que se produjeron y los factores que en ella intervinieron”. Interpretando a Ernesto Quesada, podemos decir que la historiografía no debe complacerse en narrar los hechos acaecidos, sino que debe estudiar e interpretar las causas de los acontecimientos. Acorde con esta premisa, antes de abordar el tema en cuestión haremos una sucinta relación de los acontecimientos sociopolíticos que condujeron a la gesta de la Independencia, a fin de comprender la actitud de sus protagonistas.

* Miembro de Número del Instituto Nacional Belgraniano. Académico Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia.

Miembro de Número de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina. Asesor Honorario de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y de Lugares Históricos. Académico Correspondiente de la Real Academia Burgense de Historia y Bellas Artes, de Burgos, España.

Como bien sabemos, los sucesos políticos de 1816 fueron las consecuencias de la gesta de Mayo de 1810, nutrida en la asombrosa epopeya de Buenos Aires ante los dos intentos británicos, mientras que la Corona de España era oprobiosamente escamoteada por el Gran Corso—mediante la farsa de Bayona— para imponerla en la testa de su hermano José Bonaparte.

Acontecimientos que testimoniaron el ocaso del Imperio Español en Europa y sus consecuencias en el Río de la Plata y planteaban el interrogante de a quién debían fidelidad los españoles, tanto peninsulares como hispanoamericanos: ¿al Rey renunciante, a la Corona o a José I?

Este interrogante tuvo como respuesta de los españoles la Constitución de Juntas Provinciales de Gobierno, en nombre del ausente Fernando VII, y fue imitada en el Río de la Plata. Al respecto, el prestigioso historiador Héctor Tanzi, en uno de los esclarecedores aportes sobre el tema en cuestión, corrobora este aserto, cuando sostiene: “La situación anómala que se vive en la península y la ausencia de autoridad legítima y representativa hace que los americanos pretendan seguir los mismos pasos que los dados en la metrópoli. A ello se le agregan los manifiestos y proclamas que provienen de España machacando sobre la igualdad existente entre peninsulares y americanos, que lleva a estas a poner en práctica tal igualdad creando juntas que representen a los pueblos”.

Como es fácil de suponer, la confusa y comprometida situación rioplatense originó la formación de distintos grupos políticos que se manifestaron con muy distintas y antagónicas

tendencias. Basta recordar a los partidarios de la solución jun-
tista, mediante un Gobierno independiente de España, pero
integrado por españoles, acaudillados por Martín de Álzaga.
Estaban también los que proponían confiar la soberanía en una
Regencia que mantuviera el régimen monárquico separado de
España, en manos de la infanta Carlota Joaquina, la herma-
na del cautivo Fernando VII, impulsada principalmente por
Manuel Belgrano. Por último se había formado el grupo inte-
grado en su mayoría por criollos que vieron llegado el tiempo
de independizarse de España y formar un Gobierno propio e
independiente.

No está de más precisar (por si falta hiciera) que aquellos
grupos estaban todos enfrentados entre sí, en medio de una
gran confusión ideológica, producto de facciones políticas, in-
tereses económicos en pugna que, además, no escapaban a la
poderosa influencia del Foreign Office británico. Una carta que
Francisco Antonio de Letamendi le envió a su amigo Francisco
Losano, fechada el 27 de abril de 1810, nos revela el estado de
pánico en que vivía la población de Buenos Aires, cuando le
decía: “No sé lo que es sosiego de espíritu; cualquier ruido me
parece que es el principio de la jarana y agregando a esto una
especie de desconfianza de unos a otros [...] bastará que salte
una chispa para que todo se incendie...”.

Así estaban las cosas, cuando abril se transformó en mayo, y
la presagiada chispa hizo detonar la revolución que el grupo de los
criollos, encabezado por Cornelio Saavedra, venía gestando, a la
espera de que “las brevas estuvieran maduras”, para deponer al un-
décimo virrey de Buenos Aires, don Baltasar Hidalgo de Cisneros.

Aquel histórico 25 de mayo de 1810 los asambleístas debieron instalar la primera Junta Provisional Gubernativa de Buenos Aires, que se comprometió, según la Proclama, a “sostener estas Posesiones en la más constante fidelidad y adhesión a nuestro amado Rey y Señor Don Fernando VII y sus legítimos sucesores en la Corona de España”. Parafraseando a Juan Bautista Alberdi, podemos decir que se había depuesto al virrey en nombre del rey.

Como se infiere claramente, la Proclama mencionada nos pone al descubierto que el verdadero pensamiento de los hombres de Mayo de 1810 estaba oculto mediante la proclamada fidelidad al rey de España, cuando en realidad fue un recurso artificioso, conmemorado como la *máscara de Fernando VII*.

Recordemos que el mismo presidente de la Junta, Cornelio Saavedra, lo reconoce cuando en sus *Memorias* explica: “Por política fue preciso cubrirla a la Junta con el manto del Señor Fernando VII, a cuyo nombre se estableció y bajo de él expedía providencias y mandatos”.

Para mayor abundamiento, podemos agregar el juicio de un ferviente vecino de Buenos Aires, como lo fue Ignacio Núñez, declarado partidario de la Revolución de Mayo, que por aquellos días registró en sus escritos: “Sin debilitar el mérito que contrajeron los pocos hombres a quienes les tocó la suerte de encabezar la revolución de Buenos Aires, puede asegurarse que esta grande obra fue poco menos que improvisada”. Y agrega más adelante que los revolucionarios “habían abrazado la causa sin saber ni calcular cuál debía ser su paradero, y por consiguiente se espantaban con una marcha revolucionaria”.

José Ortega y Gasset sostenía que la historia no debe contentarse con narrar lo acaecido, sino que debe aspirar a reconstruir el mecanismo de los acontecimientos. De ahí que se pueda afirmar que la gesta de Mayo de 1810 (como todo acontecimiento político) tuvo su proyección en el futuro con sus consecuencias, una de las cuales se manifestó seis años después, cuando el 9 de julio de 1816, en el Congreso de Tucumán se declaraba nuestra Independencia.

De tan precaria manera, nuestra patria comenzaba a transitar aquel largo camino a la Independencia, durante aquellos seis aciagos años, jalonados de todo tipo de acechanzas políticas internas y externas. Al buen decir de Arturo Capdevila, aquel camino era “tan sombrío, que apenas se entiende cómo esos hombres se aventuraron por entre tantos peligros como de antemano los cercaban”. Y agregaba: “Una gran maquinaria se había puesto en marcha; nada menos que la compleja maquinaria de la guerra, y los hechos demostraban que entre victorias y reveses, dicha maquinaria proseguía cubriendo las etapas hacia su real finalidad: la independencia”.

Basta recordar que a pocos meses de mayo de 1810, precisamente el 18 de diciembre, la Junta de Buenos Aires creaba la Junta Grande. Esto generó mayores problemas de gobernabilidad que los que ya afrontaba la anterior Junta, integrada por solo nueve miembros, por lo que mayores fueron las dificultades de orden político y operativo al elevarse la cantidad de integrantes a veintidós. De tal manera se iniciaba la eterna confrontación de porteños y provincianos, cuyas consecuencias se proyectarían durante más de medio siglo.

A todo esto, Cornelio Saavedra debió abortar el primer golpe de Estado, cuando durante los días 5 y 6 de abril de 1811 los morenistas al mando de Domingo French intentaron derrocar al Gobierno patrio. Aquel mismo año, el 19 de julio, la Junta presidida por Saavedra resolvió destituir a Juan José Castelli y marchar al Alto Perú para hacerse cargo de la difícil situación originada por las comprometedoras derrotas de Huaqui y de Sipe-Sipe.

Luego le tocó a Saavedra ser destituido del Gobierno cuando el 23 de septiembre la Junta Grande creó el Triunvirato, presidido por Feliciano Chiclana, Juan José Paso y Manuel Sarratea.

De tal manera abordamos aquel infausto año de 1812, que se vio enlutado por el sospechado envenenamiento del obispo Benito Lué y Riega y por el impiadoso ajusticiamiento de don Martín de Álzaga y sus compañeros de infortunio, que en total arrastraría a la horca a treinta y ocho inculpadados, incluido el célebre fray José de las Ánimas.

Aquel tan lúgubre año concluyó con el pronunciamiento militar del 8 de octubre, encabezado por el teniente coronel José de San Martín, que produjo la deposición del primer Triunvirato, que apenas había gobernado un año y quince días, para dar lugar a la formación del segundo Triunvirato, esta vez integrado por Juan José Paso, Antonio Álvarez Jonte y Nicolás Rodríguez Peña, que solo alcanzó a gobernar un año y tres meses.

Ante tal caótico panorama, el 24 de octubre de 1812, aquel nuevo Triunvirato debió emitir un decreto para convocar a

elección de diputados, con el fin de integrar una Asamblea General Constituyente. El propósito era declarar la Independencia, aún todavía pendiente de concreción, establecer la forma de gobierno, redactar y promulgar una Constitución.

Así fue como, luego de enconados enfrentamientos entre Buenos Aires y las provincias, el 31 de enero de 1813, la Asamblea General Constituyente inauguraba sus sesiones con la presidencia de Carlos María de Alvear y la Secretaría ejercida por Hipólito Vieytes y José Valentín Gómez, los tres conspicuos miembros de la Logia Lautaro, fundada, a poco de su arribo, por San Martín, con Alvear y con Zapiola.

No obstante los objetivos previstos, la tan anhelada independencia se vio frustrada por los graves disensos expuestos por los diputados y por la situación europea, cuando se eclipsaba la estrella de Bonaparte, y la diplomacia recomendaba aguardar los acontecimientos. Por eso (al menos aparentemente) las Provincias Unidas continuaron unidas, pero a la Corona española.

En cuanto al proyecto constitucional, los asambleístas no lograron un acuerdo, según se infiere claramente de la reveladora carta dirigida por Manuel de Sarratea a Manuel García, cuando le decía: “Habiendo tratado la materia maduramente y reflexionado sobre ella con la detención que exigía un asunto de tanta trascendencia, se abandonó esta idea por el convencimiento de ser la más quimérica de cuantas han producido las experiencias y especulaciones filosóficas de nuestro siglo”. Sin duda, esta carta testimonia la carencia de objetivos doctrinarios de nuestros propulsores de la Independencia.

Sin embargo, la Asamblea General Constituyente logró aprobar algunas disposiciones propias de una nación soberana, como lo son la adopción del escudo y del himno nacional, y la moneda de cuño propio. También, entre otras cosas, abolió los títulos nobiliarios y el uso o exhibición de blasones, separó a Cuyo de la Intendencia de Córdoba, transformó en Gobernación-Intendencia a la Banda Oriental y separó a Tucumán de Salta.

A todo esto, las derrotas sufridas aquel mismo año por Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma significaron un duro golpe para la incipiente nación. Como se recordará, la desmoralización ocasionada por aquellos desastres y por las ambiciones de Alvear hizo posible que la Asamblea General Constituyente resolviera que “la suprema potestad ejecutiva se concentre en una sola persona, bajo las calidades que establecerá la ley”. En el mismo acto, se procedió a la elección de la nueva autoridad; resultó electo Gervasio Antonio de Posadas, con el título de Director Supremo de las Provincias Unidas.

Para mayor zozobra, mientras ocurrían estas desventuras en el Río de la Plata, en España Fernando VII había recuperado el trono, por lo que el mediodía del 11 de mayo de 1814, hacía su entrada triunfal.

Las alarmantes noticias llegadas de la Península aceleraron el proceso de frustración del orden político que se intentaba instalar desde 1810. Recordemos que el 22 de marzo de 1814 Fernando VII había recuperado el trono español, disuelto las Cortes de tendencia liberal e instaurado nuevamente el absolutismo.

Las primeras disposiciones en tal sentido fueron abolir todo cuanto se había realizado en el ámbito político y administrativo durante sus cuatro años de cautiverio. Disolvió las Cortes de tendencia liberal para instalar nuevamente el absolutismo.

La recuperación del Trono español por Fernando VII indudablemente invalidaba los argumentos con los que Buenos Aires justificaba el rompimiento del vínculo con la corona española, mientras estaba usurpada por Napoleón. Esta desconcertante novedad obligó a las autoridades rioplatenses a replantear su actitud ante España: optar por proseguir el proceso emancipador, con todo lo que ello significaba, o iniciar el bochornoso regreso al vasallaje. Para mayor desconcierto, se sabía que España preparaba una poderosa expedición al Río de la Plata para sofocar la insurrección de estos dominios.

Tan inquietantes noticias hicieron que Manuel de Sarra-tea, en su carácter de representante del Gobierno de Buenos Aires en Londres, le enviara al monarca español un memorial para expresarle que tenía “la honra de anticipar a V.M. los sentimientos de amor y fidelidad a su Real Persona”. Más adelante agrega: “Permítame V.M. concluir asegurándole con el mayor respeto que los males que devoran a vuestras Américas no han nacido del espíritu de deslealtad que sus enemigos pintan, que si el cielo no hubiera permitido la ausencia de V.M. jamás se hubiera oído ni el eco de la insubordinación...”.

Consecuente con esta diplomática alternativa el 13 de septiembre de 1814, Posadas convocó al Consejo de Estado para acordar el envío de una delegación ante Fernando VII

para expresarle su felicitación “por su feliz restitución al trono de sus mayores, asegurándole con toda la expresión posible de los sentimientos de amor y fidelidad de estos pueblos a su real persona”.

Tan compleja misión diplomática, que además portaba instrucciones secretas, les fue encomendada a Manuel Belgrano y a Bernardino Rivadavia. Los enviados arribaron a destino el 13 de mayo de 1815, para llevar a cabo una serie de negociaciones condenadas al fracaso ante la obstinada intransigencia de Fernando VII. Lo mismo ocurrió con las conversaciones mantenidas con su padre, Carlos IV, tendientes a que prestara su acuerdo para que su hijo, el infante Francisco de Paula de Borbón y Borbón, fuera trasladado a Buenos Aires para coronarlo en un trono independiente para instaurar en el Río de la Plata. Aquella propuesta fue presentada en un farragoso memorial titulado: “Reverente Súplica al Ex Rey Carlos Cuarto”, para que cediera “a favor de su digno hijo D. Francisco de Paula, el dominio y señorío natural de aquellos pueblos, constituyéndole rey independiente...”, etc. El memorial también incluía un proyecto de constitución monárquica, redactado por Belgrano, bajo el título de “Constitución para el Reino Unido del Río de la Plata, Perú y Chile”.

Aquella propuesta, tratada en principio con verdadero interés por Carlos IV, coincidía con la que Manuel Godoy le había presentado en 1804, con gran visión geopolítica, cuando los ingleses ponían en peligro los dominios españoles en América.

Al respecto, Godoy pensaba que “en lugar de virreyes fue-

sen nuestros infantes a la América, que tomasen el título de príncipes regentes, que se hiciesen amar allí...”.

Belgrano, que a cuatro años de la Revolución de Mayo aún mantenía inmutable su pensamiento monárquico, veía ilusionada la posibilidad la instauración de una monarquía constitucional como mejor sistema de gobierno y el mejor recurso político para poner fin a las guerras intestinas de estos pueblos y, a la vez, evitar las expediciones punitivas anunciadas por Fernando VII.

No obstante, las aspiraciones de Belgrano, luego de complicadas negociaciones, se vieron frustradas debido a la ceguera del monarca español y, debemos admitirlo, a la desacertada gestión de los representantes rioplatenses.

Luego de aquel fracaso diplomático, Belgrano dio por concluida su misión el 15 de noviembre de 1815, por lo que emprendió su regreso a Buenos Aires, donde arribó en febrero de 1816, con la convicción de que las alternativas borbónicas estaban agotadas.

El panorama político que Belgrano encontró en su patria era realmente caótico, si consideramos que los ejércitos liberadores habían sido víctimas de grandes derrotas, como la de Sipe-Sipe, cuyas consecuencias fueron la pérdida de las provincias del Alto Perú, a la que se le sumaba la derrota de Rancagua en Chile, mientras que la guerra civil se extendía en el interior.

Mientras tanto, en Buenos Aires, Posadas ya había sido sustituido en su cargo por Carlos María de Alvear, cuyos continuos desaciertos originaron el levantamiento popular del 15 de abril de 1815, que provocaron su renuncia.

Fue Ignacio Álvarez Thomas quien —en circunstancias tan extremadamente críticas— debió asumir el cargo de Director Supremo Provisional, con el compromiso de convocar de inmediato a un Congreso General, a fin de declarar la tan postergada Independencia, redactar y promulgar una Constitución que definiera su forma de gobierno y elegir sus autoridades.

Para poner en marcha dicha convocatoria, Álvarez Thomas instruyó a las provincias para que eligieran a sus diputados que las representarían en el Congreso por llevarse a cabo en Tucumán. Según opinión de Bartolomé Mitre, esta convocatoria era la “última esperanza de la revolución [y] único poder revestido de alguna autoridad”, en medio del caos y anarquía del país.

De acuerdo a lo previsto, aquella mañana del 24 de marzo de 1816, la ciudad de San Miguel Tucumán se vio sacudida con una salva de veintiún cañonazos, que anunciaba la instalación del Soberano Congreso de la Provincias Unidas del Río de la Plata, en la casa que había sido de doña Francisca Bazán de Laguna. Acto seguido los congresales se dirigieron al templo de San Francisco, donde se celebró una misa para implorar a la Divina Providencia el buen resultado de las deliberaciones.

Por aquellos días, Belgrano, luego de haber tomado conocimiento de la gravedad de la situación política, creyó que había llegado el momento propicio para emprender un nuevo intento monárquico, como mejor forma de gobierno para lograr la unión de las provincias en franco proceso de disgregación.

Prueba de ello es la carta que le envió a Rivadavia por aquellos mismos días, precisamente el 20 de febrero de 1816,

en la que le decía: “Nuestro pensamiento cunde, agrada a todos, convencidos de que es el único remedio que hay para la unión: se dividen las opiniones entre Incas y Borbones. Tengo para mí que en el Congreso se tratará la cuestión”.

De las expresiones de Belgrano se infiere que, en febrero de 1816, consideraba muy factible la instauración de una monárquica, y confiaba en que el Congreso que se llevaría a cabo en Tucumán ofrecería la oportunidad para lograrlo.

Belgrano también fundaba su optimismo en que el momento político era favorable a sus pretensiones debido a que en Europa, tras la derrota de Napoleón, el 26 de septiembre de 1815, se había firmado el pacto de la Santa Alianza, integrado por Rusia, Prusia, Austria y más tarde Francia, que tuvo como fin principal impedir que se instaurasen repúblicas bajo las formas de gobiernos liberales, democráticos, parlamentarios y constitucionales. Al mismo tiempo afianzaba las casas reinantes europeas y promovía la instauración de monarquías americanas.

Preocupados por estas novedades políticas, los congresistas, para aprovechar la presencia en Tucumán de Belgrano, que había sido designado jefe del Ejército del Norte, lo invitaron para que les informara sobre sus observaciones recogidas en su reciente misión diplomática en Europa. Además los congresistas deseaban conocer los argumentos de Belgrano a favor del sistema monárquico que él propugnaba.

Como elemento regulador de las sesiones, los asambleístas habían dictado un Reglamento de Debates que contemplaba la celebración de Sesiones Secretas en las que se trataban

aquellos asuntos que merecían privacidad o acuerdos previos, cuyos debates se registraban en las Actas Secretas.

Tomás Manuel de Anchorena, por aquel entonces asambleísta en Tucumán, le envió una carta fechada el 6 de julio de 1816 a su hermano Juan José Cristóbal de Anchorena, donde le informaba: “Ahora mismo nos vamos a reunir en Congreso en que [...] se oirá a Belgrano, que llegó a esta antes de anoche a las 10, y fue prevenido para que concurriese hoy a hacer algunas exposiciones al Congreso”.

Fue así como el acta secreta del día 6 de julio de 1816 testimoniaba que Belgrano se había hecho presente en la Sala, “y tomando asiento en ella en el lugar que le fue señalado”, el Presidente de la Asamblea, doctor Francisco Narciso de Laprida, le manifestó que se lo había invitado “para que hiciera sus exposiciones sobre el estado actual de la Europa, ideas que reinaban en ella, concepto que ante las naciones de aquella parte del globo se había formado de la revolución de las Provincias Unidas, y esperanzas que estas podían tener de su protección; de todo lo cual lo creía ilustrado después de la comisión a que fue destinado”. Tomando la palabra, Belgrano les informó a los congresales que la revolución hispanoamericana estaba desacreditada por la dilatada anarquía y descontrolado desorden en que se encontraban estas provincias y que, por el contrario, en Europa el sistema monárquico estaba en pleno auge, como corolario de los fracasos republicanos.

Al respecto, Belgrano expresó que “había acaecido una mutación completa de ideas en la Europa, en lo relativo a la forma de gobierno. Así como el espíritu general de las nacio-

nes, en años anteriores, era republicanizarlo todo, en el día se trata de monarquizarlo todo [agregando que] en mi concepto, la forma de gobierno más conveniente para estas provincias sería la de una Monarquía temperada; llamando a la Dinastía de los Incas, por la justicia que en sí envuelve la restitución de esta casa tan inicuaamente despojada del Trono”.

Su tan elocuente y persuasiva exposición había logrado la adhesión de la mayoría de los congresales y había resultado aparentemente promisorio que Belgrano, en carta fechada el 8 de octubre de aquel mismo año, le comentaría a Rivadavia: “Hice llorar al considerar la situación infeliz del país. Les hablé de la monarquía constitucional con la representación soberana de los Incas: todos adoptaron la idea”.

Juan Bautista Alberdi, en su enjundiosa obra *La Monarquía como mejor forma de gobierno en Sud América*, menciona que Belgrano sostenía que el gran remedio para la enfermedad que entonces adolecía la Revolución era la monarquía constitucional.

Por aquellos días, había hecho su misteriosa aparición en Tucumán el agente sueco, Jean Adam Graaner, que estuvo presente en las sesiones del Congreso para informarle al príncipe Bernadotte los detalles de lo tratado en las sesiones. Dicho informe nos aporta un valioso testimonio cuando, refiriéndose al proyecto monárquico, manifestaba: “Precavidos contra la mala suerte sufrida por las más grandes repúblicas en Europa, contra sus propias experiencias desastrosas, y siguiendo el consejo de algunos extranjeros, el congreso está en estos días deliberando sobre el establecimiento de un gobierno monárquico

constitucional, y en vías de hacer resurgir el antiguo Imperio de los Incas. Se trata de poner sobre el trono al más calificado de los descendientes de los incas, que todavía existe en el Perú, y devolverle los derechos de sus antepasados”.

Tres días después de aquella memorable Sesión Secreta, el 9 de julio se celebraba la asamblea en la que los diputados en sala plena aclamaron la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América.

Según lo sostienen eminentes historiadores, son muy pocos, o ninguno, los relatos de protagonistas o testigos que se conocen sobre los pormenores del histórico pronunciamiento. Posiblemente la carta del diputado por Buenos Aires, José Darregueyra, fechada en Tucumán el mismo 9 de julio de 1816, dirigida a su entrañable amigo, Tomás Guido, sea el testimonio más veraz dentro de su sencillez: “Mi dulce y muy amado amigo: Después de una larga sesión de nueve horas continuas desde las ocho de la mañana en que nos declaramos en sesión permanente hasta terminar de todo punto el asunto de la Declaración de nuestra suspirada independencia, hemos salido del Congreso cerca de oraciones con la satisfacción de haberlo concluido y resuelto de unanimidad de votos discrepante a favor de dicha independencia que se ha celebrado aquí como no es creíble, pues la barra, todo el patio, y la calle del Congreso ha estado desde el medio día lleno de gente, oyendo los que podían los debates, que sin presunción puedo asegurar a Ud. que han estado de lo mejor. Felicito a Ud. y le ruego nos ayude con su influjo, talentos, juicio y opinión a calmar nuestras disensiones para que no se malogren los efectos que debemos

prometernos de aquella declaratoria: vean los facciosos nuestros sacrificios y no correspondan como el gato, que araña a la mano que le da el pan. En este momento me manda pedir Pueyrredón esta carta, y no me da lugar sino para decirle a Dios, Todo suyo Darregueyra”.

La carta de Darregueyra, además de aportarnos su visión sobre lo acontecido en la histórica sesión, también nos pone al descubierto la reinante preocupación por las disensiones subyacentes, que hacían peligrar el buen fin de los temas pendientes de tratamiento, como lo era entre tantos otros la forma de gobierno y su constitución.

Por vía de síntesis, podemos decir que el proceso histórico iniciado en mayo de 1810 y continuado en la Asamblea de 1813, hizo posible que el 9 de julio de 1816, veintinueve congresales reunidos en San Miguel de Tucumán, en un acto de supremo coraje resolvieran declarar la Independencia de estas Provincias del Río de la Plata, para “investirse del alto carácter de una nación libre e independiente”.

Quedaba por delante, entre tantos otros temas, la adopción del sistema con que se gobernaría esta nueva nación soberana. Fue así como, en la sesión celebrada el 12 de julio, el Presidente de la Asamblea propuso el tratamiento del diseño y confección del sello propio del Congreso, moción que dio lugar a que el diputado por Catamarca, canónigo Manuel Antonio Acevedo, propusiera que en primer lugar se tratara la forma de gobierno que debía adoptarse. Proponía al mismo tiempo “que fuese la monarquía temperada en la dinastía de los Incas y sus legítimos sucesores, designándose, desde que las circunstancias lo

permitiesen, para sede del gobierno, la misma ciudad del Cuzco, que había sido antiguamente su corte”. Según lo testimonia el acta pertinente, “Fue apoyada la moción”.

Fue por ello por lo que aquel mismo día fue despachado un oficio para informar al Cabildo de Buenos Aires que “la mayoría de los representantes de los pueblos se manifestaba propensa a adoptar la forma monárquica constitucional”.

En la misma línea de pensamiento, Tomás Manuel de Anchorena, ese mismo día del 12 de julio, le despachaba una carta a su hermano Juan José Cristóbal para comentarle: “Se acordó publicar nuestra independencia por medio de un manifiesto que se ha encargado a Bustamante, Medrano y Serrano. Se trata de la forma de gobierno y está muy bien recibida en el Congreso y pueblo la Monarquía constitucional, restituyendo la casa de los Yncas. Las tres ideas han sido sugeridas y agitadas por Belgrano”.

Indudablemente, la carta de Anchorena refleja su opinión personal y la de la aparente mayoría de los congresales.

Por aquellos mismos días, *El Censor*, en su edición número 56, reproducía el discurso dado por Belgrano en Tucumán, el 27 de julio, en el que sostenía: “He sido testigo de las sesiones en que la misma soberanía ha discutido acerca de la forma de gobierno con que se ha de regir la nación, y he oído discurrir sabiamente a favor de la monarquía constitucional, reconociendo la legitimidad de la representación soberana de la Casa de los Incas, y situando el asiento del trono en el Cuzco, tanto que me parece se realizará este pensamiento tan racional, tan noble y justo”.

De la lectura de las actas subsiguientes de la Asamblea surge, aunque sutilmente encubierta, la evidente trama que los diputados porteños fueron tejiendo, para impedir la adopción del sistema monárquico, con el consiguiente traslado de la capital al Cuzco, en defensa del centralismo rioplatense.

Así fue como las esperanzas de Belgrano se vieron frustradas por la astuta acción de los diputados porteños. Al respecto el historiador Leoncio Gianello sostiene con acierto que “los diputados de Buenos Aires tenían mucho que defender, sobre todo la ciudad puerto, la hegemonía mercantil” [...]. Y agrega: “Había muchos y fuertes intereses y ellos pesarían decisivamente”.

Advertido Belgrano de la solapada oposición a su propuesta, le escribía a su amigo el doctor Manuel de Ulloa para expresarle su pesar: “Verá usted cómo unos me atacan y otros me defienden acerca de nuestro pensamiento de monarquía constitucional e Inca. Digan lo que quieran los detractores, nada ni nadie será capaz de hacerme variar de opinión: creo que es nacional, es justa, y ni el cadalso ni las llamas me arredrarán de publicarla; lo que siento es no ver la idea realizada...”.

A todo esto, los congresales porteños habían logrado que el Congreso continuara sus sesiones en Buenos Aires, por lo que el 4 de febrero de 1817 fue celebrada su última sesión en Tucumán, para reanudarlas en Buenos Aires, el 12 de mayo de aquel mismo año.

Todavía quedaba largo camino por transitar para arribar a la época de la Organización Nacional, en la que, al fin, nuestra Patria adoptó el sistema de gobierno que rige nuestros destinos.

Por vía de síntesis podemos decir que el épico proceso histórico iniciado en mayo de 1810 y continuado en la Asamblea de 1813, hizo que el 9 de julio de 1816, veintinueve congresales reunidos en San Miguel de Tucumán, firmaran el acta de la Independencia de estas *Provincias Unidas de la América del Sud*, para asumir el alto carácter de una Nación libre, soberana e independiente.

Bibliografía consultada

Eduardo Artesano: *Juan Bautista de América*, Buenos Aires, Castañeda, 1979.

Manuel Belgrano: *Epistolario Belgraniano*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970.

Manuel Belgrano: *Epistolario Belgraniano*, Buenos Aires, Taurus, 2001.

Narciso Binayan Carmona: *Sobre el plan de la coronación del Inca*, Buenos Aires, Armerías, 2002.

Mariano Echazú Lezica: *El pensamiento político de Manuel Belgrano sobre la forma de gobierno conveniente para la nación*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 2º Congreso Nacional Belgraniano, 1994.

Jean Adam Graaner: *Las Provincias del Río de la Plata en 1816. Informe dirigido al príncipe Bernardotte*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949.

Carlos Ibarguren (h): *Tomás Manuel de Anchorena comenta el Congreso de Tucumán y los sucesos políticos de 1816*, en *Historia*, Colección Mayo, año XI, n.º. 44, 1966.

Bernardo Lozier Almazán: *Mayo de 1810. La Argentina improvisada 1810-1860*, Museo, Biblioteca y Archivo Histórico de San Isidro Dr. Horacio Beccar Varela, 2009.

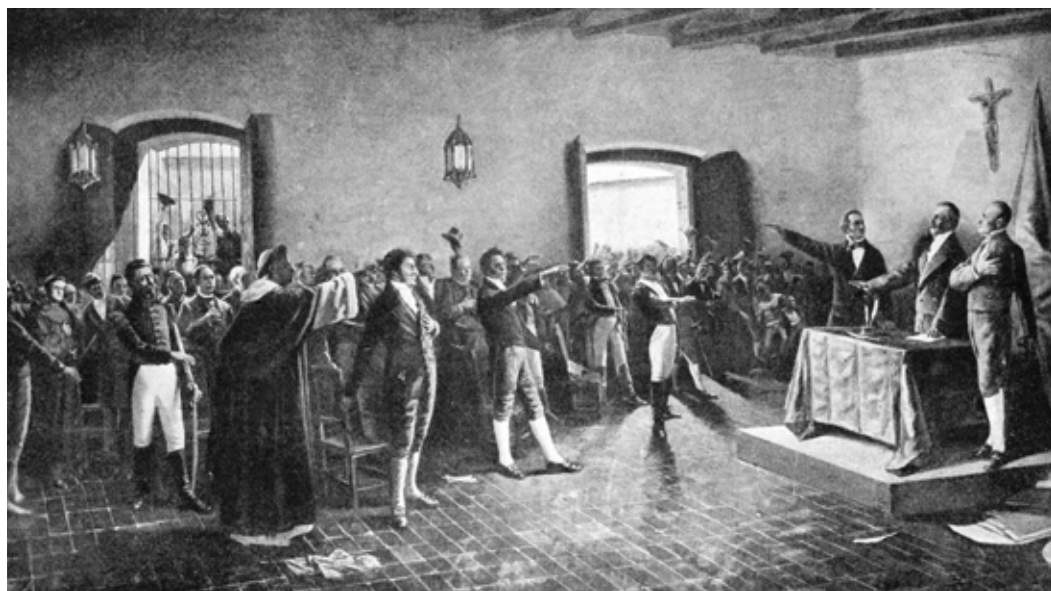
Bernardo Lozier Almazán: *Proyectos monárquicos en el Río de la Plata 1808-1825. Los reyes que no fueron*. Buenos Aires, Sammartino Ediciones, 2011.

Raúl A. Molina: *Vocación y destino de los hombres de Julio. El Congreso de la Independencia*, en *Genealogía, Hombres de Julio*. Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, Buenos Aires, 1966.

Enrique Peltzer: *Los proyectos monárquicos vistos por Alberdi*, XV Jornada de Historia del Colegio de Abogados de San Isidro, 2004.

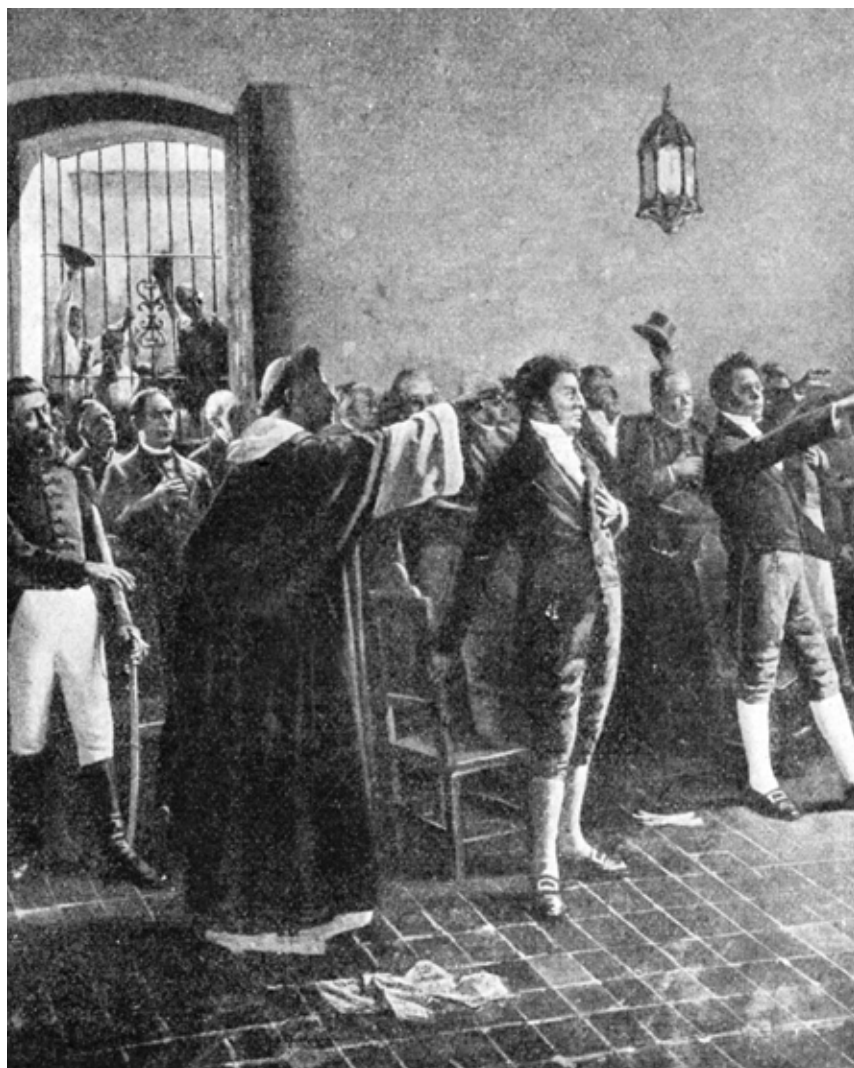
José M. Ramallo: *Los grupos políticos en la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Macchi, 1983.

Carlos S.A. Segreti: *La máscara de la monarquía 1808-1819*, Córdoba, 1994.



El juramento de la Independencia por el Congreso de Tucumán, 21 de julio de 1816. Pedro Blanqué.

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.



Detalle de la obra de Pedro Blanqué El juramento de la Independencia por el Congreso de Tucumán, 21 de julio de 1816.

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

La Iglesia en tiempos de la Independencia

Por Roberto L. Elissalde*

En 1892, al haberse cumplido el cuarto centenario de la llegada de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo, el Papa León XIII les recordaba en una carta a los obispos de España, Italia y América que, junto con el descubrimiento (hecho de por sí extraordinario en la historia de la humanidad), la activa participación de la Iglesia permitió que “centenares de millares de mortales surgieran del olvido y de las tinieblas en que yacían y fueran restituidos a la común sociedad del género humano”.

En las expediciones que llegaron a nuestras tierras (ya sea por el Río de la Plata, por el Norte o desde Chile) nunca faltó la presencia religiosa y, como bien se ha dicho, “no ha existido en toda la historia de la Iglesia, actividad misional mayor que la que se desplegó en América”.

* Miembro de Número del Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Manzana de las Luces; Miembro correspondiente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y de la Academia Paraguaya de la Historia.

Tan grande era el interés que los conventos religiosos de España se despoblaron, y mucho más cuando el Papa Adriano VI en 1522 les permitió a los frailes pasar a estas tierras para convertir a los infieles y Julio III en 1544 los autorizó a hacerlo, aunque a sus prelados no les agradara. Esto motivó también que se embarcaran sujetos de distintas condiciones morales: algunos cercanos a la santidad y otros con las peores tachas, y sin las licencias necesarias, amparados por inescrupulosos maestros de navíos.

Así miles de franciscanos, dominicos, jesuitas, mercedarios, recoletos, agustinos, betlemitas, cada uno en lo suyo, se ocuparon de la propagación de la doctrina, desde la enseñanza de las primeras letras hasta la fundación de la primera universidad en Córdoba, de las ciencias, de las artes, de la imprenta y de la salud. No faltaron en esa actividad los sacerdotes del clero secular, que también siguieron a los conquistadores y colonizadores o en otras empresas a estas tierras de ultramar.

Los pueblos bajo la tutela de los padres jesuitas en las misiones hasta 1767 (año en que fueron expulsados) fueron una muestra acabada de los adelantos de su tiempo, ya que de ellos salieron muebles, campanas, órganos, instrumentos musicales, libros, medicinas, como lo recordaba largamente el padre Guillermo Furlong S.J. Fue esta expulsión un duro golpe a la Iglesia en lo que iba a ser el futuro virreinato, por dos causas de enorme importancia: las misiones establecidas junto a la frontera portuguesa (habían sido un muro para el avance lusitano), y la educación media y superior (que habían dependido de su influencia en Buenos Aires con el Colegio de la Compañía y en

Córdoba con la única universidad existente en el territorio). Claro que el clero criollo, en muchos casos hijos de prominentes peninsulares que iban en aumento, logró suplir esas necesidades.

No fue menor el papel que desarrollaron algunos sacerdotes en el avance de las ciencias, y algunas veces en la misma salud de la población. El Pbro. Dámaso de Larrañaga, en la Banda Oriental, descubrió y clasificó especies vegetales, lo mismo que muchos fósiles. Bartolomé Muñoz fue literato, astrónomo, cartógrafo y naturalista y Melchor Fernández, profesor de Física Experimental. Como casos aparte merece citarse al Pbro. Feliciano José de Pueyrredón, párroco del curato de San Pedro y Baradero (que en 1805 practicó por primera vez en forma exitosa la vacunación contra la viruela) y al Pbro. Saturnino Segurola (cuya hermana Ramona Segurola era monja catalina), profesor de Anatomía, que introdujo la vacuna en el Río de la Plata y la propagó largamente de manera eficaz.

Cuando la expedición británica ocupó la capital del virreinato del Río de la Plata a fines de junio de 1806, uno de sus integrantes, Alexander Gillespie, anotó: “Si las iglesias son signos de verdadera religión, Buenos Aires, debe tener un alto rango por buena moral, de la mañana a la noche, las campanas tocan para la devoción, y allí acude una muchedumbre de feligreses”. Otro testigo afirma: “Los repiques se oían todos los días por horas enteras; tan violentos eran que aturdían, obligando a los que andaban por la calle o vivían inmediato a una iglesia, a elevar la voz hasta el grito a fin de hacerse oír de aquellos con quienes hablaban”.

Quizás la importancia de la Iglesia en esa vida cotidiana la dejó claramente reflejada Mariquita Sánchez en sus *Recuerdos*: “Las funciones de la iglesia eran la principal ocupación y distracción. Rezar y comer los días que no eran de ayuno era lo que tenía que hacer esta población”. Esta presencia en la vida cotidiana de la población le otorgó a la Iglesia un papel fundamental a la hora de ser protagonista en la vida política.

Antes de la Revolución de Mayo de 1810, un grupo de sacerdotes, del clero tanto regular como del secular (aunque en mayor cantidad los primeros), se opusieron tenazmente a los nuevos tiempos. El movimiento porteño tuvo la férrea oposición de la jerarquía, en el Cabildo Abierto del 22 de mayo. Entre los 251 vecinos convocados se encontraban el obispo don Benito de Lué y Riega y 26 clérigos que en su mayoría votaron a favor de la nueva causa con distintas variables. Había 20 sacerdotes (Solá, Grela, Alberti, Calvo, Belgrano, Fernández do Eijo, Ramírez, Sáenz, Torres, Aparicio, Chorroarín, Silva Braga, Albariño, de la Colina, Rivarola, Planchón, Fonseca, Ferragut Montes Carballo y Vieytes), de los cuales algunos ocupaban respetables posiciones en la jerarquía. Solo acompañaron al diocesano 4 eclesiásticos, todos de órdenes religiosas (Ramón Álvarez, Pedro Cortinas, José Vicente de San Nicolás y Juan Santibáñez); dos se retiraron sin votar (Julián Segundo de Agüero y Domingo Viola). En la efímera Junta del 24 de mayo el Pbro. Juan Nepomuceno de Solá, párroco de Monserrat, fue designado vocal, pero duró muy poco ya que al día siguiente cayó a instancias del dominico Ignacio Grela y de otros 17 sacerdotes y religiosos que firmaron junto al pueblo para formar

un nuevo Gobierno. La Iglesia volverá a estar representada por el Pbro. Manuel Alberti, cura de San Nicolás de Bari, que ocupó una vocalía en la Junta surgida el día 25.

Esta preponderancia del clero criollo siempre se ha tenido en cuenta, pero pocas veces se ha tratado a fondo la causa. Fernando Carlos Urquiza sostuvo acertadamente que “el monolitismo ideológico de los curas revolucionarios”, así como su participación en la Independencia, estuvo motivada por la “relegación de los cargos de responsabilidad por parte de los españoles que no dejaban de ser una minoría”.

El obispo Lué era tremendamente criticado porque, más que un pastor de almas, representaba más el papel del viejo mayor del ejército español que había sido en sus años mozos; además de los gastos que ocasionaba en sus visitas pastorales a los pobres curatos de la campaña por viajar en un tren de excesivos lujos y comodidades. El prelado fue un férreo defensor de las ideas monárquicas y, hasta su muerte en marzo de 1812 (que algunos adjudican a un envenamiento), no mostró demasiadas simpatías con el nuevo orden establecido. El diocesano de Córdoba, don Rodrigo Antonio de Orellana, entró en la conspiración que se resistía al nuevo orden político, encabezada por el exvirrey Santiago de Liniers desde esa ciudad. El deán del obispado Gregorio Funes intentó disuadirlos, pero los complotados se mantuvieron en su posición, por lo que, olvidando la amistad con ambos y los favores que le debía a Liniers, se alineó con la Junta porteña y delató el movimiento. El obispo Orellana salvó su vida del fusilamiento al que fueron condenados sus compañeros, dada su sagrada investidura.

Finalmente el diocesano de Salta don Nicolás Videla del Pino mereció la expulsión de su jurisdicción por su presunta adhesión a la causa realista, debido a la correspondencia mantenida con el general Goyeneche, decisión apresurada tomada en abril de 1812 por Belgrano, comandante del Ejército del Norte. Años más tarde le fue levantada durante las sesiones del Congreso de Tucumán a instancias de varios diputados que bien lo conocían, como se verá más adelante.

Sin embargo, el obispo de Charcas, monseñor Benito María de Moxó y Francolí, apoyó la causa y recibió al vocal de la Junta Juan José Castelli, con toda solemnidad, en compañía del claustro local y de la misma universidad; pero la conducta poco política llevada a cabo por el enviado porteño molestó los sentimientos religiosos de la población, y ganó su favor hacia los españoles, que levantaron como bandera el luchar contra “los corrompidos herejes y ateos insurgentes”.

La reacción favorable a la Revolución también se dio en el interior del antiguo virreinato: los padres Vera, Perdriel, Centeno, Lozada y Riveros, en Mendoza; Isasmendi, en Salta; Araóz, en Tucumán; y Gorriti, en Jujuy. El presbítero Ildefonso de las Muñecas formó parte del grupo de sacerdotes que acaudillaron insurrecciones populares en el Alto Perú y reclutaron a más de 3000 indios para luchar contra el avance de los realistas. Fray José Benito Lamas, en Montevideo, apoyaba la causa patriota, además del párroco de San Nicolás de los Arroyos Miguel Antonio Escudero, que el 9 de octubre de 1812 fue muerto a bayonetazos por las tropas españolas que capitaneaba el capitán Jacinto Romarate, en el atrio del templo, por haber apoyado la

rebelión del pueblo. Caso curioso fue el del Pbro. Tomás Javier de Gomensoro, párroco de Santo Domingo Soriano en la Banda Oriental, que el 25 de mayo anotó la caída de Cisneros en el libro de difuntos de su parroquia: “El día veinte y cinco de este mes de Mayo expiró en estas provincias del Río de la Plata la tiránica jurisdicción de los virreyes, la dominación despótica de la Península española y el escandaloso influjo de todos los españoles”.

El 30 de mayo de 1810, fiesta de San Fernando Rey, patrono de España, se celebró en la catedral de Buenos Aires un tedeum; era el onomástico de Fernando VII, en cuyo nombre gobernaba la Junta y a la vez servía para dar gracias por el nuevo orden establecido. Los cabildantes ocuparon los lugares que antes ocupaba el virrey, quien no dejó de concurrir a la liturgia. Desde el púlpito, el canónigo Diego Estanislao Zabaleta, profesor de los Reales Estudios de la ciudad, dirigió a los presentes una “exhortación cristiana” orientada a despejar posibles dudas acerca de la legitimidad del gobierno y a exhortar a la obediencia a las nuevas autoridades. “Formasteis con anuencia del superior gobierno un congreso general, y su resultado fue una nueva prueba de vuestra fidelidad, honor y amor al rey. [...]. Instalasteis una Junta depositaria de vuestros derechos para que provisionalmente os gobierne”.

Le cabe al destacado sacerdote que fue miembro del Congreso de Tucumán ya instalado en Buenos Aires, el haber sido el primer representante de la Iglesia en predicar favorablemente frente al nuevo Gobierno. La palabra de Zabaleta nos revela, a cinco días del movimiento, la posición del clero criollo, que

habrá de mantenerse a lo largo del tiempo. Un análisis de este sermón nos permite observar el apoyo al nuevo régimen, a la vez que señala un camino de esperanza, como contenedor espiritual en los malos tiempos que les tocaba vivir, incitándolos a la obediencia y a la confianza en los gobernantes: “Ved ahí el objeto que me propongo en esta breve exhortación cristiana. Debéis tranquilizaros, después de haber instalado vuestro gobierno [...]. Debéis estrecharos con los fuertes vínculos de la paz y caridad para disfrutar, bajo el nuevo gobierno, las ventajas de una amable sociedad”.

No podemos dejar de mencionar, aunque sea brevemente, la actividad patriótica de fray Cayetano Rodríguez y del padre José Luis Chorroarín en Buenos Aires en la Biblioteca Pública, cuya base inicial fue la librería que había dejado el antiguo obispo don Manuel de Azamor. Tampoco debemos omitir que muchos sacerdotes se mantuvieron cautelosos a pesar de haber adherido sin mucha convicción a la Revolución. Poco después del movimiento encabezado por don Martín de Álzaga, el 27 de julio de 1812, el párroco de la Concepción Nicolás Calvo, porque se había negado a predicar a sus feligreses y por considerárselo comprometido, fue confinado por seis años a las sierras de Córdoba y finalmente desterrado a España. Ese mismo día fueron confinados los Pbro. Melchor José Fernández do Eijo, Francisco Marull y José Francisco de la Riestra, a San Luis; Pedro Fernández, a Famatina; Bartolomé Apolinar Luquesi, a Calamuchita; José de Reina Vázquez, a La Rioja; Pablo Antonio Sala, a Jáchal; Gregorio Moreno del Molino, a San Juan; José Antonio Picasarri, a la Guardia de San Miguel del

Monte; y Nicolás Posadas Montes, a San Luis. (Los tres últimos, seis años después, fueron desterrados a España). A ello debemos agregarle que fray José de las Ánimas, religioso de la orden Betlemita, fue fusilado por haber participado en la conspiración de Álzaga el 13 de julio de 1812; fue el primer sacerdote ejecutado en Buenos Aires. La presencia de enemigos o de indiferentes a la libertad continuó; en febrero de 1813 fue separado de ese empleo el Pbro. Juan Bautista Goiburu y en enero de 1816 se les quitaron las licencias para confesar a los Pbros. Mateo Blanco, Eugenio Conde, Bernardo Díaz, José León Ferragut, Manuel Antonio Fuentes, Mariano José de Gainza, Manuel López, Manuel José Pereda Saravia, Pantaleón Rivarola, Mariano Somellera y Domingo Viola.

Convocada la Asamblea General Constituyente de 1813 (cuyas sesiones inauguró el 31 de enero de ese año), el clero estuvo ampliamente representado por frailes y sacerdotes: los mencionados fray Cayetano y Chorroarín, junto con los Pbros. José Valentín Gómez, por Buenos Aires; Francisco Argerich, por Luján; Pedro Rivera, por Mizque; Eduardo Anchorriz, por Entre Ríos; Mariano Perdriel, por Santiago del Estero; José Amenábar, por Santa Fe; Pedro I. de Castro Barros, por La Rioja; Gregorio Baigorri, por Córdoba; y Pedro Pablo Vidal, por Jujuy. De no haber declarado insuficientes los poderes presentados, habrían integrado la lista los Pbros. Dámaso Larrañaga y Marcos Salcedo, por la Banda Oriental. En total, 11 sacerdotes en el recinto de sesiones.

Al tiempo de la inauguración de las sesiones del Congreso de Tucumán, todas las sedes episcopales de nuestro territorio

no contaban en ese momento con un obispo al frente de estas, y la designación de los provisores no estaba exenta de problemas. La de Buenos Aires, vacante por la muerte de Lué y Riega en 1812, estaba a cargo del Pbro. Domingo Victorio Achega; la de Córdoba, por la conspiración de Orellana, que en ese momento estaba confinado, a cargo del Pbro. Benito Lascano; y a la de Salta pronto habría de retornar el obispo Nicolás Videla del Pino, ya que contaba con muchos congresales a quienes había tratado en sus tiempos como rector del Colegio de Loreto en Córdoba, como Castro Barros, Colombres, Pacheco de Melo, fray Cayetano Rodríguez, entre otros, además del doctor Juan José Paso.

Para el Congreso de Tucumán, la elección de los diputados se realizó de acuerdo a lo establecido por el Reglamento Provisional de 1815, aunque tuvieron distintas características en las jurisdicciones, ya que no todas las provincias habían ratificado el mencionado reglamento. Pero, en casi todas estas, ya hecha la elección por el Gobierno local o por el Cabildo, fue muy importante la cantidad de votos que recibieron sacerdotes, algunos de los cuales fueron diputados al Congreso, y otros renunciaron. Una prueba más del papel que tenía la Iglesia en esos momentos en los que se debía tomar una decisión trascendente.

El acta de la Declaración de la Independencia de 1816 fue rubricada por 29 diputados de las Provincias del Río de la Plata, entre los que se hallaban doce sacerdotes: Pbrs. Manuel Antonio de Acevedo y José Eusebio Colombres, por Catamarca; Pbro. Pedro Ignacio de Castro Barros, por La Rioja; Pbro. An-

tonio Sáenz y fray Cayetano Rodríguez, por Buenos Aires; Pbros. Pedro José Miguel Aráoz y José Ignacio Thames, por Tucumán; Pbros. Pedro León Gallo y Pedro Francisco Uriarte, por Santiago del Estero; fray Justo Santa María de Oro, por San Juan; Mariano Sánchez de Loria, por Chuquisaca; Pbro. José Andrés Pacheco de Melo, por Chichas. Otros seis sacerdotes fueron diputados al Congreso de Tucumán, pero por diversas razones no pudieron firmar el Acta de la Independencia. El Pbro. Miguel Calixto del Corro, por Córdoba, se hallaba ausente en misión diplomática y el Pbro. Felipe Antonio de Iriarte, por Charcas, se incorporó poco después. Ingresaron más tarde los Pbros. Pedro José Crespo, por Santa Fe; Mariano Perdiel y Diego Estanislao de Zavaleta, por Buenos Aires; y José Miguel de Zegada, por Jujuy.

Solo dos pertenecían al clero regular. Entre estos el franciscano fray Cayetano Rodríguez, a quien Manuel Moreno, en la biografía de su hermano Mariano, describe como “un respetable religioso del orden de San Francisco, hombre de cualidades muy amables, y particularmente recomendable por su erudición y genio, le abrió las puertas de la librería del convento, para que pudiese echar mano de cuantas obras necesitase para su instrucción, y pagado de las buenas disposiciones que descubría en el joven, lo introdujo con sus amigos, y contribuyó en gran parte a proporcionarle una carrera honrosa”. Natural de San Pedro en la provincia de Buenos Aires, hombre de profundas lecturas, profesor de Filosofía por casi una década en Córdoba y en el Convento Grande de Buenos Aires, cultivó de joven la poesía; sus canciones, sermones patrióticos y elogios

fúnebres le dieron reconocido prestigio. Capellán de la Casa de Ejercicios y docente reconocido, fue formador a la vez que protector de un grupo de jóvenes movidos por nobles intereses. Participó de los dos congresos y a este sacerdote de buena pluma le fue encomendado en ambos casos la redacción de los diarios de sesiones, conocidos como *El Redactor de la Asamblea* y *El Redactor del Congreso Nacional*.

Con una modestia que le era natural, no dejó fray Cayetano Rodríguez el testimonio de haber sido el director del *Redactor del Congreso Nacional*, sin embargo su contemporáneo y hermano de religión fray Pantaleón García lo aseveró en ocasión del funeral que a poco de su muerte se celebró en 1823 en su memoria en la Iglesia de los Menores Observantes de la ciudad de Córdoba. A través de sus 276 páginas que comprenden los 52 números y ediciones extraordinarias, se puede observar detalladamente lo sucedido en esas sesiones, así como la presencia de la Iglesia y de sus ministros en esos primeros tiempos de la patria. Los originales viajaban desde Tucumán a Buenos Aires y salieron de la imprenta de los Niños Expósitos en sus primeros cuatro números y posteriormente de la de Gandarillas, por no existir quien ejerciera el arte de la tipografía en la ciudad después cuna de la independencia. A fray Cayetano se le debe el cuerpo documental que ha llegado hasta nosotros de aquellas jornadas y debates; además contenía el *Redactor* artículos editoriales que, al decir de Ricardo Rojas (bastante crítico con su autor), eran “un hermoso documento, obra más de un redactor que de un actuario”.

Fue su colaborador en la redacción de las sesiones de 1816 otro sacerdote el presbítero, doctor José Agustín Molina, “hombre de mucho saber y unido por íntima amistad con el franciscano”, según Leoncio Gianello. Molina era tucumano; había hecho una importante carrera eclesiástica; era irreprochable tanto en su vida pública como en la privada. Muestra de moderación, prudencia y delicadeza, adhirió a la causa de Mayo, sin haber merecido sanciones por las autoridades civiles o por sus superiores. Lo unía a fray Cayetano una antigua amistad nacida en los claustros de la Universidad de Córdoba, donde había recibido el título de maestro en artes y de doctor en Teología a los 22 años. Terminó sus días elevado a la jerarquía episcopal, como vicario apostólico en la diócesis de Salta.

El otro religioso era fray Justo Santa María de Oro, diputado por San Juan, su tierra natal. Pertenecía “a una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera: la del patriotismo y el talento”, al decir de Sarmiento en *Recuerdos de provincia*. Bien lo conoció don Domingo por razones de parentesco y en la pequeña ciudad, y con su pluma evocó que el “primogénito de la familia Oro fué destinado a seguir bajo el hábito dominico la no interrumpida cadena de frailes sabios de la familia. Se mostró desde luego, digno sucesor de sus antepasados”. Pasó a Chile a estudiar en la Universidad de San Felipe, donde se doctoró en Teología. Preocupado por la formación de los religiosos, viajó a España para presentar en la Corte un proyecto para un colegio para estudios eclesiásticos. Volvió a San Juan, donde desempeñó su ministerio; elegido diputado a Tucumán, de inmediato se puso a las órdenes del Libertador.

Una rápida recorrida por la vida de los sacerdotes que integraron el Congreso de Tucumán, como lo hemos hecho con fray Cayetano Rodríguez y con fray Justo Santa María de Oro, nos dará no solo las vinculaciones que pudieron existir entre ellos, sino también lo cercanos en muchas cosas que estaban con su pueblo, haciendo la salvedad de que no era este en su conjunto el que votaba, pero sí el que recibía los bienes espirituales y materiales del ministerio eclesiástico.

El Pbro. Manuel Antonio de Acevedo era natural de Salta; tenía 46 años, se había formado en el Colegio de Monserrat y graduado en la Universidad de Córdoba en 1793. Su labor sacerdotal había comenzado como secretario del obispo Moscoso, para seguir en el curato de Cachi, en su provincia natal, de donde pasó a la Iglesia matriz de Catamarca, actual Catedral y Santuario. No actuó solo en su jurisdicción, sino que con auténtico celo apostólico llegó a Belén, Andalgalá y Santa María, en el norte de la provincia, donde fundó escuelas de primeras letras. Acompañó al general Belgrano en la Batalla de Tucumán, el 24 de setiembre de 1812 y se dedicó junto al esforzado y modesto cuerpo médico a atender a los heridos. Aquel quiso promoverlo a la dignidad de canónigo en la catedral de Salta, cargo en el que pidió licencia para seguir cerca de sus antiguos fieles. Sus dotes oratorias lo colocaron el 24 de marzo de 1816 en el púlpito para pronunciar en la iglesia de San Francisco el sermón en “la misa del Espíritu Santo, que se cantó para implorar sus divinas luces” con que el Congreso abrió sus sesiones. El texto de esa oración no se conservó, sin embargo, el diputado cordobés Miguel Calixto del Corro le recordó al joven Nicolás

Avellaneda muchos años después que fue “una sentida oración con acento superlativo”.

El Pbro. Pedro José Miguel Aráoz, natural de Tucumán, pertenecía a la tradicional familia de ese apellido, ligada también a la de Aráoz de Lamadrid. Había estudiado en Buenos Aires y continuó los universitarios en Córdoba, donde en 1782 se graduó en Teología para retornar a la capital, donde dictó en el Real Colegio de San Carlos la cátedra de Filosofía desde 1785 hasta 1787. Fue uno de sus discípulos el doctor José Darregueira, destacado jurista y también diputado al Congreso de Tucumán. Se fue de Buenos Aires, después de no haberle temblado el pulso para firmar una representación a favor del canónigo don Juan Baltasar Maciel, enfrentado con el virrey don Nicolás del Campo, marqués de Loreto. Volvió a su ciudad natal, donde fue cura rector de la iglesia Matriz, en la que pronunció un sermón fúnebre evocando a muertos en la invasión británica de 1807 caídos en esas acciones, y especialmente a los tucumanos que habían integrado el cuerpo de Arribeños. Adhirió a la causa patriota y fue un activo colaborador de Belgrano, que lo distinguió como capellán de las milicias criollas, y después de Salta lo recomendó “por haber ejercido su ministerio en lo más vivo del fuego, con una serenidad propia y haber sido infatigable en el cumplimiento de su piadosa misión”. Aunque su nombre no figura demasiado, su alto cargo y las vinculaciones familiares lo ubicaron en un lugar expectable dentro de la política local.

Pedro Ignacio de Castro Barros había nacido en el pueblo de Chuquis, departamento de Arauco, en la provincia de

la Rioja. Era el menor de cinco hermanos. Su madre lo dio a luz cuando tenía 66 años y llegó la venerable matrona a los 103 años, cuando falleció en 1814. De pequeño se trasladó a Santiago del Estero, donde comenzó su formación para seguir en Córdoba en el colegio de Loreto que regía entonces el Pbro. Nicolás Videla del Pino, después obispo del Paraguay y de Salta. Prosiguió en el de Monserrat, donde se graduó en Filosofía en 1796. Interesado en los estudios, en 1800 obtuvo el doctorado en Sagrada Ciencia y en 1802 el de bachiller en Derecho Civil. Retornó a su tierra natal y se dedicó a predicar los ejercicios de San Ignacio de Loyola, a la vez que a dictar cátedras, mientras desempeñaba su ministerio sacerdotal en la Iglesia Matriz. El Deán Funes, a cargo del rectorado de la Universidad de Córdoba, en 1808 lo llamó a tomar la cátedra de Filosofía, convencido de que por su saber “ningún otro contrincante se presentaría a disputársela”. Volvió nuevamente a su tierra natal producida la Revolución de Mayo como cura y vicario foráneo interino, donde emprendió obras en un templo que amenazaba caerse, las que bendijo en 1813. Diputado a la Asamblea del Año XIII, a su regreso pronunció un célebre sermón, donde se unió el fervor patriótico al religioso al haberse celebrado el mismo día el quinto aniversario de la Revolución de 1810 y la magna festividad del Corpus Christi. En la homilía no vaciló en justificar plenamente la idea independentista, posición por demás arriesgada, cuando Fernando VII había recuperado el trono y muchos rioplatenses parecían dispuestos a someterse como fieles vasallos. Volvió a ser elegido diputado para el Congreso a celebrarse en Tucumán, adonde llegó antes de haberse

inaugurado las sesiones, lo que lo hizo partir hacia Salta para interponer sus buenos oficios en la disputa entre Güemes y el general Rondeau, general en jefe del Ejército del Norte.

José Eusebio de Colombres nació en Tucumán, por la familia de su madre. Era sobrino segundo de otro congresal, el Pbro. José Ignacio de Thames. Era doctor en Teología y de Derecho Canónico en Córdoba; su contracción al estudio lo dispensó del pago de los gastos correspondientes a su internado en el Colegio de Monserrat. Ordenado sacerdote en 1804, fue destinado al curato de Piedra Blanca, en la provincia de Catamarca, donde ejerció la mayor parte de su ministerio y adhirió a la causa de la Revolución. Elegido diputado en enero de 1816, ya se encontraba en su ciudad natal, a las que años más tarde habría de volver, donde se destacó en diversos órdenes, entre ellos en implantar el cultivo de la caña de azúcar, que le valió el título de “El vencedor de la miseria en Tucumán”. Casi al final de sus días alcanzó el orden episcopal en 1858 como obispo de Salta, pero falleció poco después sin ser haber sido consagrado ni haber recibido las bulas pontificias.

El Pbro. Pedro León Gallo era natural de Santiago del Estero, vinculado por su madre a la familia de la hoy beata María Antonia de la Paz y Figueroa “Mamá Antula”. Estudió en Córdoba en el Colegio de Monserrat en tiempos en que era regido por los franciscanos, donde había ejercido la cátedra fray Cayetano Rodríguez. Obtuvo el título de Maestro de Filosofía, en un examen brillante que fue considerado como “inteligencia humana”. Se destacó como orador sagrado, y su nombre es citado por el obispo Videla del Pino, a quien había tratado

cuando era estudiante en la causa que se había formado por connivencia con el enemigo.

José Andrés Pacheco de Melo nació en Salta; hizo sus primeros estudios en su ciudad natal, donde fue condiscípulo de Martín Güemes. Pasó luego a Córdoba, donde estudió en el seminario conciliar de Loreto, para proseguir en la universidad, donde se doctoró en Derecho Canónico en 1801. Fue destinado al curato de Llabi-Llabi en el Alto Perú, departamento de Chichas, donde lo sorprendió el Movimiento de Mayo. Desde allí, como muchos de los sacerdotes mencionados, al decir de Bernardo Frías, “movieron poblaciones enteras al sostén de la nueva causa, que se anunciaba como la de una segunda y ansiada redención”. Incorporado al Congreso, tuvo especial participación después de la Independencia para que se mandara un enviado a Santa Sede “para todos los objetos relativos al bien espiritual del Estado”, a la vez que abogó “para que los indios, siendo iguales en dignidad y derecho a los demás ciudadanos”, gozaran de las mismas preeminencias y fueran regidos “por las mismas leyes”. También pidió la abolición del tráfico de esclavos en el territorio del Estado.

Antonio Sáenz, porteño de nacimiento, después de haber cursado en el Real Colegio de San Carlos, se trasladó a la Universidad de San Francisco Javier en Charcas, donde fue condiscípulo de Mariano Moreno y se licenció en Leyes en 1804. (Posteriormente hizo el doctorado). Inmediatamente pasó a ejercer la profesión en Chuquisaca, donde fue llamado por la vocación religiosa. El arzobispo le confirió todas las órdenes hasta el subdiaconado. De regreso a Buenos Aires, en febrero

de 1806 fue ordenado sacerdote. No ejerció el curato de almas, y su vida transcurrió durante esos años como secretario del Cuerpo Capitular y notario de la curia; además de haber ejercido la docencia y la abogacía. No fueron pocos sus enfrentamientos con el obispo Lué; formó parte de la Asamblea del Año XIII y fue electo para representar a su ciudad natal en Tucumán.

Mariano Sánchez de Loria nació en Chuquisaca; era hijo de un prestigioso abogado porteño radicado en esa ciudad al haber concluido sus estudios. Atendía su bufete con crédito y prestigio. Siguió la carrera de su padre en la misma Universidad de San Francisco Javier, donde alcanzó el título de Bachiller en Leyes. Compañero de estudios de José Mariano Serrano (también diputado al Congreso), participó activamente en la revolución de 1809, y adhirió fervorosamente al movimiento porteño. Después de la derrota de Sipe-Sipe, junto con otros compañeros tomó el camino del destierro y se estableció en Salta, para participar después como diputado en Tucumán. Al momento de su participación en esas jornadas, no tenía estado eclesiástico: había enviudado. Profundamente conmovido, cuando el Congreso se trasladó a Buenos Aires lo acompañó, pero a poco se ausentó de la ciudad y, al habersele ordenado comparecer en dos oportunidades, con el beneficio de facilitar el viaje, no lo hizo. Poco después tomó los hábitos y terminó sus días como canónigo en la catedral de Charcas.

El Pbro. José Ignacio Thames, natural de Tucumán, cursó estudios en la Universidad de Córdoba, donde se graduó en 1784 con notas brillantes. Sirvió su ministerio sacerdotal los

primeros años en la Iglesia matriz de su ciudad natal, como cura interino. Pasó a Salta, donde ejerció el mismo empleo en el curato del Alto y a sus costas edificó la parroquia de Manantiales. Adhirió a la causa de patriota y, “en reconocimiento a los servicios prestados a la causa de la libertad”, la Asamblea del Año XIII le confirió la dignidad de canónigo de la catedral salteña. Cuando se eligió el diputado por Tucumán, reemplazó al doctor José Agustín Molina, que había renunciado a su empleo.

El Pbro. Pedro Francisco Uriarte, natural de Santiago del Estero, cursó las primeras letras en el Convento de San Francisco de esa ciudad, de donde pasó a Córdoba (allí, en 1783, recibió el orden sagrado). Regresó a Santiago, y dos años más tarde se trasladó a Buenos Aires, como capellán de la Casa de Ejercicios, fundada por su pariente la Beata María Antonia de la Paz y Figueroa. Regresó nuevamente a su ciudad natal y en 1793 asumió el curato de la recién creada parroquia de Loreto. Permaneció largos años y allí lo encontró el Movimiento de Mayo, al que se plegó con entusiasmo. Este cura fue definido por un contemporáneo como “sacerdote de gran prestigio, vasta ilustración, sano consejo y firme carácter”. Todas estas condiciones lo hicieron bajar a Buenos Aires para representar a su ciudad en la Junta pero, cuando llegó en noviembre de 1811, había sido disuelta. Estuvo cuando se produjo el Motín de la Trenzas y en enero del año siguiente regresó a Santiago del Estero. Volvió a ser electo para el Congreso de Tucumán, del que participó hasta que sus coprovincianos le quitaron la designación cuando venció su mandato.

Miguel Calixto del Corro, natural de Córdoba, se formó en las aulas del Monserrat y graduado en Teología a los 25 años. En 1800 recibió las sagradas órdenes. Sacerdote y docente de vasto conocimientos (pero de muy bajo perfil), pasó largos años dedicado a estas tareas. Electo diputado a la Asamblea del Año XIII por su provincia natal, no llegó a incorporarse a esta, pero sí lo hizo representando a sus paisanos en el Congreso de Tucumán. Debió ser muy grande el prestigio de que gozaba y sus condiciones diplomáticas porque sus pares le confiaron las delicadas misiones de evitar el largo enfrentamiento entre Rondeau y Güemes, lograr la paz en Santa Fe, conseguir que el Paraguay enviase diputados al Congreso y reiniciar el diálogo con los partidarios de Artigas. Por estas razones no fue uno de los que rubricaron el Acta de la Independencia. Las misiones que le fueron encargadas no estuvieron exentas de inconvenientes y fracasos; aunque sus colegas tampoco fueron benévulos y le cerraron las puertas del recinto, por estar abierta una causa criminal por el cumplimiento de algunas de esas misiones.

Felipe Antonio de Iriarte, natural de Jujuy, doctor en Córdoba y en Charcas, desarrolló buena parte de su actividad en el ámbito académico de la última ciudad como docente y canciller de dicha universidad, y desarrolló la eclesiástica en el arzobispado. Cumplía estas funciones cuando fue electo diputado al Congreso, al que se incorporó ya declarada la Independencia.

La participación del clero en los episodios que van desde la emancipación hasta la Independencia, resulta un hecho evidente. El breve repaso de las actividades de los signatarios

del Acta lo explica claramente y también la generación a la que pertenecían. Todos ellos eran universitarios, nueve de ellos egresados de la Universidad de Córdoba; dos, de la de Chuquisaca; y uno, de la de Santiago de Chile. Solo dos de ellos eran porteños: el padre Sáenz, el más joven del grupo (36 años) y fray Cayetano Rodríguez, que se había educado en Córdoba en sus primeros años, pero ambos habían desarrollado su ministerio en Buenos Aires. De los restantes, a excepción de Aráoz (que hizo su preparatoria en el Real Colegio de San Carlos, al que regresó después como profesor) y de Thames (que fue capellán de la Casa de Ejercicios), ninguno había residido largo tiempo en la capital del virreinato. Solo uno fray Justo Santa María de Oro, había viajado a España. Los mayores del grupo clerical al momento del Congreso, fueron el padre Thames y el padre Uriarte, con 58 años; el padre Aráoz era apenas un año menor (con 57 años) y fray Cayetano Rodríguez tenía 55 años. Con este último todos coincidieron en algún momento en las aulas cordobesas. Castro Barros, Colombres, Sánchez de Loria, Pacheco de Melo, Gallo no habían llegado a los 40 años. Acevedo y Oro tenían 44 y 26 años respectivamente.

La mayoría de los abogados con los que nuestros curas compartieron las sesiones se habían formado en Charcas (Anchorena, Boedo, Darregueira, Gascón, Gorriti, Malabia, Medrano, Sánchez de Bustamante y Serrano), en Córdoba (Cabrerá, Bulnes, Paso y Salguero) y en Santiago de Chile (Laprida, Maza y Godoy Cruz). En la mayoría de los casos habían tenido contacto con los religiosos por razones de vecindad, por haber sido discípulos o compañeros de aula.

Resulta interesante la opinión de un contemporáneo, el único extranjero que estuvo en Tucumán y presencié la declaración de la independencia, el oficial sueco Jean Adam Graa-ner, quien en sus memorias apuntó: “En los discursos alternaban los nombres de Solón, Licurgo, Platón, etc., *El Contrato Social*, *El Espíritu de las Leyes*, la Constitución inglesa y otras obras de ese género, fueron consultadas y estudiadas, citadas y documentadas con gran entusiasmo por los doctores en leyes, en tanto que los sacerdotes condenaban a los filósofos antiguos como ciegos paganos y a los escritores modernos como a herejes apóstatas impíos. Es verosímil que los eclesiásticos —muy preponderantes en las primeras sesiones— tuvieran como plan el establecimiento de un gobierno rigurosamente jerárquico, tomando como buen pretexto, que el célebre régimen teocrático de los jesuitas del Paraguay, formado en parte sobre el modelo de los Incas, era el más benéfico entre todos los conocidos hasta entonces, pero parecieron olvidar que una hermosa constitución supone costumbres puras e inocentes, igualdad absoluta de fortunas y de condición, renuncia voluntaria a toda ambición de títulos y preferencias exteriores, respeto absoluto por los jefes y por las leyes establecidas, en una palabra, un número infinito de cualidades y virtudes, de que no solamente los criollos están desprovistos sino quizás todo hombre educado en las delicias y los vicios de la sociedad civilizada”.

Queda como episodio curioso algo más: cuando se trató el tema de la forma de gobierno, se pensó en coronar a un inca. Un presunto aspirante a ocupar ese trono era, desde mucho tiempo antes, Juan Andrés Ximénez de León Manco Capac,

sacerdote, primer capellán de las fuerzas armadas criollas, descendiente legítimo de los emperadores del Perú, cuya vida es por otra parte novelesca. Ya en 1808 el agente José Presas le comunicaba al comandante de la flota británica en el Atlántico, Sir Sidney Smith, las intenciones de “un pequeño partido republicano”, según informes del religioso. Sin embargo, al momento de la Revolución de Mayo (que lo encontró en el Alto Perú), adhirió con total convicción. Esta incorporación era de por sí valiosa ya que conocía muy bien la región y ejercía una notable influencia sobre los naturales, al extremo de que en una certificación consta que “despreciando todas las comodidades y perdiendo sus intereses, se puso en peligro de perder la vida, y despreció los honores que le habían conferido los reyes de España”. Era tan extremista que en igual medida era el odio que sentía por los europeos que los que estos sentían por él, al decir de Antonio González Balcarce, aunque el cura contaba con la protección de Castelli. Sin embargo sublevó a los indios en Tupiza, pero terminó asistiendo a la batalla naval de Montevideo, como capellán de la escuadra de Brown, brindando ayuda espiritual y las primeras curaciones. Desaparece su rastro poco antes de haberse iniciado el Congreso. De haber estado, seguramente este cura, que era un agitador peligroso y de actividades ocultas, habría dado que hablar y habría reclamado sin duda sus derechos al trono.

El testimonio de Mitre, a quien no podemos considerar un autor enrolado en las filas del catolicismo en su *Historia de Belgrano*, es suficiente para explicar esa presencia de la Iglesia y muy especialmente en 1816: “Como en todas las asambleas

políticas de la revolución, el elemento legista y clerical predominaba en el Congreso de Tucumán, lo que se explica no sólo por la mayor ilustración que debía suponerse en aquellas clases, sino también por haberse decidido, desde muy temprano a favor de las nuevas ideas los clérigos, los frailes y los abogados, que se constituyeron en sus ardientes apóstoles”.

Pertenecían los religiosos a las clases más distinguidas de su tiempo, no solo por el prestigio de sus hogares o de su formación, sino también por su marcada influencia en los grupos dirigentes y en los formadores intelectuales, ya que en aquellos estaba depositada la enseñanza. No debemos olvidar que muchas veces obispos, y aun sacerdotes, mantuvieron largos litigios con las autoridades civiles, donde no siempre estas llevaron las de ganar. Por otra parte, en su inmensa mayoría su entrega personal y su caridad sin interés alguno eran ampliamente reconocidos, y el pueblo todo depositaba en ellos su confianza.

Nicolás Avellaneda, tucumano ilustre que fue el primero en haber ocupado la presidencia de la República, al referirse al Congreso, expresó claramente: “No hubo jamás una asamblea más argentina y que respondiese mejor al estado moral e intelectual del país [...]. Son eclesiásticos en su mayor parte, doctores todos de Córdoba y Chuquisaca [...] van a emanciparse de su rey, y toman todas las precauciones para no emanciparse de su Dios y de su culto”.



Retrato de Martín de Álzaga.
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

La Independencia argentina y los residentes españoles*

Por Alejandro Fernández**

Los españoles europeos que hacia 1810 vivían en el Río de la Plata se enfrentaron a una situación paradójica. Envueltos en el torbellino de una revolución desencadenada en nombre de un rey del que ellos se reconocían como súbditos, pero dirigida por americanos que procuraban excluirlos, debieron soportar frecuentes vejámenes y exacciones derivados de su origen. Ese clima social hostil condujo a la sanción de una nutrida serie de leyes y decretos, pero la hispanofobia no mantuvo una intensidad constante, sino que estuvo condicionada por diversos factores. La mayoría de esas medidas fueron aprobadas durante el primer lustro de actuación de los Gobiernos patrios, cuando la situación política era más incierta y el panorama de la guerra más amenazante. La toma de Montevideo en 1814 y la relativa estabilización de la frontera norte del territorio fueron diluyendo el peligro de que las tropas españolas pudieran recuperar el control de Buenos

* El presente trabajo es un extracto de la investigación completa que publicará la Fundación Ortega y Gasset Argentina.

** Profesor y Doctor en Historia. Se desempeña como docente en la Universidad Nacional de Luján. Es autor de diversos artículos y capítulos relacionados con la historia de la inmigración española; también ha co-editado libros como *La inmigración española en argentina* (1999).

Aires, aun cuando siguiera presente la potencial amenaza de una expedición militar enviada desde Europa. Para entonces, los residentes españoles habían perdido todo el poder político que habían gozado durante la colonia y buena parte de su ascendiente económico y social, por lo que la figura del peninsular “mandón” y enemigo, que debía ser despojado de sus injustas ventajas, tendió a difuminarse. Esto no impidió que mantuvieran su vigencia algunos de los instrumentos de la legislación punitiva y que incluso se aprobaran nuevas medidas que cercenaban sus derechos.

Una colectividad creciente y cambiante

Los flujos migratorios que vinculaban a España con América se incrementaron durante el último tercio del siglo XVIII; constituyeron, tanto por su importancia relativa como por la atracción de las regiones receptoras, una suerte de transición entre los desplazamientos acotados y muy selectivos del período colonial clásico y los propios de un mercado internacional del trabajo. Dentro de ese panorama, la capital del virreinato del Río de la Plata fue, en el conjunto del Imperio, una de las ciudades más dinámicas en cuanto a la atracción de los inmigrantes españoles. De acuerdo con el censo realizado en 1810, los nacidos en España representaban alrededor de la décima parte del total de la población porteña,¹ proporción que, hasta donde sabemos, superaba con claridad a la de cualquier otra ciudad

1. De Cristóforis, Nadia, *Proa al Plata: las migraciones de gallegos y asturianos a Buenos Aires (fines del siglo XVIII y comienzos del XIX)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009, pp.136 y ss.

del actual territorio argentino. Por otro lado, ganaron espacio como regiones de origen de los migrantes las del norte de la península (Galicia, Asturias, Cantabria, País Vasco, Navarra y Cataluña), en desmedro de Andalucía, Castilla y Extremadura, que habían tenido mayor importancia hasta mediados del siglo XVIII. Asimismo, los oficios pertenecientes al comercio y al artesanado elevaron su proporción entre los nuevos arribados, aunque también crecieron otros menos calificados, como los de criados, dependientes o marineros. Se trataba de ocupaciones asociadas a un tipo de emigración espontánea, no dirigida y por lo tanto diferenciada de los desplazamientos tradicionales de burócratas, militares, obispos y clérigos, encargados de las funciones inherentes al Estado imperial y a la Iglesia.

Este conjunto de transformaciones puede explicarse ante todo por los vínculos entre emigración y comercio transatlántico, a medida que este último se fue liberalizando con las reformas borbónicas. Creció por entonces la atracción de las regiones coloniales que podían exportar productos con demanda creciente en el mercado mundial y cuyas comunicaciones con la metrópoli habían mejorado, al haberse ampliado las conexiones entre puertos de partida y de arribo. La introducción de los Correos Marítimos a partir de 1764 y el Reglamento de Libre Comercio de 1778 aumentaron las posibilidades del traslado, acercando a quienes lo practicaban a los lugares en los que existía una demanda potencial o efectiva. El sector mercantil fue el que más se renovó durante esta etapa, dadas sus posibilidades de movilidad ascendente y la posición predominante de la que gozaba en la sociedad porteña y en las instituciones de

Gobierno, como el Cabildo y el Consulado, creado este último en 1794.

Las ventajas de ejercer el comercio en una ciudad en la que la población y el poder adquisitivo estaban creciendo a un ritmo veloz atrajeron sobre todo a hombres jóvenes y solteros, que en muchos casos se incorporaron a los negocios en marcha y regidos por sus parientes de mayor edad, como tíos o primos. Como resultado, en 1810 se registraban dieciocho varones por cada mujer entre los españoles que vivían en Buenos Aires, una cifra que obligaba a la concertación de matrimonios mixtos —es decir, con cónyuges de otras nacionalidades— a aquellos que decidían radicarse de modo definitivo. Uno de los factores de integración de estos nuevos migrantes fue precisamente el matrimonio con mujeres criollas, hijas de españoles europeos que a la vez eran sus colegas o patrones, lo que reforzó la tendencia endogámica del grupo.² Las formas familiares de la emigración solían influir, además, en las modalidades del negocio. Así, cuando se trataba de hermanos jóvenes, uno de ellos podía permanecer en la capital virreinal, introduciendo efectos por cuenta propia o a comisión de casas metropolitanas, mientras el otro quizá se radicara en el interior, donde comercializaría, entre otros, los productos importados por el primero.

Pero la participación de los peninsulares en la actividad mercantil no se agotaba en el comercio de exportación e importación ni en el mayorista, sino que existía una fuerte presencia de ellos —en particular de los naturales de Galicia— entre los

2. Socolow, Susan, *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1991, pp.63-65.

minoristas, pulperos y mercachifles. Puesto que se trataba de negocios frecuentados por los sectores populares criollos y en los que estos con frecuencia eran deudores, los mercachifles de origen peninsular y sobre todo los pulperos y tenderos se encontrarán entre las figuras estigmatizadas a partir de 1810 y a veces entre los destinatarios de las medidas punitivas tomadas por los Gobiernos patrios. Fuera del comercio, los migrantes fueron atraídos por otros sectores en crecimiento. Los estudios recientes sobre la colectividad española de la ciudad, como el de Mariana Pérez, o los dedicados a grupos regionales, como el de Nadia De Cristóforis, han mostrado que la dispersión socioeconómica de sus integrantes era amplia y que, si bien el comercio había empleado a una proporción significativa, había muchos otros ocupados en trabajos manuales y que competían en ciertos nichos laborales con los criollos e incluso con los esclavos.³

¿En qué medida estas características de la colectividad peninsular permitían entrever un sentimiento de hispanofobia, antes de que las invasiones inglesas comenzaran a precipitar los acontecimientos? La respuesta debería desagregarse según grupos sociales. El desprecio por los “mandones” que transmitiría la legislación adoptada por los futuros Gobiernos patrios derivaba en gran parte de la combinación entre el control casi total que los españoles ejercían sobre el comercio ultramarino y el acceso preferencial a los cargos públicos. Un factor

3. Pérez, Mariana, *En busca de mejor fortuna. Los inmigrantes españoles en Buenos Aires desde el Virreinato a la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo-UNGS, 2010, pp.67-68; De Cristóforis, Nadia, *Proa al Plata...*, *op.cit.*, pp.148-155.

que potenció ese resentimiento derivaba de los mecanismos emigratorios, ya que el comercio, en particular en sus niveles elevados, tendía a permanecer en manos de los peninsulares a través de la llamada e integración de paisanos y parientes. Pero la hispanofobia también iba ganando adeptos entre unos criollos pobres que veían a sus semejantes nacidos en la península como parte de los beneficiarios de un orden injusto y a los que comenzaban a adjudicarles mote despectivos como los de “sarraceno”, “maturrango” o “gallego”; remarcaban con ello que dichos privilegios no eran incompatibles con la supuesta ignorancia que los caracterizaría.

La legislación punitiva y sus efectos sobre los españoles

Los conflictos entre peninsulares y criollos pueden remontarse al menos hasta el inicio de las Invasiones Inglesas, cuando la militarización comenzó a quebrar la hegemonía de la élite burocrático-mercantil en la que los primeros abundaban. El memorial de agravios que la Revolución elaboraría en contra de los españoles europeos —que por lo común pasaron a ser definidos simplemente como “europeos”, contrapuestos a los “criollos”— apuntaba a los privilegios que a ellos reservaba el orden colonial, desde los políticos y judiciales hasta los económicos. Tales motivos constituyeron ingredientes centrales del discurso expresado a partir de mayo de 1810 y fueron luego retomados por la historiografía decimonónica, que halló en esa antipatía la principal explicación del surgimiento del patriotismo.

Pese a algunas reticencias iniciales, los Gobiernos revolucionarios dispusieron una serie de medidas a tono con esa ideología en construcción. Por medio de estas procuraron despojar a los peninsulares del poder político, transferir al fisco parte de sus recursos e imponer un control sobre sus actividades, para evitar cualquier desafío al nuevo orden. Si comparamos con lo ocurrido en otras regiones del Imperio, la represión contra los españoles europeos fue en el Plata menos cruenta, lo cual se explica por el hecho de que Buenos Aires nunca conoció, luego de 1810, los sucesivos cambios en el control del poder entre realistas y revolucionarios que se observaban en aquellos o bien porque las desigualdades y la discriminación eran todavía más marcados en tales sociedades que en la del Plata. En varias oportunidades, los dirigentes criollos hicieron gala de que la legislación dirigida contra los enemigos de la Revolución estaba presidida por el signo de la moderación. Apenas instalada en febrero de 1813, la Asamblea Constituyente se jactaba, en los fundamentos del decreto por el que se excluía a los españoles europeos de los cargos públicos, de que:

No ha habido pueblo sobre la tierra que al levantarse de la esclavitud no haya pronunciado un decreto de muerte, y exterminio contra sus antiguos opresores. Solo nuestra historia ofrecerá rasgos singulares, que desmientan el espíritu del hombre: oprimidos hasta el abatimiento y ultrajados con todo el orgullo que engendra la fuerza; era de esperar que la sangre de los injustos fuese el primer indicio de la revolución; pero lejos de este doloroso extremo, los españoles europeos han continuado hasta hoy en sus empleos.⁴

4. Ravignani, Emilio (coord.), *Asambleas Constituyentes Argentinas*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas, 1937, T. I, pp.15-16.

En rigor, los Gobiernos de la Revolución habían iniciado una política represiva respecto de los peninsulares mucho antes de este decreto. Su aplicación, sin embargo, dependió de factores como las necesidades fiscales, las urgencias de tipo militar, la importancia de las ocupaciones de quienes debían ser castigados o sus vínculos familiares o profesionales. De ese modo, si fue relativamente indoloro llevar a cabo la expulsión del virrey y de los miembros de la Audiencia, dado el escaso arraigo que tenían en la sociedad local, las resistencias crecieron cuando se trató de sancionar a funcionarios menores y a los comerciantes, que a menudo contaban con parientes, socios o dependientes nacidos en el país y con negocios vitales para la economía rioplatense. Esto determinó que se dispusieran excepciones en la legislación punitiva, o bien que algunas de las penas fueran canceladas.

Ya en diciembre de 1810 la Primera Junta excluyó a los peninsulares de los cargos públicos, pero luego limitó el impedimento a quienes hubiesen delinquido contra el Gobierno. En marzo siguiente, ante el temor de una combinación con las fuerzas realistas de Montevideo, su sucesora, la Junta Grande, decidió internar en Córdoba a los peninsulares solteros, pero nuevamente se retractó, y dejó la implementación de la medida a cargo del Cabildo. Lo hizo luego de una exhortación de la Sociedad Patriótica, que apeló a los sentimientos del afecto y de la sangre que vinculaban a muchos españoles con las “familias patricias”.⁵ El propio festejo del 25 de mayo adquirió a

5. Galmarini, Hugo, “La situación de los comerciantes españoles en Buenos Aires después de 1810”, en *Revista de Indias*, Madrid, Vol. XLIV, N° 173, 1984, pp.274-275.

partir de ese año un carácter ambiguo ya que, si por una parte se celebraba el derrumbe de las jerarquías coloniales, brindaba también la ocasión para aliviar mediante amnistías o suspensión de confiscaciones a las familias de los desafectos a la Revolución.

Más decidida fue en cambio la política destinada a recaudar fondos provenientes de las fortunas de los comerciantes peninsulares. Al primer empréstito forzoso aprobado por la Junta le siguieron otras medidas que implicaban un severo control de sus negocios. La ley de confiscación de las pertenencias extrañas de comienzos de 1812 impuso la obligación de declarar los bienes y dinero cuyos propietarios o acreedores residiesen en lugares que no reconociesen al Gobierno revolucionario, a fin de que este último pudiese disponer de los mismos. Los pulperos fueron a continuación objeto de una ley específica, por la que se estableció que ningún español europeo podía regentar tales negocios. La Asamblea Constituyente del año siguiente atenuó estas penas, reconociendo la situación de esterilidad que atravesaba el comercio y el riesgo de que los capitales emigraran hacia países enemigos.

Como contrapartida, la Asamblea aprobó en febrero de 1813 el decreto mencionado al comienzo del parágrafo, por el que se disponía la remoción de los empleos eclesiásticos, civiles y militares de todos los europeos residentes que no hubiesen obtenido título de ciudadanía. En abril se dispuso que únicamente los comerciantes que fuesen ciudadanos y que estuviesen matriculados podrían actuar como consignatarios de cargamentos extranjeros, una medida principalmente dirigida

en contra de los peninsulares. La prolongación de la guerra en la Banda Oriental haría que también esta última norma fuera dejada en suspenso en octubre, debido a las graves consecuencias que había acarreado su implementación en unos pocos meses:

En este concepto cree el Gobierno necesaria la revocacion ó la suspensión del Decreto de las consignaciones forzosas, porque en la practica no corresponde al objeto que se propuso; porque las menguadas utilidades que produce á un pequeño número de Americanos, no es proporcionada á los perjuicios que causa á la generalidad de las demas clases consumidoras.⁶

Otras imposiciones revolucionarias, como la prohibición de portar armas o de desplazarse sin contar con salvoconducto, los reclutamientos forzosos para el ejército en operaciones e incluso los destierros afectaron también a los españoles que integraban los sectores populares, en mayor medida aún que en el caso de los “mandones”. Esos sectores también fueron alcanzados por los castigos impuestos a los participantes en la conjura de Álzaga de 1812, sin dudas el episodio más sangriento de la represión antipeninsular. Si bien el ajusticiamiento de sus cabecillas y la exhibición pública de sus cuerpos en la plaza de la Victoria amedrentaron al sector más acomodado de la colectividad, sus efectos se extendieron hacia abajo y alcanzaron a través de deportaciones y confinamientos a quienes supuestamente habían colaborado en la trama

6. Ravnigani, Emilio (coord.), *Asambleas...*, op.cit., T. I, p.74.

conspirativa. Hacia fines de ese año, ante los temores de otro complot, fueron aprobadas nuevas medidas de control y vigilancia, dirigidas en especial a los mozos de pulperías y a peones de quintas. Se prohibieron las reuniones de más de tres españoles, el uso del caballo por parte de estos, y se impuso la pena de fusilamiento para quien fuese descubierto tratando de escapar a Montevideo.

La gravedad de las medidas impuestas dependía a veces de los conflictos internos entre los criollos, como ocurrió en abril de 1811, cuando el tumulto contra la facción morenista impuso su exigencia de expulsión de los europeos. Pero más a menudo estaban condicionadas por los avatares de la guerra. Los tres años que siguieron a la derrota de Huaqui constituyeron la etapa más grave del enfrentamiento, debido al peligro de que los realistas procedentes del Alto Perú pudieran extinguir el movimiento revolucionario, contando con la alianza de los peninsulares de Buenos Aires y de las tropas de la Banda Oriental. La toma de Montevideo por las fuerzas patrias en 1814 permitió aliviar en algo la situación. El Director Supremo Gervasio Antonio Posadas presentó una nota a la Asamblea Constituyente en la que solicitaba moderación para eliminar las injusticias propias del espíritu de partido. Según recordaría en sus *Memorias*, con cierta cuota de exageración, el ordenamiento de la tesorería le permitió reducir al mínimo los pedidos de donaciones o empréstitos a los comerciantes españoles y con ello devolvió tranquilidad a sus negocios.⁷

7. Posadas, Gervasio Antonio, "Memorias", en Museo Histórico Nacional, *Memorias y autobiografías*, Buenos Aires, Imprenta de M. A. Rosas, 1910, T. III, pp.12-14 y 38-51.

En la correspondencia del Secretario de Hacienda, Juan Larrea, con el delegado nombrado por el Directorio en Montevideo, Nicolás Rodríguez Peña, se advierte asimismo ese propósito moderador. Luego de la toma de la ciudad habían sido confiscados los bienes de algunos realistas notorios y había comenzado a aplicarse en esa plaza la ley de las pertenencias extrañas. Sin embargo, se trató de evitar un castigo de conjunto, siguiendo las instrucciones de Larrea, que aconsejaba considerar cada caso en particular. Idéntica prudencia se observó en el incremento de las contribuciones a pulperías, almacenes, panaderías y fábricas de sebo y de jabón, en su mayoría propiedad de españoles europeos.⁸ Este intento de recuperar la moderación en el trato con estos coincidía con lo sostenido por figuras de la dirigencia del interior, como Gorriti o Funes, quienes reclamaban el respeto a los derechos y a la propiedad, y el abandono de las prácticas más radicales.⁹

Sin embargo, los empréstitos forzosos dirigidos a los comerciantes españoles no cesaron por completo, pese al deterioro que podía advertirse en su situación patrimonial. El Congreso reunido en Tucumán a partir de marzo de 1816 acudió en varias oportunidades a ese expediente. En abril de ese año, por ejemplo, con motivo de la aprobación del envío de una misión que gestionaría ante el Paraguay su incorporación al Congreso,

8. Cf. las cartas cruzadas entre Larrea y Rodríguez Peña a partir del mes de setiembre de 1814 en Archivo General de la Nación, Sala X, 42-8-12.

9. Ver Funes, Gregorio, "Bosquejo de nuestra Revolución desde el 25 de mayo de 1810 hasta la apertura del Congreso Nacional" y Gorriti, Juan Ignacio, "De la necesidad de instruir y morigerar a los pueblos", en AAVV., *25 de Mayo. Testimonios, juicios, documentos*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, pp.36-47 y 48-56 respectivamente.

el diputado Pueyrredón propuso que los gastos correspondientes fueran solventados con un préstamo exigible a los “comerciantes europeos” de la ciudad de Córdoba y su campaña. La moción contó con el apoyo de Pérez Bulnes, que formaba parte de la diputación cordobesa, con la única condición de que parte de lo recaudado se destinase a las arcas de su provincia, “por hallarse aquellas enteramente exhaustas”. En julio de 1817, más de un año después de su aprobación, el empréstito seguía sin completarse, y finalmente se resolvió incluir como contribuyentes a los americanos desafectos. Según se indicaba en uno de los oficios gubernamentales, además de las contribuciones en metálico, los comerciantes y hacendados españoles de esa provincia estaban obligados por entonces a proveer de carne, sal, leña y otros abastos a sus compatriotas tomados como prisioneros en la guerra y confinados en las cercanías de sus residencias, o bien a alojarlos y mantenerlos en sus estancias, lo cual imposibilitaba cualquier esfuerzo adicional.

Además de la presión fiscal, diversas causas contribuían al empobrecimiento de los peninsulares, como la interrupción de las comunicaciones marítimas con España o la desorganización del comercio en zonas del litoral y del interior, con las cuales realizaban sus negocios, debido a la generalización del conflicto de independencia, y la aparición de nuevos competidores, que lograron sacar partido de la eliminación del monopolio: los mercaderes británicos. A su vez, la recuperación de territorios por parte de los ejércitos realistas podía acarrear la confiscación de mercancías y créditos a favor de los comerciantes españoles de las Provincias Unidas. Sus colegas de otras

nacionalidades fueron mucho menos afectados, en particular los británicos, a quienes en 1816 se los eximió de contribuciones en virtud de los servicios brindados al Estado, al haber permitido incrementar los ingresos aduaneros debido a su rol en el tráfico comercial. Tiempo más tarde, el escocés William Robertson advertía en Corrientes esta diferencia esencial entre la suerte de los españoles y la de sus propios compatriotas, en momentos en que la provincia estaba controlada por las fuerzas artiguistas:

Una vez en el Cabildo hallamos a la mayoría de los pobres españoles europeos, muy ocupados en preparar su largo y penoso viaje. Me llegó al corazón la resignada y triste apariencia, la manera tranquila y recatada con que se disponían para la expedición, cuyo fin —según algunos ya presumían— debía ser una ejecución pública y sin proceso. Y mientras contemplaba yo situación tan lastimosa, no podía menos de pensar con orgullo nacional que mientras ellos podían sufrir prisión o pérdida de la vida sin que nadie se ocupara de su suerte, mis acompañantes, por su condición de ingleses, no habrían de recibir malos tratos sin que un gobierno levantara su brazo poderoso para defenderlos o vengarlos.¹⁰

La aprobación de nuevas medidas dirigidas contra los peninsulares continuó hasta los años finales de la década. En abril de 1817 fueron prohibidos los matrimonios de españoles con americanas, lo cual, dada la escasez de mujeres de aquel ori-

10. Robertson, John P. y William P., *Cartas de Sudamérica*, Buenos Aires, Emecé, 2000 [1843], p.372.

gen, implicaba condenar a los primeros al celibato. Todavía en 1819 hubo un último agravamiento de la legislación, debido a los rumores de que Fernando VII finalmente enviaría al Plata un ejército para sofocar la Revolución y al descubrimiento de maniobras para transferir bienes a la península mediante disposiciones ficticias incluidas en testamentos de propietarios que morían sin dejar herederos en América. Es así como en el mes de mayo se dispuso la transferencia al Estado del cincuenta por ciento del monto total de tales herencias y se excluyó a los españoles de cualquier función vinculada con la ejecución de testamentos, como la de albaceas, tutores, curadores o administradores de bienes mortuorios.

Los restos del naufragio

La reemigración o internación de residentes peninsulares, la interrupción de los arribos desde España, el cambio de ciudadanía forzoso o inducido y el fallecimiento de miembros ancianos de la colectividad hicieron que esta última perdiera gravitación también en términos demográficos. Es probable que a comienzos de la década de 1820 la cantidad de españoles europeos hubiese disminuido a menos de la mitad de los que vivían en la ciudad cuando estalló la Revolución. Para entonces, el Gobierno de la flamante provincia de Buenos Aires había iniciado una política de atracción de inmigrantes, pero centrando su interés en los originarios de Europa septentrional. La llegada de nuevos migrantes españoles fue muy reducida y en general no se trataba de personas que procediesen

directamente de la península, sino de la Banda Oriental y de las provincias litorales.

Más allá de las cifras, la situación de los españoles europeos que no habían optado por la ciudadanía era bastante seria luego de transcurrido un lustro del inicio de la Revolución. Un inteligente observador, el diplomático norteamericano Henry Brackenridge, quien había arribado a Buenos Aires como parte de una misión oficial, los describía como fantasmas que vagaban por las calles sin un destino fijo, tratados como una especie de judíos por aquellos a quienes estaban acostumbrados a considerar como sus inferiores. Por su parte, en la explicación de una de sus acuarelas pintadas hacia 1818 (en la que aparece un espectador español de una carrera de caballos que se negaba a usar la escarapela argentina), el británico Emeric Essex Vidal sostenía que esa persona debía pagar un impuesto por tal negativa, pero que, si eso hubiera acontecido “en los primitivos furores de la revolución”, habría sido una víctima de las represalias del populacho.¹¹

Otros viajeros dan cuenta de españoles empobrecidos por las exacciones, a los que ubican en una posición subalterna respecto de la que habían alcanzado años antes, por ejemplo como dueños o encargados de albergues en la ciudad o de postas en el interior. John Miers, ingeniero británico que arribó a Buenos Aires en 1819, narra que la familia que lo hospedó tenía como cabeza a José María Calderón, un español de unos sesenta años que ejercía el cargo de vista de aduana y

11. Brackenridge, Henry, *La independencia argentina*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1999 [1819], p.143; Essex Vidal, Emeric, *Buenos Aires y Montevideo*, Buenos Aires, Emecé, 1999 [1820], pp.170-171.

que había perdido gran parte de su patrimonio como consecuencia de la Revolución. Su esposa era hermana del general Belgrano y algunos de sus hijos tenían negocios en Mendoza y en España o eran empleados en el ejército y en la burocracia del nuevo Estado.¹²

Desde luego, también existían casos de peninsulares que habían logrado adaptarse mejor a los nuevos tiempos, manteniendo una buena parte del patrimonio o del predicamento local del que gozaban en la época colonial. Un buen ejemplo de ello es el de Isidoro Martínez y Cirés, descrito por John Parish Robertson. Este comerciante y terrateniente de origen catalán, afincado en Corrientes, vendió gran parte de sus posesiones luego de la Revolución, probablemente con la idea de retornar a su país. Pero desistió por los vínculos familiares de su esposa, nativa de la ciudad. Cuando el viajero escocés lo conoció en 1815, se trataba de una figura que mantenía un gran prestigio en la sociedad correntina; era referente tanto para los viejos españoles como para los criollos liberales, incluso para el gobernador y para los jueces de la provincia. Contribuía puntualmente con la cuota de empréstitos que le habían fijado, agregando aportes voluntarios, y nunca había sido perseguido o encarcelado.¹³

¿Cuál era entretanto el impacto fiscal que seguían teniendo las contribuciones forzosas y demás exacciones dirigidas a los españoles? El principal rubro que las componía, el de las “pertenencias extrañas”, había alcanzado una gran relevan-

12. Miers, John, *Viaje al Plata 1819-1824*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968 [1828], pp.21-22.

13. Robertson, John P. y William P., *Cartas...*, *op.cit.*, pp.68-70.

cia apenas se las había implantado en 1812, dadas las características del comercio rioplatense de la época. Sin embargo, por su misma naturaleza se trataba de un recurso de corto plazo, cuya significación estaba destinada a decaer, tal como se advierte en la segunda mitad de la década de 1810-19. Así, de acuerdo a los datos proporcionados por Halperin Donghi, las “pertenencias extrañas” pasaron de representar el 8,1% del total de los ingresos fiscales en 1811-15 al 0,3% en 1816-19, mientras que las demás multas a peninsulares y los comisos cayeron del 1,6 al 0,2% en el mismo lapso. En la medida en que los gastos militares siguieron siendo muy elevados en la segunda mitad del decenio —e incluso se incrementaron con motivo de la campaña libertadora de Chile—, el Directorio debió apelar a nuevos empréstitos forzosos, impuestos de manera más autoritaria, contra los propietarios peninsulares y otros presuntos enemigos de la Revolución, los cuales llegaron a representar el 5,7% de los ingresos en 1816-19.¹⁴

En otros aspectos la situación se presentaba más promisorio, como por ejemplo en cuanto a la reanudación del comercio bilateral. Pese a la continuidad del escenario bélico, luego de 1815 contamos con testimonios sobre el consumo de determinados artículos de origen español —como el aceite— en el interior de las Provincias Unidas, probablemente embarcados en Gibraltar y arribados a través de naves de terceros países. En el caso de los vinos (que conformaban

14. Halperin Donghi, Tulio, *Guerra y finanzas en los orígenes del Estado argentino (1791-1850)*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, cuadros II y III, pp.121-125.

el principal rubro de la exportación peninsular al Plata en época virreinal), la reanimación del tráfico fue más limitada, pero no por falta de disponibilidad del producto, sino debido a la precoz imposición de una tarifa proteccionista en favor de la vitivinicultura cuyana. Aun con esta tarifa, sin embargo, los vinos andaluces y levantinos reaparecerían con ímpetu en el mercado porteño algunos años más tarde, cuando el tráfico directo fuera gradualmente tolerado.

Para entonces, los cueros y las carnes saladas actuarían como los principales rubros de retorno, lo cual, en cuanto a los cueros, significaba recuperar un circuito comercial muy activo a finales de la etapa colonial. Es posible incluso que, si la misión de los comisionados regios de mediados de 1823 hubiese culminado en alguna forma de reconocimiento del status político de la nueva nación y en la firma de un tratado sinalagmático, dicho comercio habría alcanzado una recuperación bastante más sostenida. Tal es la tesis propuesta, tres décadas más tarde, por el diplomático Woodbine Parish, quien comenta la firme demanda de productos españoles en el Plata (vinos catalanes, aceite y sarga malagueños, textiles granadinos, sal gaditana). Según este autor, España desaprovechó por demasiado tiempo la ventaja proveniente de unos hábitos de consumo difundidos gradualmente durante la etapa colonial. Por el contrario, cuando finalmente dejó de prohibir el intercambio, debió enfrentar la competencia de otros países noratlánticos que, entretanto, no habían dejado de colocar sus propios efectos en un mercado en el que era menos profunda la huella de tales hábitos en las

nuevas generaciones.¹⁵

Otro aspecto a destacar es que el clima social hispanóphobo, imperante hasta 1820, fue distendiéndose significativamente luego de esa fecha, aun cuando de tanto en tanto siguieran apareciendo escritos o representándose obras teatrales cuyo contenido apuntaba a la condena de “godos” y de “sarracenos”. En el campo de la política, no se aprobaron otras medidas contra los peninsulares ni se prohibió la reanudación de su corriente inmigratoria. En los momentos en que aparecieron conjuras en las que los españoles podrían haber sufrido nuevas persecuciones, como el motín de Tagle de 1823, tal situación no se produjo, así como tampoco ellos fueron blancos de ataques con motivo de los festejos de las batallas finales de la Independencia. Lo que sí resulta observable es la rápida declinación de la influencia política de España y de su capacidad de amedrentamiento: la misión de los comisionados regios de 1823, por ejemplo, casi no dejó huella en el Plata y las reacciones de rechazo que suscitó no fueron acompañadas por el temor a las represalias. Otros extranjeros que luego vivieron en el país o que viajaron por este tuvieron ocasión de constatar cómo también en el plano de las costumbres y en el de la vida social se estaba produciendo un apartamiento significativo respecto de la tradición española.

Por último, la prensa de esos años, a diferencia de la aparecida en los tiempos del ardor revolucionario, dedicó muy poco espacio a los residentes españoles y, cuando lo hizo, no fue con

15. Cf. *Buenos Aires y las provincias del Río de la Plata desde su descubrimiento y conquista por los españoles*, Buenos Aires, Hachette, 1958 [1852], p.532.

el propósito de denunciarlos como a enemigos que debían ser combatidos. Las menciones en sus páginas a la presencia de los peninsulares fueron perdiendo significación frente a las dedicadas a otras colectividades, menores pero en expansión, como las de ingleses, franceses, sardos o escoceses. Algunos periódicos, como *La Estrella del Sud*, *El Nacional*, *El Correo de las Provincias* o *El Centinela*, apoyaron la revolución liberal española de 1820 y destacaron las coincidencias de sus motivos con los de la gesta emancipadora sudamericana, o compartieron sus temores de una nueva restauración absolutista en caso de que aquella fracasara. Pero en ninguno de estos pueden hallarse las diatribas dirigidas a los peninsulares del Plata, a las que tanto recurrían, años antes, *Mártir o Libre*, *El Grito del Sud* o la *Gazeta de Buenos-Ayres*.

Itinerarios que la Revolución bifurcó

Compararemos ahora la vida de cinco peninsulares cuyos destinos fueron muy afectados por los cambios ocurridos en Buenos Aires a partir de la primera Invasión Inglesa. Los cinco presentan rasgos que los vinculan estrechamente: nacidos en zonas costeras de Cataluña, arribaron a la ciudad en la segunda mitad del siglo XVIII y seguían viviendo allí a comienzos del siguiente. Por otro lado, tenían el comercio como actividad principal, preferentemente en relación con el país de origen, aunque no con exclusividad. Todos estuvieron en contacto entre sí, a veces por períodos prolongados, como parte de la comunidad mercantil catalana de Buenos Aires, y se alistaron en

el batallón que la representó frente a los invasores británicos.

El primero de ellos, Jaime Alsina, ha sido objeto de un excelente estudio.¹⁶ Este piloto y comerciante nativo de Calella, en la costa barcelonesa, había vivido algún tiempo en Galicia, de donde era su esposa, antes de emigrar al Río de la Plata en 1771. Asociado con otro catalán, estableció desde Buenos Aires una red mercantil que incluía contactos, a través de correspondientes, con Cádiz, La Coruña, Barcelona, Santiago de Chile, Lima y Asunción. En 1776 Alsina se integró al cabildo porteño; en 1796 fue designado alcalde de segundo voto y en 1799 capitán del batallón de comerciantes. En el Consulado fue uno de los defensores de los argumentos monopolistas como parte del grupo acusado por el secretario Manuel Belgrano de interesarse solo por su propio beneficio.

Luego de las Invasiones Inglesas y pese a que ya se consideraba a sí mismo como un *fill de Buenos Aires*, Alsina fue percibiendo que los privilegios de su grupo comenzaban a diluirse. El nuevo virrey era reticente al diálogo con ellos, mientras que el clima del entorno se iba tornando hostil. La situación se agravó con el fracaso de la asonada de comienzos de 1809, hecho que derivó en el destierro o prisión de algunos de sus colegas y amigos. Por otro lado, el tráfico con España se volvió por entonces mucho más irregular y las cobranzas más difíciles de concretar, por lo que Alsina reorientó parte del negocio hacia el comercio al menudeo, que antes despreciaba. Luego de la Revolución de Mayo y ante los peligros que acechaban

16. Dalla Corte, Gabriela, *Vida i mort d'una aventura al Riu de la Plata. Jaime Alsina i Verjés 1770-1836*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 2000.

a los peninsulares y los castigos recibidos por algunos de sus propios familiares, comenzó a destruir documentación y a esconder parte del dinero acumulado.

Juan, uno de los hijos de Alsina, había emigrado a Chile en busca de mejores oportunidades, pero a pedido del padre retornó a Buenos Aires para asumir el manejo del negocio, dado que, por su condición de nacido en el país, podía sortear mejor las crecientes dificultades. A partir de los contactos propios y de los que ya había establecido su padre, logró recuperar parte del giro comercial desde 1815 en adelante, y cubrir algunos de los compromisos pendientes con los acreedores de la península, aun cuando la operatoria transatlántica de la firma nunca alcanzó el nivel anterior a la Revolución. En enero de 1819 dirigió una petición al Congreso para que no se persiguiese más a su padre, dadas su avanzada edad y las enfermedades que padecía.¹⁷ Jaime Alsina murió en 1820, pero la demanda por incumplimiento de deudas entablada por uno de los socios que le confiaba la colocación de mercancías desde Cataluña se prolongó hasta 1837.

El segundo integrante del grupo, Juan Larrea, presenta un destino muy diferente al de Alsina, ya que fue el que más avanzó en lo podría considerarse la “carrera de la Revolución”. Nacido en Mataró en 1782, tuvo una formación escolar orientada al comercio y a la náutica. Emigró al Plata junto con sus hermanos y con su madre viuda. Poseyó en Buenos Aires un depósito de cueros y de productos introducidos desde Cataluña

17. Ravignani, Emilio (coord.), *Asambleas Constituyentes...*, op.cit., T. I, p.597.

y las Antillas (vinos, aguardiente, azúcar), en sociedad con su paisano Camilo Juliá. Las operaciones del establecimiento se extendían al Alto Perú, Chile, Paraguay y Brasil e incluían el armado de barcos. Durante la segunda Invasión Inglesa actuó como capitán del Batallón de Voluntarios de Cataluña o Miñones, disuelto en enero de 1809 como consecuencia del fracaso de la asonada contra el virrey Liniers, lo que a su vez llevó a la deposición de Larrea como síndico del Consulado y a su destierro.

En 1810 había recompuesto sus relaciones con los que en la época de esa asonada se ubicaban en el bando opuesto, es decir los jefes militares criollos, lo cual, junto a su vínculo político con Mariano Moreno, ayudaría a explicar que fuese designado miembro de la Junta revolucionaria, pese a haber estado ausente en la sesión del Cabildo Abierto del 22 de mayo. Desde el principio se destacó como administrador de las finanzas públicas y como garante de los créditos necesarios para solventar las expediciones enviadas al interior. Sin embargo, acusado de faccioso por los dirigentes de la asonada de abril de 1811, fue depuesto del cargo y confinado en San Juan. Habiendo logrado una amnistía, regresó a la capital luego de la revolución de octubre de 1812.

A continuación fue miembro de la comisión encargada de redactar una Constitución, como paso previo a la reunión de la Asamblea General. En esta última fue diputado por Córdoba (formó parte de la facción alvearista) y presidente del cuerpo desde abril de 1813. En noviembre fue nombrado triunviro y a continuación ministro de Hacienda de los Directores Posadas

y Alvear; tuvo un importante protagonismo en la creación de la escuadra que facilitó la toma de Montevideo. Larrea venía trabajando en ello desde 1811, cuando comenzó a adquirir a crédito algunos barcos mercantes que fueron equipados con cañones y empleados en asegurar el control fluvial. Desde el Gobierno trató asimismo de atemperar las medidas contra los españoles europeos, recomendando que se considerara cada caso en particular, con la máxima prudencia.

Luego de la revolución de abril de 1815, fue otra vez detenido y procesado. Señalado como “deudor de injentes miles al Estado” y como “blanco del descontento general”, sus bienes fueron secuestrados. Además, fue condenado a la expatriación, lo que lo llevó a vivir durante dos años en Burdeos. A comienzos de 1818 retornó a Montevideo, pero recién en 1822 pudo hacerlo a Buenos Aires, merced a la sanción de la ley del olvido por cuestiones políticas. Dados los contactos que había establecido durante su etapa en Francia, se estableció como socio de una firma que realizaba operaciones con ese país, donde además fue comisionado por el Gobierno de Martín Rodríguez. En 1828 Manuel Dorrego lo designó cónsul general en Francia, lo que hizo que dos años más tarde fuera el encargado de transmitir al país el reconocimiento de la independencia por parte de la monarquía de Luis Felipe.¹⁸ Durante el régimen rosista vivió alternadamente en Montevideo, Colonia, Burdeos e incluso en Buenos Aires, y no logró reconstruir nunca la considerable fortuna acumulada antes de 1810. Su suicidio en 1847

18. Caraffa, Pedro I., *Don Juan Larrea*, Buenos Aires, Kraft, 1961 [1929], pp.55-57.

implicó la muerte del último sobreviviente de la Primera Junta.

El otro integrante de esa Junta perteneciente al grupo, Domingo Matheu, había nacido en Mataró en 1765. Contando con licencia como piloto desde 1787, realizó viajes a Cuba, Filipinas y Canarias, transportando cargas por cuenta de sus hermanos radicados en la península y en Nueva Guatemala. En 1791 se estableció en Buenos Aires, donde abrió una casa de consignación que prosperó con rapidez. Desde 1804 fue integrante del Consulado; defendió en varias ocasiones la ampliación de las excepciones al monopolio. Al haberse creado en 1806 el batallón de Voluntarios de Cataluña, fue designado teniente, a las órdenes de Larrea; participó en los combates de la segunda Invasión Inglesa.

Matheu no intervino en la asonada de enero de 1809 y sus buenas relaciones con los regimientos criollos (a los que había aportado armas y uniformes) le permitieron eludir la persecución que afectó a otros oficiales españoles. Tampoco se integró en el bando de quienes defendían la continuidad del virrey, sino que acompañó el voto de Saavedra en el Cabildo Abierto. Instalada la Junta, Matheu será uno de los encargados de obtener recursos para financiar el gasto militar. A diferencia de Larrea, logró sortear el movimiento de abril de 1811 sin ser desplazado del Gobierno y luego, en julio, cuando llegó a Buenos Aires la noticia del desastre de Huaqui, no solo capeó la tormenta política y el destierro de los españoles solteros (Matheu lo era) sino que, ante la partida de Saavedra hacia el norte, asumió como presidente de la Junta hasta que en setiembre esta fue desplazada. A continuación, tuvo durante varios años

responsabilidades en la Fábrica de Fusiles (de la que fue director), en la tasación de bienes incautados a los peninsulares y en la Comisión de Vestuario de tropas.¹⁹

A partir de 1817 se retiró a la actividad privada, enfermo y con un giro comercial muy menguado, que había quedado a cargo de un sobrino traído de Cataluña mientras Matheu se dedicaba por entero a la política. Los intentos de cobrar los créditos a los corresponsales y demás deudores fueron infructuosos, dado que residían en territorios en manos del enemigo (como Potosí o el Perú) o lo hacían en provincias que atravesaban graves dificultades. Por otro lado, el negocio familiar de Barcelona se había arruinado por la guerra contra los franceses y su hermano Miguel, liberal como Domingo, había sido asesinado por las tropas de Fernando VII. La situación financiera de Matheu en Buenos Aires llegó a ser tan ajustada que no disponía de dinero para cubrir la cuota del empréstito que el Directorio había establecido en 1818. Finalmente fue eximido del pago, en consideración a los servicios prestados a la Revolución y a los graves quebrantos sufridos por su papel en esta. También recuperó el grado de teniente de reserva, por lo que fue mencionado en la convocatoria del batallón de Amigos del Orden en 1829, dos años antes de su muerte.

Jaime Llavallol, por su parte, nació en Barcelona en 1760; se radicó en Buenos Aires a fines de siglo. Fue oficial de Misiones en 1806, con un notable desempeño durante la segunda Invasión. Luego retornó a su actividad mercantil, sin intervenir en política. En 1828 constituyó una sociedad con sus tres

19. AGN, Sala X, 6-8-2 y Matheu, Martín, *Autobiografía de don Domingo Matheu*, Buenos Aires, Imprenta Baggiani & Paganini, 1913, T. I, pp.187 y ss.

hijos varones: Felipe, Jaime y Ramón. Murió en Buenos Aires en octubre de 1838. Poseía por entonces una mansión cercana a la Plaza de la Victoria y otra adyacente que funcionaba como administración y depósito de la sociedad, además de una quinta en Barracas. Mantenía consignaciones por cuenta de comerciantes de Barcelona y otras ciudades de Cataluña, y con varios de los países limítrofes; contaba con una sucursal en Montevideo a cargo de su hijo Jaime. También se ocupaba de exportaciones de carnes saladas a Cuba, y de cueros, lanas y frutos del país hacia Europa.²⁰ Se trata de una sociedad comercial que logró adaptarse al nuevo clima de negocios postindependencia y sacó provecho de la reanimación del comercio entre España y el Plata luego de 1830. Por otro lado, Llavallol era propietario de una curtiembre y venta de suelas en sociedad con Miguel Vilardebó, a quien conocía desde su juventud en Cataluña y que había sido uno de los organizadores del batallón de Miñones en la Banda Oriental. Vilardebó abandonó Montevideo en 1815, luego de la toma de la ciudad por las fuerzas porteñas, pero retornó en 1833, con el resurgimiento comercial.

Oleguer Reynals, por último, fue un comerciante que desde 1792 vivió en Buenos Aires, donde en sociedad con otros dos catalanes se dedicó a la importación de productos desde Barcelona y desde Bilbao. En 1806 colaboró con el audaz plan de Felipe Sentenach del minado subterráneo de los alojamientos de las tropas británicas. Luego de la reconquista obtuvo del virrey, junto a Llavallol y Larrea, la creación del Batallón de Voluntarios de Cataluña, que llegó a comandar. Siendo regidor

20. AGN, Sucesiones, Legajo 6509.

del Cabildo, fue encarcelado en Carmen de Patagones por su papel en el motín de enero de 1809, aunque sería liberado por las fuerzas enviadas por el gobernador de Montevideo y amnistiado por Cisneros. Participó en el Cabildo Abierto del 22 de mayo, donde adhirió al voto por la continuidad del virrey.

Una vez establecido el Gobierno revolucionario, la situación de Reynals empezó a complicarse, por lo que solicitó permiso para trasladarse a Chile, que le fue denegado. En 1812 logró huir al Perú, mientras su amigo Sentenach era ajusticiado como partícipe en la conspiración de Álzaga. En Lima Reynals formó otra sociedad comercial y realizó viajes a Cádiz entre 1813 y 1816, los cuales estuvieron plagados de contratiempos: una captura por buques franceses en Cabo Verde, una requisa en Arica por parte de una fragata inglesa y una suspensión del retorno a El Callao por la amenazante presencia de corsarios argentinos. Mientras tanto, tramitaba sin éxito ante el rey de España el grado de coronel, en reconocimiento por sus servicios. También fracasaron sus intentos de finiquitar en buenos términos la sociedad limeña, debido a la falta de acuerdo de los integrantes y a la independencia de Chile, donde tenían fuertes intereses que colapsaron. A su vez, ante la inminencia del ataque de la flota armada por San Martín, el virrey del Perú ordenó el embargo de la fragata de la sociedad, como parte de sus medidas defensivas. Decidido a retornar a España, Reynals fue liquidando sus bienes remanentes, mientras esperaba recuperar la fragata y obtener del Gobierno peruano la autorización para salir. No había logrado ninguno de esos objetivos cuando lo sorprendió la muerte en Lima en 1829.

Un abanico variado de destinos, en suma, a partir de muchos puntos en común (lugar de origen, ubicación en la colonia mercantil porteña, veloz ascenso social, integración en instituciones coloniales, participación en la lucha contra el invasor). Todos fueron afectados por la Revolución: desde la conversión de una vertiginosa carrera económica en otra política no menos impetuosa con la alternancia de éxitos y fracasos en el corto plazo y sobre todo los segundos en el mediano (Larrea) hasta la militancia en el bando realista, también fallida y combinada con una lenta pero inexorable decadencia comercial (Reynals). Quizá la única trayectoria venturosa en lo empresarial es la de Llavallol, cuyos herederos habrían de ampliarla hacia nuevas actividades, como el transporte de emigrantes gallegos durante el auge del rosismo. Fuera de esta excepción, los casos muestran las consecuencias del cambio de ambiente, ya sea porque el impacto de la política sobre la economía fue mayor de lo previsto o porque las condiciones que cimentaron su ascenso social en tiempos virreinales habían desaparecido para siempre.

Conclusiones

Durante la primera década de la Revolución los españoles residentes en el Plata debieron afrontar una legislación discriminatoria, aunque su implementación no siempre fue efectiva. En el caso de los comerciantes, a esa discriminación se le agregaron los gravámenes en aumento, aunque su recaudación no siguió un camino regular, sino que estuvo determinada por las

necesidades de financiación de la Guerra de Independencia y del aparato burocrático del Estado naciente. Ante la exigencia de no indisponerse con otros contribuyentes (cuya lealtad o neutralidad política se trataba de preservar), el costo principal tendió a descargarse sobre los peninsulares. La Revolución actuó de manera consecuente en su objetivo de erosionar su poder económico y político, apuntando a reducir o eliminar la odiosa desigualdad entre aquellos y los criollos. El motín de Álzaga de 1812 y la represión subsiguiente marcaron el punto más álgido de la hispanofobia. El temor llevó a numerosos comerciantes españoles a ocultar sus posesiones, transferirlas en lo posible al exterior o confiar el manejo de los negocios a sus hijos ya nacidos en el Plata. Pero ni la represión ni el temor se agotó en estos grupos, ya que también la plebe urbana incluía a peninsulares que debieron sobrellevar el ambiente por momentos hostil en el que se desenvolvían las relaciones con sus pares criollos.

Desde mediados de la década la situación tendió a mejorar gradualmente, si bien en el caso de los comerciantes el clima de negocios había cambiado tanto, respecto de la etapa virreinal, que solo una minoría pudo adaptarse a las nuevas condiciones. Las ejecuciones, que ya habían sido menos habituales que en otras regiones del Imperio durante los momentos más críticos del proceso revolucionario, fueron desde entonces muy escasas, aunque otras penas, como la de cárcel o la de extrañamiento, siguieron aplicándose. Los empréstitos y demás contribuciones forzosas, por su parte, mantuvieron su vigencia hasta la caída del Directorio a comienzos de 1820, aunque

no tanto por coherencia con los postulados igualitarios de la Revolución, sino más bien por las urgencias fiscales. Una vez culminada la guerra de emancipación, fueron las regiones del norte de la península las que volvieron a dinamizar paulatinamente la corriente emigratoria hacia el Plata, tal como ocurría en la segunda mitad del siglo XVIII. Las continuidades entre ambos períodos facilitarían la integración de los recién llegados y contribuirían a que, en el transcurso de pocas décadas, los residentes de origen peninsular volvieran a hacer sentir su presencia en el artesanado y en posiciones secundarias del comercio y de la navegación fluvial.

La reconquista de América

Por Vicente Gonzalo Massot*

Al haberse conocido la desaparición de la Junta Central de Sevilla y el traspaso de su poder al Consejo de Cádiz, estallaron, prácticamente al mismo tiempo, cinco revueltas en América: en Caracas, el 19 de abril; en Buenos Aires, el 25 de mayo; en Nueva Granada, el 20 de julio; y en Querétaro (México) y en Santiago de Chile, el 16 de septiembre. En Venezuela los principales vecinos llamaron a un Cabildo Abierto al haber tomado conocimiento de la suerte corrida por la Junta sevillana. La renuncia del capitán general Vicente Emparan fue seguida por la formación de una Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII, a la cual prestaron obediencia de inmediato casi todos los pueblos, salvo Maracaibo y Coro, cuyos Cabildos respaldaron al Consejo de Regencia. El Gobierno recién constituido no tardó mucho en convocar a un *Congreso General* que declaró la

* Director del diario *La Nueva*, de Bahía Blanca. Profesor Titular del Doctorado en Ciencias Políticas en la Universidad Católica Argentina. Miembro de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Secretario de Estado de Defensa Nacional (1993). Su último libro publicado: *Los dilemas de la Independencia* (Grupo Unión, 2016).

independencia del nuevo Estado respecto de cualquier poder peninsular que asumiese derechos en nombre del rey. Por su lado, en Nueva Granada también se citó a un *Congreso General* el día 29 de julio, solo que la mayoría de las provincias decidieron no prestarle atención a la autoridad convocante y, por su cuenta y riesgo, dieron origen a otras tantas Juntas a lo largo y ancho de ese virreinato.

En septiembre la revuelta llegó a México donde, de acuerdo con Octavio Paz, los criollos habían descubierto una patria que, malgrado su sentimiento antiespañolista, no contradecía su fidelidad al Imperio. Quien se levantó en armas, junto a varios miles de indios, fue el cura Miguel Hidalgo. La gesta comenzó con el llamado *Grito de Dolores*, enderezado contra los *gachupines* (blancos partidarios de los españoles), e Hidalgo pudo fortalecerse en la ciudad de Guadalajara hasta enero de 1811. Por su lado, la situación de la capitanía general trasandina —similar, en más de un aspecto, a la del Río de la Plata— no podía pasarle inadvertida a la Junta de Buenos Aires. El Gobierno presidido por Saavedra pronto comprendió la importancia de contar con un aliado del otro lado de los Andes o, en su defecto, un vecino neutral en atención a los frentes que comenzaban a abrirse de manera peligrosa no solo en Córdoba y Montevideo, sino también en el Alto Perú. Para eso se preocupó de mantener viva la relación con distintos grupos de chilenos y también con ciertos rioplatenses residentes en Santiago. Sus planes parecieron simplificarse cuando el gobernador interino de aquella capitanía decidió convocar a un Cabildo abierto. Sus participantes, en un proceso casi calcado del nues-

tro, se inclinaron por la formación de una Junta cuya primera medida fue contestar la nota que el 28 de mayo de 1810 le había enviado su homónima de este lado de la cordillera, donde le aseguraba que, en consideración al común anhelo de defender los sagrados derechos del rey, no deseaba introducir variantes de importancia en su política respecto del Río de la Plata. Hasta aquí la reseña, a ras de texto, sobre la forma en que evolucionaron los distintos levantamientos hispanoamericanos. Cinco Juntas de Gobierno habían logrado imponerse a expensas de sus enemigos *absolutistas*.

Ahora bien, ¿cómo fue percibido este extendido proceso de rebeldía hispanoamericano por las autoridades peninsulares, en ausencia de Fernando VII? Podría resultar extraño, acostumbrados como estamos a las explicaciones lineales acerca de las guerras de la Independencia, enterarnos por boca del Consejo de Regencia, en las instrucciones que le hizo llegar a Don Javier de Elío (flamante virrey, ahora con asiento en Montevideo) y a su embajador en Río de Janeiro, el marqués de Casa Irujo, de cuáles eran sus pareceres y planes. Por de pronto no le parecía que el principal enemigo estuviera entre nosotros. Si no pasaba el Consejo por alto cuanto había sucedido con Baltasar Hidalgo de Cisneros, consideraba que el verdadero desafío estaba planteado por la corte brasileña. El error de cálculo visto dos siglos después parece inaudito y, sin embargo, había motivos para equivocarse de tal manera. El hecho de que la princesa Carlota Joaquina y su marido trataran de sacar ventaja de la acuciante situación española y, ante la imposibilidad de su vecino europeo de distraer tropas que peleaban contra

Napoleón para enviarlas al Río de la Plata, intentaran avanzar sobre la Banda Oriental, no era una fantasía. De hecho algo de eso ocurrió tiempo después, cuando Carlos Federico Lecor invadió ese territorio y se instaló como si fuera su dueño en nombre del emperador lusitano.

Por un lado, en España no se conocía a ciencia cierta qué había pasado en Buenos Aires. Las noticias llegaban tarde y mal. Por el otro, y a diferencia de Caracas —declarada independiente—, en el virreinato más austral del subcontinente la situación no parecía estar fuera de quicio. De ahí su opinión: “En Buenos Aires ha obrado más la ignorancia del verdadero estado de la Península y la perplejidad y el temor que la malignidad o indiscreción de un nuevo sistema. Ya habrán salido del error aquellos vacilantes ánimos, y habrá amanecido la luz de la verdad, y de la esperanza”.¹ Los habitantes de estas tierras estaban mal informados. Eso era todo. Bastaría que se los pusiera en autos acerca de la realidad española para que volvieran sobre sus pasos y acataran la autoridad del Consejo y del virrey, recién instalado en la otra orilla del Plata.

Con Caracas, en cambio, la política desenvuelta desde un comienzo resultó distinta en función de considerar —en lo que llevaban razón— que la Junta allí conformada arrastraba inocultables propósitos independentistas. Dominada por la facción de Francisco de Miranda fue considerada, apenas se supo de esta en España, una “rebelión verdadera”. Véase que, aun cuando las comunicaciones eran lentas y muchas veces

1. Edmundo A. Heredia, *Planes españoles para reconquistar Hispanoamérica 1810-1818*, Eudeba, Buenos Aires, 1974, pág. 16.

confusas, si se trataba de sus posesiones tanto en el norte de América Colonial como en el sur de esta, el Consejo, sin contar con todos los elementos necesarios a los efectos de hacerse una composición de lugar realista, fulminó con una excomunión a Miranda y a Bolívar (peleados entre sí, dicho sea de paso) y resultó indulgente con Saavedra y con Moreno. Pesó en su ánimo, seguramente, un hecho desconocido en el resto de los bastiones rebeldes: el *Congreso General* venezolano, a la vez que había enarbolado como pabellón nacional el amarillo rojo y azul de Miranda, se adelantó a declarar una independencia que duraría poco y nada. Las estériles discusiones entre *federalistas* y *centralistas*, tan utópicos unos como otros, y la indiferencia de las gentes de Caracas sellaron la suerte de este primer intento emancipador. Miranda cayó prisionero en tanto Simón Bolívar consiguió escapar a Curaçao. En el documento del 6 de septiembre de 1810 dirigido por el Consejo de Regencia a todos los vasallos de Fernando VII en las Indias —en el cual se era tan benevolente con Buenos Aires—, se leía este párrafo: “El exceso de Caracas es tan escandaloso, que su misma enormidad acaba de enajenarle los países de su comprensión, y de abrir los ojos a los incautos, y de arrepentirse a los mismos promovedores de tan osada novedad de un hecho tan antipolítico y tan antinacional”²

La política de las Cortes de Cádiz, adonde habían ingresado los representantes americanos, no tuvo un tinte bélico definido de cara al espacio colonial. Existió en sus promotores y principales voceros una voluntad genuina de tratar de en-

2. Edmundo A. Heredia, *op. cit* pág. 19.

tender los problemas de los territorios ultramarinos. No es de extrañar que, en consonancia con este espíritu, el 15 de octubre de 1810 se diera luz verde a la propuesta de que las provincias americanas fueran consideradas en un pie de igualdad con las peninsulares y, por tanto, se echasen a olvido las “turbulencias o disgustos” ocurridos en esta parte del mundo, en tanto y en cuanto se reconociera a las autoridades españolas. Asumiendo el riesgo de tomar contacto con las Juntas rebeldes y de abrir una vía de negociación (lo cual podía entenderse como un reconocimiento de hecho extendido a aquellas), las Cortes dieron ese paso. La proclama inicial del 6 de septiembre del año anterior había sido dirigida a los vasallos del monarca preso, o sea, a las gentes. Ahora la decisión era algo más osada por sus implicancias: se trababa relación con unos Gobiernos cuya legitimidad dudosa no era óbice para intentar “atraerlos a la unión y al orden”. Es cierto que semejante curso de acción no dio el resultado esperado, lo cual no quita que ofreciera una idea del ánimo tolerante que existía en parte de los peninsulares.

Menos por un pecado de ingenuidad que por saberse un Gobierno provisorio, formado en nombre de un monarca preso, del que anhelaban su vuelta al trono, los hombres de Cádiz ni descartaron el recurso de las armas ni lo consideraron excluyente. Sus esfuerzos pacificadores fueron producto mucho más de una convicción genuina sobre las ventajas de la negociación que de su falta de recursos para montar, en tiempo y en forma, una reconquista de los territorios perdidos a manos de las fuerzas rebeldes. No estaban en condiciones de fletar una fuerza expedicionaria como la que enviaría Fernando VII al

mando de Morillo en 1814 a Venezuela. Pero, aunque hubiesen contado con los recursos necesarios, habrían agotado las instancias de diálogo antes de escalar su estrategia. A esta imposibilidad habrá que sumarle las resistencias que la política liberal de las Cortes suscitó en parte del campo absolutista americano: “Even where the reforms instituted by the Cortes were acceptable to many Americans, there was a strong possibility that the royal authorities in the Indies would be unwilling to implement them. José Fernando de Abascal, as viceroy of Peru, did everything in his power to obstruct those reforms of which he disapproved, winning in the process the support of creoles and *peninsulares* who disliked the new liberal policies emerging from Cadiz and feared the social and political upheaval that they were likely to provoke. The natural result was to polarize opinion in the viceroyalty, reinforcing conservative attitudes on the one hand and liberal attitudes on the other”.³

Los tambores de guerra resonaban en España en otros ambientes, no precisamente gubernamentales. En lo que concernía al Río de la Plata, y por atípico que pareciera, fueron los comerciantes limeños —quienes en noviembre de 1811 se hallaban en la ciudad de Cádiz, donde residían desde tiempo antes— los que plantearon por primera vez, desde el estallido revolucionario en Buenos Aires, la necesidad de enviar tropas al Alto Perú con el propósito de detener allí al ejército inicialmente mandado por Juan José Castelli. Preocupados como estaban, en razón de haberse interrumpido parte de su nego-

3. J.H. Elliot, *Empires of the Atlantic World. Britain and Spain in America 1492-1830*. Yale University Press, 2006, pág. 386.

cio y temerosos de que también el virreinato peruano corriese la suerte del rioplatense, imaginaron un plan, que le hicieron llegar a las autoridades, conforme al cual debían asegurarse y controlarse los desfiladeros que defendían Potosí, al mismo tiempo que aconsejaban dotar de guarniciones a las localidades de La Paz, Oruro, Potosí, Cochabamba, Chuquisaca y Santiago de Cotagaita. Los hombres de negocios, en atención al hecho de que el Consejo había fletado tropas a Nueva España, pedían un trato similar para el virrey Fernando de Abascal al cual, según su criterio, le harían falta entre 1500 y 2000 soldados para ponerlo a cubierto de las amenazas planteadas por los contingentes enviados a la región altoperuana a instancias de la Junta de Buenos Aires.

La solicitud se abrió camino y circuló rápido por los despachos oficiales hasta llegar al Consejo de Regencia, que hizo suyo el tema y le encargó a la Comisión de Reemplazos ocuparse de analizar su viabilidad. Los treinta y ocho firmantes del documento en cuestión ofrecían los cinco barcos a su disposición en el puerto gaditano a los efectos de transportar al ejército destinado a cruzar el Atlántico rumbo a Lima. El escrito de los comerciantes lo estudiaron al menos dos ministerios (el de Justicia y el de Marina), sin que hiciera lo propio el de Guerra porque la Comisión de Reemplazos, después de un análisis estricto, llegó a la conclusión de que dos de los transportes ofrecidos no servían para esos propósitos y los que reunían las condiciones exigidas (los tres restantes anclados en Cádiz) solo podían llevar quinientos cincuenta hombres a bordo.

El proyecto, sin embargo, no resultó archivado. La cartera de Marina se permitió requerirle a la de Guerra si acaso no era posible reducir la operación y embarcar a medio millar de soldados. La respuesta reflejó la precaria situación en la que se debatía el Consejo en la diminuta Isla de León. El ministro a cargo, José de Heredia, traspasó las debilidades del Gobierno al poner en conocimiento de su par de la Armada, José Vázquez de Figueroa, que había apenas 1500 soldados en la ínsula. Por lo tanto, era inimaginable desguarnecerse de tal manera para mandar una expedición al Nuevo Mundo.

Más allá de la rareza de que una corporación mercantil fuese la abanderada de la iniciativa bélica, todo el asunto descubría hasta qué punto España —o cuanto quedaba de ella, fuera del dominio napoleónico— no podía pensar seriamente en montar una operación militar para pacificar o reducir a la obediencia a los territorios ultramarinos. Resultó, pues, con cuentagotas que en los años anteriores al retorno de Fernando VII el Consejo auxilió a los virreinos hispanoamericanos en crisis. Esto salta a la vista a poco de pasar en limpio el número de hombres y buques derivados desde la península a América. En 1811 solo 87 soldados sobre un total de 1068 tuvieron como destino Montevideo, mientras 757 partieron a La Habana y a Veracruz, y 224 a Puerto Rico. Como puede apreciarse, a pesar de la disparidad de los contingentes, en ninguno de los tres casos señalados servían de mucho. Al año siguiente, el ejército con destino a Veracruz sumó 4611 soldados, contra 308 para Nueva Granada, 214 para Maracaibo y 681 para Montevideo. En ese lapso el puerto rioplatense había sido el úl-

timo orejón del tarro. Suponer, entonces, que con algo más de setecientos hombres podía la plaza oriental mantenerse en pie era ridículo. Todas las peticiones, algunas en tono de súplica, hechas al Consejo por los gobernantes leales al Consejo en esa ciudad (José María Salazar, Pascual de Elío y Manuel de Vígoda) cayeron en saco roto. Resultaba claro que la insuficiencia peninsular obligaba a sus autoridades a privilegiar una plaza y olvidarse del resto.

Las razones susceptibles de explicar tamaña asimetría de fuerzas tienen que ver con la estrategia geopolítica y militar elegida, y con la influencia de Gran Bretaña. Luego de la reversión de las alianzas gestadas entre España, Francia e Inglaterra a comienzos del siglo XIX, la primera cortó lazos con Napoleón y unió su suerte a la Rubia Albión. Los ejércitos y el comercio formaron, por igual, parte de la nueva situación que creó el entendimiento hispano-británico. El emperador galo había decidido cerrarle los mercados continentales europeos a la Gran Bretaña, lo que condujo a España a tomar una decisión natural, en razón de que su poderoso aliado era, a la vez, la primera potencia marítima del mundo. Hubiese resultado un contrasentido que la corte madrileña hubiera pretendido separar lo militar de lo comercial. No estaba a su alcance hacerlo, y si bien no es el propósito de este ensayo abrir un juicio sobre el tema y determinar si las que entonces se pensaron como ventajas recíprocas en efecto lo eran, sí viene al caso señalar que la apertura del comercio americano al Reino Unido (en caso de concretarse) le habría permitido a la diplomacia inglesa tratar los asuntos españoles como si fuesen propios.

En mayo de 1811 el embajador de su majestad británica en la península le ofreció al Consejo de Regencia una mediación que, en los territorios trasatlánticos, realizarían comisionados ingleses con las autoridades rebeldes. En pago, Inglaterra deseaba obtener la concesión de determinadas franquicias mercantiles. La gestión de buenos oficios de Ricardo Wellesley no fue aceptada a libro cerrado. Aun situados en la posición menos favorable y sabedores de que negociaban con un aliado mucho más fuerte, los peninsulares no deseaban cederles a sus flamantes socios el mercado americano. Si las circunstancias hubieran sido distintas, a España le hubiese convenido dilatar la negociación, ganar tiempo, robustecer su flota y luego decidir qué camino le convenía tomar. Pero las urgencias del momento no admitían dilaciones. Al no hallarse en condiciones de asumir en el tablero europeo el rol de gran potencia, el Consejo de Regencia necesitaba cerrar algún acuerdo con el Reino Unido que no fuera extorsivo. Los ingleses obtendrían una salida para sus manufacturas, impedidas de introducirse en Europa en virtud de las disposiciones restrictivas tomadas en su contra por Napoleón, en tanto los españoles, de su lado, también se alzarían con ventajas. Podrían aumentar los ingresos del erario a través del comercio con América, que había decrecido como resultado de la guerra y de la destrucción de su flota. Aliarse con “la Reina de los Mares” parecía una decisión realista. Más allá de que el manejo del asunto puso de manifiesto qué tan alicortas eran las miras peninsulares respecto de América, lo cierto es que, sin Inglaterra, cualquier política que intentase ponerse

en ejecución estaría destinada de antemano al fracaso. Pensando solo en sus intereses y no en los de los hispanoamericanos, España decidió extender el monopolio comercial, desde antaño fallido, a la Gran Bretaña.

Como lo que permanecía en pie de esta —militarmente hablando— era poco significativo, huérfana de la ayuda británica, no podía vencer nunca a las tropas francesas. En este orden, el Gobierno de su majestad no se anduvo con vueltas y conminó a las autoridades residentes en Cádiz a mantener el grueso de su ejército en suelo hispánico. Ello implicaba la prohibición de distraer efectivos para enviarlos en auxilio de sus seguidores en esta parte del mundo. Los Gobiernos leales al Consejo de Regencia, que luchaban a brazo partido contra los focos rebeldes desde México al Río de la Plata, debieron conformarse, hasta 1814, con los pocos contingentes llegados desde España para auxiliarlos. De tal manera pesó la injerencia inglesa en la materia que el 19 de septiembre de 1811 el embajador Wellesley se quejó, no sin vehemencia, ante el ministro de Estado, precisamente por el hecho de que había privilegiado la lucha contra los insurgentes americanos respecto de la que se desenvolvía en España. Es más, en virtud de que el Gobierno peninsular había solicitado fondos a los efectos de gastarlos en el reequipamiento de su ejército, el diplomático se tomó el atrevimiento de preguntar, con segundas intenciones, a cuáles tropas se deseaba financiar: a las del Río de la Plata —concretamente Montevideo, para satisfacer los desesperados pedidos de José María Salazar y del Virrey Elío— o a las que iban a desplegarse en el suelo patrio.

Los británicos obraron de manera ambivalente si el tema se considera tomando como parámetro de medida el apoyo o no dado a los bandos en guerra. En tanto y en cuanto pusieron objeciones a la estrategia belicista española en Hispanoamérica y le aconsejaron a sus autoridades que solo a través de políticas conciliadoras y de “concesiones liberales” era pertinente el reencuentro de las Españas, beneficiaron, aun sin desearlo expresamente, la causa rebelde. Pero, en la medida en que no les prestaron auxilio a los colonos con el peso de su flota o con armas (cosa que sí hizo Francia, de manera decisiva para el desenlace de la guerra independentista de las colonias norteamericanas, en favor de Washington) ayudaron, también sin quererlo explícitamente, a Fernando VII a extender la contienda hasta la Batalla de Ayacucho, en 1825.

En 1811 la mediación propuesta por Wellesley quedó en la nada, a la espera de mejor momento para ser desempolvada. Repuesto en el trono Fernando VII, en mayo de 1814, el Consejo de Indias retomó el tema y le aconsejó al monarca la conveniencia de otorgarle franquicias comerciales a los británicos, a cambio de que empeñasen todo su poder diplomático para presionar a los revolucionarios, forzándolos así a una solución negociada del problema imperial-colonial. No se crea que los integrantes del Consejo de Estado, entonces encabezado por Pedro de Cevallos, se engañaban en cuanto a la buena voluntad inglesa. Todos, en mayor o menos medida, estaban convencidos de que eran razones de índole económica, y no de naturaleza ideológica las consideradas prioritarias por el gabinete de Saint James para ofrecerle a España una gestión

de buenos oficios. Si por unanimidad y con el visto bueno del monarca secundaron la idea, no dejaron de expresar sus reservas en punto al libre comercio que debían extenderle a la Rubia Albión, y de plantear una serie de dudas referidas a cuánta voluntad pondría la “Reina de los Mares” en el cometido. Los reparos preanunciaban la endeblez del acercamiento. El recelo que expresaron los consejeros de Fernando VII arrastraba, a veces de manera inconveniente, una carga de despecho, y hasta de resentimiento injustificados.

El realismo británico jugó un papel decisivo, entonces, no solo en relación con su socio peninsular, sino también en el seno del Congreso de Viena, donde hizo valer, delante de sus pares, vencedores del Gran Corso, los títulos de potencia marítima excluyente. Nada afecta, dicho sea de paso, a enredarse en alianzas para defender dinastías tradicionales —con las que soñaban Rusia, Austria, Prusia y Francia— y a descuidar sus preferencias de carácter comercial, Inglaterra se atuvo a su política de siempre. No había hecho causa común con las potencias contrarrevolucionarias en 1789 por haberse alzado en defensa del “trono y del altar” y si formó parte de la segunda coalición antifrancesa fue menos por las prácticas regicidas de girondinos y jacobinos que por el hecho de haber invadido el ejército revolucionario los Países Bajos. Vencido Napoleón, ¿qué sentido podía tener para ella la Santa Alianza?

Como fue dicho, entre 1811 y 1814, en la península ibérica no se perdió de vista el proceso que se había abierto en América a partir de Bayona. Pero a la necesidad estratégica que se debía privilegiar (la defensa de España en guerra con Na-

poleón) se le sumaron las disidencias nacidas en el seno de las autoridades gaditanas acerca de cuál era la plaza colonial que debía favorecerse. Como los recursos no eran infinitos, según la elegida fuese Nueva Granada, México, Venezuela o Buenos Aires, habría focos rebeldes que quedarían más expuestos que otros. La situación recién comenzó a modificarse en 1813, en correspondencia con los triunfos obtenidos, merced al apoyo británico, sobre los ejércitos franceses. Ese año, sobre un total de casi 9500 hombres embarcados en cinco distintas flotas expedicionarias en Cádiz, una tercera parte se dirigió a Montevideo, algo que nunca antes había sucedido.

Fernando VII tomó, a poco de haber retornado a Madrid, dos iniciativas demostrativas de que no improvisaría en la materia, por fragmentarios que fuesen sus conocimientos del tema americano. El 12 de mayo de 1814, apenas veinticuatro horas antes de haber hecho su entrada triunfal en la capital, después del cautiverio al que lo había sometido Napoleón, convocó a cuatro americanos notables (todos ellos residentes en la Madre Patria) para asesorarlo acerca de la mejor forma de lidiar con sus díscolos súbditos ultramarinos. De entre José Baquicano y Carrillo, Conde de Vistaflorida; el Conde de Puñonrostro; Antonio Pérez; y el general José de Zayas, solo el tercero recomendó vivamente la solución militar. Además de ello, el monarca les dio instrucciones precisas a los exdiputados americanos en las Cortes de Cádiz a fin de que permanecieran en la península y lo aconsejaran en tan delicada cuestión. Si en Madrid las posturas de lo que debía hacerse eran de lo más variadas, desde las posesiones de ultramar, todavía en manos de los *absolutistas*,

los reclamos hechos al rey parecían calcados: se necesitaban tropas de manera urgente.

El rey, en ese momento, contaba con lo que al Consejo, en la oportunidad en que le fueron requeridos, le faltaran: soldados. La razón era sencilla. Napoleón había sido vencido, y las espaldas españolas estaban cubiertas por la Santa Alianza. Hasta la derrota del emperador francés resultaba imposible distraer un número importante de tropas, necesarias en la península ibérica —sobre todo si se considera la envergadura del enemigo— a los fines de reconquistar el Río de la Plata o Nueva Granada. Finalizada la guerra y sin enemigos a la vista, a Fernando no le costó mucho dejarse convencer por quienes a su lado le recomendaban el expediente de la fuerza. Entre la posición del *Consejo de Indias* (según cuyo parecer la prioridad era Caracas) y la de la *Comisión de Reemplazos* (que recomendaba enviar la primera expedición al Río de la Plata), optó en un comienzo por esta última. Pronto, sin embargo, cambió de idea.

La gran expedición del general Morillo, que torció la relación de fuerzas en el norte del subcontinente, partió de Cádiz en febrero de 1815. Claro que tuvo una historia previa digna de repasar. Conocida la reinstalación de Fernando VII, tanto el virrey de Nueva España (Félix María Calleja) como el Ayuntamiento de Caracas y otros de similar jerarquía le hicieron llegar sus inquietudes. Coincidentes en cuanto a la necesidad de reimplantar el orden perdido y poner punto final a la Revolución, mientras aquel solicitaba una expedición de doce a quince mil hombres, los consulares caraqueños ponían énfasis más en la guerra social (por llamarla de alguna manera) que en

la civil: “Las esclavitudes [...] y las gentes libres de castas [...] se encuentran ahora entregadas al ocio y al pillaje”, sostenía el Cabildo de esa ciudad.

Considerados los reclamos reiterados de las autoridades de Montevideo que databan de 1810, era dable pensar que el ejército español habría de dirigirse al Río de la Plata. ¿Por qué torció su rumbo? Aun cuando nunca hubo unanimidad en cuanto a la dirección que debía tomar Pablo Morillo, cabe suponer que, de no haberse conocido en la Península la rendición de Gaspar de Vigodet, en Montevideo, ocurrida el 23 de junio de 1814, ese hubiese sido el destino. Quienes insistían, a pesar de todo, en encaminarla contra Buenos Aires, no fueron disuadidos ni siquiera por la mencionada derrota. Imaginaron posible desembarcar en Río Grande de San Pedro a las tropas de infantería que marcharían desde allí a la Banda Oriental. En cuanto a las naves de guerra y de transporte, anclarían en el estuario rioplatense con el propósito estratégico de bloquear el puerto enemigo. La operación, por supuesto, requería la anuencia imposible de la Corte de Río de Janeiro. El plan, a esa altura, se había convertido en pura fantasía. Finalmente se salieron con la suya los impulsores de la idea contraria: que la flota pusiese velas en dirección a Margarita, Cumaná y La Guayana. El resultado, como bien lo puntualiza Edmundo A. Heredia, tuvo como principal beneficiario al Río de la Plata, que “seguiría gozando hasta el fin de la guerra de su marginación como frente de batalla por las estrategias españolas, privilegio que no pudo compartir ninguna de sus naciones hermanas”⁴

4. Edmundo A. Heredia, *op. cit.* pág. 147

Las posibilidades de enviar semejante expedición (20 buques de guerra, más 59 de transporte, con un total, entre oficiales y soldados, de 12.254 hombres) era directamente proporcional a la capacidad de contar con un lugar seguro donde desembarcar. Existía en Costa Firme, no así en el Atlántico sur, tras la caída de Montevideo. Como, desde antes de conocerse la rendición de Vigodet, en el Consejo de Estado las preferencias se inclinaban por Venezuela, la falta de un puerto y la desconfianza que suscitaba la actitud portuguesa, unida a la falta de fondos para fletar dos distintas flotas, clausuraron la opción rioplatense.

Vista desde esta perspectiva, la campaña del almirante Guillermo Brown y la del general José Rondeau (a último momento reemplazado por Carlos María de Alvear), que epilogó con la toma de la futura capital uruguaya, tuvo una importancia estratégica decisiva. Carente de ejércitos capaces de hacer frente a las tropas de Morillo, en el caso de que hubiese contado este con la rada de Montevideo para desembarcar a sus 12.000 soldados, la causa rioplatense se hubiera quedado sin piso donde sostenerse: en 1815, en Cuyo, San Martín no contaba aún con la máquina guerrera que recién pudo poner en marcha un año después y, en cuanto al frente nortño, luego de las derrotas sufridas en Vilcapugio y Ayohuma, amenazaba quebrarse.

Aún con el triunfo obtenido en el estuario rioplatense, la suerte de la Revolución pendía de un hilo delgado. En primera instancia, por las disidencias internas ya comentadas. Además, en virtud de cómo había cambiado la situación geoes-

tratégica hispanoamericana a favor de quienes, cinco años antes, parecían derrotados y sin demasiadas posibilidades de recuperar los territorios perdidos. La Revolución, que había estallado desde Querétaro a Buenos Aires en torno al año 1810, y cuyo desenvolvimiento, cuando menos en la recusación del Consejo de Regencia y en la consiguiente formación de Juntas de Gobierno con mayoría *criollas*, había sido en sus inicios exitosa, corrió luego una suerte desigual. En el momento en que las Provincias Unidas decidieron, por propia voluntad, declarar su independencia de España y de cualquier otra dominación extranjera, Fernando VII había logrado reconquistar cada una de las plazas rebeldes, a excepción de Buenos Aires.

En el país trasandino, como consecuencia de la temprana adhesión que formalizó la Junta de Gobierno a la autoridad del Consejo de Regencia, se evitó inicialmente la acometida del virrey del Perú. La clase dirigente chilena demostró entonces una gran cautela a la hora de tejer relaciones con Fernando de Abascal pues, en la eventualidad de que fuera a desatarse la guerra, el Gobierno de Santiago debería hacer frente a un peligro del que Buenos Aires, por su situación geográfica, no debía preocuparse en igual medida. Si Abascal hubiese querido llegar al Plata, previamente habría necesitado montar un ejército con la correspondiente línea logística —empresa fuera de su alcance—, al margen del tiempo requerido para mover semejante cantidad de hombres y pertrechos hasta la capital del exvirreinato. Santiago de Chile, en cambio, estaba cerca y la manera de abortar su Revolución era por medio de una expedición marítima, que fue en definitiva lo que sucedió.

Cuando el coronel José de San Martín asumió como gobernador intendente de Cuyo, los hermanos Carrera y Bernardo O'Higgins habían sido derrotados por las tropas absolutistas.

Abascal, en realidad, puso en ejecución la estrategia que tres años después desplegaría San Martín, solo que de manera inversa. El virrey limeño envió, en agosto de 1813, una flota no demasiado numerosa que logró, con el concurso de nativos del lugar, tomar Concepción y fortificar esa plaza, lo cual la transformó en lo que sería la punta de lanza de la ofensiva enderezada contra Santiago. Con posterioridad a ese éxito, sus tropas también tomaron Chillán, donde se atrincheraron a la hora de capear la derrota inflingida por José Miguel Carrera, general del ejército que, a los apurones, había formado la Junta de Gobierno rebelde.

No había transcurrido un año del primer desembarco en Concepción cuando en enero de 1814 se hizo fuerte, en esa misma ciudad, la expedición peruana al mando de Gabino Gainza. Presos los Carrera, reducido su ejército tan solo a dos mil hombres y dueños los realistas de una parte considerable del territorio en disputa, no les fue difícil forzar a la Capitánía General chilena a suscribir el Tratado de Lircay. Por este el bando rebelde, a cambio de reconocer a Fernando VII como rey legítimo y al Consejo de Regencia, gozaría de autonomía política. El malestar que causó el mencionado acuerdo movió a los Carrera (fugados de prisión) a levantarse en armas contra sus gestores, a quienes vencieron al costo de sentar una disidencia insalvable en el campo rebelde. La falta de cohesión, el manifiesto antagonismo y los odios cruzados entre las dos

facciones revolucionarias, encabezadas una por los mencionados hermanos y la otra por Bernardo O'Higgins, motivaron la derrota de Rancagua.

San Martín acababa de arribar a Mendoza y no podía prever el cambio en el tablero geopolítico al que daba lugar la reconquista de Chile de parte de las tropas de Gainza y de Osorio. El desastre del otro lado de la cordillera complicaba por razones obvias el plan que tenía pensado desarrollar con base en Santiago. Ello sin contar con los emigrados chilenos recién llegados a Cuyo que traían a cuestas sus rencores viscerales y obligaron al futuro Libertador no tanto a laudar entre las partes como a inclinarse por una de estas, lo que le hizo ganar la enemistad de la que, inevitablemente, iba a ser dejada de lado.

En el extremo norte del subcontinente la expedición a Nueva Granada, a cuyo frente Fernando VII nombró a un oficial superior de apenas 37 años (recientemente ascendido a general de división) con una impresionante y honrosa foja de servicios, obtuvo triunfos fulminantes. El desembarco de Morillo fue sin inconvenientes, y las reacciones que siguieron, conforme dio comienzo la reconquista de esos territorios por parte de su ejército, resultaron una muestra cabal de las lealtades cruzadas que se daban en ese y otros virreinos americanos. En el mes de octubre puso sitio a Cartagena. Su gobernador, Juan de Dios Amador, no tuvo mejor idea, sabiéndose derrotado, que apelar a su majestad británica: "Salvemos el Estado de los horrores que debemos prometernos de un enemigo resentido y sanguinario, ofrezcamos la Provincia a una Nación sabia y poderosa, capaz de salvarnos y gobernarnos, pongá-

mosla bajo el amparo y dirección del Monarca de la Gran Bretaña”. En Carúpano, por su lado, los habitantes, como sucedió en tantos otros lugares, “... lejos de querer construir —según la indignada queja de Simón Bolívar— al restablecimiento de la libertad de su país, se alistan voluntariamente en las banderas de los tiranos españoles, y cooperan de un modo el más activo a nuestra destrucción, sin que hasta ahora ninguno haya tomado las armas bajo las nuestras, a pesar de las muchas convocatorias con que han sido llamados...”.

No es el caso historiar el avance de Morillo paso a paso. Importa señalar que, a fines de 1816, Nueva Granada estaba en manos de los ejércitos del rey y que la desazón, desesperación o desesperanza —como se prefiera llamarla— no era patrimonio de los políticos de Nueva Granada. En Buenos Aires, Carlos María de Alvear, siendo todavía Director Supremo, en enero de 1815 mandó con su enviado a Río de Janeiro, Manuel José García, un documento para ser entregado a Lord Strangford en la mayor reserva. Por razones poco claras aquel nunca llegó a manos del embajador. Su párrafo principal reza así: “D. Manuel García, mi consejero de Estado, instruirá a V. E. de mis últimos designios con respecto a la pacificación y futura suerte de estas provincias. Cinco años de repetidas experiencias han hecho ver a todos los hombres de juicio y opinión que *este país no está en edad ni en estado de gobernarse por sí mismo, y que necesita una mano exterior que lo dirija y contenga en la esfera del orden antes que se precipite en los horrores de la anarquía*. Pero también han hecho conocer al tiempo, la imposibilidad de que vuelva a la antigua dominación, porque el odio a los españoles que ha

excitado el orgullo y opresión desde el tiempo de la conquista, ha subido de punto con los sucesos y desengaños de la fiereza durante la revolución. Han sido necesarios toda la prudencia política y ascendiente del Gobierno actual para apaciguar la irritación que ha causado en la masa de los habitantes el envío de diputados al rey. La sola idea de composición con los españoles los exalta hasta el fanatismo, y todos juran en público y en secreto morir antes que sujetarse a la metrópoli. *En estas circunstancias solamente la generosa Nación Británica puede poner un remedio eficaz a tantos males acogiendo en sus brazos a estas Provincias que obedecerán a su Gobierno y recibirán sus leyes con el mayor placer*, porque conocen que es el único medio de evitar la destrucción del país a que están dispuestos antes de volver a la antigua servidumbre, y esperan de la sabiduría de esa Nación una existencia pacífica y dichosa. *Yo no dudo en asegurar a V. E. bajo mi palabra de honor, que éste es el voto y el objeto de las esperanzas de todos los hombres sensatos, que son los que forjan la opinión real de los pueblos, y si alguna idea puede lisonjearme en el mando que obtengo no es otra que la de poder concurrir con autoridad y poder a la realización de esta medida toda vez que se acepte por Gran Bretaña”.*

Si mirásemos un mapa de la América Española en julio de 1816, mostraría que *La Patria Vieja* chilena había desaparecido luego de Rancagua; en Perú la autoridad virreinal no había sido desconocida y Lima hacía las veces de baluarte central del poder español en su vasto Imperio; Nueva Granada (Colombia) había sido reconquistada; Santa Fe de Bogotá se había rendido;

las sublevaciones de los curas mejicanos Miguel Hidalgo y José María Morelos habían resultado vencidas; Panamá, Ecuador, Cuba, Puerto Rico y la América Central respondían al monarca peninsular; el Paraguay estaba aislado por propia voluntad y ajeno, por completo, a la guerra, y en la Banda Oriental guerreaban portugueses, artiguistas y porteños sin que ninguno de los tres sacase, respecto de los restantes, ventajas decisivas.

Acaso exageraba Fernando VII cuando, llegadas a la corte las noticias de lo sucedido el 29 de noviembre de 1815 en la Pampa de Sipe-Sipe o en los altos de Viluma (para los españoles), consideró oportuno celebrar el 2 de abril del año siguiente un solemne Tedeum en todas las catedrales de la monarquía. Al concederle un título de nobleza al vencedor de esa batalla (Joaquín de la Pezuela) nombrándolo marqués de Viluma, daba por cerrado el capítulo de la Revolución hispanoamericana. Precipitado estuvo en el juzgar, aunque motivos no le faltaban.

El pueblo como impulsor de la Independencia

Por Fernando Elías*

La literatura habitual presenta la Independencia nacional como el resultado de los héroes o de un grupo de iluminados, como San Martín o Moreno; en este caso el pueblo es una simple prole que acompaña. La plebe, despectivamente denominada “populacho” o “chusma”, estaba integrada por humildes, trabajadores o desocupados, libres o esclavos, blancos, indígenas, negros, zambos (negros con indígenas), mulatos (negros con blancos), mestizos (blancos con indígenas; entre ellos, los gauchos). También estaba la clase media que conformaba el pueblo en sentido estricto, en tanto no fuesen funcionarios de alto rango, ya sean civiles, militares o religiosos. No es que la clase alta ni los dignatarios religiosos, militares o civiles no sean pueblo sino que, al ser muchos menos, desde el punto de vista democrático, no pueden ser considerados “gente común”. Hacia 1815, un cuarto de la población de Buenos Aires eran esclavos y criados; un cuarto, labradores; un 20%, jornaleros y peones; un 13%, hacendados; un 5%, co-

* Licenciado en Relaciones Internacionales, Máster en Administración, se desempeñó como Director Corporación Puerto Madero, actual Vicepresidente del Banco Ciudad.

merciantes y pulperos.¹ La elite no puede ser, al mismo tiempo, parte del pueblo. Sí de la población.

En este homenaje al Bicentenario queremos invertir el énfasis. ¿Existirían los héroes o los iluminados si el pueblo, con sus manifestaciones, no le hubieran marcado el camino?

A comienzos del siglo XIX la política no era una actividad que involucrara a demasiadas personas en el flamante Virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires no tenía la agitación de Lima o de México, ni siquiera la del más tradicional Alto Perú. Era una ciudad comercial y burocrática, donde la vida transcurría sin demasiados sobresaltos. La política, por otra parte, funcionaba más bien siguiendo los ritmos impuestos por la Corona y sus delegados.

Sin embargo, las cosas cambiaron dramáticamente con las invasiones inglesas. La necesidad de defender la ciudad implicó la militarización casi total de la población urbana. Algunos historiadores han calculado que casi el 90% de los varones adultos de la capital virreinal se alistaron en las diferentes milicias que enfrentaron a los ingleses. Las milicias no eran un ejército regular. Por el contrario, se organizaron según líneas de castas o de origen, pero la clave era que entodas los oficiales eran elegidos por los propios soldados. Previsiblemente, casi todos estos oficiales pertenecían a la elite social, y no a los sectores populares. Pero el hecho de que fueran elegidos mediante una votación implicó una primera experiencia política para un grupo importante de los sectores populares.

1. *¿Qué tuvo de revolucionaria la Revolución de la Independencia?*, Raúl Fradkin, Nuovo Topo, 2008, pág. 18.

Cuando el 25 de junio de 1806 Sir Home Popham desembarcó en Quilmes, tardó 48 horas en hacer ondear la bandera británica en el Fuerte de Buenos Aires, pues no encontró casi resistencia.

Si hubiera ofrecido solamente liberar de la dominación española, seguramente habría encontrado el apoyo general pues, con excepción de los españoles residentes, los criollos estaban hartos de las diferencias de trato a las que se veían sometidos. En cambio, Popham solicitó a todos los funcionarios públicos locales que juraran lealtad a su Majestad Británica. Eso fue el acabose.

La caballería de los gauchos, sobre animales pequeños y semisalvajes, no resistía un encuentro frontal con la infantería inglesa no solo por su falta de destreza militar, sino por falta de armas. Pero, dispersas en la inmensidad de las pampas, cortaban todo suministro del ejército inglés. El general Leveson Gower afirmaba: “Estábamos constantemente rodeados por una nube de caballería ligera, que nunca se alejaba de nosotros a más de un tiro de mosquete. Sin caballería era imposible librarse de aquellas gentes”. Y los ingleses no disponían de adecuada caballería. Además, la falta de pericia militar de los gauchos no era tanta, pues estaban entrenados en la lucha contra el indio.

También estaban las improvisadas guerrillas urbanas, con acción facilitada por la arquitectura de la ciudad. Describe H. S. Ferns:

“Las casas de ladrillos recubiertos con revoque presentaban a la calle un muro exterior liso, quebrado solo por unas pocas puertas y ventanas. Los techos eran chatos y rodeados de un parapeto que ofrecía un excelente resguardo contra el fuego

de mosquetes y un lugar de relativa seguridad para cualquiera que estuviera armado con una pistola o un arma de fuego larga, o aún sólo con cascotes y piedras. Una ciudad con la disposición de Buenos Aires sólo podía reducirse mediante un fuego sostenido de artillería pesada, aún cuando no se tratara de una ciudad técnicamente fortificada. Cada una de sus calles podía convertirse en un desfiladero mortal para los soldados de infantería, suponiendo, claro está, que los habitantes estuviera determinados a usar cada casa como una fortaleza”. (*Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, ed. Solar, 1966, pág. 45).

La historia evidenció que los habitantes estuvieron determinados a utilizarlas. Cuando el 10 de agosto Liniers lideró el levantamiento, el fuego abierto desde los techos de las casas se hizo tan nutrido que Beresford izó la bandera blanca después de haber perdido 165 hombres.

La derrota de las Invasiones Inglesas no derivó en una equivalente vuelta a la normalidad. Por un lado, las milicias no se disolvieron. Por otra parte, luego de la derrota de la flota aliada hispano-francesa en Trafalgar a manos de la marina británica en 1805, España ya no podía oficiar como una verdadera metrópolis. El rey, a quien supuestamente se obedecía, era ya una figura demasiado lejana e incapaz de hacer obedecer una orden suya al otro lado del Atlántico.

En este contexto, las milicias armadas se convirtieron en Buenos Aires en la principal base de poder político. En especial, los Patricios, sostén de la autoridad de Santiago de Liniers, primero, y de Cornelio Saavedra, más tarde. Con la caída de Carlos IV y su hijo Fernando VII (capturados por Napoleón

en 1808) y el inicio de la guerra entre España y Francia, todo el imperio hispánico se agitó, y Buenos Aires no fue una excepción. En adelante, las situaciones locales se jugarían mucho más a partir de recursos políticos locales que españoles.

Todavía durante los acontecimientos de 1810 la participación de los sectores populares fue más bien escasa. La política, aun siendo una actividad que involucraba a un mayor número de personas que cinco años antes, seguía siendo una actividad socialmente limitada. Quien quiera palpar el sentir popular vinculado a este acontecimiento no podrá evitar leer *La Gran Semana de 1810*, de Vicente Fidel López. En forma novelada se relatan los avatares de la Revolución desde el palco del pueblo.

Si bien la asonada del 4 de abril de 1811 para terminar de reducir a los morenistas en la Junta y hacer triunfar la facción de Saavedra está sometida a gran debate (en cuanto que los orilleros que participaron parecen más bien haber sido arreados por los partidarios de Saavedra que convocados espontáneamente), no puede dejar de erigirse en otro evento donde la participación del pueblo, genuina o no, influyó en el curso de los acontecimientos.

En todo caso, nos pone en guardia sobre el problema de cómo detectar cuándo es el pueblo el que participa autónomamente y cuándo es una fracción de él que lo hace de manera inducida. Es decir, nos pone en el dilema de diferenciar “pueblo” de “patota”.

Sin embargo, la politización de los sectores populares era un proceso ya imposible de detener. Fue la guerra, a través de la participación en los ejércitos, lo que llevó inexorablemente

a esta popularización de la política no solo porque arrancó a muchos hombres de sus vidas cotidianas para lanzarlos al gran escenario político y bélico abierto por la Revolución, sino porque, además, esa participación en las tropas revolucionarias venía siempre de la mano de un fuerte adoctrinamiento político impartido por sus jefes. Las milicias primero y los ejércitos regulares después se fueron convirtiendo en los primeros y más importantes mecanismos de socialización política. Existieron fuertes intentos por imponer una disciplina militar a los soldados. Belgrano, y sobre todo San Martín, fueron partidarios de esta línea. Sin embargo, los motines y las sublevaciones estuvieron a la orden del día durante los diez años de guerra revolucionaria. Los jefes, aun los más populares, en casi todos los casos siguieron siendo miembros de las elites, incluyendo aquellos que luego serían conocidos como “caudillos”. Incluso Artigas o Güemes, jefes populares por cierto, provenían de este sector. Pero la participación en las tropas abrió la política a todas las clases, incluyendo a los esclavos y a los libertos (exesclavos).

Es indudable que la guerra produjo una fuerte alteración de las jerarquías y relaciones sociales propias del mundo colonial. Por un lado, los jefes militares pasaron a ocupar lugares destacados en la sociedad. Así, por ejemplo, San Martín pudo casarse con una Escalada, una de las familias más importantes de Buenos Aires, algo que difícilmente hubiera podido haber sucedido años antes. También removió a muchos personajes provenientes de sectores medios y populares que, por su capacidad de liderazgo, de reclutamiento o sus dotes militares, se

convirtieron en personas más destacadas.

Capataces, contrabandistas, pulperos se convirtieron en eficaces reclutadores y, así, consiguieron ocupar lugares de relevancia política que jamás hubieran alcanzado antes de 1810. Incluso algunas zonas del viejo virreinato que hasta ese momento no tenían mayor relevancia política pasaron a convertirse en espacio de poder.

Un ejemplo es la ribera oriental del río Uruguay, que pasó de ser un lugar políticamente marginal a la principal base de poder de Artigas.

En términos generales, como lo ha demostrado Tulio Halperín Donghi, fueron las zonas rurales (siempre subordinadas en el esquema administrativo colonial) las que comenzaron a tener una enorme importancia. En estas zonas, en efecto, se conseguían dos factores claves para la guerra: hombres y provisiones.

En el agitado contexto político que siguió a la Revolución, la disponibilidad de séquitos populares o “plebeyos” (como se los conocía en la época) se fue transformando en una de las claves para disponer de cierto peso político. Pero, aun así, salvo raras excepciones, estos grupos siempre participaron de la política bajo el liderazgo de personajes de la elite.

La Independencia no fue la primera opción de la Revolución e, inicialmente, ni siquiera fue la más importante. Pero, luego de 1813, toda la situación se fue inclinando hacia ese fin. Sobre todo, influyeron los cambios en Europa, consecuencia de la derrota de Napoleón. La restauración de Fernando VII y su negativa a pactar cualquier clase de autonomía y su intención de mantener al virreinato dentro del Imperio Español

precipitó las decisiones.

La caída del directorio de Alvear en 1815 implicó el primer colapso del poder revolucionario instalado en Buenos Aires, a la vez que marcó el momento de mayor expansión del poderío artiguista. Pero la Logia logró reconstruir el poder central, a partir de un acuerdo entre jefes militares como Güemes en Salta, Bustos en Córdoba, San Martín en Cuyo o Pueyrredón en Buenos Aires. Esta nueva estructura de poder impuso dos condiciones: llamar un Congreso para declarar la Independencia y organizar un estado, y por otra parte apoyar la iniciativa sanmartiniana de invadir Chile y Perú cruzando la Cordillera de los Andes.

Así, la Independencia fue el resultado de múltiples factores. Una elite política comprometida con la guerra revolucionaria, la situación en Europa, y la cada vez más fuerte presencia de ejércitos y clientelas populares a las que no se las podía convocar a una guerra cruel y destructiva sin un objetivo claro y visible. No parecía ser lógico pedir a estos grupos que vieran la destrucción de sus bienes e incluso la pérdida de sus vidas para pelear en nombre de un Rey cuya única exigencia era una subordinación total a sus órdenes. El 9 de julio de 1816 fue la natural consecuencia de esta situación.

En Cuyo, San Martín dictó la liberación de los esclavos, a pesar de las airadas protestas de la aristocracia. Los consideraba la mejor infantería de su ejército. Miles de negros y de mestizos acudieron al llamado de las armas “pues con la voz de libertad se han alborotado en términos que ninguno quiere servir a sus amos”, según una carta de un español limeño de

aquellos años.

Por su parte, las mujeres trabajaban día y noche gratuitamente en la costura de uniformes o servían de espías y de guerrilleras (como Mercedes Sánchez o la maestra de postas Eulalia Calderón o la cacica Rocco, algunas de ellas víctimas de la tortura realista, como María Cornelio Olivares o la esclava negra Josefa Tenorio); los arrieros y carreteros viajaban gratis en busca de materiales; los artesanos producían en tiempo récord; y los labradores sembraban parte de sus campos para el ejército.

Cuando se convocó al ex Congreso de Tucumán a sesión secreta para considerar el establecimiento de una monarquía, los caudillos gauchos de las provincias, que se oponían al estado unitario, lógicamente también odiaban la monarquía, interpretando las consecuencias sobre las masas que lideraban, mediante una mezcla de seducción y terror. Entre Ríos y Santa Fe se rebelaron contra el Congreso. Entonces Rondeau le pidió ayuda a San Martín, pero este, interpretando el sentir popular, desobedeció las órdenes, y se preparó para invadir Perú. Por su parte Belgrano quiso concurrir en auxilio, pero fueron sus tropas las que se sublevaron. Rondeau fue derrotado, y por ello se llegó a firmar el Tratado del Pilar en 1820, por el cual el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires reconoció la existencia de provincias y se comprometió a establecer un Estado federal.

Fue la obediencia al sentir popular lo que echó las bases de la configuración política de nuestro país.

Por eso, cuando el pueblo habla, los líderes políticos y sociales deben escucharlo. La historia la escriben los hombres públicos, pero la dicta el pueblo.



La República, obra de Hermenegildo Sábat.

Mujeres en tiempos de revolución y guerras

Por Eliana de Arrascaeta*

La Independencia de Hispanoamérica fue un proceso largo en el que el viejo orden colonial quedó pulverizado, pese a no implicar la emergencia inmediata de un nuevo orden. El proceso revolucionario permitió que la sociedad toda se viera envuelta en un torbellino de cambios que trastocaron los usos y costumbres de entonces. En rigor, parte de las nuevas ideas impulsadas por los criollos ya venían gestándose desde finales del siglo XVIII, pero sin duda fueron los tiempos convulsionados de principios del siglo XIX los que permitieron el surgimiento de un individualismo, germen del derecho civil, que implicó abrazar la causa patriótica y hasta tomar las armas. En este cuadro de revolución y guerras, las mujeres fueron mucho más que meras acompañantes. Hoy se aprecia el rol que muchas de ellas desempeñaron en esos años

* Profesora de Historia, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Magister en Ciencias Sociales.

Secretaria de Redacción de la revista *Todo es Historia*. Titular de Procesos Socio-históricos Argentinos en la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad de La Matanza; y titular del Seminario de América Latina de la Universidad de la Defensa Nacional.

de amarga lucha, de entrega personal, y hasta de modificaciones de sus propias vidas en pos de un ideal que culminó con la independencia política de toda el área latinoamericana, con excepción de Cuba y de Puerto Rico.

Sin duda el proceso no fue lineal, ni contó con el mismo fervor e ímpetu en todas las excolonias. El virreinato del Río de la Plata en donde los rasgos de la sociedad colonial eran más débiles, supo desprenderse del sesgo cultural hispánico y romper las cadenas que lo ataban a la antigua metrópoli. Así comenzaría tempranamente su camino hacia la Independencia. En este artículo describiremos el derrotero hacia la emancipación atendiendo a las actitudes y actividades que las mujeres desplegaron en esa lucha.

La magnitud del cambio puede rastrearse desde el momento en que España, impregnada de un liberalismo pragmático, impulsó las reformas borbónicas. Esta “segunda reconquista” provocó resistencia en la población americana, afectada por el aumento de los impuestos y por los abusos de las autoridades. Los levantamientos de miles de indígenas liderados por Túpac Amaru en el Perú en 1780 y al año siguiente por Túpac Katari en la región altoperuano son prueba de ello. Las autoridades coloniales llevaron adelante una represión y escarmiento brutales en los que también fueron asesinadas sus esposas, Micaela Bastidas y Bartolina Sisa. Sin embargo, ambas no solo seguían a sus respectivos maridos, sino que ocupaban un rol importante en la insurrección, al igual que otras mujeres; de hecho, según consta en los expedientes judiciales, las cacicas Catalina Salas y Tomasa Tito Camendaita fueron ahorcadas

y descuartizadas; muchas otras también fueron sentenciadas. Sin duda las comunidades indígenas eran menos permeables a los cánones morales de esa sociedad patriarcal; no obstante ello, es interesante ponderar su rol de liderazgo en el hito que dio inicio del resquebrajamiento del orden colonial.

Las citadinas

Al mismo tiempo y en contraposición, las ciudades y sobre todo las sedes virreinales como Buenos Aires, vivieron de modo diferente los cambios que ese liberalismo borbónico introdujo. La pérdida de peso de la Iglesia católica como custodia de la moral y una serie de disposiciones jurídico-administrativas otorgaron a las mujeres cierto poder de decisión.

El caso de Mariquita Sánchez es un buen ejemplo para apreciar la modernidad: no solo sabía leer y escribir (y por ello pudo mantener su noviazgo epistolar), sino que logró concretar su casamiento por amor, es decir elegir libremente su pareja, enfrentándose al mandato familiar. Pudo haber optado por transgredir las normas o burlar los controles familiares; sin embargo, su decisión de llevar su causa a la justicia es una clara muestra de la nueva mentalidad que impregnaba la sociedad tardovirreinal. Presentada ante el virrey Sobremonte y avalada por su confesor, fray Cayetano Rodríguez, consiguió el permiso para contraer matrimonio con su primo Martín Thompson sorteando el impedimento de su obstinada madre, puesto que su padre ya había fallecido. Este no fue el único juicio de disenso con final feliz; incluso los periódicos como el *Telégrafo*

Mercantil desde 1801 denunciaban los absurdos de la época admitidos como válidos: la condición de las mujeres era uno de ellos, junto a la esclavitud y la falta de estímulos a la producción de bienes locales.

En la misma época, el secretario del Consulado, Manuel Belgrano, impulsaba la educación de las mujeres como forma de emancipación; este cambio de mentalidad se vivía también en Europa y particularmente en Cádiz. Por ello no resulta extraña la participación de esposas, hermanas e hijas de la burguesía mercantil y de funcionarios en las tertulias que se armaban en las casas particulares (las actividades políticas en la vida pública estaban prohibidas) en donde se gestaron las primeras ideas independentistas; el hogar de los Thompson, de los Escalada, las Sarratea, los Vieytes y otras familias, sirvieron como punto de encuentro de la ebullición política surgida a principios del siglo XIX.

Pero las élites suelen ser la punta de lanza de los cambios que luego impregnan a la sociedad en su conjunto. Los salones familiares, probablemente les permitieron conocer los sucesos políticos (como la caída de los Borbones en 1808), opinar sobre las ideas de cambio y pensar el lugar de la mujer en los sucesos revolucionarios que se plasmaron a partir de 1810. Abrazar la causa patriótica fue para muchas no solo donar sus joyas para las campañas militares —imagen remanida—; cantar el Himno; confeccionar uniformes, distintivos y banderas (como lo cuenta la propia Mariquita); sino también cumplir funciones, a veces peligrosas, como mensajeras, portadoras de documentos secretos, encargadas de las tareas de inteligencia

y hasta de convencer a sus familiares para que adhirieran a la causa patriótica. La mujer que sintetiza mejor estas múltiples funciones es María Josefa de los Ríos, esposa de Pascual Ruiz Huidobro. El caso de la Pepa es muy original porque su marido era funcionario español, gobernador de Montevideo durante las Invasiones Inglesas y máxima autoridad española en el virreinato en 1810, momento en el que jugó un rol protagónico del lado de los revolucionarios. Ella, apodada “la gobernadora”, tomó las riendas de la misión secreta que su marido debía realizar en Cuyo (puesto que falleció apenas haber llegado en 1813). Amiga y colaboradora de San Martín en la gran empresa, fue depositaria de los bienes del Libertador, entre ellos su sable corvo; y por las comunicaciones y cartas que se conocen, puede decirse que cumplió eficientemente con la tarea de espía. Entre tertulias y tareas gubernamentales, la Pepa se sumó a la causa americana por su adhesión a las ideas liberales.

Sin duda, la defensa de la ciudad de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 fue el primer grito de libertad. Según las crónicas, algunas damas de la sociedad mostraron admiración por los invasores, con quienes se paseaban del brazo y cortejaron en los salones. Esta imagen frívola en apariencia es tendenciosa porque enfatiza el rol “antipatriótico” jugado por las mujeres minimizando la connivencia de sus respectivas familias. Ya advertía Madame de Staël en 1800: “Si una mujer adquiriera celebridad en medio de disensiones políticas, se creería que su influencia era ilimitada, incluso aunque no tuviera ninguna, se la acusaría de todas las acciones de sus amigos...”.

Mujeres en los ejércitos regulares

Hubo mujeres que decididamente abrazaron la causa patriótica como María Remedios del Valle, parda y analfabeta, que tuvo un heroico desempeño en el Ejército del Norte. La historia la recuerda como la “niña de Ayohuma” que auxiliaba las tropas derrotadas del general Belgrano, pero su actuación fue mucho más que asistir en la derrota: combatió desde el principio hasta el final en las campañas del Alta Perú en el regimiento de artillería de la patria y, en una ocasión, habiendo sido prisionera por los realistas, ayudó a escapar a los jefes patriotas, y luego logró escapar ella. También bautizada como “madre de la patria”, peleó con agallas, asistió a los heridos y por esta razón Belgrano, que era reacio a incorporar mujeres, le dio el grado de capitana. Esta hija de Buenos Aires, que perdió a su esposo e hijos en las guerras independentistas, después de muchos años tuvo su merecido reconocimiento en 1827 cuando le otorgaron el sueldo de capitana de infantería; luego fue ascendida a sargento mayor (entonces un grado de oficiales) y en tiempos de Rosas, permaneció en el servicio activo, por el que cobraba un sueldo digno. Es de las pocas que obtuvo reconocimiento y vivió sus últimos días en paz; falleció en 1847.

Otra mujer casi desconocida fue Pancha Hernández, una puntana casada con el sargento Hernández que, en 1820 tras la sublevación del Regimiento N.º 1 de cazadores de San Luis, marchó a Chile acompañando a su marido. A partir de allí su participación en las guerras independentistas fue notable; se sumó a las expediciones libertadoras del Perú y del Ecuador,

con los granaderos comandados por Juan Lavalle: peleó en la batalla de Pichincha armada de sable y pistolas, y salvó la vida de su marido, dando muerte a su atacante. Por esta acción, Lavalle le concedió el grado y sueldo de sargento. De regreso al Perú, cuando en febrero de 1824, la guarnición de El Callao se sublevó, la Pancha y su marido permanecieron fieles a la bandera de la Patria y se sumaron al Ejército Libertador a las órdenes de Simón Bolívar. Combatió en las decisivas batallas de Junín y de Ayacucho, y regresó a su patria con los restos del Regimiento de Granaderos que el coronel Bogado presentó en Buenos Aires, en febrero de 1826. Declarada la guerra contra el Brasil, participó en la batalla de Ituzaingó, en la que por segunda vez salvó la vida de su marido dando muerte al agresor. Esta patriota con agallas no desenvainó su sable en las guerras civiles; quizás porque esa no era su causa.

Las amazonas de Juana

Apagados los fuegos de las sublevaciones de Chuquisaca y La Paz de 1809, la Primera Junta formada en Buenos Aires el 25 de mayo de 1810 envió expediciones para ayudar a los pueblos altoperuanos en su lucha emancipatoria. Manuel Ascencio Padilla fue uno de los jefes locales que se sumó a las fuerzas de Castelli que resultaron vencidas por los realistas en Huaqui en 1811. Luego de esa derrota (que abrió la ruta a las provincias de Salta y de Tucumán), Manuel Belgrano fue enviado como jefe del Ejército del Norte. La región altoperuana proclamó su adhesión y Manuel Padilla, al mando de 80.000 “cuicos” armados

con palos y chuzas, impidió la llegada de refuerzos españoles para auxiliar al gobernador de Potosí.

Pese a las reiteradas negativas de Manuel Padilla, su esposa Juana Azurduy se incorporó al ejército desafiando las normas sociales; de hecho, desde 1812 actuaron casi siempre juntos. Entonces, la guerra en el Alto Perú se había convertido en irregular, denominada “guerra de guerrillas” o “de republiquetas”, por estar al mando de caudillos locales. No resulta curioso que en este tipo de acciones irregulares, que poseen más decisión y audacia que recursos, las mujeres hayan ocupado un lugar preponderante. En efecto, en todas las zonas rurales, montes, selvas, grandes alturas y caminos polvorientos recorridos a lomo de mula o caballo, dieron batalla a los godos con las armas que tuvieron a mano: piedras, lanzas, macanas o pertrechos capturados al enemigo.

Entretanto, Manuel —que era un hombre muy temido por su capacidad de mando y acción—, fue perseguido tenazmente por los realistas. Después de la batalla de Salta, Juana y sus 4 hijos se refugiaron en el monte. Cuando regresaron a Chuquisaca, Juana (una eximia jinete) formó y combatió con el batallón de los Leales, también integrado por mujeres como Teresa Bustos de Lemoine y una treintena más conocidas como Las Amazonas. La guerra de guerrillas estaba formada por grupos pequeños que atacaban al enemigo; estaba compuesta por una tropa móvil que actuaba por sorpresa, retrocedían cuando eran atacados o avanzaban cuando los realistas huían. Con más bravura que con armas, si bien tuvieron derrotas en batallas campales, lograron mantener a raya a las fuerzas realistas.

En 1814 la persecución a Padilla fue tan intensa que Juana se ocultó con sus hijos en la zona pantanosa del valle de Segura, en donde, por las condiciones poco saludables, murieron sus 4 hijos de fiebre. Pese a la tristeza, Juana siguió combatiendo para defender su “dulce libertad” y ya en 1816, comenzaba a ser nombrada en los partes y misivas de guerreros patriotas y españoles. Se destacó su bravura en la batalla de Tarabuco, cuando peleó embarazada de su quinta hija y logró no solo vencer a los españoles, sino también arrebatarle la preciada bandera a un coronel que huía del campo de batalla. Por esa acción Belgrano le obsequió su espada y envió una carta al director supremo Pueyrredón para que le concediera grado militar. Recibió el grado de teniente coronel de las “partidas de los decididos del Perú”, en 1816, año en que falleció Manuel.

Pese a los infortunios, Juana Azurduy siguió combatiendo incluso con su hija Luisa en brazos. Ya entonces era un mito por ser mujer y guerrillera, y por ser la única que, sin instrucción militar, era capaz de conducir acciones militares como jefa de caballería. Había peleado en más de 16 combates y era una heroína a la que le atribuían características varoniles por su valentía y destreza.

Viuda, dejó a su hija y se trasladó a Salta para combatir a las órdenes de Martín Miguel de Güemes y a la muerte del caudillo, en 1821 solicitó auxilio para volver a su patria. El gobierno provisional de Salta le dio \$ 50 y 4 mulas, y volvió a su tierra natal en 1825, año en que se celebró la independencia definitiva. Al no ser militar profesional, retomó su vida cotidiana cumpliendo los roles tradicionales asignados a las mujeres y esa misma suerte corrieron sus Amazonas.

A “Juana de América” el libertador Simón Bolívar le otorgó una pensión de \$60 y Sucre se la aumentó a \$ 100, pero solo la cobró dos años porque los Gobiernos posteriores, enfrentados en fracciones, se la quitaron. A la hora de formar gobierno, las nacientes naciones se olvidaron del arrojo desplegado por las mujeres guerrilleras.

Ramillete de mujeres

En qué medida la revolución había cambiado la suerte de las mujeres se preguntaba en 1812 el periódico *El grito del Sud*, publicado por la Sociedad Patriótica. Las respuestas apuntaban a demoler prejuicios y sumisiones en aquella época de transición.

El resquebrajamiento del orden colonial había permitido los primeros síntomas de libertad que impulsaron a las mujeres a pensarse como individuos autónomos. Los usos y costumbres tambalearon, y la sociedad patriarcal retrocedió cuando decidieron casarse contra la voluntad paterna, aprendieron a leer y a escribir y participaron de las tertulias políticas. Pero esos cambios, sin duda importantes, fueron asimilados sin una seria oposición puesto que no implicaron la pérdida del recato propio de su género.

Una situación distinta se dio cuando el fervor patriótico impulsó a muchas de ellas a sumarse a las luchas independentistas. Ante la sorpresa general, las mujeres lograron abrirse camino como guerreras y ser toleradas como tales. Sin embargo, los apelativos con los que fueron descriptas dan cuenta de los

prejuicios epocales: tildadas de “varoniles” por su valentía o como “madres o hermanas” en la asistencia a los enfermos y caídos, sus actuaciones fueron minimizadas o silenciadas.

En efecto, el ciclo revolucionario que comienza el 25 de mayo de 1810 fue propicio para desligarse de viejas ataduras sociales. En el fragor de las contiendas y frente a la débil institucionalidad política, las mujeres gozaron de ciertas libertades. Pero estos momentos de cambio fueron transicionales y contradictorios. Cuando en 1816 el Congreso de Tucumán puso fin a la Revolución y dio principio al orden, solo dos figuras femeninas ocuparon un rol protagónico: Santa Rosa de Lima, nombrada Patrona de la Independencia; y Lucía Aráoz, la rubia de la patria, coronada reina de la fiesta en el baile que se realizó el 10 de julio de 1816 para celebrar la declaración de Independencia.

En efecto, el orden volvía a colocar a las mujeres en la trastienda doméstica... Pero la nueva domesticación no implicó una vuelta al pasado. A las funciones de madre y esposa se le sumaron otras tareas tendientes a dirimir los destinos de la patria.

Cuando las guerras de Independencia llegaron a su fin, no hubo lugar para ellas en la organización de los Gobiernos. Las naciones las olvidaron y las recluyeron (en el mejor de los casos) en la paz de los hogares. Injusto destino para quienes habían entregado sus mejores años en pos de lograr —como dijo Juana Azurduy— la “dulce libertad”.

Bibliografía

Sáenz Quesada, María. *Mariquita Sánchez. Vida política y sentimental*. Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

Micale, Adriana. “Salones y tertulias en apoyo de la gesta sanmartiniana” en *Todo es Historia* N° 571, febrero de 2015.

Correas, Jaime. “La Pepa, colaboradora sagaz de San Martín” en *Todo es Historia* N° 566, septiembre de 2014.

Gálvez, Lucía. “Una mirada sobre las mujeres argentinas” en *Todo es Historia* N° 515, junio de 2010.

Wexler, Berta Carolina. “Juana Azurduy, la flor del Alto Perú” en *Todo es Historia* N° 538, mayo de 2012.



Ilustración de contratapa, obra de Hermenegildo Sábat.

Sobre la Independencia argentina y sus efectos económicos*

Por Carlos Newland** y Javier Ortiz Batalla***

La separación de España, iniciada en 1810 y confirmada institucionalmente en 1816, generó un gran impacto sobre la economía del territorio que abarcaría la futura República Argentina. En primer lugar, implicó la eliminación de las restricciones y costos generados por el sistema mercantilista colonial, lo que ocasionó una fuerte mejora en los precios de los productos exportados y una reducción de los precios de bienes importados. Este cambio en valores relativos fue el causante de un aumento en el peso del sector externo y de un incremento en los ingresos totales de la sociedad, que afectó de manera diversa a regiones y a actores económicos. Por otra parte, la variación de precios brindó los incentivos del notable incremento de la producción ganadera que caracterizó a buena parte del siglo XIX.

* Agradecemos los comentarios recibidos de Lionel Barbagallo, Martín Cuesta y Fernando Rocchi.

** Doctor en Historia por la Universidad de Leiden. Profesor del Instituto Universitario Eseade y de la Universidad Torcuato Di Tella. Ha sido Becario Guggenheim y De Fortabat Fellow en la Universidad de Harvard.

*** Doctor en Economía por la Universidad de California, Los Angeles (UCLA). Vicepresidente Segundo de la Universidad Torcuato Di Tella. Presidente del Banco de la Ciudad de Buenos Aires.

Aunque se dieron condiciones favorables para un aumento de la producción y del ingreso, los conflictos externos e internos que fueron sucediéndose en el país implicaron un incremento del gasto militar que atentó contra el equilibrio fiscal y contra el establecimiento de una moneda estable que reemplazara la antigua moneda imperial. Además, la sucesión de Gobiernos cortos tampoco brindó un marco de previsibilidad que ofreciera seguridad a los agentes económicos y alentara la formación de capitales. Al mismo tiempo, las provincias del Interior se beneficiaron en menor grado de las fuerzas expansivas al haber perdido, en buena medida, su principal mercado, el Alto Perú. En este trabajo se intenta detallar algunas de las características más salientes de la economía argentina desde principios de siglo XIX hasta mediados del mismo siglo, un periodo muy lejano, pero que sin embargo exhibió algunas problemáticas que continuarían presentes a lo largo de toda la historia nacional.

La economía colonial y el mercantilismo

El virreinato del Río de la Plata, creado en 1776, fue un gran espacio económico que abarcaba las actuales repúblicas de Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay, y cubría una variedad de climas y geografías. En su extremo septentrional se ubicaba el Alto Perú, donde destacaba la producción de plata liderada por la ciudad de Potosí, a la que se le agregaban otros centros mineros (el más importante era Oruro). Hacia el centro geográfico del virreinato, con un eje que atravesaba las ciudades de

Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Salta, se había generado un espacio productor de insumos requeridos por las urbes mineras, principalmente mulas, pero también ganado vacuno, textiles artesanales y aguardiente. Algunas de las ciudades del Interior se beneficiaban también por ser lugar de tránsito de los productos de origen español que eran remitidos desde Buenos Aires hacia los centros mineros. Más al sur se encontraba la zona pampeana, una región todavía ocupada de manera limitada, pero con gran crecimiento durante la segunda mitad del siglo XVIII a través de sus estancias productoras de equinos para el Alto Perú, y de cuero y de sebo para los mercados europeos. Buenos Aires, la capital virreinal, era una urbe administrativa y comercial. Desde allí se dirigían las intendencias y el cuerpo de funcionarios de toda la jurisdicción política. Su financiamiento se lograba en buena medida con la recaudación impositiva obtenida de la minería; del total, solo una fracción de los ingresos fiscales obtenidos era remitida a España, mientras que el resto era consumido por el pago de funcionarios locales. Buenos Aires era también el núcleo principal de los comerciantes dedicados a la exportación de plata y de cueros, y a la importación de artículos europeos. La actividad comercial era teóricamente sometida a las restricciones mercantilistas: todo bien exportado e importado debía ser intermediado a través de casas comerciales y embarcaciones españolas. Tocaban, en su viaje de ida o de vuelta, puertos de la península ibérica. Dado que los cueros rioplatenses eran demandados en gran medida por Gran Bretaña, desde España se reexportaban a ese destino. Todo este esquema hacía que los costos comerciales, imposi-

tivos y de fletes, y seguros tuvieron gran impacto en el precio local de los cueros, que cotizaban a una décima parte de su precio londinense. Este hecho ponía un fuerte límite al desarrollo del potencial productivo de la pampa, al reducir la rentabilidad de las estancias y desincentivar su expansión. Es cierto que existía un fuerte contrabando costero que hacía converger parcialmente precios locales con los internacionales, pero este estaba más bien limitado a manufacturas europeas, como los textiles británicos de algodón, y a la plata altoperuana. El cuero, por ser voluminoso, no se beneficiaba en el mismo grado de la actividad ilegal.

Las guerras napoleónicas, que coincidieron con los últimos tres lustros coloniales, tuvieron un efecto negativo sobre el comercio legal e ilegal, y aumentaron el costo de intermediación y de traslado. Por otra parte, la pérdida del control marítimo hizo que España debiera permitir en casos el comercio de sus colonias a través de embarcaciones de países neutrales, como los Estados Unidos, lo que fue debilitando el esquema mercantilista. Al mismo tiempo la fragilidad del control efectivo español sobre la región se hizo evidente cuando tropas británicas ocuparon brevemente Buenos Aires en 1806 y en 1807.

Aunque el Gobierno que ejerció España sobre la actual Argentina tuvo aspectos negativos (especialmente en cuanto al desarrollo de su potencial rural), no debe dejar de mencionarse que presentaba algunas características positivas: la administración estaba a cargo de funcionarios civiles auditados en sus poderes y acción; el gasto militar era limitado; los conflictos violentos entre regiones, inexistentes; y el nivel de precios, rela-

tivamente estable, al solo existir moneda metálica. Asimismo, el Imperio generó un entorno amigable al desarrollo minero y a la provisión de su principal insumo, el mercurio. Es verdad que existía una presión impositiva creciente, que por su dimensión sería el factor detonante de las revueltas de Túpac Amaru y de Túpac Katari. El mismo intento de aumento de ingresos fiscales se había producido en América del Norte, lo que había sido el factor desencadenante del proceso independentista estadounidense.

El impacto de la desregulación del comercio internacional

La liberalización del comercio internacional en el Río de la Plata comenzó antes de la Independencia. En 1809 el Virrey Cisneros permitió el intercambio con embarcaciones de Gran Bretaña (para entonces aliada de España), urgido por la necesidad de lograr una mayor recaudación fiscal. Luego de Mayo de 1810, esta situación se mantendría eliminándose la obligada intermediación de comerciantes y de puertos españoles, a lo que se le sumó una fuerte caída en los fletes marítimos al finalizar las guerras napoleónicas. Estos factores generaron una convergencia de los precios locales de los bienes comerciados con sus valores internacionales. Los precios de las exportaciones se triplicaron en promedio, al tiempo que los precios de las importaciones se redujeron en una tercera parte. Todo ello implicó una gran mejora en los términos de intercambio, lo cual hizo que fuera cada vez más rentable la exportación de productos ganaderos. Una consecuencia fue una demanda

creciente del insumo más abundante, la tierra, que de valores coloniales muy bajos comenzó a aumentar de manera sostenida, hecho que enriqueció a los terratenientes. También los vacunos incrementaron su cotización siguiendo la evolución del valor de los cueros. En cuanto a los salarios nominales, no se produjo una mejora sustancial. Ello se debió a que, aunque se requerían más peones para atender el ganado en expansión, en forma paralela se produjo una caída en la demanda laboral rural, generada por la disminución de la producción agrícola de trigo, que comenzó a importarse. Dado que la agricultura era mano de obra intensiva, en un primer momento ello fue un factor de depresión sobre las remuneraciones locales. A lo largo del siglo XIX se mantendría una situación de salarios nominales relativamente estables (luego de la caída inicial), con un incremento continuo del valor de la tierra. Esto implicó una acentuación de la desigualdad de ingresos en el sector rural. Dicha desigualdad quedó algo atemperada al ser muchos asalariados también propietarios de ganado u ocupantes o dueños de terrenos de diversa magnitud.

Las alícuotas aduaneras siguieron una trayectoria decreciente. Entre 1809 y 1814 los tributos a las exportaciones bajaron de 50 a 10% y en las décadas siguientes se redujeron al 5%. Los aranceles aplicados a las importaciones, por su parte, decrecieron de 45 a 30%. Una nueva caída ocurrió para 1822, cuando el promedio se situó en un 21%. Para entonces los niveles de protección de Buenos Aires eran inferiores a los europeos, a los estadounidenses y a los de la mayor parte de los países latinoamericanos. Necesidades fiscales y argumen-

tos proteccionistas hicieron que entre 1836 y 1837 las tarifas fueran elevadas al 31% y que se prohibieran hasta 1841 la entrada de algunos productos. La ley de aduana de 1854 redujo la protección nominal a magnitudes cercanas a las de 1822; este nivel se mantuvo, con pequeñas alteraciones, hasta 1870. Una relevante protección adicional en todo el lapso tendría su origen en las laxas políticas monetarias seguidas por nuestros Gobiernos patrios durante buena parte del siglo XIX. Tuvieron como consecuencia una moneda depreciada por debajo de su nivel de equilibrio, un tema que aún no ha sido analizado en profundidad.

Hacia 1810 ya se encontraban delimitadas dos regiones con dinámicas distintas en el territorio argentino. Por un lado, estaba el Litoral volcado hacia la economía atlántica y a la producción ganadera, actividad generadora de un alto ingreso que impulsaría el desarrollo de un importante sector terciario y una urbanización relativamente alta. Para 1819 esta región, que abarcaba las Provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, poseía una urbanización del 37%, lo que reflejaba fundamentalmente la importancia de su sector terciario. Por otro lado el resto de las provincias del Interior estaban históricamente muy vinculadas al abastecimiento y al comercio con minería alto peruana, un nexo que se fue atenuando. Por ello presentaban una estructura económica más débil, dedicada en mayor grado a actividades de subsistencia, lo que resultaba en una baja urbanización: del 18%. El Interior no solo fue afectado por la decadencia minera y por la reorientación del comercio alto peruano hacia puertos del Pacífico. Algunas produccio-

nes locales, como el aguardiente y vino de Cuyo o los textiles artesanales de Catamarca y de Córdoba, que eran remitidos al consumidor bonaerense, fueron impactados por la llegada y menor precio de las importaciones europeas. El desequilibrio regional existente hacia la Independencia continuaría agudizándose a lo largo del siglo XIX: para 1869 el Litoral presentaba una tasa de urbanización de 46%, mientras que en el interior era de 16%, una proporción menor que en 1819, que indicaba una economía estancada en su estructura. La diferencia en el nivel de riqueza y de salarios hizo que prácticamente toda la inmigración europea fuera atraída por las pampas, que al mismo tiempo recibía a migrantes internos. Todo ello hizo que el Interior, que en 1819 alojaba un 61% de la población del país, para 1869 solo incluyera el 51%.

El crecimiento de la producción y la evolución del bienestar

La integración al comercio internacional que alentó la Independencia brindaría el marco para un incremento considerable de las exportaciones entre 1810 y 1870, que crecieron a una tasa anual de más de 5%, y a un 3% per cápita. El contexto mundial era propicio; entre los factores favorables a la adquisición de productos argentinos pueden mencionarse el proceso de industrialización europeo, el incremento de los niveles de ingreso de las naciones más desarrolladas y la continua expansión del comercio internacional. El crecimiento de las exportaciones es especialmente notable dado que no ocurrió en una economía inicialmente cerrada, sino que en todo momento el sector ex-

terno tuvo un peso considerable. Las exportaciones per cápita en Argentina eran similares en 1830 a las de Gran Bretaña, pero superiores a las de Bélgica, los Países Bajos y Estados Unidos. Esta situación se mantuvo en el tiempo, pese al crecimiento poblacional argentino. El incremento de las exportaciones no fue gradual y estable, al haberse producido brucas caídas momentáneas resultantes de los bloqueos externos, sufridas por el país y que dificultaban la salida de su producción: el bloqueo español (1811-1814), que fue seguido por el de Brasil (1826-1828); el de Francia (1838-1840); y finalmente, el de Francia y el de Gran Bretaña (1845-1848). Las consecuencias de los conflictos civiles son difíciles de evaluar, en parte por superponerse a los bloqueos. Las disensiones internas en el Litoral, la región exportadora, fueron especialmente nocivas entre 1810 y 1820, entre 1838 y 1841, y durante el primer lustro de la década del cincuenta, cuando Buenos Aires se separó de la Confederación. En las provincias nortenas fue especialmente traumática la década que siguió a la separación de España, por ser su territorio teatro de algunas batallas y combates, con el perjuicio causado por ocupaciones sucesivas de las partes en conflicto.

La composición de las exportaciones argentinas de la época revela su casi exclusivo origen ganadero. Entre los productos destacan en primer lugar los cueros, requeridos en los mercados europeos por sus innumerables usos, como la confección de calzado y de correas para la maquinaria industrial. Estas pieles, predominantes a principios de siglo, perdieron con el tiempo parte de su importancia, ante el avance de otros rubros. El sebo, materia prima de jabón y velas, había tenido un cierto auge

durante las guerras napoleónicas al haberse detenido el flujo de su principal competidor, Rusia. Luego de 1815 decaería, para volver a adquirir relevancia después de mediados de siglo; sin duda se benefició por la guerra de Crimea, que otra vez limitó las ventas rusas. La lana local, utilizada como insumo de frazadas y alfombras, tuvo al principio poca demanda, por ser muy sucia y corta. Con el tiempo estos defectos se superaron tanto por innovaciones técnicas en la industria textil (que abarataron su limpieza) como por el mejoramiento del ganado ovino por parte del mestizaje. Ello llevó a que, de ser un producto casi insignificante en las primeras décadas del siglo XIX, se transformara en un componente fundamental de las exportaciones. Otros productos animales, de relevancia menor y decreciente, fueron la carne salada, alimento de las poblaciones esclavas del Brasil y el Caribe, y la cerda, que servía como relleno de muebles y de almohadas. La modificación en la composición de las exportaciones, con la mayor preponderancia final de lana y sebo respecto del cuero, se sustentó en cambios en los precios relativos. Dicha alteración modificó el uso de la tierra, y el ganado vacuno fue desplazado en muchas zonas por el lanar.

Todos los factores de la producción aumentaron notablemente en el medio siglo que siguió a la Independencia. La mano de obra se incrementó tanto por su crecimiento natural como por los inmigrantes, que representaban hacia 1819 alrededor del 6% de los habitantes y pasaron al 12% para 1869. A esto se le agrega que las migraciones internas desplazaron población de regiones de baja productividad y salarios a las provincias ganaderas de mayor productividad. Según el censo de 1869, las pro-

vincias del Interior habían perdido 6,4% de sus nativos hacia las del Litoral, adonde se dirigían a instalarse o a trabajar estacionalmente. La tierra también se fue incrementando al incorporarse territorio a la actividad productiva. Ello ocurrió en el sur de Buenos Aires, el oriente de Entre Ríos y el occidente de Santa Fe, tanto por el movimiento de la frontera militar en las provincias que tenían población indígena hostil como por la explotación de tierra pública antes no utilizada. Las campañas militares en la provincia de Buenos Aires de 1820 y de 1835 son las que mayor impulso parecen haber dado al movimiento de frontera; aunque la ocupación productiva del territorio fue un proceso en general gradual, solo detenido temporalmente por un avance indígena de la década del cincuenta. Puede estimarse que la cantidad total de tierra se multiplicó por cuatro entre 1825 y 1865. En cuanto al capital, en la ganadería estaba compuesto fundamentalmente por los vacunos y por los lanares. El valor del stock de ganado en el Litoral se multiplicó por cuatro entre 1825 y 1865, tanto por el crecimiento del número de animales como por la transformación cualitativa del lanar. La mestización de la oveja criolla de lana corta, con el merino importado, causó la duplicación de la lana obtenida por oveja. El rápido crecimiento cuantitativo del lanar —facilitado porque a diferencia del vacuno no debía sacrificarse para obtener la producción— hizo que pasara de representar el 1,3% del stock de ganado en 1825 al 31,4% en 1865. El contraste del cambio entre la magnitud de los factores y el volumen producido puede brindar luz sobre las alteraciones que estaban ocurriendo en el proceso productivo. Mientras que durante el lapso 1825-1865 la producción ganadera se multipli-

có por ocho, la mano de obra lo hizo por seis, y el capital y la tierra por cuatro. Estas proporciones patentizan en primer lugar un aumento de la productividad total de los factores, cualquiera sea la ponderación que se otorgue a cada factor. Varias mejoras pueden indicarse como responsables. Un invento de naturaleza muy simple amplió la posibilidad de mantener vivo al ganado en épocas de sequía en los campos donde no había aguadas permanentes; este fue el balde sin fondo, que permitió extraer agua de pozos con la mitad de la mano de obra requerida anteriormente. En los saladeros (establecimientos donde se procesaba al ganado para obtener carne salada, cueros y sebo), la utilización de tachos calentados a vapor permitió extraer más sebo por animal. La conservación de los cueros, esencial dado el tiempo que requería su embarque, se vio altamente beneficiada por la aplicación de arsénico, que impidió su deterioro. En el terreno de los derechos de propiedad, la extensión y obligatoriedad de registrar marcas y de marcar el ganado en las provincias del Litoral desde la década del veinte, especialmente en Buenos Aires y en Entre Ríos, facilitó la identificación de los animales por sus propietarios, tarea fundamental dada la inexistencia de cercos entre las estancias.

Como consecuencia de la apertura económica, varios productos de importación consumidos localmente se abarataron, como los textiles de algodón y alimentos importados, lo que mejoró gradualmente el nivel de vida de todas las clases sociales, en especial en el Litoral. Aunque se dispone de escasa información sobre la evolución de salarios reales, la tendencia de largo plazo parece haber sido levemente positiva. Otro in-

dicador que parece haber tenido una evolución favorable en las pampas es el antropométrico, que refleja una mejora en las condiciones nutricionales y sanitarias: la altura de los soldados muestra un sensible incremento a partir de 1810. Se tiene menos información sobre este tema en el Interior: la hipótesis más plausible es que no existió una evolución favorable de los indicadores salariales o antropométricos, que en el mejor de los casos se mantuvieron estancados.

Moneda y finanzas

Durante el período colonial en el virreinato del Río de la Plata circuló para el uso cotidiano y comercial, casi con exclusividad el peso español de plata (y sus fracciones en reales). También había monedas de oro, utilizadas ocasionalmente para transacciones mayores; en cambio, prácticamente no circulaban monedas de cobre, tan comunes en España. Tanto el oro como la plata eran provistos por la minería peruana y chilena, y luego acuñados en algunas ciudades (la más importante regionalmente era Potosí). En buena medida Hispanoamérica era un productor y exportador de moneda para los mercados internacionales, donde contaba con una gran aceptación. El uso de los metales preciosos como dinero implicó una estabilidad general de precios, sin cambios abruptos en su nivel.

El proceso independentista implicó para Buenos Aires perder el control de la producción regional de moneda al haber quedado Potosí al poco tiempo fuera de su control. La base monetaria metálica dependería en el futuro mayormente del

stock de la moneda española existente antes en el país junto con aquella proveniente de los saldos comerciales positivos con otras naciones. Tanto las monedas de plata que llegaban de Bolivia como las de oro y de plata de Chile tuvieron gran presencia en las provincias argentinas del Interior a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Es principalmente en Buenos Aires donde se dio un esquema monetario distinto al aparecer el papel moneda. Un primer paso en ese sentido fue la emisión y utilización como medio de pago de títulos de deuda estatales que fueron adquiriendo características transaccionales. Pero el cambio mayor ocurrió en 1822 cuando un grupo de comerciantes porteños creó el Banco de Descuentos, una de cuyas funciones fue la de emitir moneda convertible respaldada en oro. Ese banco porteño comenzó a expedir billetes de manera gradual, acompañando las necesidades de una economía en crecimiento. Sus reservas fueron fortalecidas hacia 1825 con los fondos aportados por el empréstito Baring, tomado por el Gobierno en Londres, dinero que fue depositado en sus arcas. Pero en 1826, por consecuencia de la guerra con el Brasil, el Estado intervendría el banco y declararía la inconvertibilidad de los billetes y su curso forzoso, exigiendo que emitiera moneda para cubrir los déficits fiscales. Así se iniciaron en Argentina las prácticas emisionistas que estarían presentes a lo largo de toda su historia. El Banco dejó de ser una institución privada independiente para funcionar en el futuro a las órdenes de las autoridades de la provincia.

Durante los tres lustros que siguieron a 1810 se mantuvo un cierto orden monetario en Buenos Aires. El ingreso adua-

nero, la fuente principal de financiamiento público, debió ser suplementado para cubrir el creciente gasto militar con títulos de deuda, tributos, expropiaciones y contribuciones forzosas. Esta situación varió a partir de 1826 con la aparición del impuesto inflacionario. El incremento del gasto militar por conflictos externos e internos, la caída de los ingresos aduaneros por los bloqueos y la imposibilidad de obtener financiamiento externo (por el default del empréstito Baring en 1827) fueron todos factores que hicieron que los Gobiernos recurrieran de manera sistemática a la emisión monetaria para obtener fondos, un proceso que continuaría hasta la década de 1850. Entre 1829 y 1850 la Tesorería de Buenos Aires fue deficitaria en 16 de los 20 años para los que se posee información. El impacto sobre el nivel de precios local fue inmediato. En Buenos Aires la inflación acumulada fue de alrededor de 600% entre 1825 y 1860: los precios no se incrementaron a un ritmo constante, sino que sufrían fuertes variaciones durante los años conflictivos de gran emisión (el salto más notable ocurrió entre 1838 y 1839). El tipo de cambio, como es de esperar, acompañó en general el incremento de la base monetaria. En las provincias del interior, que utilizaban fundamentalmente la moneda boliviana como numerario, se verificó en cambio una fuerte estabilidad de precios. Allí los Gobiernos no pudieron recurrir a la emisión como fuente de financiamiento.

Conclusión

Durante sus primeros 50 años se dio en el territorio argentino un salto notable en los montos y en los volúmenes exportados, lo que a su vez se reflejó en un aumento significativo en la población y en la urbanización. Aunque todavía falta una estimación del producto de la región, es indudable que en términos per cápita se produjo un incremento de cierta magnitud. El crecimiento del ingreso benefició más a los propietarios de tierra y capital que a los asalariados, y más a los habitantes de las provincias del Litoral que a los del Interior. Se manifestaba así un desequilibrio regional que no cambiaría radicalmente en el futuro. En buena medida las provincias más pobres hacia 1820 continúan en esa situación en la actualidad. Al iniciar su itinerario nacional, una parte de la población argentina estaba ubicada en zonas de baja productividad económica y, aunque las regiones más dinámicas atrajeron (y atraen) su mano de obra, solo lo hicieron de manera parcial, lo que generó una fuerte persistencia en la distribución espacial de los habitantes. Finalmente no puede dejar de sorprender lo duradero que fue el problema inflacionario en el país, ya desde el comienzo de su itinerario independiente. El nivel de inestabilidad de precios (y del tipo de cambio) constituiría, y constituye, un serio impedimento al desarrollo de un sistema financiero saludable. La fuerte volatilidad y los cambios de precios actuaron, y siguen actuando, como un fuerte limitante a la existencia de créditos a tasas y plazos prolongados y, por ende, al crecimiento económico en general.

La experiencia argentina en sus primeras décadas autónomas tiene rasgos similares a lo ocurrido en algunos otros países hispanoamericanos. Lo común en la región fue un aumento del peso del gasto militar, la falta de estabilidad política, la creciente liberalización e integración al comercio internacional, el mejoramiento de los términos de intercambio, el empeoramiento de la distribución del ingreso y zonas costeras con mejor desempeño que aquellas del interior, que se estancaron. Lo más destacable en el caso argentino fue el fuerte crecimiento de su Litoral y el uso de la inflación para financiar el déficit fiscal. Ambos factores serían fuentes de tensiones económicas, políticas y sociales en el futuro, tensiones que aún continúan en la actualidad.

Bibliografía

Acevedo, Edberto (1981). *Investigaciones sobre el comercio cuyano 1800-1830*. Mendoza.

Amaral, Samuel y Prados de la Escosura, Leandro (1993). *La independencia de América Latina: consecuencias económicas*, Madrid,

Amaral, Samuel (1998). *The Rise of Capitalism on the Pampas. The Estancias of Buenos Aires, 1785-1870*, Cambridge.

Amaral, Samuel (1999). "Comercio libre y economías regionales: San Juan y Mendoza, 1780-1820", en Amaral, Samuel y Valencia, Marta, compiladores, *Argentina: el país nuevo. Problemas de historia económica, 1800-1914*, La Plata, pp. 19-88.

Amaral, Samuel E. (1988). "El descubrimiento de la financiación inflacionaria: Buenos Aires, 1790-1830", *Investigaciones y Ensayos*, 37, 379-418.

Assadourin, C. Sempat y Palomeque, Silvia (2010). "Los circuitos mercantiles del 'interior argentino' y sus transformaciones durante la guerra de la independencia (1810-1825)", en Bandieris. (coord.) *La Historia económica y los procesos de independencia*, Buenos Aires, pp.49-70.

Barba, Fernando (1999). *Aproximación al estudio de los precios y salarios en Buenos Aires desde fines del siglo XVIII hasta 1860*, La Plata.

Barbagallo, Lionel (2015). "Sobre el impacto del sistema mercantilista español: el caso de los cueros en el Río de la Plata 1790-1825", a publicarse en *RIIM*.

Cortés Conde, Roberto; D'Amato, Laura y Ortiz Batalla, Javier eds. (2014). *Historia de las instituciones monetarias argentinas*, Buenos Aires, Temas.

Cortés Conde, Roberto (2001). "Finanzas públicas, moneda y bancos (1810-1899)". Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomo V, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2001, pp. 463-505.

Cortés Conde, Roberto; Converso, Félix; Coria, Luis; Ferreyra; Ana Inés y Schaller, Enrique C. (2001). "Las finanzas públicas y la moneda en las provincias del interior (1810-1860)". Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Tomo V, Buenos Aires, Editorial Planeta, 2001, pp. 507-526.

Cuesta, Martín (2009). *Precios, población, impuestos y producción. La economía de Buenos Aires en el siglo XVIII*. Buenos Aires, Tems Grupo Editorial.

Frid, Carina (2015). "Salarios, precios y desigualdad en Santa Fe (1820-1850)", Vigésimas Jornadas "Investigaciones en la Facultad" de Ciencias Económicas y Estadística.

Gelman, Jorge, Santilli, Daniel (2015). "Salarios y precios de los factores en Buenos Aires, 1770-1880, una aproximación a la distribución funcional del ingreso en el largo plazo", *Revista de Historia Económica/Journal of Iberian and Latin American Economic History* N° 33, pp.153-186.

Santilli, Daniel, Gelman, Jorge (2014). "Mar de fondo. Salarios, precios y cambios en las condiciones de vida de los pobladores de Buenos Aires en una época convulsa" en Santilli, D, Gelman J.D. Fradkin R.O., *Rebeldes con Causa*, Buenos Aires, Prometeo, pp.121-147.

Gelman, Jorge (2010). "La gran divergencia. Las economías regionales en Argentina después de la Independencia" en: Bandieri, Susana (comp.) *La historia económica y los procesos de independencia en la América hispánica*, Biblos.

Gelman, Jorge y Santilli, Daniel (2006). *De Rivadavia a Rosas. Desigualdad y crecimiento económico* (t. 3, *Historia del Capitalismo Agrario Pampeano*), Buenos Aires, Ed. UB-Siglo XXI.

Irigoin, María Alejandra y Schmidt, Roberto, eds. (2003). *La desintegración de la economía colonial. Comercio, moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Buenos Aires, Biblos.

Newland, Carlos (1988). "Economic Development and Population Change: Argentina 1810-1870", en J. Coatsworth and A. Taylor, eds. *Latin America and the World Economy Since 1800*, Harvard University; Cambridge.

Newland, Carlos y Poulson, Barry (1988). "Purely Animal: Pastoral Production and Early Argentine Economic Growth", *Explorations in Economic History* 35.

Newland, Carlos (1998). "Exports and Terms of Trade in Argentina, 1811- 1870", *Bulletin of Latin American Research*, 3.

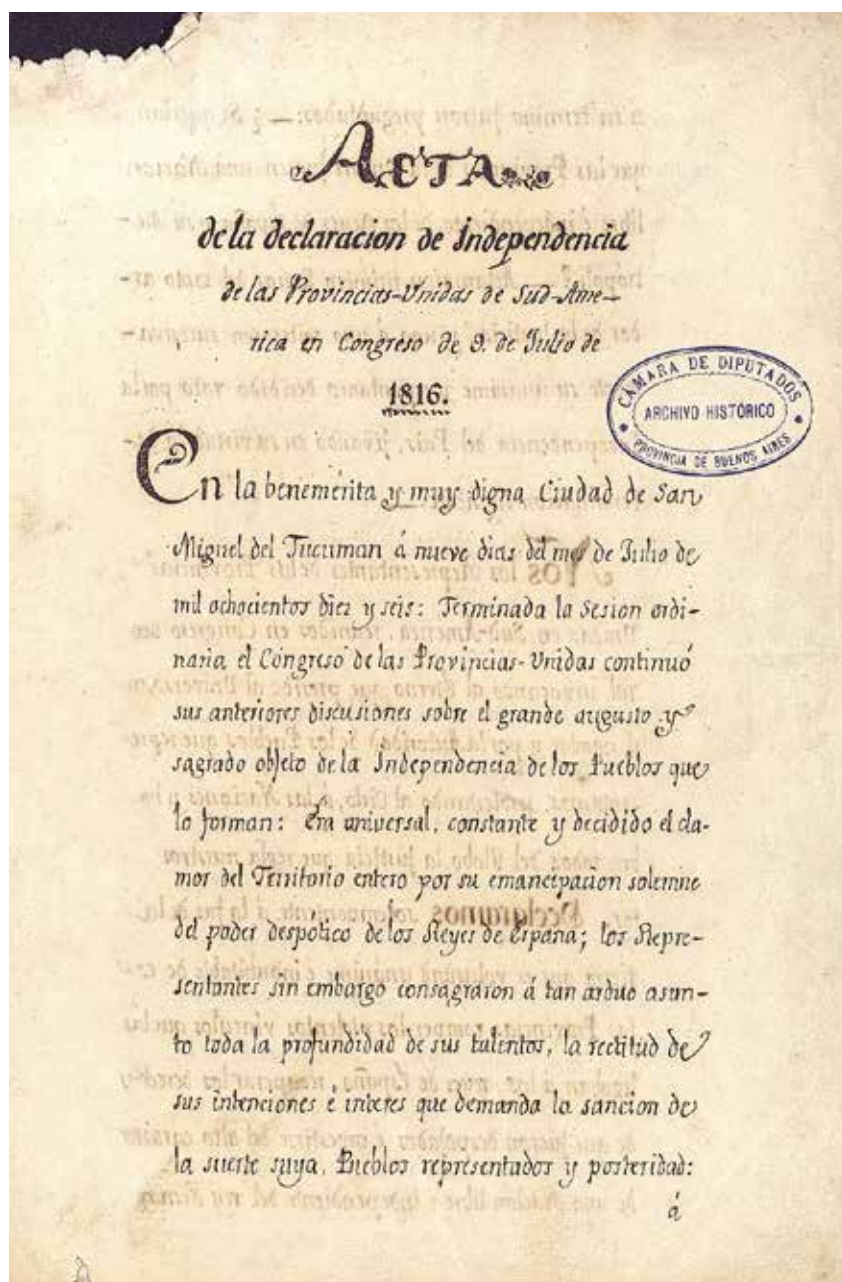
Newland, Carlos y Ortiz Batalla, Javier (2001). "The Economic Consequences of Argentine Independence", *Cuadernos de Economía, Latin American Journal of Economics*, Diciembre.

Prados de la Escosura, Leandro, (2006). "The economic consequences of independence", en: V. Bulmer-Thomas, J. H. Coatsworth, and R. Cortes Conde (Eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America*, Volume 1. Cambridge University Press, pp. 463-504.

Rosal, Miguel y Schmit, Roberto (2000). "Del reformismo colonial borbónico al librecomercio, las exportaciones pecuarias del Río de la Plata, 1768-1854", *Boletín de Historia Argentina y América Dr. E. Ravignani*, 20, pp. 69-109.

Salvatore, Ricardo. (1998). "Heights and Welfare in Late-Colonial and Post-Independence Argentina", en Komlos, J., Baten, J. (Eds.), *The Biological Standard of Living in Comparative Perspective* Steiner, Stuttgart, pp. 97-121.

Santilli, Daniel (2013). "¿Perjudiciales o beneficiosas? La discusión sobre el impacto económico de las reformas borbónicas en Buenos Aires y su entorno", *Fronteras de la Historia* 18:2, pp. 247-283.



Copia del Acta de Independencia.
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Escritos.

La independencia del poder judicial*

Por Juan Vicente Sola**

La declaración de la Independencia está asociada con el coraje. En 1816 el Congreso en Tucumán sesionaba en un momento de extrema dificultad. En Europa la Santa Alianza colaboraba con España para recuperar las provincias secesionistas. Una expedición con el poder español plenamente recuperado se iniciaría en el norte del continente y tendría momentos de éxito al recuperar los territorios de la actual Venezuela y Colombia. Después de la derrota de Rancagua, Chile estaba bajo poder realista. El Alto Perú volvió al control español luego de la batalla de Sipe-Sipe. Fue en ese momento de extrema dificultad, rodeado nuestro territorio de fuerzas enemigas, cuando el Congreso Constituyente declaró la Independencia.

Poco tiempo después en 1819 ya en Buenos Aires, aún en circunstancias extremadamente difíciles, el mismo Congreso

* Aporte de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

** Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Doctor en Economía. Profesor Titular de Derecho Constitucional (UBA). Director del Centro de Estudios en Derecho y Economía (UBA). Académico de Número Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas. Académico Correspondiente Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de España. Member. Center of Capitalism and Society. (Columbia University).

nos daría nuestra primera Constitución. El mismo Congreso que nos declaró independientes buscó la forma de gobierno adecuada para asegurarla, para lograr no solo la independencia exterior, sino también el estado de derecho y la vida democrática. Poco tiempo después de la solemne declaración de Tucumán, estos hombres comprendieron la importancia de la división de poderes y la independencia de la Justicia. Sin la división del poder y con jueces independientes se volvería al autoritarismo colonial, aunque con gobernantes locales. No hay independencia ni autonomía personal sin jueces independientes. Bajo la influencia del Deán Funes, su presidente, y teniendo en cuenta las experiencias francesa y norteamericana, tuvimos el primer código de gobierno. Señala el Deán Funes en su manifiesto preliminar: “Todas las ventajas que los hombres puedan gozar sobre la Tierra ha formado la constitución presente organizando de un modo mixto los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Dividir estos poderes y equilibrarlos de manera que en sus justas dimensiones estén como encerradas las semillas del bien público ved aquí la obra reputada en política por el último esfuerzo del espíritu humano...”. Allí se señala expresamente la existencia de un poder judicial independiente en un Gobierno tripartito como el fundamento, “la semilla” del bien público. Con una Corte Suprema de Justicia y Cámaras de Justicia inferiores, se estableció la separación e independencia de los poderes:

Artículo CV. La nación, en quien originariamente reside la soberanía, delega el ejercicio de los altos poderes que la representan a cargo de que se ejerzan en forma que ordena la

Constitución; de manera que ni el Legislativo puede abocarse el Ejecutivo o Judicial, ni el Ejecutivo perturbar o mezclarse en éste o el Legislativo, ni el Judicial tomar parte en los otros dos, contra lo dispuesto en esta Constitución.

El esfuerzo de ese primer intento fracasó, la semilla plantada tardaría mucho en germinar, el país inició un período de anarquía. Pero la búsqueda del estado de derecho luego del largo período colonial continuó. Lo intentamos nuevamente en el Congreso Constituyente de 1824, que nos daría nuestra segunda Constitución en 1826. Hubo un largo debate donde se recuerdan las voces de Valentín Gómez, Manuel Dorrego y Dalmacio Vélez Sarsfield y finalmente se redactó la Constitución que influiría directamente en los textos posteriores de 1853 y de 1860. Se estableció un Gobierno de tres poderes con la independencia el poder judicial. Dice esta Constitución:

Artículo 8.- Delega al efecto el ejercicio de su soberanía en los tres altos Poderes, Legislativo, Ejecutivo y Judicial...

Artículo 110.- El Poder Judicial de la República será ejercido por la Alta Corte de Justicia, tribunales superiores y demás Juzgados establecidos por la ley.

Un nuevo fracaso, y la Argentina se sumergía definitivamente en una guerra civil donde reinó el autoritarismo y se llegó a la suma del poder público, los tres poderes en una sola cabeza. Pasarían muchos años de enfrentamientos antes que volviéramos a intentar la independencia judicial dentro de la separación de poderes y los frenos y contrapesos en la forma de

gobierno. Finalmente, y luego de nuevas batallas, Caseros, Cepeda y Pavón, la organización constitucional es definitiva, bajo la Constitución de 1853-60. En 1862 se creó la Corte Suprema de Justicia, que asumió en febrero de 1863 y comenzó la doble construcción de un poder judicial independiente dentro de la división de poderes. Al mismo tiempo la Corte decidió publicar sus fallos, los futuros precedentes constitucionales para la construcción del Estado de derecho.

Sin embargo, la pugna de la independencia del Poder judicial tuvo serios obstáculos multiplicados con el paso del tiempo. Graves episodios emergieron: en 1930 un golpe de Estado puso la Corte Suprema frente a la decisión sobre su reconocimiento, con un debate interno. Finalmente el tribunal decidió reconocer con límites ese nuevo poder inconstitucional, lo comparó con un funcionario administrativo de hecho. Entre esos años nuevos temas serían llevados a debate a la corte el fraude electoral, el voto femenino, la represión política y la emergencia económica. Es decir, los debates de la sociedad se reflejaron en la doctrina de la corte. En 1943 un nuevo golpe de Estado puso nuevamente en conflicto el tribunal que insistió en su llamada “doctrina de facto”, pero el debate continuó y el nuevo Gobierno consideró que no podía aceptar un tribunal independiente, y se realizó el juicio político a la corte. El debate planteado en ese entonces por la defensa de los jueces acusados efectuada por Alfredo Palacios y por Mariano Drago resonaba todavía en la necesidad de un poder judicial independiente, garantía de la división de poderes. Esas palabras no fueron escuchadas. La Argentina construyó un Gobierno judicial adicto al

poder político. Con extremos inimaginables, como cuando los integrantes de la nueva Corte Suprema manifestaron su complacencia al Gobierno integrando la Constituyente de 1949, en la que se aseguró la reelección del presidente de la República. Un nuevo golpe de Estado en 1955 cambió la integración de la Corte pero, curiosamente, aparecieron dos personalidades que impusieron respeto a todo el poder político, el presidente del tribunal Alfredo Orgaz y el Procurador general de la Nación Sebastián Soler. Se inició un período de gran debate institucional que se vio en gran medida coronado con una gran institución creada por los jueces: el amparo. Fue a través de este caso Siri que se ordenó con esta nueva acción de defensa de los derechos humanos la apertura de un diario fuertemente opositor clausurado por el Gobierno. Esta independencia judicial continuó durante la presidencia del doctor Frondizi y del doctor Arturo Illia. Jueces independientes integraron el tribunal. Pudimos tener la impresión de que se iniciaría una etapa de independencia, en gran medida perdida desde 1930. Esa situación se frustró en 1966 con otro golpe de Estado que reemplazó toda la Corte y se integró con nuevos miembros. La década del setenta trajo grandes enfrentamientos y un nuevo golpe de Estado en 1976. Finalmente, este proceso culminó con el restablecimiento del Estado de derecho y con un Poder Judicial independiente en 1983.

¿Cómo podemos imaginar a la Independencia doscientos años después de aquel acto solemne en Tucumán? La primera respuesta es asegurar la independencia de los jueces para obtener la división de poderes y los frenos y contrapesos. Son

la única garantía contra el autoritarismo y, aunque menos evidente, una receta para el crecimiento económico.

La independencia es la principal fuente de legitimación del control judicial. La Argentina no tenía tradición de división de poderes, ni de ninguna manera sobre control judicial. La tradición existente era la del Gobierno virreinal español y luego del derecho de las provincias donde no existía ninguna independencia judicial. La idea innovadora en Sarmiento es que **el progreso se obtiene con instituciones y no con políticas**. Cree en la Constitución como proceso, antes que como una idea o programa político. En la división de poderes, los frenos y contrapesos, un ejecutivo que consolide la unidad nacional, educación, ejército y marina organizados profesionalmente.

El juicio político a los principales jueces de la Corte Suprema y al Procurador General en 1947 significó la fractura de la independencia judicial en nuestro país, del cual no nos hemos recuperado plenamente.

La defensa de la división de poderes estuvo desde el inicio en la función de los jueces. En el caso Ríos (Fallos: 1:32) del 4 de diciembre de 1863 el cuarto fallo de la Corte en un caso de homicidio en el que decretó la nulidad de un tribunal del Puerto de Rosario creado en 1859 por decreto del Presidente de la Confederación. Allí dijo la Corte que el principio de la separación de los poderes requería su observancia rigurosa “en virtud de la cual cada uno de los tres altos poderes políticos de la Nación se mantenga en el ejercicio de sus respectivas funciones”. De tal modo, la independencia, no

solo de la Corte Suprema, sino de todos los jueces, es esencial frente a los poderes Ejecutivo y Legislativo, y ella debe asegurarse en primer lugar con el recaudo de la inamovilidad mientras dure su buena conducta.

La estabilidad en sus cargos en plazos que exceden la duración del mandato del Presidente que los designó es la garantía de la independencia judicial. Porque un juez sin independencia es un magistrado sobre el que fácilmente pueden los poderosos influir para torcer sus sentencias.

La independencia judicial dentro de la división de poderes

La expresión “división de poderes” es una organización establecida originalmente en la Constitución de los Estados Unidos para la limitación del poder, aunque la expresión “división” sea equívoca. James Madison, en *El Federalista* 47, recordó que Montesquieu, a quien llamó el “oráculo” de la separación, no sostenía que los departamentos de gobierno no tuvieran alguna forma de control sobre la actividad de los demás, sino que “el poder absoluto de un departamento no debía ser ejercido por las mismas manos que poseían el poder absoluto de otro departamento”. En este mérito de mezcla de poderes, juntamente con el bicameralismo y el federalismo, se producía una red de seguridad de “frenos y contrapesos”. Los constituyentes estaban preocupados por el poder absoluto en los Estados Unidos, que estaba asociado con la monarquía británica. Temieron los conflictos sociales que se avecinarian con la independencia y por ello buscaron un sistema de frenos y contrapesos que

incluyera el control judicial.¹ En la Argentina era el temor de la “suma del poder público”, en la que los tres poderes podían ser asumidos por una misma persona ha sido la fuente más temida de autoritarismo, según ha sido expresado por la Constitución en el artículo 29:

El Congreso no puede conceder al Ejecutivo nacional, ni las Legislaturas provinciales a los gobernadores de provincia, facultades extraordinarias, ni **la suma del poder público**, ni otorgarles sumisiones o supremacías por las que la vida, el honor o las fortunas de los argentinos queden a merced de gobiernos o persona alguna.

Actos de esta naturaleza llevan consigo una nulidad insanable, y sujetarán a los que los formulen, consientan o firmen, a la responsabilidad y pena de los infames traidores a la patria.

En el *Federalista 15* Hamilton se pregunta: “¿Por qué, después de todo, ha sido instituido un gobierno? Porque las pasiones de los hombres no se conformarán con los dictados de la razón y la justicia sin coacción”. La respuesta eran los poderes separados con los frenos y contrapesos como límite al poder político, según se analiza en los Papeles Federalistas números 10, 47 y 51. Para sus autores, Hamilton, Madison y Jay los riesgos podían provenir tanto de facciones minoritarias como mayoritarias. Esta visión posteriormente llevaría a la doctrina de la

1. Para una versión progresista de la Constitución de Estados Unidos ver Charles Austin Beard. *An economic interpretation of the Constitution of the United States*, Macmillan Co., 1913. Leo Huberman. America, Incorporated: Recent Economic History of the United States. The Viking Press, 1940. Leo Huberman. Nosotros, el pueblo: Historia de los Estados Unidos. Nuestro Tiempo, 1997.

defensa de las “minorías discretas e insulares” por el control judicial frente a la opresión de grupos mayoritarios.²

En una imagen errónea podría sostenerse que esta solución de dividir los poderes y establecer controles entre ellos sería una solución ineficiente, en el sentido en que establecería obstáculos para el desarrollo de las actividades gubernamentales. Sin embargo, la división de poderes es una solución eficiente ya que mejora la calidad de Gobierno. Primero, establece la especialización en las funciones, lo que permite que cada rama de gobierno desarrolle con mejor formación y conocimiento su actividad. Segundo, establece que el proceso de toma de decisión sea conocido y se aumente la información que reciben los ciudadanos. La información siempre es incompleta y en ocasiones asimétrica, es decir que no todos tienen la misma información, en particular quienes participan de los procesos de Gobierno están mucho mejor informados que los ciudadanos, lo que crea una peligrosa asimetría favorable al autoritarismo. En cambio, el proceso legislativo es público y los debates y trabajos de comisiones son conocidos, lo que permite mayor contralor. De la misma manera, al publicarse las argumentaciones de las decisiones judiciales y de las partes que participaron en el debate, los precedentes establecidos por los jueces tienen una mayor ejemplaridad. En cuanto al poder ejecutivo, su función se ve reducida por la acción legislativa informada a la sociedad, y al mismo tiempo se establecen procedimientos de participación política en la toma de decisiones administrativas. Finalmente la división de poderes establece

2. Fundamentalmente en el caso *Carolene Products* en 1938.

una estabilidad en la toma de decisiones. Como las principales decisiones en materia de reglamentación de derechos son efectuadas por el Congreso los altos costos de transacción de aprobar una ley hacen que esta tenga menos reformas que un reglamento, esto reduce los costos de transacción para los ciudadanos de conocer la norma aprobada. Cuando se trata de resolver una cuestión constitucional, o legal compleja, la decisión por los jueces debe seguir un procedimiento formal en el cual las partes deben participar en el debate, de esta manera el precedente tiene una mayor estabilidad.

Frenos y contrapesos e independencia judicial

La Constitución supone la existencia de la independencia judicial al mismo tiempo para asegurar los frenos y contrapesos. Esto requiere que los jueces, y en particular la Corte Suprema, constituyan la rama de gobierno más distante de la actividad política. Porque la función de la justicia no es solamente resolver casos concretos entre actores y demandados, o las acusaciones penales, sino determinar la extensión y contenido de la Constitución. Esta tarea es ciclópea e indelegable. Si una ley es aprobada por el Congreso y un Congreso posterior la considera inaceptable, puede derogar o, si los que la consideran inaceptable son un grupo de ciudadanos, pueden iniciar una campaña para que un legislativo posterior la reforme. Pero, si la Corte Suprema o cualquier otro tribunal declaran una norma inconstitucional, esta no puede ser restablecida en ningún caso ya que, mientras se mantenga el

precedente, esta norma es considerada contraria a la Constitución y, por lo tanto, inválida.

Que la decisión final sea judicial y no legislativa no la hace menos controvertida, particularmente si se tiene por un voto un ajustado dentro de la Corte Suprema. Lo particular de la decisión de la Corte es que participan pocas personas en ella: solo la voluntad de cinco o nueve jueces según el momento en que la decisión fuera tomada. En cambio una decisión igualmente trascendente tomada por legislación requeriría la aprobación del Senado y de la Cámara de Diputados y la promulgación por el presidente. Más aún, si el presidente veta la norma, esta solo podría entrar en vigencia si obtiene los dos tercios de los votos de ambas Cámaras. El camino de la ley no ha concluido ya que puede ser atacada judicialmente. Podríamos decir que existe un mayor activismo judicial cuando hay partidos políticos más débiles, o cuando hay un partido fuerte en el poder y una oposición política que no puede ser alternativa electoral, pero que mantiene una fuerte opinión pública en oposición. En estos casos el control judicial ejerce un mayor control sobre el Gobierno en la ausencia de un control efectivo en el legislativo. Un argumento en favor del mayor activismo judicial en estas circunstancias fue expresado por la mayoría de la Corte Suprema en el caso *Ezio Verrocchi*.³

11... la falta de sanción de una ley especial que regule el trámite y los alcances de la intervención del Congreso (art. 99, inc. 3º; párrafo cuarto “in fine”) [se refiere a la aprobación de los de-

3. Verrocchi, Ezio D. c. Administración Nac. de Aduanas. Fallos 322:1726.

cretos de necesidad y urgencia] no hace sino reforzar la responsabilidad por el control de constitucionalidad que es inherente al Poder Judicial de la Nación.

Asimismo, hay un mayor activismo judicial cuando existe la impresión de que el proceso político no puede resolver algunas cuestiones que son trascendentes en la sociedad y la decisión es reemplazada por el proceso judicial. El primer ejemplo es el caso *Sejean*.⁴ La Corte Suprema declaró la inconstitucionalidad del artículo 64 de la Ley de Matrimonio Civil 2393, por cuanto al establecer la indisolubilidad del vínculo matrimonial impedía readquirir su aptitud nupcial. De esta manera, la Corte Suprema permitió el nuevo matrimonio luego de un divorcio, lo que nunca había sido autorizado en nuestra legislación. Este es un ejemplo entre muchos de una acción judicial que asume funciones incumplidas por los legisladores, pero reclamadas por la sociedad por las personas demandantes.

Quienes declararon la Independencia hace doscientos años imaginaron una Nación constituida con división de poderes, con un poder judicial independiente que asegurara la vigencia del contrato social. Continuar esta tarea necesariamente inconclusa a construir cada día, porque

“todos debemos ser dignos del antiguo juramento,
que prestaron aquellos caballeros...
Nuestro deber es la gloriosa carga,
que a nuestra sombra legan esas sombras
que debemos salvar”.⁵

4. Sejean, J. B. c. Zaks de Sejean, A. M. Fallos 308:2268.

5. Por muy citada en estos días no es menos elocuente. El lector habrá reconocido la “Oda” escrita en 1966, de Jorge Luis Borges.

Maquetas de los proyectos del Monumento a la Independencia



*Maquetas de los proyectos del Monumento a la Independencia
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*



Frente de la Casa Histórica de Tucumán.

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

¿Por qué el histórico Congreso se hizo en San Miguel de Tucumán?*

1. Razón histórica: La Batalla de Tucumán (24 septiembre 1812)

Bartolomé Mitre resaltó la “inmensa influencia” que la batalla de Tucumán tuvo “en los destinos de la Revolución Americana”. Si Belgrano hubiese obedecido las órdenes del Gobierno central de retirarse hasta Córdoba, las provincias del norte se hubiesen perdido para siempre, como el Alto Perú. “... si se medita que, sofocada o circumscripita la revolución argentina, o simplemente paralizada en su acción externa, las expediciones sobre Montevideo, Chile, Lima, Perú y Quito no hubieran tenido lugar, fuerza será convenir también que en los campos de Tucumán se salvó no sólo la revolución argentina, sino que se aceleró la independencia de la América del Sur”.

2. Patriotismo del Pueblo Tucumano

Belgrano destacó los actos heroicos al expresar: “Hasta por nuestros tambores, y por los paisanos que nunca se habían hallado en acciones de guerra”. Puso de resalto “el orden, la subordinación y el entusiasmo de los reclutas de infantería, de la quebrada del Volcán, de Jujuy, de la quebrada del toro y de Salta... desde el último individuo del ejército hasta el de mayor graduación, se han comportado con el mayor honor”; “... los hijos de Jujuy y Salta que nos han acompañado y los tucumanos que desde mi llegada a esta ciudad me dieron las demostraciones más positivas de sus esfuerzos y empeño de libertar la patria, comprometiéndose a que Tucumán fuese el sepulcro de la tiranía, han merecido mucho y no hallo cómo elogiarlos”.

3. Geopolítica

Tucumán era el centro geográfico de las Provincias Unidas del Virreinato del Río de la Plata y una de las provincias más importantes por su actividad económica.

Además Buenos Aires y Córdoba eran vistas con desconfianza como sedes, en especial por las Provincias del Litoral, que formaban parte de una alianza con José Artigas. Cuyo estaba muy a trasmano, y Salta tenía el riesgo de la vecindad del enemigo.

* Nota de Martín Ascheri Moyano.



1816
1916



Dos
Nuevos Discos "Odeón"

CELEBRANDO LA GRAN EFEMERIDE PATRIA

Letra de don CARLOS GUIDO SPANO

Música del MAESTRO don ANDRES GAOS

**HIMNO OFICIAL DEL CENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA**

Primer Premio del Concurso organizado por el Gobierno de Tucumán
Adoptado por el Superior Gobierno, como himno oficial del Centenario

Cantado por el BARITONO A. FREIXAS, con
acompañamiento de orquesta, dirigida
por el autor

Números de los discos:

1816-1916 y 17498

Precio del DISCO DOBLE ODEON,
de 27 cmts. de diámetro: **\$ 3.50**

Exclusividad: Max Glücksmann

Casa Lepage-Callao esq. B. Mitre N.º 1800 - Bs. Aires

Sucursal:

Avenida de Mayo, 638

Sucursal:

Córdoba, 1048-52
Rosario de Santa Fe

El bicentenario de la Declaración de la Independencia y la tradición literaria argentina

Por Esteban Moore*

Este año conmemoramos los argentinos el Bicentenario de la Declaración de la Independencia, sancionada y firmada por los diputados reunidos en la ciudad de San Miguel de Tucumán, el 9 de julio de 1816. Las circunstancias en las que debieron sesionar fueron azarosas y categóricamente adversas.

Las tropas de Fernando VII, nuevamente en el trono desde 1814, habían logrado sofocar los distintos intentos revolucionarios en Nueva Granada y en Venezuela; Simón Bolívar se hallaba exiliado en Jamaica bajo la protección de la corona británica, y en el Alto Perú el ejército patriota había sido derrotado en Sipe-Sipe (noviembre de 1815). Jornadas particularmente difíciles. Los habitantes de la incipiente república vivían un presente cargado de oscuros presagios en el que aún nadie

* Esteban Moore (Buenos Aires, 1952). Poeta, traductor y ensayista. Sus últimos títulos publicados son *Lecturas y apropiaciones* (ensayo, 2012); *Poemas* (1982-2007), (poesía, 2015); *Borges, el escritor poeta* (ensayo, 2016).

estaba en condiciones de predecir los resultados de la guerra que se libraba contra España, que hacia comienzos de 1816 había recuperado el dominio de sus colonias en América del Sur, salvo los territorios de la Argentina, Uruguay y Paraguay.

No obstante, los integrantes del “pueblo independiente de América del Sur” —así lo denominó Simón Bolívar en 1816¹— no abandonaron sus sueños y esperanzas. Hombres y mujeres que “...con la espada, con la pluma y la palabra”² salvaron “la libertad naciente / de medio continente”³

La espada, nadie puede dudarlo, fue la encargada de doblegar a los ejércitos invasores, pero esta no habría logrado su cometido sin el auxilio de la pluma y la palabra que difundieron las nuevas ideas, las que en barbecho desde antes de la Semana de Mayo, en nocturnas reuniones conspirativas, cuidadosamente fueron templando y afilando el acicalado acero.

En estos encuentros se debatirían también los textos de autores divulgados por la *Enciclopedia* (1751), como Diderot, d’Alembert, Voltaire y Rousseau, autor este último de *El contrato social* (1762), traducido por Mariano Moreno y publicado en *La Gaceta* (1810). La traducción en aquellos tiempos tuvo un papel relevante en el campo del pensamiento. Manuel Belgrano, traductor (entre otros autores) de François Quesnay (*Máximas generales del gobierno de un reyno agricultor*, 1794) y de Benjamin Constant (*Bosquejo de Constitución*, 1814), manifiesta en

1. José Luis Busaniche, *Historia argentina*, n.pág.382, Taurus, Buenos Aires, 2005.

2. Leopoldo Corretjer (Barcelona, España, 1862-Buenos Aires, 1941), *Himno a Sarmiento*.

3. Carlos Javier Benielli (Mendoza-1878- Buenos Aires, 1934), *Marcha de San Lorenzo*, ca. 1902.

el prólogo a su versión de la *Despedida de Washington al pueblo de los Estados-Unidos* (1796), dada a conocer en 1813: “El ardiente deseo que tengo de que mis conciudadanos se apoderen de las verdaderas ideas que deben abrigar si aman la patria y si desean su prosperidad bajo bases sólidas y permanentes me ha empeñado a emprender esta traducción en medio de mis graves ocupaciones”.

En lo que concierne a la literatura, la traducción tuvo un protagonismo central en el desarrollo de nuestra tradición literaria. Entre aquellos que la ejercieron no podemos olvidar al poeta y periodista argentino José Antonio Miralla (Córdoba, 1790, Puebla de los Ángeles, México, 1825), revolucionario que a partir de su estancia (1812) en Lima, Perú (ciudad de la que fue expulsado por su ideario liberal), vivió en Colombia, Venezuela y Cuba. Allí fundó el periódico *Argos* con el propósito de contribuir a la liberación de Cuba —su obsesión— y los territorios del Caribe de la dominación española. Miralla fue “... uno de los valores más serios del período revolucionario. Dueño de una sólida cultura adquirida irregularmente, según se lo permitió su vida de vagabundo y luchador, había estudiado además de las disciplinas teológicas seguidas en Córdoba en su adolescencia, y de la medicina estudiada en Lima, jurisprudencia, matemáticas e idiomas, hablando y escribiendo con corrección varias lenguas...”⁴ Sus traducciones del francés, italiano e inglés asimilaron temas y nuevas formas poéticas en las letras hispanoamericanas. Particularmente, asimiló el espíritu

4. Fermín Estrella Gutierrez y Emilio Suárez Calimano, *Historia de la literatura americana y argentina*, Kapeluz, Buenos Aires, 1940.

de síntesis y elegancia formal de poetas ingleses y franceses de su época, con lo que enriqueció la producción de los autores locales, en un momento en que ya primaba la necesidad de constituir una literatura de perfiles propios, una que no rechazara los aportes e influencias de variado origen.

Si debemos atenernos a un orden cronológico, es indudable que los poetas y escritores de la Independencia hicieron su aparición en nuestro panorama cultural a partir de las Invasiones Inglesas. En noviembre de 1807, luego de la derrota de las fuerzas británicas comandadas por el teniente general John Whitelocke, Vicente López y Planes que en aquella ocasión, como capitán del Regimiento de Patricios había empuñado la espada en defensa de la ciudad, escribió *El triunfo argentino*, que subtítulo “Poema heroico”. En este texto (que lleva un epígrafe del autor de *La Eneida* y fue dedicado a Santiago Liniers y Bremond, gobernador y capitán general de las Provincias del Río de la Plata), el autor celebra la gesta y valor de las tropas porteñas y su composición:

Buenos Aires os muestra allí sus hijos:

allí está el labrador, allí el letrado,

el comerciante, el artesano, el niño,

el moreno y el pardo; aquestos solo

ese ejército forman tan lúcido.

Todo es obra, Señor, de un sacro fuego,

que del trémulo anciano al parvulillo

corriendo en torno vuestro pueblo todo

lo ha en ejército heroico convertido.

(Fragmento)

Estas líneas destacan una de las características esenciales de las fuerzas que con osadía y valor obtuvieron una indudable victoria sobre las tropas profesionales de una de las potencias imperiales de la época: aquellos que las integraban provenían de todos los sectores de la sociedad. Hombres que, luego de las acciones bélicas de julio de 1807, comenzaron a imaginar las posibilidades de su poder y la confianza en sus propias fuerzas. Si bien el gentilicio “argentino” y la palabra “patria” se destacan en el poema, no se puede obviar que este fue dedicado a la máxima autoridad en representación de la corona española en la ciudad en esos días. No se advierte en sus versos animosidad alguna contra España. Sin embargo, pocos años después López y Planes adoptaría una posición muy distinta y beligerante en su *Marcha patriótica* (1812), que habría de convertirse en nuestro *Himno nacional* (1813). Allí califica a los integrantes de las fuerzas españolas de “fieras” y “tigres sedientos de sangre”:

Marcha patriótica

*Sean eternos los laureles
que supimos conseguir:
coronados de gloria vivamos,
o juremos con gloria morir.*

¡Oíd, mortales!, el grito sagrado:
¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas
ved en trono a la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
una nueva gloriosa nación.

Coronada su cien de laureles,
y a sus plantas rendido un león.

Sean eternos los laureles...

De los nuevos campeones los rostros
Marte mismo parece animar.
La grandeza se anida en sus pechos
a su marcha todo hacen temblar.
Se conmueven del Inca las tumbas,
y en sus huesos revive el ardor,
Lo que vé renovando a sus hijos
de la Patria el antiguo esplendor.

Sean eternos los laureles...

Pero sierras y muros se sienten
retumbar con horrible fragor. (Bis).
Todo el país se conturba por gritos
de venganza, de guerra, y furor.
En los fieros tiranos la envidia
escupió su pestífera hiel.
Su estandarte sangriento levantan
provocando a la lid más cruel.

Sean eternos los laureles...

¿No los veis sobre México y Quito
arrojarse con saña tenaz? (bis)
¿Y cuál lloran, bañados en sangre
Potosí, Cochabamba, y La Paz?
¿No los veis sobre el triste Caracas

luto, y llanto, y muerte esparcir?
¿No los veis devorando cual fieras
todo pueblo que logran rendir?

Sean eternos los laureles...

A vosotros se atreve argentinos
el orgullo del vil invasor.
Vuestros campos ya pisa contando
tantas glorias hollar vencedor.
Mas los bravos que unidos juraron
su feliz libertad sostener
a estos tigres sedientos de sangre
fuertes pechos sabrán oponer.

Sean eternos los laureles...

El valiente argentino a las armas
corre ardiendo con brío y valor:
El clarín de la guerra, cual trueno
en los campos del Sud resonó.
Buenos Ayres se pone a la frente
de los pueblos de la ínclita unión.
Y con brazos robustos desgarran
al ibérico altivo león.

Sean eternos los laureles...

San José, San Lorenzo, Suipacha,
ambas Piedras, Salta, y Tucumán,
la colonia y las mismas murallas
del tirano en la banda Oriental.

Son letreros eternos que dicen:
aquí el brazo argentino triunfó;
aquí el fiero opresor de la Patria
su cerviz orgullosa dobló.

Sean eternos los laureles...

La victoria al guerrero argentino
con sus alas brillantes cubrió.
Y azorado a su vista el tirano
con infamia a la fuga se dio.
Sus banderas, sus armas, se rinden
por trofeos a la libertad.
Y sobre alas de gloria alza el pueblo
trono digno a su gran majestad.

Sean eternos los laureles...

Desde un polo hasta el otro resuena
de la fama el sonoro clarín.
Y de América el nombre enseñando
Les repite, mortales, oíd:
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud.
Y los libres del mundo responden
al gran pueblo argentino salud.

*Sean eternos los laureles...*⁵

5. *La lira argentina*, 1823, antología, compilador R. Díaz, ed. crítica de Pedro L. Barcia, AAL, Bs As, 1982.

Las creaciones poéticas, antes de ser impresas en hojas sueltas, folletos o libros eran leídas por sus autores. Los considerados cultos lo hacían en reuniones sociales; los de raigambre popular lo hacían en los vivaques o campamentos militares. Tal es el caso de Bartolomé Hidalgo, nacido de padres argentinos en Montevideo (1788) y fallecido en Morón, provincia de Buenos Aires (1822). Él es el primer poeta culto, coplista, guitarrero y cronista en verso, que adoptó el lenguaje y temas populares. Por ello se lo considera uno de los fundadores de la poesía gauchesca. Sarmiento lo destaca como “el creador del género gauchipolítico”.⁶ Martiniano Leguizamón, en una temprana recopilación de su producción, lo define como “el primer poeta criollo del Río de la Plata”.⁷

Durante las Invasiones Inglesas combatió en la Batalla del Cardal en las afueras de Montevideo y luego participó en el éxodo del pueblo oriental bajo las órdenes del general José Gervasio de Artigas. Es en ese período cuando comenzó a escribir sus cielitos de intenciones épico-líricas, batalladores, para entretener y levantarles el ánimo a las tropas y milicias en la campaña y luego durante el segundo Sitio de Montevideo. Allí se cantaban frente a los muros de la ciudad sitiada. Defendió las ideas independistas a ambos márgenes del Plata y, en 1811, las autoridades de Buenos Aires lo homenajearon por su actuación declarándolo “Ciudadano Benemérito de la Patria”.

6. Domingo F. Sarmiento, *Viajes*, cap. II, Colección Archivos, Javier Fernández, ed.; FCE, MX. 1993.

7. Martiniano Leguizamón, “El primer poeta criollo del Río de la Plata. 1788-1822. Noticia sobre su vida y su obra”. Buenos Aires. Talleres del Ministerio de Agricultura de la Nación, Buenos Aires, 1917.

En 1818 decidió radicarse en Buenos Aires, donde continuó sosteniendo la causa de la emancipación. En esta ciudad dio a conocer varios trabajos, entre ellos, su *Diálogo* entre dos paisanos —Jacinto Chano y Ramón Contreras— que, reunidos en San Miguel del Monte, provincia de Buenos Aires, comentan la situación política y los resultados de la Revolución en sus primeros años. Su obra lo emparenta con quienes serían sus sucesores Hilario Ascasubi, Estanislao del Campo y José Hernández; Jorge Luis Borges y Pedro Henríquez Ureña rescatan su labor en una antología fundamental.⁸

Manuel Mujica Láinez⁹ nos dejó en 1960 una acertada descripción del panorama poético de aquella época: “El pueblo quiso expresar su ansia de independencia, su afán de llegar a la mayoría de edad. En los salones los caballeros lo tradujeron con la académica majestad de odas y de himnos, sin abundar los trapos fastuosos. Pero bajo las enramadas la canción de esperanza tuvo que ser distinta. Unos y otros decían en realidad lo mismo, aunque con vocablos diversos. Hoy, a un siglo y medio de distancia, vemos avanzar el séquito de los poetas revolucionarios, de los enlevitados portaliras que corona el laurel, como una ceremoniosa procesión. Con ella se enlazan y enredan fraternalmente los guitarreros de ojos aindiados y mugriento chiripá”. Composiciones populares y fundacionales que el tiempo se encargaría de rescatar, como el *Cielito de la Independencia*, que nos habla de los deseos y esperanzas en el

8. Jorge Luis Borges, Pedro Henríquez Ureña, *Antología clásica de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1937.

9. Manuel Mujica Láinez, Bartolomé Hidalgo, *Los porteños II*, Elefante Blanco, Buenos Aires, 1998.

amanecer de los sentimientos emancipatorios, en la fundación de las nuevas repúblicas, y del que se infiere la intención del autor de constituir una lengua propia sin la cual, indudablemente no habría posibilidad alguna de “patria”:

Cielo, cielito y más cielo,
cielito, siempre cantad
que la alegría es del cielo,
del cielo de la libertad.

Cielito, cielo festivo,
cielito de la libertad,
jurando la independencia
no somos esclavos ya.

Cielito, cielo dichoso,
cielito del Americano,
que el cielo hermoso del Sur
es cielo más estrellado.

Cielito, cielo y más cielo,
cielito del corazón,
que el cielo nos da la paz
y el cielo nos da la Unión.

(Fragmentos)

Juan María Gutiérrez (1809-1878) —“...el más completo hombre de letras que hasta ahora ha producido aquella parte del nuevo continente”, según Marcelino Menéndez y Pelayo¹⁰—

10. M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía argentina y uruguaya*, Liceo de España, Buenos Aires, 1943.

sostiene en su artículo, “La literatura de Mayo”: “Bien recompensado será quién se acerque curioso a los orígenes de nuestra literatura nacional y contemple el hilo de agua que surge de la pequeña fuente, convirtiéndose en río caudaloso a medida que la sociedad se organiza bajo formas libres y que la multitud se transforma en pueblo [...] Nuestros poetas han sido los sacerdotes de la creencia de Mayo”.¹¹

El 15 de noviembre de 1810 la *Gaceta* dio a conocer en sus páginas *Marcha patriótica*, que es considerado el primer poema cuyo fin fue el de incitar los sentimientos revolucionarios de la población. Su autor, el soldado, poeta y pianista aficionado, Esteban de Luca, lo compuso como una pieza destinada al canto y desde sus primeros versos pueden apreciarse con claridad sus intenciones:

La América toda
se conmueve al fin,
y a sus caros hijos
convoca a la lid;
a la lid tremenda.
Que va a destruir,
a cuantos tiranos
la osan oprimir.

(Fragmento)

Durante las Invasiones Inglesas tuvo una activa participación en la defensa de la ciudad; por su valor y temple frente al ene-

11. Juan María Gutiérrez, *Historia y crítica*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, Venezuela, 2004.

migo fue nombrado subteniente de bandera del Regimiento III de Patricios. Posteriormente, en 1816, fue designado director de la Fábrica de Armas del Estado. El lugar y la importancia de Esteban de Luca en la sociedad y luchas de su tiempo pueden deducirse de una carta que, el 3 de abril de 1822, el general José de San Martín le envió desde Lima: “Compañero y paisano apreciable: No es esta la primera vez que Ud. me favorece con sus poemas inimitables: no atribuya a mi moderación esta exposición, pero puedo asegurarle que los sucesos que han coronado esta campaña no son debido a mis talentos (conozco bien la esfera de ellos), pero sí a la decisión de los pueblos por su libertad y al corazón del ejército que mandaba: con esta especie de soldados cualquiera podía emprenderlo todo con suceso. Quedo celebrando esta ocasión que me proporciona manifestar a Ud. mi reconocimiento, y asegurarle es y será su muy afectísimo paisano y amigo”.¹² En mayo de 1824, regresando de una misión diplomática a la corte del Brasil, el barco que lo transportaba naufragó durante una tormenta en aguas del Río de la Plata. El autor de *La martiniana*, poema dedicado a la gloria de las armas de la Revolución, desapareció ahogado.

Poetas que empuñaron las armas, soldados que atendieron el llamado de Erato y Calíope, frailes y presbíteros que brindaron apoyo espiritual a los patriotas en los campos de batalla. Asociados en la difusión de los ideales libertarios y partícipes activos en la gestación de la futura república.

12. Olga Fernández Latour de Botas, Esteban de Luca, *Revolución en el Plata*, Emecé, Buenos Aires, 2010.

Entre ellos se destaca Pantaleón Rivarola (1754-1821), profesor de filosofía, capellán militar y poeta. José Agustín Molina (1773-1838), religioso que ocupó importantes funciones en la iglesia, nos brinda en su poema *La jornada del Maypo* prueba de su compromiso con el proceso emancipatorio:

Las armas de mi patria alegre canto,
sus combates, sus triunfos sus victorias,
sus esfuerzos, su celo ardiente y santo
por romper las cadenas vejatorias,
que la han ajado y oprimido tanto.

(Fragmento)

Desde los primeros días de la Revolución, otro de los clérigos que defendió con fervor las ideas independistas fue fray Cayetano José Rodríguez (1761-1823), profesor de teología y filosofía en el convento de San Francisco, poeta y periodista. Fue amigo de Mariano Moreno y dirigió la Biblioteca Pública de Buenos Aires —actual Biblioteca Nacional—, fundada por aquel. Su *Canción patriótica en celebración del Veinticinco de Mayo de 1812* es muy directa al respecto:

A las armas corramos, ciudadanos.
Escúchese el bronce y óigase el tambor.
convocando a la lid generosa
a nuestros hermanos en alegre reunión.

Tomad pues el fusil, ceñid la espada,
argentinos leales y valientes,
quede la libertad asegurada.

(Fragmentos)

Entre estos hombres de la iglesia que se dedicaron a las letras y al periodismo se destaca Francisco de Paula Castañeda (1766-1832), miembro de la orden franciscana, profesor de Teología en el convento de la Recoleta, donde fundó una escuela de artes y oficios. Ramón Díaz incluye varias de sus composiciones en *La lira argentina*,¹³ entre estas su *Romance endecasílabo*, que lleva la siguiente nota introductoria: “Cantado en el pago del Pilar, por un mozo aseado que punteaba perfectamente la guitarra, tenía buena voz y se producía con suma gracia”. Palabras que adelantan el tono festivo, celebratorio, que adoptará el poema para narrar las proezas y victorias de los ejércitos patrios en América del Sur. El primer sexteto endecasílabo describe los gestos propios del cantor popular:

Junto a un ombú morrudo y sauce tierno
de mi guitarra templo el instrumento,
y aunque me apura el frío invierno
con agua sacra ordeno ya mi acento:
yo canto en melodías a lo vivo
la patria orlada de laurel y olivo.

(Fragmento)

13. *Op. cit.* nota 5.

Castañeda explica en el segundo sexteto el porqué de la elección de una métrica ajena a la poesía popular en el Río de la Plata:

Canto a la patria en verso nunca oído
en Chascomús, ni en toda la frontera,
donde la copla corta siempre ha sido,
porque nos traían siempre de carrera:
pero aflojaron ya los maturrangos ...¹⁴

(Fragmento)

Refiere que, al momento de publicar este texto (mayo, 1820), ya las fuerzas españolas “aflojaron”: estaban en retirada. El hombre de letras podía dedicarles más tiempo y trabajo a los productos de su imaginación. Sin embargo, él apelará para difundir sus ideas en las luchas políticas de la época a medidas más breves (heptasílabos, hexasílabos, octosílabos), de uso común en la poesía popular. Él sabía utilizar las formas métricas con eficacia, y su pluma venenosa era proclive a la creación de ingeniosos juegos de palabras para referirse a sus opositores. Del tero (Teru-teru), ave que hace del engaño su defensa, pone sus huevos en un sitio y canta en otro, deriva el término “teruleque” para referirse a los indignos que, a pesar de la palabra dada, cambian de cabalgadura en medio del río. A los que hacen carrera destruyendo las glorias que no le pertenecen los bautiza “anchopitecos”, término que, según Bernardo Canal

14. Godos, españoles.

Feijóo, se compone de la contracción de la palabra quechua *anchui* ‘retírate’ y de *piteco* ‘mono’. Significaría: “Retírate, mono”. De los anchopitecos dice el propio autor que son aquellos que “desean que toda autoridad caduque, porque solo así pueden parecer autoridad; si son militares, se llenan de envidia contra los que han hecho algo, y con el ¡Ay! ¡Ay!, solfeando, rebajan el mérito para tener ese mérito; si son diplomáticos, ¡Ay! ¡Ay!, para que les toque el turno aunque todo lo lleve el diablo; si son tinterillos, ¡Ay! ¡Ay!, para acomodarse en una secretaría, en la dirección de un teatro o en el teatro de alguna imprenta, aunque el público reniegue y se ahorque de rabia”.¹⁵

Estas composiciones populares son significativas pues aluden y son ilustrativas respecto de las luchas de facción locales, mientras en otros lugares del continente los patriotas enfrentaban las bayonetas y la metralla de las fuerzas imperiales. Han sido injustamente olvidadas. Tanto por su valor histórico y poético como por ser fuente de información acerca del estado de cosas de la época, debieran ser leídas con más frecuencia. Algunas no tienen nada que envidiarle al *Nonsense Verse* (*Poesía sin sentido*) en lengua inglesa, forma rítmica y onomatopéyica reconocida por la crítica contemporánea, en la cual la significación está dada por los juegos lingüísticos. A comienzos del siglo XIX Castañeda ya escribió, adelantándose a lo que harían algunos poetas modernos un siglo después (consideremos *En la másmedula* de Oliverio Girondo —1891, 1967—) versos como:

15. Francisco de Paula Castañeda, en *El despertador teofilantrópico*, Buenos Aires, 1820.

Chimungo no parece
terule - terule - teruleque
después de corrido,
y muchos aseguran
terule - terule - teruleque
que estaba en su nido.

y:

Yo como buen mostrenco
ancho, anchopi, anchopiteco
destino los chimingos
a palenque y palenco
ancho, anchopi, anchopiteco
porque son muy lulingos.¹⁶

(Fragmentos)

Entre los que adoptaron la pluma para pregonar su compromiso con el proceso revolucionario e independista no podemos dejar de mencionar a Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824) y a Juan Ramón Rojas (1784-1824). El primero de ellos participó en las campañas del ejército del Norte y luego ejerció la docencia en Buenos Aires, donde dictó las clases de Filosofía en el Colegio de la Unión del Sur. (Debió abandonar este cargo debido a su ideología liberal). Se trasladó luego a Mendoza y posteriormente a Chile, donde murió. Es el autor de la oración fúnebre que en la catedral de Buenos Aires leyó Valentín Gó-

16. *Op. cit.* nota 5.

mez en las exequias del general Manuel Belgrano, cuyas líneas finales vibran con intensidad:

Viva en nosotros tu oración sagrada
como el fuego de Vesta; orgullo sea
de las divinas letras; pesadumbre
de los tiranos; ornamento digno
de la patria; que al héroe honra mil veces,
más que mármoles, bronce y cipreses.

(Fragmento)

Juan Ramón Rojas estudió en el Colegio de San Carlos y participó en la defensa de Buenos Aires (1806), integró el cuerpo de Patricios en el sitio de Montevideo y luego fue trasladado al regimiento de granaderos a caballo, creado por el general San Martín. En la derrota de Sipe-Sipe, comandó un escuadrón de dicho regimiento, al frente del cual cargó varias veces contra el enemigo, intentando infructuosamente detener su avance demoledor.

A su regreso a Buenos Aires se dedicó al comercio y a las letras. Allí mantuvo una estrecha relación con los poetas Esteban de Luca, Juan Cruz Varela y Bartolomé Hidalgo. Asimismo, fue uno de los fundadores de la Sociedad del Buen Gusto en el Teatro, organización que a través de ese medio se proponía difundir las reformas sociales. Defendió con entusiasmo la Revolución y fue un apólogo del ideario de Mayo y de la actuación de Mariano Moreno. De los acontecimientos revolucionarios, de los grandes hechos de la Guerra de la Independencia, nos ha dejado en sus odas guerreras vívidas imágenes

y páginas ilustrativas acerca del sacrificio y valor de aquellos hombres que participaron de aquella gloriosa epopeya. Entre sus papeles se halla una epístola en verso¹⁷, texto de indudable importancia documental, enviada a Bernardo Vélez en Chile. En esta relata un hecho en el cual participó que no fue comentado por los cronistas de la época: la marcha de los cuerpos de voluntarios reunidos en Retiro para la defensa de la ciudad, durante la primera invasión inglesa, hacia la catedral, donde sus banderas y pabellones recibirían la bendición. En versos cargados de emoción rememora la jornada, transmitiéndonos el estado de ánimo y espíritu de los vecinos de la ciudad en aquellos momentos de inminente peligro:

Nuestras filas compuestas y arregladas
en grupos diferentes,
con arrebatadoras melodías
de música marcial todas marcharon,
y la orquesta divina precedía
nuestras marchas pausadas,
convocando las gentes
para tal espectáculo apiñadas.
Desde el largo Retiro do empezaron
hasta la Catedral donde llegaron,
se alfombraban las calles con mil flores,
y al compás de cromáticos sonoros
y a par de las esencias, los olores
la atmósfera de vivas se poblaba...

17. Juan María Gutiérrez, *Letras argentinas*, Editorial Jackson, Buenos Aires, 1945.

El autor de *Ariel* conjetura que es Buenos Aires la que: "... mantiene con sus tribunos, con sus publicistas, con sus poetas, la propaganda, el nervio de la Revolución"¹⁸, el centro urbano donde confluirían patriotas procedentes de distintos puntos del país y América para continuar el proyecto de los hombres de Mayo. Entre ellos cabe destacar al cubano Antonio José Valdés (1780-ca.1833), docente, editor y poeta, quien residió en esta ciudad (entre ca. 1814-1817), donde ejerció el periodismo, animado por el impulso de independizar toda la América de la nación hispana.¹⁹

La obra de estos poetas, escritores y traductores que actuaron en aquellos tiempos épicos, fundacionales es la piedra basal sobre la cual se erige "una nueva cultura, unas nuevas costumbres, nuevos usos y nuevos giros expresivos..."²⁰, aquello que Juan Bautista Alberdi (1810-1884) denomina la "*emancipación de la lengua*", la que habla nuestro país que es "... una faz nueva de la revolución social de 1810 que la sigue por una lógica indestructible". Y agrega: "Que los puristas digan lo que quieran, el pueblo americano no hablará jamás la lengua nata de la España porque el pueblo americano tiene un suelo, sentidos ideas, necesidad, recuerdos, esperanzas, gobierno, leyes, costumbres, tradiciones, sentimientos que le son propios, y cuyo conjunto forma el espíritu americano, de que la lengua

18. José E. Rodó, *La tradición intelectual argentina*, El mirador de Próspero, Barreiro y Ramos, Mvd, 1958.

19. Op. cit. nota 5.

20. Juan G. Guillermo Gómez García, *De la poesía y elocuencia de las tribus de América*, J.M. Gutierrez, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2006.

americana quiere ser reflejo”.²¹ Es decir, en la opinión de Alberdi, un *ethos* que lee, interpreta y cuestiona la tradición de la metrópoli desde la periferia.

Juan María Gutiérrez, en su *Carta al señor secretario de la Real Academia Española*, expresa: “Aquí en esta parte de América, poblada primitivamente por españoles, todos sus habitantes nacionales, cultivamos la lengua heredada, pues en ella nos expresamos, y de ella nos valemos para comunicarnos nuestras ideas y sentimientos; pero no podemos aspirar a fijar su pureza y elegancia, por razones que nacen del estado social que nos deparado la emancipación política de la antigua metrópoli”.²²

Esta corriente que comienza con la literatura de Mayo es una de las fuentes en la que se nutren nuestros grandes poetas y escritores del siglo XIX. Jorge Luis Borges (1899-1986) se refirió a ellos como nuestros mayores, destacando que “El tono de su escritura fue el de su voz; su boca no fue la contradicción de su mano. Fueron argentinos con dignidad: su decirse criollos no fue una arrogancia orillera ni un malhumor. Escribieron el dialecto usual de sus días [...] Dijeron bien en argentino...”.²³ Arturo Jauretche (1900-1974) opinaría al respecto: “La anatomía y la fisiología de aquellos libros —digamos, *Facundo*, para el caso— son expresiones nuestras; nuestro es el apóstrofe, nuestro es el relato y la forma de la pasión, y nuestros son el tema, la evocación, los hechos; se

21. Juan B. Alberdi, *Escritos satíricos y de crítica literaria*, Estrada, Buenos Aires, 1945.

22. Juan M. Gutiérrez, *Historia y crítica*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 2004.

23. Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*, Emecé, Buenos Aires, 1963.

siente correr por las páginas de aquellos libros la misma sangre del Facundo de carne y hueso [...] y si el lector aparta el texto contrariado por la falsedad de los planteos o de las conclusiones, vuelve a este conquistado por el encuentro de la propia sensibilidad, por la identidad nacional que reconoce en la factura de quienes ejemplifican con hechos propios del país, por los modos de decir, que son los de sus paisanos, y por las analogías, referidas siempre al paisaje, los hombres y los hechos que le son familiares.”²⁴

En esta cuestión, la tradición literaria argentina, las opiniones de Borges y Jauretche (quienes en los campos de la política y de la cultura protagonizaron en ocasiones un feroz antagonismo) coinciden plenamente. No podía ser de otro modo, pues el tono y voz que nos vienen ya desde los días de Mayo son uno de los aspectos más notables y característicos de nuestra identidad. Son la voz y tono que nos funda como nación.

24. Arturo Jauretche, *Los profetas del odio y la Yapa*, Corregidor, Buenos Aires, 2002.

Por decreto soberano de once de el corriente se ha ordenado q.
la siguiente canción se cante en las Provincias unidas la misma:
Marcha Patriótica.

¡Vál, morales el grito sagrado
liberad, liberad, liberad,
oíd el trueno en vuestro cadavre
vél en honor a la noble igualdad.
Se levanta en la faz de la tierra
una nueva gloriosa Nación
coronada de cielos y laureles,
y a sus plantas tendido un león.

Coro

¡Sean vientos los laureles
q.^o soplen con vigor
coronados de gloria vivamos,
ójuremos con gloria moran.

2.^o

De los muros compen los torres: oíd los víos devorando qual fieras
Elhaca mismo poraue amirara: talé pueblo q.^o logran vender.
la grandesa de aridos en las profos: ¡Sean vientos los laureles!
a la marcha todo hacen temblar.

De 300 muros del Pna los tambor
y en las hucas vena el ardor,
lo q.^o se renovando a los hijos
de los Patria el antiguo esplendor.

¡Sean vientos los laureles!

3.^o

Puro diezmos y muros se renova
fuerza con horrible grito,

tudo el País se convuela por grito
de vengancia, de guerra, y furor.
En los pechos trancos la entida
cumplo la promesa fiel,
de vengancia vengancia liberand
promoviendo a la lid mas cruel.

¡Sean vientos los laureles!

4.^o

¡No logré el alma eterna y Pna
corroque con alma eterna?
y qual moran batidos en sangre
Pna, Cochabamba, y la Paz
¡No logré el alma eterna
luto, y llanto, y mueras espacia?

¡Vientos de arena sagrados
el orgullo del vir imason:
vientos campos ya pira comiendo
toma gloria hallar venador.
Ellen los braves y unidos pararon
de feli libertad envenen.

¡Sean vientos los laureles!
a estos ligas videntes de sangre
fuerza pechos saliendo oporion.
¡Sean vientos los laureles!

80

El valiente Argentinista a las armas
con el ardor de la gloria y valor,
el acero es la guerra, cual triunfos
en los campos del Sud Tercero.
Buenos Aires se opone a la fuerza
en los Puertos en la imbuición,
y con brío robusto Argentinista
al Héroe Altivo León.
Sean conatos la laureles de.

79

Sr. Jor. Sr. Domingo, Chupachin,
Armas, Dadas, Lata, y Encarnación,
la Colonia y las minas maravillosas
est. triunfos en la venta Oriental,
con laureles eternos al don.
Aquí el bravo Argentinista triunfo,
aquí el fiero grande de la Patria
de coraje agullero de la
Sean conatos de.

80

La Victoria al guerrero Argentinista
con los alus brillantes cubris,
y alzado a la gloria al triunfo
con impetuos a la fuerza de los
los banderas, sus armas se venden
por triunfos a la libertad,
y sobre alas de gloria al pueblo

trios digno de la gloria Argentinista
Sean conatos de.

80

Dada un solo tra al des venenoso
de la fuerza el donas elation,
y de el triunfo el nombre enriando
los repica maravilla del:
La la don digno vino abriando
los don unidos est. Sud,
y los libros est. mundo responden
al gran pueblo Argentinista Salud.
Sean conatos la laureles de.
V. de 13 de Mayo del 1813.
Es copia = D. Fernando Veloz,
Sr. de el Sr. D. Jor. Dadas.

[Handwritten signature and scribbles]



Cofre que custodia la copia del Himno Nacional Argentino. Se halla en la antesala de la Dirección del Archivo General de la Nación.



Cantando el Himno Nacional en la sala de Mariquita Sánchez de Thompson,
óleo sobre tela de Pedro Subercaseaux.
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

Oíd mortales

Historia del Himno Nacional

Por Omar López Mato*

Los himnos nacionales y las marchas patrióticas siempre han exaltado la unión de sus pueblos a expensas de glorias pasadas, de personajes ilustres o, a veces, de un enemigo en común. *La Marsellesa* promovió el derramamiento de “la sangre de los tiranos”; se refiere como tales a la monarquía, aristocracia e Iglesia francesas. Es decir, promovía una guerra entre hermanos. De allí que esta entusiasta Marcha de los Ejércitos del Rhin (tal fue su nombre original), de Rouget de Lisle, tardara casi un siglo en convertirse en el himno francés, tiempo suficiente para que se calmaran las pasiones partidarias.

Nuestro “Oíd mortales” propugna, en forma menos sanginaria y más elíptica, la lucha contra el Imperio español. Sin embargo, en momentos de su composición, la bandera granate y oro aún flameaba sobre el fuerte de Buenos Aires, y así lo haría por los siguientes dos años. Esta fue la primera contra-

* Médico, escritor e investigador de historia y arte. Autor de más 20 libros. Es columnista del diario *La Prensa* y colabora para diversos medios gráficos y televisivos. Conduce, junto a Emilio Perina, *Tenemos Historia* por Radio Concepto.

dicción de la marcha de nuestra patria, dada a conocer el 11 de mayo de 1813. Los versos habían brotado de la inspiración del abogado Vicente López y Planes, y la música, días más tarde, fue creada por el catalán Blas Parera. Este último cobró honorarios por la composición y ejecución de la marcha, a diferencia de López y Planes, que cedió las estrofas patrias sin aceptar remuneración alguna.

No había sido esta la primera inspiración de quien luego sería sucesor de Rivadavia en la presidencia, presidente de la Corte de Justicia durante el Gobierno de Rosas y su reemplazante en Buenos Aires, después de Caseros. Ya en 1808, como capitán de Patricios, había escrito “El triunfo argentino”, dedicado a Liniers. En ese poema, López y Planes exaltaba, como lo haría en la himno nacional, la gloria de dar la vida por la patria y el valor de los muertos heroicos, siguiendo las consignas clásicas de Horacio, ese poeta romano al que el autor tenía en alta estima (dicen que murió recitando sus poemas): *Dulcis es pro patria mori* ‘Dulce es morir por la patria’.

Después del 25 de mayo de 1810, la Primera Junta propuso la composición de una marcha que reflejase el efervescente espíritu patriótico. En la *Gazeta de Buenos Ayres* del 15 de noviembre de 1810 se publicó un poema que “convoca a la lid, a la lid tremenda que va a destruir a cuantos tiranos ósenla oprimir”. El texto evoca el ímpetu destructivo de la marcha francesa, conocida en Buenos Aires gracias al Deán Funes, que había recibido secretamente una copia en 1794.

El 28 de mayo de 1813, como parte de las fiestas mayas, se escuchó por primera vez en el Teatro Coliseo la marcha ento-

nada por una “comparsa de niños ricamente ataviados en traje indiano”. La ejecución contó con el beneplácito del público, que aplaudió de pie esta manifestación del espíritu guerrero. Esos tiernos párvulos proponían “con gloria morir”, sin interposición de Dios, la Iglesia o Fernando VII: una forma elíptica de enaltecer al nuevo Gobierno criollo, merecedor del sacrificio del pueblo.

Otro antecedente menos afortunado fue la obra compuesta por el franciscano Cayetano Rodríguez, que no solo ensalza al grito sagrado, sino al Gobierno de turno, “la Junta que gobierna / nuestros votos de amor / pobre presentes”. La música de esta pieza también perteneció al ubicuo Blas Parera. Desafortunadamente, esta obra se ha extraviado, y solo nos han quedado algunas estrofas.

La marcha de López subsistió a pesar de los intentos de reconciliación con España que hicieron algunos Gobiernos patrios después de 1813 (misión de Rivadavia, Belgrano y Sarraatea), quizás por sus méritos estéticos, quizás por la prolija enumeración de las batallas que habían peleado las huestes nacionales. “San José, San Lorenzo, Suipacha. Ambas Piedras, Salta y Tucumán, la Colonia y las mismas murallas [de Montevideo]” recuerdan únicamente las victorias de las armas revolucionarias. (Siempre ha sido mejor olvidar las derrotas).

Vicente López y Planes infundió un espíritu antiimperialista en el que hoy es nuestro Himno Nacional. En las referencias al “trono dignísimo”, a los “coronados de gloria” y a un “trono digno a su majestad”, quieren algunos suspicaces encontrarles una alusión al ideal monárquico que abrazaría don

López y Planes. (La propuesta surge de un libro de 1940, escrito por el capitán Monserrat, con prólogo de Manuel Carles, presidente de la Liga Patriótica).

En 1813, solo Don José Gervasio Artigas y sus seguidores creían en una forma federal y republicana de gobierno. Todos los demás eran monárquicos. No podía ser de otra forma, ya que la experiencia francesa había sido desastrosa, y la norteamericana aún era observada con desconfianza. La Santa Alianza proponía volver a los buenos y ya probados métodos de la monarquía.

Una y otra vez, la versión original de la marcha de don López y Planes invita a la inmolación por nuestros valores y al sacrificio por “amor a la libertad de la patria”; sacrificio que se convierte, según Bernardo de Monteagudo, en “la piedra filosofal de las repúblicas”. Así como la Iglesia prometía el acceso a los cielos de los justos y a los altares de los mártires, aquellos que dieran la vida por la patria tendrían asegurada la gloria inmortal.

Magnífica persona, conocido letrado, poeta aficionado y científico entusiasta (llegó a describir el trayecto del cometa Halley sobre los cielos del continente). No todas fueron rosas para López y Planes, justamente a causa de Juan Manuel de Rosas. El único hijo de don López, el futuro abogado e historiador, Vicente Fidel, debió exiliarse en Montevideo por su oposición al régimen mazorquero. La rebeldía filial no le impidió a don Vicente componer una *Loa para festejar el aniversario de la llegada al poder del Restaurador de las Leyes* y otra *Oda patriótica federal*, versos que, sumados al ejercicio de funciones

judiciales en tiempos de don Juan Manuel, dejan pocas dudas sobre la adhesión al régimen. Sin embargo, veinticuatro años de servicio no le impidieron recibir 200.000 pesos de manos de Urquiza, pocos días después de la huida del ahora tirano, “como indemnización de los perjuicios que en mi carrera me ha causado el injusto dictador”.

Al menos el devenir histórico salvó a los López del olvido en el que sí cayó Blas Parera (o Perera, como lo citan algunos textos). Hombre de escasos recursos, lucró a expensas de su talento para otorgarle armonías y contrapuntos no a una, sino a dos marchas patrióticas. Dicen que era un hombre humilde, desalineado y poco inteligente; un espíritu sencillo en el que primaban sus aires bohemios.

A pesar de poner música a nuestro Grito Sagrado, Pastor Obligado afirma que el catalán en poco adhería a los principios revolucionarios. Debemos aclarar que, durante la primera década de Gobierno patrio, a los españoles poco convencidos de las ventajas de los Gobiernos patrios, el aire porteño se les hacía irrespirable. Varias docenas habían muerto en la llamada conspiración de Álzaga, sin que mediaran las pruebas suficientes para demostrar tal conspiración, y mucho menos la culpabilidad. En realidad, fue una oportuna excusa del Gobierno patrio para adueñarse de los bienes de los comerciantes españoles adinerados, a fin de bancar los desfallecientes esfuerzos bélicos en la Banda Oriental, el Paraguay y el Alto Perú.

Es probable que sus acordes, con reminiscencias de Haydn, Gluck, Clementi y hasta del Mozart de *Idomeneo*, hayan actuado como una frágil inmunidad, que no impidió su emi-

gración rumbo a España en 1818. Algunos sostienen que lo hizo subrepticamente; el mismo Pastor Obligado insiste en que huyó escondido dentro de la caja que portaba su piano.

Lo cierto es que al llegar a España no menguaron sus penurias. Por el contrario, fue puesto bajo la vigilancia de las autoridades civiles, que sospechaban del catalán. ¿Acaso la marcha patriótica que había compuesto no había movido a miles de súbditos de la colonia a enfrentar a las autoridades de la metrópolis? De ser así, esta obra subvertía el orden, es decir, constituía un delito de traición.

A pesar de esto, Parera no fue molestado y llevó adelante una vida oscura, sirviendo de organista en alguna parroquia, alegrando tertulias con su teclado o tratando de inculcar conocimientos musicales en alumnos, por lo general poco dotados. Según el diccionario biográfico de Vicente Cutolo, Parera murió de gangrena el 7 de enero de 1840, y fue enterrado en el cementerio de la localidad de Mataró (Cataluña).

Si solo evocamos a Vicente López y Planes y a Blas Parera, la historia de nuestro Himno no estaría completa porque, una vez compuesta la música, las partituras que dejó Blas Parera se extraviaron por un buen tiempo. (Las páginas que aparecieron en manos de los descendientes de Estaban de Luca, según se demostró, no eran originales, sino una copia realizada después de 1835). Los acordes de nuestro himno pudieron ser reconstruidos gracias a la memoria de otro compositor: Juan Pedro Esnaola.

Nacido en Buenos Aires en 1808, Juan Pedro debió partir a Europa con escasos diez años, acompañando a su tío, el pres-

bítero José Antonio Picasarri, notorio contrarrevolucionario (al menos a los ojos de Juan Martín de Pueyrredón). Como Director Supremo, Pueyrredón tenía la costumbre de aplicar la ley del ostracismo a todo aquel que discrepase con él. Fue así como Manuel Dorrego, Manuel Paso y muchos otros opositores conocieron los Estados Unidos y las ventajas del federalismo de primera mano.

Picasarri prefirió su España natal, oportunidad que aprovechó para otorgarle a Pedro una sólida educación, sin desatender sus dotes musicales. En 1822, tío y sobrino volvieron al país gracias a la amnistía dictada por Martín Rodríguez. Prontamente el joven Esnaola se integró a la sociedad porteña, frecuentando la tertulia de Mariquita Sánchez (que había dejado de ser de Thompson y pronto sería de Mendeville), la misma donde se escucharon los acordes del Himno en una de sus primeras ejecuciones.

Los vientos políticos cambiaron en el país. Esnaola adhirió al régimen de Rosas y, para demostrar su lealtad, compuso un himno en honor del Restaurador y dedicó sus mejores esfuerzos a enseñarle piano a Manuelita.

La adhesión al régimen rosista no le impidió a Esnaola cumplir diferentes funciones después de Caseros, como la de presidir el Banco Provincia y el prestigioso Club del Progreso, tareas que no fueron un obstáculo para dedicarse a su primera pasión, la música. Ya en 1847, Esnaola había bosquejado un primer arreglo de la marcha patriótica, tal cual la recordaba desde su infancia, en el cuaderno de música de su alumna Manuelita Robustiana. En 1860 realizó otro arreglo por encargo

del director de Bandas Militares para recuperar, en parte, ese espíritu de morir gloriosamente en aras de la patria. Muchos jóvenes argentinos dejaron sus vidas en los esteros paraguayos al son de estos compases. Esta versión de 1860 es la que en 1928 se convirtió en el *Himno Nacional Argentino*, confirmado por decreto en 1944, aunque debemos señalar que en 1847, es decir en tiempos de Rosas, ya le habían concedido esta jerarquía.

Algunos acusan a Esnaola de atenuar los sonos marciales de la versión de Parera e introducir el gracioso interludio en tiempo de polca antes del coro, donde se proclama la eternidad de nuestros laureles.

¿Por qué sobrevivió esta marcha a tantos avatares políticos y no fue reemplazada por otra? Evidentemente, su mérito estético le ha permitido subsistir en el corazón del pueblo, avivando el espíritu patriótico como símbolo de “la utopía igualitaria”, tal cual afirma Esteban Buch en su libro *O juremos con gloria morir*.

Sin dudas, la marcha patriótica logró su cometido: adentrarse en el alma ciudadana recorriendo los campos de batalla americanos e insuflando el valor necesario para vencer “al ibérico altivo león”. De hecho, el himno peruano evoca en forma semejante la libertad proclamada por Vicente López y Planes.

Durante nuestras guerras civiles, el Himno Nacional fue el único símbolo en común que logró vincular a unitarios y federales, ya que ambos, en algún momento, evocaron la canción patria. Después de Caseros existió la intención de convertirlo en un símbolo antirrosista (Ricardo Rojas y Ri-

cardo Piccirilli lo propusieron en sendos ensayos, y llegaron a denominarlo “la marcha de los proscriptos”). Pero el forzado partidismo de las circunstancias históricas no tuvo éxito; las mismas adhesiones de sus autores (López y Esnaola) restaron fuerza a esta intención.

El poema de López y Planes se consagró como el himno de todos los argentinos. En 1884, Lucio López, único nieto del autor, ofreció su versión del nacimiento de estas estrofas, según él, brotadas de la inspiración que asaltó a don Vicente durante la representación de Antonio y Cleopatra de Ducis. Esa noche, don Vicente permaneció insomne, visitado por las musas para volcar los versos en papel. Al día siguiente, buscó la aprobación de sus amigos de Luca, Paso y García, los primeros en derramar lágrimas de fervor patriótico por estos versos conmovedores que serían el símbolo de unión de una nación.

Curiosamente será el nieto de Vicente López y Planes, el doctor Lucio López, por entonces ministro del Interior, quien cercenará la obra de su abuelo mediante el decreto del 9 de julio de 1893, donde se ordena que en los actos oficiales solo se cante la última estrofa, a fin de silenciar la alusión al león rendido. ¿Por qué eliminar unos versos que habían alimentado el espíritu guerrero de los soldados de la patria para expulsar la dominación ibérica?

En esos días, don Lucio había recibido la solicitud de la importantísima comunidad española en Buenos Aires de suprimir esta estrofa, que consideraban abusiva e hiriente contra España. Ya desde 1865, los embajadores españoles tenían la costumbre de retirarse de todo acto oficial donde se cantase el

Himno. El doctor Lucio López consideró un gesto de cortesía política suprimir esta estrofa. Y así lo hizo, por decreto, aunque no todos pensasen como él.

Dos días más tarde, el diputado Magnasco denunció ante el Congreso “la mutilación” del Himno, y solicitó la interpelación del ministro. Este se hizo presente y escuchó una patriótica disertación sobre la intangibilidad del Grito Sagrado, que luego refutó remitiéndose al ejemplo de otros países, como Inglaterra, Francia y Chile, los cuales habían modificado su canto patrio. Al final de su alocución, el ministro sorprendió a la audiencia diciendo que el autor, es decir su abuelo, era “profundamente español” y ya en 1847 había confesado su insatisfacción con el poema compuesto, cuando las pasiones de la guerra “perturbaban las estrechas relaciones de origen”. Al final, declaró su firme intención de “corregir los defectos que reconozco”, eliminando la alusión leonina.

Lucio no estaba solo en esta tarea. Su padre, Vicente Fidel López, como ministro de Economía de Carlos Pellegrini, intentó convencer al presidente de evitar estas alusiones anti-españolas, postura que “el Gringo” declinó. Ya tenía bastantes problemas con pagar la deuda externa para andar crispando a la opinión pública sobre si el león debía seguir a los pies del vencedor, u olvidarse del asunto.

Finalmente, fue Julio A. Roca, con el decreto del 30 de mayo de 1900, quien consagró las cuatro estrofas que retiraban de escena al felino ibérico. El único del gabinete que votó en discrepancia fue Osvaldo Magnasco, que por esas cosas de la política era, por entonces, ministro del Interior. Con este de-

creto, setenta y cuatro estrofas de la versión original quedaron fuera de uso; junto al león, las alas de gloria, las batallas ganadas, los fieros tiranos, y “la venganza de guerra y furor”.

A pesar de la determinación de Roca, continuaron las discrepancias sobre el Himno, ya no en forma musical sino iconográfica. El pintor chileno Errazuriz Subercaseaux plasmó una discutida escena en casa de la célebre Mariquita, a quien representó tocando el arpa, con Parera al piano, a la jovencita Remedios de Escalada cantando y a Esteban de Luca y a Bernardo de Monteagudo escuchando las estrofas, mientras que Remedios contempla a San Martín con ojos melosos. A pesar de sus inexactitudes (o quizás por estas), esta pintura se encuentra desde 1889 en el Museo Histórico Nacional. No solo esto: la obra fue apadrinada por Mitre y por Roca, y más tarde inspiró las escenas de uno de los primeros filmes argentinos, realizado por Mario Gallo, llamado justamente *La creación del Himno*, un tema difícil de abordar para una película muda...

Corrían los tiempos del Centenario, cuando todo era bueno si exaltaba la argentinidad, que parecía diluirse con la ola de inmigrantes. Héctor Paniza estrenó su ópera *Aurora*, obra de nula consistencia histórica, pero de enorme vuelo lírico. Probablemente sus inexactitudes se deban al libretista de origen italiano, Luigi Illica, escritor preferido de Puccini, un gigante de la música que sacrificaba la verdad histórica en aras del despliegue canoro.

Menos conocida es la ópera de Eduardo García Mansilla, llamada *La angelical Manuelita*. Este compositor y diplomático

que le dedicó una ópera al zar Nicolás de Rusia incurre también en varios anacronismos, como poner a Beresford cortejando a la dulce Manuelita, “una luz de esperanza” dentro de “la noche tiránica”. Y en su momento más sublime recurre a los acordes de Blas Parera, al igual que Tchaikovsky en su obertura 1812 recurre a *La Marsellesa*.

¡Ah! olvidaba decirles: García Mansilla era descendiente de Rosas...

Pablo Pizzurno, José María Ramos Mejía, Ricardo Rojas y muchos otros intelectuales de principios del siglo XIX intentaron por todos los medios exaltar las tradiciones nacionales (legítimas e inventadas), ante la amenaza de dilución de la argentinidad que planteaba la inmigración masiva, la cual no siempre obedecía a las aspiraciones étnicas de la dirigencia.

El servicio militar obligatorio fue, además de la forma de aumentar el poderío bélico ante la expectativa de una guerra con Chile, la manera de “argentinizar” a los gringos, machacando entre los jóvenes el espíritu sagrado de los símbolos patrios. Mientras tanto, José María Ramos Mejía impuso en las escuelas una liturgia cívica y una historia simplificada, para que los hijos instruyeran a sus padres inmigrantes, desconocedores de la historia nacional. Todo el esfuerzo educativo se concentró en la consagración de los símbolos patrios como objetos de veneración. Eso incluía, obviamente, los cantos escolares para exaltar la argentinidad.

Lógicamente, tanta efervescencia llevó a excesos como el que sufrió Isadora Duncan por bailar al son de nuestro Himno, envuelta en una bandera argentina. Simplemente era de-

masiado para una sociedad pacata e imbuida por el espíritu sacrosanto de los valores patrios. Las funciones de la Duncan se anularon por un boicot generalizado, e Isadora volvió a París con su danza y sin un peso.

En una sociedad dividida y en constante conflicto como lo fue la sociedad argentina del siglo xx, el Himno se convirtió en el único nexo de unión entre bandos enfrentados. Tanto los anarcocomunistas como los nacionalistas de la Liga Patriótica entonaban el mismo canto durante sus actos y sus enfrentamientos.

Los huelguistas de la Semana Trágica exhortaron a los pobres del mundo, mientras los anarquistas juraron morir con gloria entonando “el grito sagrado de anarquía y solidaridad”. Ya no se lucha contra el león, sino contra el burgués, que será vencido por el proletariado en esta guerra de clases.

En este contexto, el Gobierno de Marcelo T. de Alvear creó una comisión para establecer una versión única del Himno, en el intento de velar por la pureza de los símbolos patrios. Alvear era impulsado por el ministro Ángel Gallardo (descendiente de Juan Pedro Esnaola), que pretendía unificar “el himno cantado en las escuelas con el ejecutado por las bandas militares”. En efecto, existía una versión del Consejo Nacional de Educación, propuesta por Miguel Rojas, y otra adoptada por las bandas del Ejército a instancias del compositor Pablo Berutti. También había una versión para la provincia de Buenos Aires y otra para las escuelas normales.

Los miembros de la comisión, los músicos López Bouchard, Floro Ugarte y el crítico José André pusieron manos

a la obra para determinar cuál era la versión acorde al espíritu original. Hacía años que existía en el Museo Histórico un manuscrito que, según los entendidos, era de puño y letra de Blas Parera. El documento en cuestión estuvo en manos de los descendientes de Esteban de Luca, quienes lo vendieron al Estado argentino a principios del siglo xx. Basándose en este texto, la comisión elaboró una versión que se estrenó en el Teatro Colón el 25 de mayo de 1927, entonada por la soprano Claudia Muzio, que esa misma noche cantó *Norma*, la ópera de Bellini.

El presidente Alvear, un amante del bel canto, casado con una eximia soprano como lo fue Regina Pacini, no podía estar ausente del evento, y escuchó con beneplácito el fruto de su decreto.

La obra fue aplaudida con entusiasmo por los presentes y ponderada por los periódicos, con excepción del matutino *La Prensa*, que en su edición del 27 de mayo comentó desfavorablemente la nueva versión. La crítica no se limitó a esa ocasión: por tres meses, todos los días, desde las páginas de este diario se solicitó, esgrimiendo distintas razones, que se retirara esta nueva versión. Entre otros argumentos que apelaban a la tradición y a las costumbres nacionales, se ponía en tela de juicio la legitimidad del texto vendido por las hermanas De Luca. El debate fue subiendo de tono, mientras se alzaba un clamor popular que “brega por la integridad de lo sagrado”.

Con la versión de 1927, mientras se formaban comisiones “Pro no modificar el Himno Nacional”, se multiplicaron las denuncias canalizadas por *La Prensa*. A tal alumno se lo ha echado de un colegio por negarse a cantar la nueva versión. A un

conscripto del Ejército se lo ha sancionado por la misma razón. El Gobierno guarda silencio, don Marcelo medita... No era su intención iniciar este debate. Pero contraatacó. Para dar peso a su posición, envió el manuscrito entregado por las hermanas De Luca a la Junta de Historia y Numismática. El dictamen fue lapidario: el documento era falso, burdamente apócrifo, entre otras razones porque la denominación de “Himno Nacional” no era el término usado en 1813 (bien sabemos que fue concebido como marcha patriótica), y en segundo lugar porque su carátula no decía “Himno”, sino “Hino”. A todas luces, un error de transcripción por cuenta de un escriba poco versado. *La Prensa* mostró en su primera página que no estaba equivocada.

La polémica se extendió, y surgieron los más insólitos acuerdos para solicitar el decreto de nulidad. Por ejemplo, el diputado socialista Alfredo Palacios encontró un aliado incondicional en el diputado nacionalista Julio Fonrouge. El Club Dios y Patria (imagine usted sus inclinaciones) coincidió con la Gran Logia Masónica. Hasta los radicales personalistas, es decir aquellos que pretendían la reelección de Irigoyen, aprovecharon los vientos en contra de Alvear para achacar el dislate directamente a don Marcelo y sus “ínfulas imperiales”. En política, así como en el amor y en la guerra, todo está permitido.

Cincuenta mil personas se reunieron frente a la Casa Rosada el 9 de julio de 1927 para entonar la antigua versión, mientras otro grupo aplaudía la nueva. Las pasiones se encendieron, y los bomberos debieron usar sus mangueras para apagar tanto fuego sagrado. El final de la jornada computó treinta heridos y veinte detenidos. Al día siguiente, nuevos episodios

durante una función del Colón, más detenidos, más artículos, más quejas. La sociedad argentina, una vez más, reaccionaba en forma desproporcionada.

Don Marcelo debió claudicar: aceptó la formación de otra comisión para examinar la revisión, que obviamente invalidó la nueva versión. El 9 de septiembre, *La Prensa* publicó que la comisión presidida por Ricardo Rojas daba por tierra con las sanas intenciones de Alvear; la versión por él impulsada era falsa, porque el texto atribuido a Blas Parera por los descendientes de De Luca era, sin dudas, apócrifo.

A la hora de firmar el decreto que invalidaba lo actuado, Alvear le dio largas al asunto, postergando la cuestión hasta los últimos días de su mandato. Don Marcelo, optimista hasta el final, encontró un tenue consuelo: al menos “en estos días se ha cantado más el Himno que en diez años”.

Durante su presidencia, el general Justo declaró el 11 de mayo Día del Himno, por ser esa la fecha en que había sido aprobado por la Asamblea del Año XIII. Fue entonces cuando se consagró la versión de Juan Pedro Esnaola de 1860 como la oficial, autorizada para ejecutarse durante los actos oficiales, ceremonias públicas, privadas, y demás.

Fue el mismo general Perón quien les dijo a los trabajadores en 1947: “No deben ustedes cantar otro himno que el nuestro...”, frase con la que pretendía poner coto a la expansión de “La Internacional”, marcha extranjerizante, ajena a la idiosincrasia del nuevo partido peronista. Como esta advertencia no resultó suficiente, el Día del Trabajador —convertido desde entonces en una fiesta justicialista— dio excusa para elaborar

una tonada *ad hoc*, compuesta por Oscar Ivanissevich y Cátulo Castillo, el *Canto al trabajo*. El nombre evoca el de la escultura preferida del General, la magnífica obra de Rogelio Yrurtia (1879-1950), que expone las fatigas del trabajo bruto, con su paradójico emplazamiento frente a la Facultad de Ingeniería.

Corta vida tuvo este *Canto al trabajo*. Muy pronto fue reemplazado por una marcha pegadiza llamada originalmente *Los gráficos peronistas*, y luego rebautizada como *Los muchachos peronistas*, que terminó de difundirse en la versión viril de Hugo del Carril. El himno y esta nueva marchita convivieron armónicamente, porque el general Perón tenía bastante metida en la cabeza, después de su carrera militar, la intangibilidad de los símbolos patrios. Solo pretendía darle un toque partidario como había aprendido del Duce durante sus años en Italia, y la contagiosa marcialidad de la *Giovinezza*.

“Oíd mortales” conserva hasta nuestros días esa ubicuidad en el tan bifurcado campo político; pudo ser, a la vez, el canto de batalla de la Revolución Libertadora y la resistencia peronista.

En 1968, el Cordobazo estalló cuando doscientos estudiantes y obreros entonaban el Himno mientras recibían bombas lacrimógenas, a las que respondieron con piedras que dieron lugar a balas de goma y palazos, a más piedras y golpes, al son del grito de “¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!”.

Los Gobiernos militares posteriores al 16 de septiembre del 55 colaboraron en el proceso de sacralización de los símbolos patrios: aquellos individuos que no se pusieran de pie con los acordes del Himno serían retirados de actos públicos, cines y teatros por la policía. La orden se cumplía con rigor.

Para los Gobiernos *de facto* era menester que la sociedad anduviese por carriles muy estrechos; más tarde, la diversidad ideológica abrió los caminos del disenso en los conflictos que asolaron la última mitad del siglo xx. Sin embargo, el Himno se elevó sobre las diferencias. “O juremos con gloria morir” se repetía a diestro y siniestro, con frecuencia haciendo gala de una respuesta desproporcionada respecto del estímulo inicial. Las pasiones partidarias se desataron como “rotas cadenas”, derramando sangre de hermanos.

El día de la masacre de Ezeiza, Leonardo Favio, a cargo de la conducción del evento que pretendía celebrar el retorno del general Perón, entonó el Himno como una forma ingenua y desesperada de poner fin a la matanza. El “Oíd mortales” parecía ser el único nexo de unión en una sociedad que se diluía en enfrentamientos ideológicos.

La gesta de Malvinas exacerbó el espíritu patriótico sobrealimentado por el Himno, y se dio forma a una nueva marcha para asegurar en estrofas que las islas irredentas siempre habían sido y serían argentinas. “Tras su manto de neblinas, no las hemos de olvidar”. La multitud congregada en la Plaza de Mayo expresó su adhesión a la respuesta bélica entonando la canción patria.

El 11 de mayo de 1982, Día del Himno, miembros de la juventud radical ocuparon el hall central del Banco de Londres (Reconquista y Mitre) y cantaron el Himno junto a los clientes y empleados, “con gran unión y patriotismo”. La ocupación duró escasos minutos y se retiraron sin ocasionar daños ni ejercer violencia, pero de esta forma el territorio del Banco

de Londres se convirtió en una metáfora: los argentinos recuperaron su territorio de manos del Imperio. La conquista fue efímera, como lo fue el sueño de las islas irredentas. Las Malvinas fueron entregadas por el Ejército Argentino con una sola condición: que no se pidieran las banderas. Queda como consuelo que la enseña de Belgrano “no ha sido atada al carro triunfal de ningún vencedor”.

Mientras tanto, una multitud furiosa en la Plaza de Mayo exigía que “el pueblo no se rinda”. Corridas, gases y represión. Y como música de fondo, entre clamores y llantos, se escuchaba “el grito sagrado”.

La flexibilidad ideológica y social que trajeron los nuevos tiempos también comportó versiones “descontracturadas” del Himno. Ahora no se ultrajaba la letra como lo hacían los anarquistas: solo se modificaban los ritmos. Y sin embargo, surgió el nuevo debate, un revival de 1927. El 19 de octubre de 1990, las radios presentaron la interpretación de Charly García. El día no terminó sin una denuncia penal por “ultrajar la bandera”, amparada en el artículo 222 del Código Penal, que condena con prisión de entre 1 a 4 años la falta de respeto a los símbolos patrios. Consultado sobre el tema, Charly García expresó su opinión espontáneamente: “Ojalá que haya lío, así vendo más discos” (suplemento “SÍ”, diario Clarín, 19/10/1990).

Tras un breve debate, la causa fue desechada por la Justicia. Triunfó la Libertad, Libertad, Libertad. “De las tres libertades, una soy yo”, declaró el señor García a los medios... y tiene razón. Su versión respeta la letra, pero aggiorna el ritmo, que vuelve a acercarse a eso indispensable para inflamar el espíritu.

El mismo García contó cómo veía llorar a los “viejos hippies” desde el escenario mientras ejecutaba su versión.

El mundo cambia. La Corte Suprema de los Estados Unidos afirma que no es delito quemar una bandera. Queen y los Sex Pistols dan sus versiones de *God Save the Queen*, himno británico nacido en Francia para celebrar la pronta recuperación de Luis XIV de una operación de fístulas anales. El himno inglés nace del procto tullido de un monarca francés. Jimi Hendrix arranca acordes disonantes de su guitarra, tocando el *Star-spangled Banner*, como una amarga queja por la guerra de Vietnam. Serge Gainsbourg compone una versión reggae de *La Marsellesa*. La misma Mercedes Sosa, antes de su lamentada despedida, hace su versión del Himno con armónica, bombo y guitarra.

En los considerandos de la causa penal iniciada contra el señor García se desechó la figura de ultraje a los símbolos patrios, porque su versión respetó los principios de la Asamblea del Año XIII. Desde entonces, la marcha patriótica de Vicente López y Planes y Blas Parera sigue cumpliendo su cometido de unir a los argentinos, más allá de disensos, enfrentamientos y diferencias ideológicas, aunque se cante con ritmo de rock, cumbia o chacarera. ¡Al Gran pueblo argentino, Salud!

Proyecto de Himno.

Musical.

Handwritten musical score for four voices (Soprano, Alto, Tenor, Bass) and piano accompaniment. The lyrics are in Spanish, celebrating Argentina as a daughter of glory and peace.

Soprano: Ho - no - ra a la Argentina hi - ja glo - rio - sa de la - paz - ta - ta,

Alto: Ho - no - ra a la Argentina ho - no - ra hi - ja de la - paz - ta - ta,

Tenor: Ho - no - ra ho - no - ra hi - ja glo - rio - sa de la - paz - ta - ta,

Bajo: Ho - no - ra a la Argentina hi - ja glo - rio - sa de la - paz - ta - ta,

T. Bretón

Madrid - VI - gila.

Proyecto de Himno a la Argentina de Tomás Bretón.

Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.



Ilustración de tapa, obra de Hermenegildo Sábat.

Nuestra incompleta Independencia nacional

Por Mario Morando*

¿Cuál es la página más brillante de nuestra historia?

Ese juramento santo que hicimos en Tucumán.

Juan Manuel de Rosas, Carta a Berón de Astrada, 19/6/1838

El desarrollo significa quebrar la relación de dependencia de una economía estancada y sustituirla por la independencia de una economía en expansión.

Arturo Frondizi, discurso por cadena nacional, 1/3/1962.

Si no hay una política que fortalezca la nación en todas sus manifestaciones materiales y espirituales, la pretensión de ejercer una política internacional independiente se desvanece y queda sólo en el plano de la retórica.

Rogelio Frigerio, entrevista 1983 en Formación política.

El primer mandatario que reconoció la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata fue el rey Kamehameha I de Hawái, según afirma en sus

* Economista UBA; ejecutivo de control de gestión y finanzas privadas 1982/2003; legislador porteño 2003/7 (22 leyes); director de Banco Ciudad 2008/2012; presidente de Fundación Banco Ciudad 2013/2016; autor de *Economía y orden jurídico* (ed. Ad-Hoc, 1994) y *Frigerio: el ideólogo de Frondizi* (ed. AZ, 2013); editor de *Desafíos del Bicentenario* (2010), *Integrando Argentina al mundo* (2015) e *Independencia e integración nacional* (2016).

memorias José Piris, integrante de la expedición de Hipólito Bouchard. Kamehameha I habría firmado en agosto de 1818 un Tratado de Comercio, Paz y Amistad con el francés al mando de la nave *La Argentina*, reconociendo la Independencia. Tras haber nombrado a dicho rey Teniente Coronel de las Provincias Unidas y designado cónsules (para lo cual no estaba facultado), Bouchard siguió su viaje hacia el este.¹ Empero, ni en la bitácora de Hipólito Bouchard ni en ninguna otra fuente se asienta dicho reconocimiento hawaiano, a pesar de que también lo menciona Bartolomé Mitre. Portugal se considera el primero en haber reconocido la independencia y haber enviado un embajador el 16/4/1821, un año antes que Brasil y Estados Unidos, y tres antes que Gran Bretaña. España la reconocería el 29/4/1857, confirmada definitivamente el 9/7/1859, por gestión de Alberdi.

Pero ¿qué es la independencia de un Estado?²

***Independencia, soberanía e integridad territorial**

Aristóteles argumentaba que las ciudades eran agrupaciones humanas cuyo fin era la autarquía para la vida.³ “Autarquía”, “soberanía”, “independencia” son expresiones utilizadas habitualmente sin precisión.

Considerando “declaración de independencia” como la “manifestación de los representantes de una nación de redistribuir soberanía de un Estado anterior a uno nuevo”, resul-

1. Frondizi, por su parte, rendiría homenaje al rey simbólico de Hawái, Kamehameha, como gratitud a su antecesor, cuando pasó por allí a fines de 1960.

2. ¿O de una Nación?

3. Política, Libro VII, 1328b, 8.

tan útiles las subcategorizaciones de soberanía que formula Stephen Krasner:⁴

***Soberanía exterior (integridad territorial):** Regulación gubernamental efectiva del tráfico de bienes, personas, capitales e ideas a través de sus fronteras.

***Soberanía doméstica:** Ejercicio efectivo de la autoridad gubernamental interna.

***Soberanía legal externa:** Reconocimiento de las soberanías anteriores por parte de la comunidad mundial. Habilita a celebrar tratados, formando parte de la comunidad internacional.

***Soberanía gubernativa real:** Estructuras estatales no cooptadas por voluntades exógenas; antítesis de independencia simulada.⁵

La **Declaración de la Independencia** inaugura la tarea de hacer realidad la redistribución de estas diferentes partes de la soberanía. Cabe preguntarse si el **proceso de la independencia** argentino efectivamente ha logrado su objetivo declarado.

***El dificultoso proceso para constituir un país independiente**

i) **Quién manda; dónde.**

La independencia predicada sobre el poder del Estado se limita a “independencia política”. Pero el Estado (persona jurídica) está asentado en la Nación (territorio/habitantes/tradición), funcionando a través de un Gobierno. Así, la noción de

4. Problematic Sovereignty, Columbia Univ. Press, 2001. http://www.academia.edu/6990487/Contingent_Sovereignty_Territorial_Integrity_and_the_Sanctity_of_Borders

5. No sólo referida a gobiernos títeres, que responden a intereses foráneos. Incluye la dependencia ideológica de quienes endiosan el pensamiento extranjero, omitiendo realidades y necesidades locales.

“independencia” se expande a los aspectos económico y cultural.

La noción de Nación Argentina no estaba afianzada en 1816.^{6/7} El virreinato del Río de la Plata había comprendido 8 intendencias y 4 áreas militares. ¿Qué entidad se independizaba de España? ¿Buenos Aires, todas las provincias Unidas del Sur, algunas?

Recordemos con Juan Álvarez (*Las guerras civiles argentinas*, ed. EUDEBA, 1985, págs. 38/9) que “la Revolución de Mayo no fue un alzamiento general de las poblaciones del Virreinato contra el Rey, sino el resultado de una conjuración limitada, que al principio solo reflejó los deseos de los hacendados de Buenos Aires a quienes hería la forma arbitraria de distribuir los cargos públicos, la prohibición de leer y publicar ideas, la intolerancia religiosa y política, y el sistema comercial mantenido por España.[...] Conforme fueron llegando los diputados [del interior] quedó en evidencia que el acuerdo [para constituir un gobierno provisional] iba a ser difícil”.

El 22 de mayo de 1810, 92 cabildantes habían aceptado que el mando del Virrey pasara a una Junta Provisional y ha-

6. Nación (concepto sociológico) tendía a identificarse con Estado (concepto jurídico). Por Nación se entendía “un pacto de unión entre los pueblos (provincias)”. Es decir, no el sentido moderno de pueblos unidos por territorio, historia y costumbres, sino por un pacto jurídico (*De los usos de los conceptos de “nación” y la formación del espacio político en el Río de la Plata* (1810-1827), Noemí Goldman y Nora Souto en *Secuencia* (1997), 37, enero-abril, 35-56).

7. La denominación Provincias Unidas del Río de la Plata se utilizó durante muchos años (por ejemplo en el Tratado anglo-argentino de 1825). La expresión República Argentina se utilizó por primera vez en la Constitución de 1826. En el Tratado anglo-argentino de 1849 la designación oficial era Confederación Argentina. Es curioso que hacia 1824 el duque de Wellington denominaba a estos lares Estados Unidos del Río de la Plata. (fte.: H.S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, Ed. Solar, 1992, pág. 104).

bían convocado a las provincias a enviar a sus representantes; 66 votaron por la continuación del Virrey asociado a nuevos participantes, y otros 66, por la delegación de dicho poder a una Junta Definitiva sin convocar al resto de las ciudades y villas del Virreinato a formar parte de ella, aunque sí a opinar. El 22 de junio la Junta expulsó a algunos Oidores⁸ y al Virrey; y el 17 de octubre destituyó a los capitulares del Cabildo. Se eliminó así a quienes reconocían como autoridad real al nuevo Consejo de Regencia que se había creado.

Con el nuevo virrey del Río de la Plata, Elío, instalado en la Banda Oriental (desconocido por la Junta) (sumada la oposición de ciudades del interior y de todo el Alto Perú y Paraguay), estaba incubándose la Guerra de la Independencia. Aunque no estaba nada claro de qué forma de independencia se estaba hablando.

Era natural que existiera esta confusión. Una cosa era el instinto de los criollos de sacarse de encima el peso del absolutista, centralizado, ineficiente y generalmente corrupto Estado español,⁹ y otra, cómo reorganizar el Estado. Lo motorizaban la discriminación entre criollos y españoles en sus derechos, las oportunidades de comercio despilfarradas, la revolución norteamericana y la francesa, y las invasiones inglesas, que habían dejado al descubierto la indefensión de estas colonias.

Buenos Aires tuvo el impulso de liderar unitariamente el proceso, y convirtió a las provincias en sus apéndices políti-

8. La Real Audiencia completa recién sería reemplazada el 23 de enero de 1812.

9. Instinto que no tenía reciente origen: ya en ocasión de celebrar el alzamiento de Túpac Amaru (1780), en Mendoza se había quemado el retrato de Carlos III frente a una multitud.

cos. Deseaba sustituir el monopolio del rey, y hacer del resto del país su propia colonia. Estas se resistieron a ser tuteladas y buscaron su autonomía de hecho, hasta tanto se acordara de derecho.

Relata Ferré en sus *Memorias* (pág. 56):

Es preciso conocer el valor de la palabra provinciano entre nosotros. Permítaseme explicarla para que sirva de advertencia al que componga un diccionario argentino. La voz provinciano/a se aplica en Buenos Aires a todo aquel/la natural de nuestra República que no ha nacido en Buenos Aires. De poco tiempo a esta parte he observado que los naturales de Buenos Aires se llaman ellos exclusivamente argentinos.

En el primer censo porteño del 17/10/1855, se computó a los provincianos como extranjeros. El 9/12/1856 Mitre publicaba “La República del Río de la Plata” (diario *El Nacional*), alentando la organización de Buenos Aires como Nación independiente.

Fueron las guerras de la independencia y las civiles¹⁰ las que configuraron el territorio político factible. Durante el proceso se desmembraron Bolivia, Paraguay y Uruguay, y se perdieron la mitad de la población del Virreinato, un tercio del territorio y la principal fuente de metales preciosos. Además, se constituyeron en repúblicas independientes Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Mendoza y Buenos Aires.

Los años transcurridos de 1810 a 1816 miden titubeos para detectar las conveniencias diplomáticas circunstanciales.

10. Que a su vez se desdoblaban en guerras entre Buenos Aires y las Provincias, por asuntos de organización nacional, y guerras entre las provincias mismas, por asuntos entre ellas.

España luchaba por su propia independencia, invadida por Francia. ¿Hasta dónde convenía cortar vínculos políticos con España?

El primer acto de gobierno donde se explicita la fundación de una nueva patria es del 18/2/1812:

En acuerdo de hoy se ha resuelto que desde esta fecha en adelante se haya, reconozca y use por las tropas de la patria, la escarapela que se declara Nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y deberá componerse de los dos colores blanco y azul celeste, quedando abolida la roja, con que antiguamente se distinguían. Chiclana, Sarratea, Paso, Rivadavia.

La Asamblea de 1813 planeaba declarar la Independencia y constituir la Nación. Pero adoptó medidas incipientes, como suprimir la mención al rey, acuñar moneda y erigir un himno.

Tanto se estiró la declaración que se llegó a la contradicción de luchar contra los realistas mientras se decía estar custodiando la soberanía de Fernando VII, que había regresado al poder en marzo de 1814 y rechazado los movimientos revolucionarios que supuestamente se habían llevado a cabo para proteger su poder.

Las dificultades para organizar políticamente las provincias sin estar asentadas sus relaciones nacionales abonaron la costumbre de otorgar, las legislaturas provinciales, la suma del poder público al gobernador de turno. Precisamente fueron los caudillos quienes, en su deseo de mantener indefinidamente su cargo de gobernadores, pusieron tantos obstáculos a la organización del Estado Nacional. Así rechazaron la Constitución de 1826, que afectaba su capacidad para ser reelectos sin fin. Sabían que organizarse en un solo país limitaría su arbitrariedad.

La visión de que primero se logró la independencia y luego vinieron las guerras civiles para lograr la organización nacional es puramente escolar. Fue en medio de la desorganización nacional cómo debió irse construyendo una independencia declamada el 9 de julio de 1816. La Guerra de la Independencia no fue solamente contra España, sino contra Uruguay, Brasil, Paraguay, Francia e Inglaterra. Y hasta con un nuevo aspirante a sustituir a la corona española: Buenos Aires.

Pero el afán independentista no se aplicó con igual intensidad a toda nacionalidad. Era la declaración de independizarse de España.¹¹ Desde 1817 los peninsulares que habitaban Buenos Aires podían casarse con una criolla solo con autorización del secretario de gobierno. En 1818 se deportaba a los clérigos peninsulares sin carta de ciudadanía. Pero, para financiar la Guerra de la Independencia, Buenos Aires excluía de contribuir a préstamos compulsivos a los comerciantes ingleses “quienes han ofrecido ventajas al estado”¹²(1816, 1818, 1819), pasando de la dominación española a la influencia porteña/inglesa.

Para San Martín, Monteagudo, Bolívar y tantos otros, la Independencia debía lograrse para una Patria Grande, unien-

11. “Declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas Provincias romper los violentos vínculos que los ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojados, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando séptimo, sus sucesores y metrópoli”.

12. *Revolución y guerra*, Tulio H. Donghi, ed. Siglo XXI, 2002, pág. 86.

do Sudamérica en una gran nación.¹³

Lo que era dominación española, a través del puerto de Buenos Aires, se transformó en dominación porteña. Explicaba Alberdi:

Cuando el país, ayudado por la fuerza de las cosas, sacudió la dominación de España, parecía natural que su primer paso fuera una nueva constitución geográfica y económica, para distribuir los recursos financieros en todo el pueblo. [...] En lugar de ser colonia de España, lo fue del centro geográfico y económico que España instituyó en Buenos Aires. [...] El sistema que empobreció a España no puede enriquecer a Buenos Aires. [...] Es como acumular toda la sangre de un hombre en su cabeza. Tal acumulación es una congestión mortal para la cabeza y para el cuerpo. El modo de que la sangre vivifique a la cabeza es que circule por todo el cuerpo. (Estudios Económicos, cap. v, XXI).

El clima de desunión interna que sobrevino a la Independencia (además de reflejarse en el hecho de que, entre 1814 y 1820, las 3 gobernaciones de Córdoba, Mendoza y Buenos Aires se desmembraron en 13 provincias) es relatado por el Gral. Paz:

Esa gran facción que formaba el partido federal no combatía solamente por la forma de gobierno: era la lucha de la parte más ilustrada contra la porción más ignorante; la gente de campo se oponía a la de las ciudades; la gente se quería sobreponer a la gente principal; las provincias celosas de la preponderancia

13. Si bien la gesta libertadora fue, de hecho, fraccionando los territorios, aún hoy, toda una corriente latinoamericanista opina que fue ese fraccionamiento lo que debilitó la intensidad de estas independencias frente a las potencias extranjeras. Pero, si apenas se pudieron organizar países más pequeños, no se ve cómo se podrían haber aunado, efectivamente, semejante cantidad de intereses regionales.

de la capital, querían nivelarla; las tendencias democráticas se oponían a las aristocráticas (Memorias)

Por su parte está la descripción de Ferré:

Rosas no quiere por ahora que los empleados [públicos] de los pueblos sean porteños, ni se fija en que los gobernadores sean doctores o carniceros, lo que se empeña es en que sean dependientes suyos personalmente, en que no se unan entre sí [...]. Cuida muy bien que no se hable ni de Constitución, ni de Congreso y mucho menos de rentas nacionales. [...] Ambos partidos [unitarios y federales] se dirigen a un solo objeto: dominar a las provincias, para que como a un único rico le sirvan de peones a Buenos Aires. (Memorias).

Hacia 1833 varios porteños defendían la independencia de las provincias como estados soberanos desde 1810. La idea era “alejarlas jurídicamente” de la Gran Caja, teniendo como objetivo lejano la reunión de estas.

La falta de organización nacional facilitó la pérdida de las islas Malvinas (1833) y del Estrecho de Magallanes y de zonas aledañas, en virtud de la fundación chilena del Fuerte Bulnes en 1843 (hoy Punta Arenas). Rosas se anotició 4 años después.

Urquiza interpretó necesario “independizarse” de la tiranía de Buenos Aires, lanzando su pronunciamiento dirigido a los gobernadores (5/4/1851). Inicialmente, solo Corrientes lo acompañaría. Billetera mataba Principios. Pero, no bien triunfó en Caseros, adhirió el resto, circunstancialmente.

La Constitución sería nominal: los porteños, liderados por Mitre, prefirieron darse una constitución propia y declararse Estado libre y soberano (11/9/1852). La alternativa era

compartir las rentas de la aduana y el crédito asociado a estas, con las provincias. Buenos Aires buscaba independizarse de las provincias. No quería compartir el poder que le daba su ubicación privilegiada para recaudar las rentas de aduana de todo el país, ni el monopolio de emisión del Banco Provincia.¹⁴ Esos fueron los dos cambios nucleares de la reforma de 1860 a la Constitución: se retiraba a Buenos Aires como ciudad capital y se volvía a la situación de dominación económica durante Rosas. Pero aún peor que entonces: por inseguridad en las fronteras con el indio, por el acoso bélico a las provincias para reemplazar a sus gobernantes autónomos por fieles lacayos y por el enorme peso del endeudamiento externo e interno¹⁵. En 1863 Buenos Aires comenzó a quebrar la resistencia del

14. Cabe citar las siguientes afirmaciones de Alberdi (1855) al respecto, tomadas de su libro *De la Integridad nacional de la República Argentina* (imprenta de José Jacquin, 1858): “Lejos de dividir (Buenos Aires) con las Provincias los frutos del monopolio, como hacía la España en su otro tiempo, los empleaba en hacer triunfar su influencia” (pág. 836); “Buenos Aires no necesita despedazar su país para ocupar un lugar expectable en la República Argentina” (pág. 804); “Imposible es que el extranjero pueda tener respeto a la República Argentina, cuando un gobierno local de su seno es el primero en desconocer la integridad del país, representada por la integridad de su gobierno nacional” (pág. 763). De capital importancia resultó la actitud del gobierno inglés, orquestando todo el tiempo acciones para evitar el fraccionamiento argentino, dado su interés en proteger los intereses de sus diez mil súbditos residentes en estas tierras y de fomentar el comercio en general. Sugerimos la lectura de *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, de H.S.Ferns, para consultar evidencias. En tal sentido, Gran Bretaña fue, por interés propio, integradora de la nación argentina, la cual estuvo al borde de disolverse.

15. En 1880 la mitad de las erogaciones nacionales eran para abonar los intereses de la deuda. Con los préstamos que Buenos Aires pudo obtener desde 1857, gracias al crédito que le daba recolectar las rentas de la aduana, financió durante 20 años la guerra a los caudillos y la del Paraguay, en lugar de abonar el desarrollo de la Nación.

interior, con la construcción del ferrocarril Rosario-Córdoba, que reforzó el control porteño y venció al Chacho Peñaloza.

Debió transcurrir hasta 1880 para que Buenos Aires¹⁶ dejara de ser la capital provincial para convertirse en la capital de la Nación unida. “Entre dar su gobierno a 14 provincias, o recibir el gobierno que ellas eligen, hay la diferencia que va de gobernar a obedecer”. (Alberdi, Apéndice op.cit., II). ¿Puede considerarse que hasta entonces la República Argentina estuvo constituida? ¿Puede existir más que nominalmente un Estado Nacional sin capital efectiva? ¿Puede haber independencia sin tener bien definido el Estado Nacional su cabeza de asiento, existiendo permanentes tensiones internas?

En lugar de Estado, que nos legó la historia de nuestra vida anterior, aunque colonial, hemos tenido en el nombre Estados Provinciales o locales, formados por la descomposición y disolución del primitivo organismo general (el Virreinato). Estas fracciones, medio internacionales, han vivido como extranjeras unas de otras, en su manera de constituir, de existir y de conducirse, no en federación, sino en un desarreglo excepcional, que a sus autores y beneficiarios ha ocurrido en vano apellidar “federación”. [...] Cada fragmento territorial ha tenido su vida aparte, su gobierno separado, su historia peculiar, su patriotismo regional, su gloria de localismo. (Alberdi, La República Argentina consolidada en 1880, cap. III, 7). Durante 1816/1880 nuestra Nación vivió una “independencia desgajada”. Justamente, los considerandos que acompañaban el proyecto de ley de capi-

16. Que como decía Alberdi, en “La República Argentina consolidada en 1880”, era la ciudad-puerto, la ciudad-mercado, la ciudad-tráfico y comercio, la ciudad-aduana, la ciudad-crédito y banco, la ciudad-moneda, la ciudad-tesoro, la ciudad-poder.

talización de Buenos Aires el 24/8/1880 afirmaban “la necesidad de buscar una solución a la última de nuestras cuestiones orgánicas, a fin de que la Nación tome plena posesión de su existencia y de sus destinos” (Avellaneda/Zorrilla).

Y desde entonces, ¿podemos afirmar que finalizó el debate entre provincias ricas y pobres para establecer un equilibrio sustentable, equitativo y virtuoso entre estas? ¿Podemos afirmar que ejercen conjuntamente la independencia? ¿No se continúa esta lucha a través de la inacabada Ley de Coparticipación Federal?

ii) **Quién financia**

Cuando los adolescentes echan a los padres y se quedan con la casa, el primer problema es quién manda. El segundo, quién paga.

Ante la posible fuga en masa de capitales españoles, el 31/7/1810 se dispuso la confiscación de los bienes de aquellas personas que se ausentasen de Buenos Aires sin licencia.

Tema nada menor fue el de la credibilidad de la moneda y, por ende, del crédito público. Hasta 1813 circularon viejas monedas extranjeras de oro y de plata. La Asamblea de 1813 dispuso acuñar nuevas monedas (de igual denominación que las españolas) con la leyenda “Provincias Unidas del Río de la Plata”. Cuando al perderse la batalla de Sipe-Sipe (1815) Potosí cayó en poder de los realistas, la nueva nación comenzó a tener problemas de escasez de dinero¹⁷. La primera emisión de papel moneda se hizo durante la guerra con Brasil (1825), con curso forzoso.

Pero no puede haber moneda fiduciaria sana donde no

17. Ya la extracción venía en declive por agotamiento de las vetas.

hay crédito público sano. Y viceversa. El peso fiduciario, que en 1826 cotizaba a la par con monedas de plata, en 1850 cotizaba a 0,05.

Los estados provinciales tenían enormes dificultades para solventar con impuestos sus reducidos gastos corrientes, abultados por el rubro Defensa Interior (guerras de la independencia, civiles y contra los indígenas). Las recurrentes suspensiones del pago de las deudas públicas no solo encontraban su fuente en el derroche y en la guerra, sino también en el deterioro de las economías regionales por la competencia externa.

En 1837 Rosas estableció un “corralito financiero” para impedir la salida de oro y plata. Según Vélez Sarsfield (en *La Nación Argentina*, 5/12/1863), “En el interior y en el litoral, corría casi exclusivamente la moneda boliviana y cordobesa; en Buenos Aires y Corrientes, el papel moneda”. (Vélez Sarsfield, en *La Nación Argentina*, 5/12/1863). Para transacciones importantes, metálico o sus certificados de depósitos.

Resulta curioso que, ante la falta de éxito para lograr credibilidad monetaria, tan recientemente como en 1992, nuestros gobernantes, generando una alucinación colectiva¹⁸ que incluyó analistas financieros de bancos internacionales y de instituciones académicas¹⁹, hayan intentado dotar de credibilidad a su moneda atándola a un dólar convertible a tipo de cambio fijo. Como si existiera una magia de la transmutación de la credibilidad, por asegurar, circunstancialmente, la conversión a precio fijo de una moneda enferma a una sana. Cuatro inten-

18. Que a Carl Jung le habría deleitado analizar.

19. Varios de ellos continuaban desempeñando importantes cargos y opinando con la misma convicción que entonces.

tos fallidos anteriores (1867/76, 1883/5, 1903/13, 1927/9)²⁰ ya habían dejado en claro que la credibilidad, como el honor, no puede comprarse. Debe conquistarse con esfuerzo, abonando una reputación. No sirve el totemismo económico, muchas veces aplicado adoptando ideas foráneas sin considerar las peculiaridades de cada comunidad.²¹

El caos monetario ha llenado casi toda nuestra historia. Recién en 1881 se unificaron las monedas nacionales, y durante más de medio siglo hubo estabilidad de precios. Hace más de medio siglo que la hemos perdido.

No hemos mantenido la independencia monetaria (obligados a utilizar moneda extranjera, ¡y encima en efectivo!, para adquirir inmuebles) ni crediticia (inclinados a tomar préstamos en moneda extranjera para financiar, en gran parte, meros gastos locales).

iii) **Independencia comercial**

¿Sin agricultura, sin talleres, sin industrias, sin oro, sin fierro, sin carbón, y sin plata, sin marina y sin ejército propio, se puede creer seriamente que seamos una nación verdaderamente independiente porque hayamos ganado las batallas de Maipú y Chacabuco?

Emilio de Alvear, *La Revista de Bs.As.*, 1870.

Para Buenos Aires la Independencia significó liberarse del monopolio español para establecer lazos librecambistas con el resto del mundo, eliminando un intermediario nocivo. Para el

20. 27 años de 182 transcurridos.

21. Inglaterra abandonó la convertibilidad en 1931 y Estados Unidos, en 1971. Argentina, en 2001.

interior fue perder el amparo del sistema monopólico español, que mantenía relativamente integradas sus economías. Este sistema había comenzado a derrumbarse cuando en 1776 se le permitió a Buenos Aires comerciar menos restrictivamente con España. Así encaró un modelo de desarrollo integrado al exterior a través del comercio, esquema que la desintegró aún más del interior, el que quedó económicamente asfixiado.

El 28 de mayo de 1810 se levantó la prohibición que pesaba sobre el comercio con extranjeros, lo que obligaba a comerciar siempre a través de casas de comercio españolas. El 9 de junio se redujeron las retenciones a las exportaciones de cueros y sebos, del 50% al 7,5%, y a principios de julio se eliminó la prohibición de exportar metálico.

Las provincias tentaron defenderse con tarifas interprovinciales; pero el tratamiento tarifario liberal de Buenos Aires fue limando sus posibilidades de desarrollo, incluyendo la agricultura.

Mientras los unitarios, porteños o mediterráneos buscaban un nivel bajo de tarifas para usufructuar la división del trabajo, maximizando exportaciones e importando bienes de consumo de mejor calidad a menor costo, los federales presentaban tres subespecies: a) los vinculados a negocios ganaderos, que eran unitarios disfrazados; b) los moderados, que entendían que había buscar un nivel de compromiso que también satisficiera, al menos en parte, los intereses del incipiente agro y de las amenazadas industrias; y c) los federales del litoral, que compartían visión con los anteriores y, además, buscaban la apertura irrestricta de los ríos Paraná y Uruguay al comercio internacional, para esquivar el monopolio porteño y también

reducir costos logísticos. En palabras de Miron Burgin, “para el interior la revolución de 1810 había llegado demasiado lejos; para el litoral no había ido lo bastante lejos”. (*Aspectos económicos del federalismo argentino*, 1946, pág. 167).

Artigas había instruido a sus representantes a la Asamblea de 1813 para establecer un arancel de importación del 40% para bienes competitivos de los locales, excepto la circulación de bienes regionales que abonarían 4%. Pero se implantó en torno al 25%, cuando el arancel sobre textiles ingleses había sido del 54%. Equipos mineros y armas de fuego pasaron a no abonar arancel.

Hacia 1815 hubo un debate en el Consulado porteño, pues la liberación del comercio estaba asfixiando las industrias domésticas y secando la plaza de dinero, al haberse tornado la balanza comercial crónicamente deficitaria. Surgió un proyecto proteccionista, donde solo se permitía el ingreso sin pago de derechos de máquinas para la agricultura y las artes; se estableció una serie de prohibiciones en cuanto a productos competitivos de los fabricados en el país. Pero el administrador general de la aduana (padre del general Lavalle) lo desestimó.

Recién en 1826 se intentaron nacionalizar las aduanas provinciales, tanto en su recaudación sobre comercio exterior fuera de las Provincias del Río de la Plata como en la eliminación de las tarifas interprovinciales. Así de complejo era el sistema.

El 18/12/1835 Rosas estableció una lista de manufacturas prohibidas, que competían con manufacturas locales, y otras sujetas a aranceles del 10% al 50%. El comercio terrestre estaba en general exceptuado. No así el fluvial: el río Uruguay y Paraná estaban prácticamente clausurados. Dos días después de dicta-

da la Ley de Aduanas, Rosas firmó un decreto que prohibía el ingreso de manufacturas de las provincias, dejando claro que el objetivo de la protección era la ganadería y las manufacturas asociadas.²² A fines de 1841, Rosas eliminó la categoría “Productos de Importación Prohibida”, estableciendo aranceles. Las únicas industrias que se desarrollaron durante la vigencia de ese esquema fueron el saladero y sus conexas.

Solamente en medio de los bloqueos franceses encontraron los vinos de Mendoza y el azúcar del noroeste penetración en Buenos Aires, a raíz de las flexibilizaciones arancelarias provisionales. A su vez las provincias competían entre sí, y los derechos de tránsito que se imponían confabulaban contra el desarrollo del comercio entre las Provincias (No Tan) Unidas.

El 31/10/1853, el legislador federal Lorenzo Torres argumentaba:

En el país no hay fábrica sino talleres en que los trabajadores alcanzarán si se quiere 500 hombres, y no es justo, por beneficiar a esos pocos, perjudicar a toda la población, haciendo que el pueblo todo compre más caro, lo que abriendo los puertos tendría más barato; los expresados talleres nada adelantan, pues están como ahora veinte años.

Y el unitario Mitre agregaba: “La Aduana no es fuente de protección sino fuente de rentas”. Así se derogaba la Ley de Aduanas de 1835, y se iniciaba una era de librecambio, con aranceles del 20%.

El movimiento proteccionista recién recuperaría mo-

22. Los navíos ingleses abonaron durante este período los aranceles de puerto más bajos, como los navíos locales. El resto de los navíos extranjeros abonaban, al menos, 50% más.

mentum cuando la depresión lanera de 1866. Frente a la caída de precios, los ganaderos bonaerenses dedicados al ovino buscaron protección, pensando en crear la industria textil para compensar la pérdida de beneficios por vender lana en crudo. En 1875, en medio de una gran depresión, y dada la necesidad de recaudar para pagar la deuda externa, se alcanzó el éxito en los debates parlamentarios sobre protección, y se llevaron los aranceles de importación de bienes industriales a un 40%.

En 1882 el surgimiento de la industria frigorífica les dio nuevo auge a las carnes, y el proteccionismo ya no fue necesario. Argentina volvía a la división internacional “natural” del trabajo.

Las políticas arancelarias aplicadas han oscilado entre un proteccionismo oportunista, liderado por lobistas industriales que buscan su ventaja inmediata, y un liberalismo irreflexivo, donde solo los sectores naturalmente eficientes se salvan. No conozco etapas donde la protección haya surgido de un estudio científico de los niveles de protección efectiva, aunado a un cronograma de reconversión para no eternizar la ineficiencia. Tampoco se ha logrado aunar criterios estratégicos con nuestros vecinos para aprovechar las economías de escala de la integración económica regional para plantarnos frente al resto de los países.

Perón enfatizó que a la soberanía política debía acoplársele la independencia económica. En un mundo interdependiente, la independencia económica es una fantasía. Lo posible es una equilibrada interdependencia, sin dependencia nociva.

iv) Interdependencia genética

Debió haberse vivido como una gran paradoja que una nación nueva, al mismo tiempo que reclamara soberanía territorial, demandara con ahínco pobladores extranjeros.

En la circular del 3/12/1810 se desplazaba a los españoles, pero se invitaba a los ingleses, los portugueses, y demás a trasladarse a este país, siempre que no estuvieran en guerra. El 14/5/1812 se prohibió la introducción de esclavos y el 4/9/1812 se abrió la inmigración, con el anuncio de que se les darían terrenos suficientes. Esta fue la primera iniciativa en América del Sur. El 3/2/1813, la Asamblea removía a todos los españoles en empleos civiles, militares y eclesiásticos, excepto que se hicieran ciudadanos.

Un país con medio millón de pobladores en 1816 necesitaba masa genética, especialmente dada su guerra con el indígena. Si bien en varias situaciones territoriales la relación con el indígena era “a matar o morir”, la compleja historia de las relaciones con los pobladores inmediatamente anteriores²³ evidencia un desdén final²⁴ a la hora de acoplarlos a la nueva Nación. En ese sentido también apuntaba la prohibición de importar esclavos. Los indígenas que lograron asimilarse a la sociedad lo hicieron como peones rurales o miembros de las fuerzas armadas, disolviendo su identidad cultural en la nueva nacionalidad.

¿Cuán irremediabilmente eran los indígenas, en su totali-

23. Incorrectamente denominados “pueblos originarios”, pues, por antiguo que fuera un pueblo, siempre hubo antes otro más antiguo, a su vez desplazado por estos.

24. Durante la Asamblea del año XIII una comisión designada para expedirse respecto a la representación de las provincias del Alto Perú aconsejaba nombrar 4 diputados en representación de los indígenas, número igual a los correspondientes a las intendencias de esa región por los criollos. Por eso decimos “desdén final”; porque no siempre había sido así.

dad, “inadaptables a la civilización”? La convicción de la clase dirigente es que lo eran. Su amigo Rosas hizo la primera campaña al desierto. ¿Cuánto incidieron las limitaciones de la realidad o el afán de quedarse con las tierras que ocupaban? Un personaje respetado como Joaquín V. González afirmaba así su visión:

Extinguido el indio por la guerra, la servidumbre y la inadaptabilidad a la vida civilizada, desaparece para la República el peligro regresivo de la mezcla de su sangre inferior con la sangre seleccionada y pura de la raza europea, base de nuestra étnica social y nacional; y al mismo tiempo, el extranjero europeo [...] podía avanzar junto con el nativo en el plan de ocupación y cultivo de las tierras recuperadas a la rapacidad y ferocidad. (El juicio del siglo, EUDEBA, 2011, pág. 105).

Nótese el prejuicio de no considerar nativo al indígena. Sin embargo no por casualidad la Declaración de la Independencia se escribió también en quechua.

El 22/8/1821 se legisló sobre el transporte de familias europeas. Rivadavia creó en 1824 la Comisión de Inmigración; limitó su efecto a 220 extranjeros que se instalaron en Monte Grande y a 163 en Chacarita de los Colegiales. Rosas la eliminó en 1830.

Los intentos serios se retomarían recién hacia 1853 con la nueva Constitución. Hasta 1869 solo se habían afincado 80.000 extranjeros (el 50% de los ingresados). Eclosionarían con la Ley Avellaneda del 19/10/1876: a 1890 había arribado 1,5 millón (afincándose 1/3), y a 1913, a 3 millones.

La avara política de asignación de tierras públicas a aspirantes a colonos hizo que el grueso de la masa genética que el país agregó a su tasa de reproducción natural consistiera en proletarios que habitaban conventillos.

Afirmaba Mitre en 1871, en discusión senatorial: “Repugnaba a mi conciencia esta explotación del hombre por medio del capital en consorcio con el Estado, para importar a un país democrático, una especie de esclavos blancos”.

Y Emilio de Alvear (Anales Sociedad Rural, vol. 4, 4, 4/1870):

Si no tenemos talleres ni fábricas, ¿para qué van a venir los extranjeros? De un excelente operario de paños hacemos un sereno, de un tejedor de sedas de León un cochero o cocinero, y de un relojero o artista un medianero de ovejas.

Argentina no pudo integrar a su población indígena; tampoco llevar adelante una política equitativa de acceso a la tierra para los inmigrantes. No logró la pureza de raza, por varios esgrimida y, si bien asimiló a los inmigrantes en un crisol de razas, se mantiene cierto ordenamiento en castas raciales, dada la inequidad original en la dotación de factores, especialmente Tierra.

v) Fuerzas Armadas nacionales

Esta sección queda a cargo del lector. Sírvase de motivación la siguiente pregunta: ¿cuán independiente es una nación con sus Fuerzas Armadas operativamente desactivadas e institucionalmente marginadas del quehacer social? ¿Habrà que esperar una agresión a la soberanía territorial para contestar la pregunta y actuar en consecuencia? ¿Habrà, entonces, tiempo para hacerlo?

vi) Soberanía e integración al mundo

Siendo hoy las interconexiones entre jurisdicciones nacionales omnipresentes, existe una esquizofrenia que deriva del hecho de que la política sea local, pero muchos problemas internacionales.

Cuestionada la noción de Nación y con la globalización que casi derribe las fronteras, es preciso afirmar más que nunca que una integración duradera solo puede asentarse en Estados nacionales fuertes, con identidades bien definidas.

“Al mundo-uno llegaremos a través de la afirmación de las nacionalidades, no de su disolución”. (Frondizi, *op.cit* al final).

Lo contrario es una invasión de las raíces culturales históricas de cada comunidad. Esa invasión puede intentar vehiculizarse a través de organismos internacionales disolventes de las peculiaridades nacionales, apuntando a una gran comunidad mundial homogeneizada. Esa comunidad tendría “sabor a nada”. El orden resultante no sería más que la expresión de los intereses circunstanciales de monopolios multinacionales, parametrizados por los precios relativos vigentes, siempre cambiantes. La familia nacional no puede constituirse en torno al pilar volátil de dichos precios relativos. Son los valores históricos culturales, y no un estado circunstancial de variables económicas, los que deben delinear la construcción de cada nación.

Los enfoques exclusivamente supranacionales provienen de la derecha y de la izquierda; globalizantes y, por lo tanto, apátridas.

También son nocivos los enfoques contrarios, que pretenden aislar a la comunidad para que se sienta poderosa dentro de sus paredes, a merced de los Gobiernos y grupos de poder de turno. La integración al mundo es necesaria para medir fuerzas, para establecerles competencias tanto a nuestros políticos como a nuestros empresarios y trabajadores. El sueño del Estado Mundial sería una pesadilla de falta de libertad. La competencia entre Estados Nacionales asegura nuestra libertad.

Comerciar internacionalmente, al igual que domésticamente, es competir. Renunciar a esa competencia internacional es renunciar al progreso y exponerse a los mandamás internos.

Pero, para competir internacionalmente con éxito, es necesario también integrarse internamente, en nuestras regiones y actividades nacionales, y asimismo con nuestros vecinos, especialmente Brasil y Chile.

Diría entonces, que tenemos que optar, para desarrollarnos, entre depender de los capitales internacionales o de los mercados internacionales, y que no podemos librarnos de algún grado de dependencia. (1968, Di Tella, *Objetivos específicos de una política industrial*).

Conclusión

El dato político fundamental que debemos tener presente los argentinos en la actualidad consiste en la construcción aún incompleta de nuestra nación. En efecto, las bases espirituales, culturales y materiales en que se debe asentar la Nación Argentina están incompletas.

Arturo Frondizi, *La Nación Argentina y sus Fuerzas Armadas*, 1992.

Conmemorar la declaración del 9 de Julio nos revela pendientes:

- *El efectivo control de las fronteras.

- *La efectividad gubernamental para disminuir la amplia zona de ilegalidad interna (delitos violentos, informalidad fiscal, violación sistemática de las normas de tránsito, y tantas otras).

- *Ganar el respeto de la comunidad internacional.

- *Establecer la armonía sustentable de las relaciones interprovinciales.

*Constituir moneda y crédito público sanos, para extranjeros y residentes, a costo compatible con el desarrollo de actividades económicas sanamente rentables. La usura estatal no puede ser fuente de progreso.

*Establecer un sistema de comercio e inversión internacionales, sustentable y proveedor al bien común, comenzando por acordar una estrategia con nuestros vecinos.

*Franquear el acceso de las castas desposeídas a la tierra para vivienda. Las villas miseria son monumento al fracaso. La vivienda propia es el techo, el refugio para la educación familiar, la esperanza de una jubilación en paz. Sin vivienda no hay equidad, y sin esta la independencia es solo de los privilegiados. No de la Nación.

*El despliegue de una visión de desarrollo adaptada a nuestra argentinidad, y compartida por la gran masa del pueblo²⁵.

Declarar la independencia no fue conquistarla. Algunos elementos jamás se alcanzaron, y en otros se ha retrocedido.

Cada uno de nosotros puede/debe aportar a una Independencia en construcción. Su afianzamiento, que paradójicamente requiere integración internacional²⁶ e interna²⁷, nos brinda programa para un centuria, en el campo de la acción y del pensamiento.

Ojalá reflexionar sobre este bicentenario nos aporte energías extras para seguir intentándolo.

25. Al menos 2/3. La gran hazaña de Perón es haber logrado eso para la mitad más uno.

26. Sin integración al mundo no hay independencia: hay aislamiento.

27. Sin integración interna no hay independencia: hay explotación doméstica.

Bicentenario de un país de novela

Por Marcos Aguinis*

Confieso que, durante los días que precedieron al lanzamiento de mi largo ensayo *Un país de novela, viaje hacia la mentalidad de los argentinos*, amigos y parientes que conocían el texto me aconsejaron —con gravedad o con guiños— que preparase las maletas para abandonar esta tierra: no me perdonarían lo que allí narraba. Era demasiado frontal, insolente.

En contra de ese pronóstico, la obra fue recibida con inmediato alborozo. En tres meses se reimprimió una docena de veces, con mayor número de ejemplares que en la primera ocasión. Se recomendaba y se discutía de manera febril. Yo estaba muy sorprendido, confuso. No podía contestar el torrente de llamadas telefónicas ni los mensajes con elogios o con nuevas ideas. Radios y medios gráficos de diversos puntos del país tuvieron la iniciativa de reproducir párrafos enteros.

* Autor de trece novelas, catorce libros de ensayos, cuentos y biografías. Dictó conferencias y cursos en más de treinta países. Traducido a varios idiomas. *Doctor Honoris Causa* de cuatro universidades. Premio Planeta Internacional, Caballero de las Letras y las Artes de Francia, fue Secretario de Cultura de la Nación.

Me gratificaba saber que, por lo menos, había acertado el título. El nuestro era, decididamente, un país de novela. En el epígrafe había tenido la suerte de reproducir una punzante humorada de Enrique Santos Discépolo: “El nuestro es un país que debería salir de gira”. Es decir, no solo se asocia con una novela, sino con el teatro, el vodevil o el bullicioso circo.

Pero la mayor de mis satisfacciones fue enterarme de que en muchas escuelas y colegios empezaban a comentarse sus páginas en clases de Historia, Literatura y Ciencias Sociales. Un público joven e inquieto avanzaba sobre la modorra conceptual que paralizaba a los adultos. Luego me arriesgué con otros libros, quizás más audaces, pero solo concentrados en materias de actualidad: *El atroz encanto de ser argentinos 1 y 2*, *¡Pobre patria mía!* y *¿Qué hacer?*

La relectura de esos textos me revela que, a lo largo de los años, cambian los actores, se transforma el escenario, tenemos sensaciones de novedad, pero el corazón del libreto mantiene su vigencia. La Argentina es distinta y la misma a la vez. Posee identidad. Es bueno afirmarlo ahora, en el Bicentenario de su Independencia.

Un país de novela apareció a comienzos de los noventa. Entonces dije que esa década podía etiquetarse de diferentes modos: *década sorprendente*, *década corrupta*, *década de la farándula*, *década hipócrita*, *década neoliberal*, *década estabilizadora*, *década desestabilizadora*, *década escéptica*, *década polarizadora*, *década escandalosa*, *década contradictoria*. Y la lista podía seguir.

¿Qué agregarles a las décadas siguientes? Quizás un aumento de intensidad, como en las sinfonías que se lanzan a una mayor exaltación.

Escribí en el comienzo de esa obra que prefería atribuir el libro a otro autor, más joven, audaz y entusiasta que yo. Su objetivo me inhibía. Desde unos ocho meses atrás había comenzado a perseguirme con sus perturbadoras sugerencias. Venía con sus borradores, citas, referencias bibliográficas. Me buscaba a la salida del trabajo, irrumpía en casa después de la cena y se convirtió en un huésped de plomo todos los fines de semana. Se colaba en mi tiempo privado, comía junto a mí y no dejaba de hablarme. Hasta que me obligó a poner por escrito su dictado. Para colmo, exigía respuestas y no se enfadaba con mis críticas.

Confesé que ansiaba quitarme ese tábano de encima y para ello no tenía mejor opción que satisfacerlo. “Este sujeto, que parece separado de mí y al mismo tiempo me habita me arrastra por una aventura plagada de flancos vulnerables”. Lo dije tal cual, porque sabía que estaba construyendo un edificio peligroso. En los acalorados debates que manteníamos le recordaba que ya se había escrito mucho sobre la Argentina y los argentinos, que ya se los había enfocado desde el sentimiento, la definición, el misterio, la profundidad, la intimidad, la maravilla, el pensamiento, la soledad, la viveza, el medio pelo; que distinguidos autores habían fatigado lentes de aumento y habían llenado páginas memorables. Que la gente ya estaba harta de revolver el mismo guiso.

Pero no se arredraba. Quería entender a la Argentina y a los argentinos con más profundidad porque, según decía,

los ama, los admira, lo enternecen... y lo desconciertan. Afirmaba que el género *ensayo*, el magnífico género literario que consagró Montesquieu, no es ideal para su propósito, pero ofrece ventajas.

Ventajas a cambio de un precio: la coherencia. Y ¡hete aquí una dificultad!: los argentinos tenemos poco trato con la coherencia. René Balestra llegó a categorizar a la Argentina como un absurdo; dice que manejamos una nueva gramática en la que el verbo entra en colisión con el sustantivo: los aviones no vuelan, los teléfonos no hablan, la electricidad no mueve ni ilumina, el gas no enciende, los trenes no andan, las universidades no enseñan... Esta descripción odiosa, y en parte falsa, contiene amor. ¿Ayuda a corregir los defectos o ayuda a tolerarlos? Nuestra composición anímica incluye baldazos de ilógica, chorros de ilusión, toneladas e hipérbole y espolvoreos de melancolía. Además de paradojas, muchas paradojas.

Veamos una.

Orwell anunció el Apocalipsis para una fecha maldita: 1984. Y bien, Argentina realizó una suerte de inversión: vivió la atmósfera de 1984 antes de 1984. Y ese año no padeció el Apocalipsis, sino que disfrutó la alegría de haber restablecido la democracia.

Antes de 1984 nuestro país se había hecho vergonzosamente célebre por la creación masiva de un nuevo tipo de víctima: los *desaparecidos*. El siglo xx ya se venía diferenciando de los anteriores por el incremento de la crueldad: dos guerras mundiales, producción fantástica de armamentos, devastadores conflictos, el holocausto, varios genocidios y una apabu-

llante creación de refugiados. A esta ominosa lista le añadimos la monstruosidad de los desaparecidos. Era un crimen que los autores no reconocían como tal. Sin embargo, la mera desaparición prueba un ocultamiento, y ese ocultamiento estaría de más si no existiese el crimen.

Antes de los desaparecidos, la Argentina se reconocía por el tango, Evita, el Che Guevara. Para niveles de mejor información, se solía añadir a la lista su excelente carne vacuna, la pampa, Jorge Luis Borges, la Patagonia... Los conocedores agregaban a Domingo Faustino Sarmiento, la copiosa inmigración de la primera mitad de siglo, el Libertador José de San Martín, Buenos Aires y su parecido con París, el gaucho, la aventura de los Apeninos a los Andes que narra Edmundo D'Amicis en su libro *Corazón*, la hospitalidad brindada a los republicanos que huyeron de la Guerra Civil Española. A ello se le incorporaban datos recientes sobre exiliados argentinos que se radicaban en otros países como buenos científicos o dotados artistas, y sobre los ciudadanos argentinos disparados al mundo durante el festín de la plata dulce (1978-1981), que corrían por las avenidas turísticas del universo, decididos a comprar todo con los dólares que hinchaban sus bolsillos. Pero aún no habían irrumpido los *desaparecidos*.

Éramos un pueblo rico, generoso y feliz. Al mismo tiempo, empobrecido y atribulado. Con certezas en su potencialidad. Y que, obsesivamente, machacaba la pregunta: “¿Qué nos pasa?”. Esto sigue hasta el presente y repica en el Bicentenario.

La Argentina es un país enorme al que se llega desde los otros continentes mediante un largo viaje. Habitualmente se

oye suspirar: “¡Queda en el culo del mundo!”, lo cual nos ofende sobremanera, aunque hayamos sido los argentinos quienes hayamos inventado la expresión. Decorosamente se podría explicar que se trata de un país ubicado en la región caudal de América. Pero con este giro concedemos enseguida el privilegio cefálico al extremo opuesto, el norte. No se trataría de un privilegio novedoso, porque la cartografía se desarrolló en el norte, y cabría suponer que le tentaba dibujarse arriba. Algunos cartógrafos locales han intentado poner los mapas cabeza abajo, pero su conmovedor empeño no modifica la desequilibrada relación de fuerzas. Va imponiéndose el humor de quienes no se escandalizan por lo del “culo” y miran pensativamente el panorama. James Reston, por ejemplo, escribió que los Estados Unidos parecen dispuestos a hacer cualquier cosa por América Latina, menos leer sobre esta o tratar de comprenderla. Y el venezolano Carlos Rangel asevera que el no sentirse Latinoamérica indispensable o ni siquiera demasiado necesaria hace suponer que, si se llegara a hundir en el océano sin dejar rastro, el resto del mundo no sería más que marginalmente afectado.

En otras palabras, según estos puntos de vista, nuestra querida patria corre un riesgo mayor que estar en una punta del mundo: *quedar fuera del mundo*.

Otra desventaja se vincularía con nuestra escasa población: somos apenas cuarenta y cuatro millones para un territorio de casi tres millones de kilómetros cuadrados. En la Patagonia la densidad cae a medio habitante por kilómetro cuadrado. Desde el siglo XIX se viene insistiendo en la necesidad de llenar con gente nuestras tierras y que civilizar es poblar. Hoy en día, sin

embargo, con los problemas mundiales de la explosión demográfica, ese defecto ya no es señalado con énfasis, y la centena-ria consigna pierde respaldo. Más que tener inmigrantes, urge distribuir mejor los cuarenta y cuatro millones, cuya mitad se amontona en la ciudad y provincia de Buenos Aires. Los otros inconvenientes, mirados desde afuera, son menores. Vistos desde adentro, se agrandan merced a los tozudos esfuerzos que rea-lizamos no solo para que así sean, sino para que así parezcan.

En este Bicentenario podemos reconocer que las virtudes que alternativamente negamos y voceamos son múltiples. La Argentina es un país joven. Mana recursos naturales que no puede consumir ni sabe cómo hacerlo. Tiene una población bastante sana en comparación con la mayoría de otros conti-nentes como Asia y África, y la caracterizan variados orígenes. Pese a la degradación educativa, aún perdura un considerable nivel medio de educación. No ha padecido guerras que hayan dañado en forma significativa a su gente ni sus recursos. No existen conflictos estructurales insolubles. Pese a la escanda-losa pobreza de un amplio sector, no nos han segado las ham-brunas. Las comunicaciones, con muchas fallas, mantienen conectada la mayor parte del país. En varios rubros existen manifestaciones de excelencia, tanto en la ciencia y en la técni-ca, además de descollar en el arte. El desarrollo empresarial o el movimiento cooperativo exhiben defectos, pero son impor-tantes y pueden mejorar. Se ha desarrollado una de las centra-les obreras más numerosas del mundo. No es un dato menor que, en una época, la Argentina llegó a ser el centro editorial de Hispanoamérica.

Sin embargo, G. K. Chesterton ya habría avizorado decenas de paradojas en lo poco que venimos diciendo. Y confirmaría de ese modo nuestros rasgos de novela: virtudes que generan padecimientos, padecimientos que no generan virtudes, experiencias que se olvidan, disvalores que se critican y, al mismo tiempo, son motivo de orgullo. Por estas paradojas, no solo muchos extranjeros tienen dificultad en comprender a los argentinos: tampoco nos resulta fácil a nosotros. Si bien todos los pueblos tienen su complejidad y misterio, los argentinos podemos reconocer que, a veces, somos un poco más: un enigma dentro del misterio.

Este complicado laberinto desafía nuestras fuerzas y nuestra razón. Impulsado por aquel tábano que mencioné al principio, a lo largo ese libro me atreví a recorrer algunas cámaras confusas, situaciones humorísticas y también pasillos trágicos. Para cualquiera puede resultar emocionante. Para los argentinos es un ejercicio de reencuentro.

Se lucubra que la Argentina es, por lo menos, cuatro países precariamente ensamblados en el sentido transversal, sincrónico. Y otros tantos países en el longitudinal, diacrónico. Tiene más diferencias caracterológicas un habitante de Buenos Aires con otro del noroeste que un bonaerense con los uruguayos y un jujeño con los ciudadanos de Bolivia. Nuestro mapa es colorido. Es el marco unificador de una fragorosa diversidad. En esta caben actitudes develadoras y encubridoras, vitales y letales, creativas y sacralizantes. Todo lo que se diga sobre nuestro pueblo (sobre cualquier pueblo) es una conclusión aproximada y provisoria. Aproximada, porque

aún no se dispone de un instrumento suficientemente preciso para obviar las distorsiones de la subjetividad. Provisoria, porque no solo cambia el ojo y el espíritu del observador, sino porque lo observado no deja de cambiar.

En fin. Para no cansar, cerraré este divague diciendo que este Bicentenario de nuestra Independencia Nacional nos brinda el marco dorado para pintar el más sugerente de los óleos. Animémonos.



Nos los Representantes de las Provincias Unidas en Sud-América, reunidas en Congreso General, invocando al Eterno que preside al Universo, en el nombre y por la autoridad de los Pueblos que representamos, protestamos al Cielo y a las naciones y hombres de todo el globo la justicia que según nuestros votos; declaramos solemnemente a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indisoluble de estas Provincias romper los violentos vínculos que las ligan a los reyes de España y a sus herederos, que los derechos de que fueron despojadas, e inventos del alto vortador de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan en consecuencia de hecho y de derecho en amplio poder para hacer las leyes que les parezca, e imponer el castigo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo pujan, declaran y ratifican, con premeditados por nuestro medio al cumplimiento y sosten de esta su voluntad del seguro y garantía de sus vidas, libertades y propiedades, a quienes nos corresponde para su publicación, y en obsequio del respeto que se debe a las naciones, detállase en sus manifiestos las gravísimas fundaciones impulsivas de este solemn declaracion... Dada en la Sala de Sesiones, Frase de nuestra mano, sellada con el sello del Congreso, y reñido

[Handwritten notes and signatures, mostly illegible due to cursive script.]

Mirando al Mundo más allá de nuestras narices

Por Diego Ramiro Guelar*

● En 200 años nos hemos dado todos los gustos! Fusilamos a Liniers; envenenamos a Moreno; le robamos a Belgrano la herencia que había donado para hacer cuatro escuelas; echamos a Rivadavia, San Martín, Rosas, Yrigoyen, Perón y Frondizi; asesinamos a Quiroga, Urquiza, Chacho Peñaloza y, en doblete, al General Valle en 1956 y al Gral. Aramburu en 1970.

Tuvimos una larga guerra civil desde el mismo momento de haber declarado la independencia hasta 1880 (fecha en la que creamos la Capital Federal), pero seguimos guerreando informalmente hasta el presente.

Tan solo en los últimos 40 años hicimos una seguidilla que incluyó un genocidio, una guerra exterior contra Inglaterra aliada con toda la OTAN, una hiperinflación y un default. Ah, me olvidaba, ¡en 200 años estuvimos siete veces en default!

* Embajador argentino en China. Exembajador en Estados Unidos, Brasil y la Unión Europea.

Para devolver el alma al cuerpo, hay que recordar que hicimos muchas otras cosas por las cuales supimos ascender dos veces al podio de las naciones más respetadas del mundo: en el primer cuarto del siglo xx y al finalizar ese último siglo, cuando fuimos incorporados a ese “cuadro de honor” que hasta hoy integramos: el G-20 o primer ejercicio de un ejecutivo colegiado mundial.

No debemos olvidar que fuimos los impulsores de la libertad de medio continente; pudimos mantener la integridad de un territorio de 3 millones de km² (hoy duplicado marítimamente); pudimos generosamente triplicar nuestra población en 30 años gracias al aporte de europeos, judíos y árabes (sumados al aporte de nuestros vecinos); y realizamos un exitoso proceso de integración social y político a través del radicalismo y del peronismo. En el campo internacional, logramos evitar las guerras latentes con Chile y con Brasil y, además, logramos hacer el proceso de integración regional sin necesidad de los baños de sangre que representaron la Primera y Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial (necesarias para que, finalmente, la Unión Europea pudiera garantizar los primeros 70 años de paz ininterrumpida en territorio europeo).

Tenemos que recordar que, al inicio de la década de los cincuenta, Argentina y Brasil fundaron sus respectivas Comisiones de Energía Atómica para poder hacer “la bomba” y éramos, recíprocamente, los destinatarios finales de ese eventual catastrófico desatino.

En su lugar, construimos el Mercosur y fuimos juntos a Viena a firmar en 1991 el Tratado de No Proliferación Nuclear

(ya en 1985 habíamos creado la ABACC —Agencia Brasileño-Argentina de Contabilidad y Control de Materiales Nucleares—, para monitorear en forma conjunta nuestros programas nucleares), y en 1997 declaramos al Mercosur “Zona de Paz” en la cumbre de Ushuaia.

Por otro lado, hemos establecido el mejor de los precedentes mundiales en el campo de las migraciones sociales, una forma pacífica, sin necesidad de tratados o de negociación bilateral alguna: cualquier vecino inmediato (uruguayos, paraguayos, bolivianos, chilenos, brasileños) o no tanto, como los peruanos, en número de millones, han podido establecerse y obtener, con el solo requisito de solicitarla, su residencia permanente. Lo más extraordinario es que, durante las décadas en que este proceso viene naturalmente ocurriendo, hemos tenido grandes crisis económicas y sociales, y ningún sector político significativo ha reclamado nunca la construcción de “muros”, la deportación compulsiva o medidas restrictivas en esta materia.

Nuestros hospitales públicos, con todos los problemas presupuestarios que sufren, nunca han negado atención sanitaria —incluyendo la más costosa y sofisticada— a un vecino sudamericano, aunque no tenga ninguna cobertura médica.

Destaco esta actitud generosa e inclusiva porque, en voz baja, algunos pocos creen que está mal hacer lo que hacemos. Por el contrario, afirmo que es el gesto de política exterior más significativo de nuestra historia. Lo que hacemos mal es no computar este hecho en nuestras relaciones de vecindario, porque no recuerdo ninguna expresión de agradecimiento de los

Gobiernos involucrados (sí, por cierto, de nuestros hermanos que se han incorporado a nuestra sociedad con invalorable aportes de trabajo y con vocación de convivencia pacífica).

Y digo esto porque un ejemplo a destacar es que todos los Gobiernos españoles de cualquier signo —desde Franco hasta la fecha— reconocen el gesto del General Perón cuando en 1946 les envió toneladas de trigo con las cuales pudieron paliar la hambruna de ese momento, y ejercieron la reciprocidad en el 2001, cuando caímos en default y nos pusieron 1000 millones de dólares a disposición en forma inmediata e incondicional.

Más allá de que no hayamos “ahorrado sangre” de gauchos, activistas socialistas o anarquistas en los veinte, o de jóvenes “equivocados” en los setenta, en política exterior siempre supimos ser generosos y pacíficos.

Tuvimos dos guerras con vecinos en el siglo XIX: una con Brasil (en 1821), que ganamos, con lo que podríamos haber anexado la Banda Oriental, pero reconocimos la independencia uruguaya. La otra, muy sangrienta e injusta, la del Paraguay, país con quien nos une la culpa de ese trágico error. Tratamos, de ahí en más, a nuestros hermanos paraguayos con un sentimiento de profundo respeto (que siempre ha sido correspondido).

Con Bolivia nos ocurre otro tanto. Fue Argentina quien medió para parar el derramamiento de sangre producido por la Guerra Boliviano-Paraguaya entre 1932 y 1935, y por ese rol fue que el Canciller Carlos Saavedra Lamas obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1936. Fue en reconocimiento a la conducta de Adolfo Pérez Esquivel durante la dictadura militar de los

ochenta que el valiente militante social haya ganado el mismo galardón en 1980, y que las abuelas de Plaza de Mayo hayan sido candidatas permanentes por la increíble tarea de recuperar la identidad de 120 nietos a quienes les asesinaron los padres y les robaron el más elemental de los derechos humanos.

Pese a las crisis económicas y a la inestabilidad política, encontramos la forma de aportar a la ciencia. Tenemos tres premios Nobel: en Fisiología o Medicina, Bernardo Houssay y César Milstein; y en química, Luis Federico Leloir. Además, contamos con cinco satélites de producción nacional, que prestan invalorable servicios informáticos (a la agricultura, al medioambiente, al seguimiento de ballenas, a las telecomunicaciones, etc.).

Mucho nos hemos equivocado a lo largo de estos 200 años, pero también es mucho lo que hemos sabido aportar. Somos solo 40 millones y producimos alimentos para 400 millones. Es cierto que todavía no hemos sabido agregar el suficiente valor a esos *commodities* para beneficiar suficientemente a nuestros conciudadanos, pero terminaremos haciéndolo por exigencia de nuestro pueblo que, a medida que madura —como todos los pueblos—, exige a su dirigencia mejores condiciones de vida.

En el campo medioambiental, nos tocó el honor de presidir la primera gran Conferencia Medioambiental en Kioto, Japón (1997) en la persona del distinguido Diplomático Raúl Estrada Oyuela, y somos militantes decididos del cumplimiento de los objetivos trazados en la Conferencia de París del año próximo pasado. Hemos limitado al máximo la utilización del carbón como recurso energético; el gas y la

hidroelectricidad son nuestra fuente principal (superan al petróleo); y estamos embarcados en un ambicioso programa para aumentar la participación de la energía eólica y de la solar en el próximo quinquenio.

Hacemos propios los “Objetivos del Milenio” de las Naciones Unidas y esperamos erradicar la pobreza en la próxima década, siguiendo el camino abierto por otras naciones emergentes que vienen aportando su cuota desde el 2000.

Así podemos declarar con convicción que los objetivos centrales de Política Exterior Global acordados por las naciones civilizadas (terminar con la pobreza, cuidar el medioambiente, derrotar la violencia terrorista y luchar contra el narcotráfico) tienen el más amplio consenso de la sociedad argentina y forman parte del mandato expresado en las urnas el 22 de noviembre del 2015. Y ese consenso excede el meramente electoral: es el estado de conciencia de la inmensa mayoría del pueblo argentino, del cual me siento orgullosamente parte.

Hoy transitamos una etapa trascendental de nuestra historia. Tenemos que reforzar nuestro vínculo central con las naciones de nuestro vecindario para fundar una “Verdadera Nación de Naciones Sudamericanas” que deje atrás la retórica y la convierta en objetivos concretos y alcanzables. ¿O es que no podemos constituir una Agencia Regional Medioambiental que cubra las cuencas del Orinoco, el Amazonas y el Río de la Plata, y atraviese las selvas tropicales, los acuíferos y los desiertos de Atacama y Patagonia, así como la pampa argentina, el planalto brasileño, los llanos venezolanos, la riqueza minera de los Andes que unen cual columna vertebral

a Colombia, Perú, Bolivia y Chile, y detentan el 37% de la biodiversidad planetaria?

¿O es que no podemos construir una Agencia Alimentaria Regional que garantice la total eliminación del hambre en la región y buena parte del planeta, siendo —como conjunto— los mayores productores y exportadores de alimentos?

¿O es que no podemos fundar una Agencia Energética Regional que multiplique la eficiencia ya acreditada en la producción de gas boliviano, hidroenergía paraguaya, petróleo offshore brasileño, shale gas y petróleo argentino, más la enorme reserva venezolana, interconectándola para producir toda la energía que nuestro desarrollo necesita? Y a eso hay que agregarle todo el viento que sopla y todo el sol que nos ilumina al norte y sur del Ecuador, que nos permitiría usar y exportar energía barata y limpia.

¿O es que no podemos organizar una Agencia Fitozoosanitaria Regional que nos permita combatir las plagas que afectan a nuestras plantas y animales y que nos producen cientos de millones de dólares de pérdidas anuales, desde una “Alta Autoridad Común” que pueda negociar de igual a igual con las que ya existen en China, Japón, Estados Unidos o la Unión Europea?

Y por último, ¿qué nos impide crear una Agencia de Defensa Común, que nos permita limitar los gastos militares y volcar la tecnología militar a la logística, el transporte y la atención de emergencias y catástrofes? A eso hay que sumarle la posibilidad de interactuar prolíficamente con Asia, Norteamérica, Europa y África, con los cuales no tenemos conflicto alguno.

Desde el nuevo “camino de la seda” que une a China con Europa y el Medio Oriente, a los Tratados de Libre Comercio de las Naciones del área Asia-Pacífico, como las transatlánticas y la más cercana Alianza del Pacífico, el flujo de capitales, créditos y comercio fluyen hacia las regiones y países que mejor entienden las nuevas reglas de la “globalidad global” que hoy imperan. Ejecutarlas solo depende de nuestra capacidad.

Nada de todo esto es imposible y estamos muy cerca de alcanzarlo. Falta, quizás, la decisión política necesaria para salir de las urgencias mediáticas y electorales, y encarar un camino que está listo para ser recorrido. Dos siglos son suficientes para aprender de nuestra propia historia y de la de nuestros vecinos, y decidirnos a marchar juntos hacia un futuro mejor.



Detalle del mural realizado por la escultora tucumana Lola Mora.
Museo Casa Histórica de la Independencia, Tucumán.

APÉNDICE DE ESCRITOS ANTIGUOS

VISIONES DE LA INDEPENDENCIA



*Casa histórica de Tucumán. Entrada al salón donde se juró la Independencia, 1869.
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

Un pueblo decidido a ser nación

Por Felicitas Luna*

En las páginas anteriores hemos leído distintas visiones sobre el 9 de Julio. Sus antecedentes, sus consecuencias y las enseñanzas y continuidades que aún hoy perduran.

Como se vio, la convocatoria a Tucumán se vivía en un entorno peligrosamente hostil. Los realistas habían retomado el poder y a fin de 1815 se hallaban instalados y bien fortificados de México a Chile. La presión europea, portuguesa y artiguista ponía en jaque a la Revolución, que se mantenía en pie en el reducido ámbito rioplatense.

La sesión del 9 de julio en Tucumán comenzó muy temprano y, después de varias horas de arduo trabajo, se consagró la Declaración de la Independencia. La madurez política de los congresales contaba con un elemento decisivo: un pueblo decidido a ser nación.

Los que prestaban juramento a la patria contaban con una muerte segura si el país volvía a caer bajo la dominación española; por eso estaban dispuestos a vencer o morir. Con-

* Profesora de Historia, Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Editora de la revista *Todo es Historia*. Directora del Museo de Arte Popular José Hernández, Ciudad de Buenos Aires; Especialista en Historia de la Fotografía Antigua e Investigadora de la OEA para Proyecto de Identificación de Fuentes y Colecciones Documentales.

sagrar públicamente el acto revolucionario del 9 de Julio y en todo el territorio fue afirmar la responsabilidad que asumía el colectivo social en un contexto complejo que no admitía echarse atrás. Seis meses después, don José de San Martín partía con sus columnas para concretar su estrategia del Plan Continental.

Como dijo Félix Luna, “La Declaración de la Independencia fueron palabras tan bien elegidas, representativas de ideas tan arraigadas en la población y lanzadas, además, en un momento tan oportuno, que resultaron el activante óptimo para dinamizar la causa de la Patria hacia la última etapa: la de la victoria”.

La propuesta de esta sección es movilizar al lector con los relatos de actores que recordaban el 9 de Julio por haberlo vivido (como José María Paz o Gregorio Aráoz de Lamadrid), pero también incluir plumas de historiadores y pensadores del siglo xx que analizaron esta fecha con vehemencia y pasión.

La búsqueda de estos nombres fue realizada por Gregorio Caro Figueroa y Lucía Solís Tolosa, quienes investigaron hasta la década del cincuenta. Libros poco conocidos, autores olvidados por muchos y versiones raras fueron lo que priorizamos a la hora de esta selección. Para mayor comprensión se añadió un copete explicativo del tiempo en que fue escrito y algunos datos biográficos.

Al transcribir los textos se respetó el estilo, la grafía y sintaxis, además de su vocabulario. Hoy nos podrán parecer grandilocuentes, retóricos, pesados, y hasta aburridos. Le sugerimos querido amigo, que se tome unos minutos, que disfrute y viaje al pasado con estos testimonios que contribuyeron a analizar el 9 de julio.



*Desfile de las escuelas, provincia de Tucumán, 8 de julio de 1919.
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*



*Retrato del general Manuel Belgrano (1889-1966).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

Manuel Belgrano, decisivo impulsor de la Independencia*

Por Manuel Lizondo Borda**

Desde finales del siglo XIX y hasta la segunda mitad del XX, observar la historia nacional desde Noroeste, antiguo núcleo del país, permitió ensanchar y enriquecer el conocimiento del pasado argentino. Ese punto de mira aportó visiones diferentes, algunas polémicas y otras complementarias. Al trascender las fronteras del localismo, esos aportes abrieron camino a una comprensión integral de la historia argentina. Este tucumano forma parte de esa generación de historiadores de provincia, pertenencia geográfica que, fatalmente, no condena una obra a inferioridad ni a marginalidad. Docente universitario, miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la Junta Conservadora del Archivo Histórico de Tucumán, autor de una vasta

* Este texto fue escrito por Manuel Lizondo Borda en 1949. El autor destaca el papel del general Belgrano en el Congreso, explicando sus ideas institucionales.

** Manuel Lizondo (1889-1966) fue un abogado, escritor, publicista, historiador y poeta tucumano. Hombre de la política, ocupó el cargo de Diputado provincial de Tucumán durante el centenario de la Independencia. Este intelectual fue una de las figuras más representativas de la cultura del norte argentino.

obra, Lizondo Borda, “buscador de la verdad” según Juan B. Terán, pudo vencer “la inclemencia de nuestros medios provincianos, con una fidelidad imperturbable a su vocación, manifestada desde la primera juventud”.

Belgrano llega a Buenos Aires en febrero de 1816. Poco después el Gobierno, a raíz del desastre de Sipe-Sipe, trata de nombrar un reemplazante de Rondeau para el mando del Ejército del Norte. Y para esto, San Martín recomienda a Belgrano, haciéndole un gran elogio. Escribe a Godoy Cruz: “Yo me decido por Belgrano; éste es el más metódico de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural; no tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia; pero créame Vd. Que es lo mejor que tenemos en la América del Sur”. El Gobierno de Pueyrredón le otorga dicho mando. Y de este modo, poco antes de la declaración de nuestra independencia, tenemos al patriota aquí, en Tucumán.

Por indicación del propio Director Pueyrredón, el Congreso invita a Belgrano a la sesión secreta del 6 de julio, para que lo oriente haciendo una exposición “sobre el estado actual de la Europa, ideas que reinaban en ella, concepto que ante las naciones de aquella parte del globo se había formado de la revolución de las Provincias Unidas y esperanza que éstas podían tener de su protección”, etc.

Nada más oportuno ni más fundamental que este requerimiento, en vísperas de la declaración inmortal, hecho a Belgrano, gran testigo de vista de lo que entonces sucedía en Europa. Y él informa y opina sobre cinco puntos, tres de los

cuales, resumidos son éstos: 1º) que al principio la revolución de América “había merecido un alto concepto entre los Poderes de Europa”, pero que el desorden y la anarquía continuada de estos países fueron sin duda un obstáculo para la protección esperada de dichos Poderes. 4º) Que “el poder de España en la actualidad era demasiado débil e impotente por la ruina general a que lo habían reducido las armas francesas, discordias que la devoraban y poca probabilidad de que el Gabinete Inglés le auxiliara para subyugarnos, siempre que de nuestra parte cesasen los desórdenes que hasta el presente nos han devorado; pero que al fin tenía más poder que nosotros y debíamos poner todo conato en robustecer nuestros ejércitos”. 5º) Que el envío de tropas portuguesas al Brasil no era de acuerdo con España ni un peligro para nosotros, pues el rey Don Juan era pacífico y enemigo de conquistas, por lo que “estas provincias no debían temer movimientos de aquellas fuerzas contra ellas”.

Estos tres puntos informativos de Belgrano, en los que poco se han fijado los historiadores, por fijarse en los otros dos, tienen a nuestro juicio una importancia excepcional para la declaración de nuestra independencia. Porque no puede haber duda de que sólo por ellos el Congreso cobró plena confianza y se armó de coraje para hacer, tres días después, esa declaración.

En los otros dos puntos de su exposición, Belgrano dice lo siguiente: en el 2º, “que había acaecido una mutación completa de ideas en la Europa” en cuanto “a forma de gobierno”; que así como antes el espíritu general era “*republicarlo* todo”, esto es constituir repúblicas, “en el día se trataba de *monarquizarlo* todo”, o sea adoptar monarquías; para lo cual la Nación Inglesa

había dado el ejemplo con su poderío y grandeza, debido a su “constitución de monarquía temperada”; que Francia y Prusia ya en esto la habían imitado, y que lo mismo “habían practicado otras naciones”. Este punto era una simple exposición, muy interesante, que nada tenía de particular.

Pero en el 3° Belgrano da su opinión al respecto, como aplicación para nuestro país, en una forma que a los oídos porteños sonó como un pistoletazo. Dijo: “Que conforme a estos principios, en su concepto la forma de gobierno más conveniente para estas provincias sería la de una monarquía temperada”; y que debería llamarse a la “dinastía de los Incas”, por la justicia que en sí envolvía “la restitución de esta Casa tan inicuaamente despojada del Trono, por una sangrienta revolución que se evitaría para en lo sucesivo con esta declaración, y por el entusiasmo general de que se poseerían los habitantes del Interior, con sola la noticia de un paso para ellos tan lisonjero; y [por] otras razones que expuso”. Pues bien, este punto merece una consideración especial, tanto por lo que interesaba fundamentalmente al Congreso en cuanto podía ser guía para sus resoluciones futuras, como por las críticas de todo orden que desató entonces entre los diputados porteños y más tarde entre los historiadores.

Como dijo Tomás Manuel de Anchorena muchos años después en una carta a Rosas, “la idea de monarca y de monarquía en nuestro País no fue siempre mirada con mal ojo, antes por el contrario, tuvo mucho tiempo la mejor acogida, en el concepto de que la forma monárquica constitucional era la que más nos convenía”. Esta referencia de Anchorena era cierta, y

el hecho de haber sido él diputado por Buenos Aires al Congreso de Tucumán nos permite afirmar que la recomendación de esa forma de gobierno, hecha por Belgrano, debió ser acogida con gran simpatía por la mayor parte de los diputados a dicho Congreso, por el Gobierno Central y por las gentes ilustradas, de Buenos Aires sobre todo. Y ¿acaso no confirma esta afirmación la misión diplomática anterior de Rivadavia y Belgrano en Europa, en la cual andaba todavía Rivadavia? De manera que en esto Belgrano no pudo entonces asustar a nadie: al contrario.

Pero en lo que Belgrano asustó a los porteños fue en la otra parte de su recomendación; en que se trajese como monarca a un vástago de la dinastía de los Incas. Anchorena, en la carta citada, nos da noticias muy interesantes y pintorescas al respecto. Cuenta: “Al oír esto los diputados de Buenos Aires y algunos otros más nos quedamos como atónitos con lo ridículo y extravagante de la idea; pero viendo que el General insistía en ella, sin embargo de varias observaciones que se le hicieron de pronto, aunque con mucha medida, porque vimos brillar el contento en los diputados *cuicos*, en los de su país asistentes a la barra y también en otros representantes de las provincias, tuvimos entonces que callar y disimular el sumo desprecio con que mirábamos tal pensamiento...

El resultado de esto fue que al instante se entusiasmó toda la *cuicada* y una multitud considerable de provincianos congresales y no congresales; pero con tal calor que los diputados de Buenos Aires tuvimos que manifestarnos tocados de igual entusiasmo para evitar una dislocación general en toda la República”. Luego dice que pidieron circunspección y que

el asunto se tratase públicamente en sesiones extraordinarias; con lo cual —agrega— “logramos nuestro objeto, que pasado aquel primer calor, por medio de la discusión, de la prensa y de las correspondencias particulares, se hiciese sentir lo despreciable que era tal pensamiento”.

A continuación advierte que éste “no fue rechazado y ridiculizado en público” porque se preconizara y discutiese la proclamación de un gobierno monárquico, sino —expresa— porque poníamos la mira en un monarca de la casta de los chocolates, cuya persona si existía, probablemente tendríamos que sacarla borracha y cubierta de andrajos de alguna chichería”.

Esta curiosa relación de Anchorena nos ilustra acabadamente sobre lo que ocurre en el Congreso con la idea del monarca incaico, recomendada por Belgrano: cómo fue recibida con júbilo unánime al principio y cómo cayó luego en el descrédito, por obra y gracia de los diputados porteños, de la prensa porteña, y los hombres porteños. Estos querían entonces un monarca; pero uno europeo, blanco, de sangre azul; nunca uno peruano, de *la casta de los chocolates*”.

[...] ¿Cuál fue, ahora, la razón por que Belgrano recomendó, para el caso de adoptarse la monarquía constitucional, a un monarca de dinastía incaica? Anchorena da una, expuesta a él por el propio Belgrano. Refiere que éste le dijo que había hecho esa recomendación con ánimo de que corriendo la voz y penetrando en el Perú, se entusiasmasen los indios y se esforzasen en hostigar al enemigo, con lo que distraído éste, “tendría él [Belgrano] tiempo de engrosar su ejército para atacarlo llegada la oportunidad”.

Pero si Belgrano quiso eso solamente, su idea del monarca incaico resulta en el fondo una simulación, por no decir una farsa, para una finalidad práctica de efectos inmediatos y nada más, por el mismo estilo de la llamada “simulación monárquica” de Rivadavia. Sin embargo, nosotros juzgamos que no hubo simulación en ningún caso: ni en el de Belgrano, que tendría más disculpa. Este era un hombre sincero, incapaz de farsas. Tuvo que haber, pues, razones más hondas en el ánimo de Belgrano, al proponer esa idea con su honradez característica: razones que para nosotros son estas:

La idea de un monarca incaico para nuestro País, dentro de una monarquía constitucional, era una idea revolucionaria, la más revolucionaria que ningún argentino, fuera de Belgrano, se atrevió entonces ni después a proponer para nosotros. Belgrano debió incubarla y madurarla en su viaje de regreso de Europa, mientras rememoraba, probablemente asqueado, sus andanzas diplomáticas siguiendo a Rivadavia y Sarratea; y cuando al mismo tiempo pensaba en los que, por ambición de mando, porteños en su mayoría, casi habían conducido a la patria “poco menos que a su disolución”.

A nuestro juicio, Belgrano propiciaba francamente entonces el sistema de gobierno monárquico, porque consideraba, sin duda, que era la única forma de establecer durablemente el orden y la tranquilidad en el País; porque, poniendo al frente del Estado un monarca, esto es una persona invariable, vitalicia, a la que sólo pudieran suceder sus descendientes, se liquidaba de golpe a todos los codiciosos del poder, que él ya veía venir, los cuales, con las alas cortadas, podrían dedicarse

a cosas mejores que a fraguar asonadas y a atizar luchas sangrientas y destructoras entre sus hermanos.

Y Belgrano recomendaba para monarca a un descendiente de los Incas peruanos, porque, en nuestro entender, él quería, valientemente, acabar también con el predominio, ya nefasto, de Buenos Aires y de los hombres porteños sobre el resto de nuestro País. Él —según lo interpretamos nosotros— quería como buen argentino, ya más provinciano que ninguno, lo que no hubiera ocurrido con otro monarca, esto es que la gravitación del Gobierno Central pasase al Interior, al corazón de las provincias, como más equitativo, y que Buenos Aires se quedase a la orilla, solamente como unas de tantas, con su rica ciudad y nada más. ¿Y no es todo esto profundamente revolucionario, algo grande y trascendental, en que Belgrano se adelantaba a su tiempo y preveía de un modo admirable el futuro? Estas fueron para nosotros las dos razones íntimas de su recomendación, porque si él no las dijo, esas iban a ser, fatalmente, las consecuencias de ella...

Para dar con mayor autoridad la razón a Belgrano, en este punto de la monarquía para nuestro país, está por otra parte, el juicio de un tucumano ilustre, de Alberdi, el pensador que ha calado más hondo en éste como en otros problemas de la historia argentina. Él, en el 64, escribió lo siguiente: “Belgrano, más franco, menos aspirante y más bien educado que Rivadavia, aceptaba las formas del gobierno que, sin ser tan bellas en abstracto servían para salvar a la patria de la conquista y del desorden, y a los patriotas del reproche de inconsecuentes o de hipócritas. Belgrano quería que se aceptase como gobierno de-

finitivo y permanente, ese gobierno fuerte que Rivadavia asumía por asalto y clandestinamente; no bajo la forma antipática y violenta de la dictadura republicana, contrasentido político que no puede tener respeto, sino de la monarquía constitucional, tal cual existía en la libre Inglaterra. Si él se equivocaba con Bolívar y San Martín, su error merece más respetos que el pretendido acierto de los que hoy mismo en 1864, a los 54 años de ensayos impotentes de gobierno, ¡todavía no gobiernan sino por leyes provisionales e interiores, destinadas a vivir cinco años!”.

“Belgrano quería leyes y formas de gobierno que no tuvieran necesidad de ser violadas para lograr el bien del país. Quería una forma que diese legamente al gobierno el poder que éste se apropia, hollando las leyes con el objeto de salvarlo. En lugar del orden semiculto, es decir arbitrario, armado de un *palo*, el *orden culto*, es decir *legal*, armado de un cetro”. Luego observa: “El cetro no es más que el recurso extremo, la tabla de salvación, la última razón empleada por la cordura de un país el día que la tempestad amenaza devorarlo, o cuando la tempestad amenaza perpetuarse. El cetro es la *perpetuidad* del remedio opuesta a la *perpetuidad del mal*”.

Pero Alberdi añade otra cosa interesante. Y es esto: “El Brasil abrazó ocho años más tarde (en 1822) las ideas del gobierno que Belgrano y San Martín habían tratado en vano de hacer prevalecer en el Plata [...]. En Europa se atribuye al Brasil mejor sentido político que a los pueblos del Plata, sin darse cuenta de ese hecho que hace honor a los hombres y a la re-

volución argentina, a quien pertenece, tal vez, la iniciativa del gobierno que hoy hace la suerte del Brasil”.

Y más adelante, o en otro lugar, Alberdi hizo notar de un modo más preciso este ejemplo del Brasil, que con el remedio heroico del *sistema monárquico* evitó la anarquía y las luchas internas que afligían a otras naciones de América; y cuando los políticos y el pueblo brasileños se acostumbraron al orden y a la ley, abolió ese sistema para adoptar el de la *república representativa*. Finalmente, quitados los prejuicios, el sistema de gobierno en general, cuando no es anacrónico, es lo de menos: lo que importa es otra cosa.

Para terminar, nada mejor que estas otras palabras de Alberdi, que nosotros aquí queremos hacer nuestras. Estas que pone al final de su juicio ya citado: “No propongo por esto la monarquía, no la recomiendo, no hago su apología. La explico por una necesidad de explicar la idea de Belgrano de que sus apologistas tímidos pretenden hacerle un reproche y un tilde: *Por vindicar una noble figura de la historia del Plata y de América*”. Por vindicar a Belgrano, sí, diremos ya nosotros, a Belgrano, gestor principal de la Revolución de Mayo, impulsor decisivo de la declaración de la Independencia y verdadero Ángel Guardián de la Patria en sus primeros pasos.



*Retrato de José María Paz (1791-1854).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

La indisciplina de los soldados, madre de todas las derrotas*

Por José María Paz**

Nació en Córdoba en 1791 y murió en Buenos Aires en 1854 a los 73 años, de los cuales consagró medio siglo de su intensa y dura vida en las que padeció cárcel, exilio y pobreza. Desde 1810, “perteneció a la causa de la revolución”. Paz y su familia “se distinguieron por sus sentimientos liberales y patrióticos”. Paz fue uno de los jefes militares de mejor formación intelectual: se graduó en Filosofía, Teología, bachiller y maestro en artes. Aprendió latín y matemáticas. Cursó la carrera de jurisprudencia,

* Este texto es un fragmento de la primera parte (“Campanas de la Independencia”) de las *Memorias* de José María Paz, publicadas en 1855.

** José María Paz (1791-1854) fue un militar argentino que participó en varias guerras de la Argentina. Cuando cumplió 20 años, y en los dieciocho siguientes, participó en la Guerra de la Independencia, intervino en las derrotas de Cotagaita y Vilcapugio y Ayohuma, y en las batallas victoriosas de Salta y Tucumán. Entre 1823 y 1825 organizó en San Carlos (Salta) una división que debía marchar al Perú para reforzar al Mariscal Sucre. En 1826 se incorporó al Ejército de operaciones en la guerra del Brasil. Entre 1818 y 1830 se enfrentó a los caudillos Juan Bautista Bustos (en San Roque) y Facundo Quiroga (en La Tablada y Oncativo) y los derrotó.

que abandonó convocado por la guerra, cuando le faltaba el último curso. Inició su carrera como Teniente y ascendió a General, después de la Batalla de Ituzaingó. Comenzó a escribir sus *Memorias* en 1839, cuando estaba preso, trabajo que continuó con interrupciones. Escribió sin apuntes a la vista, apelando a su minuciosa memoria y sujeto a su convicción; “Si no ha de decirse la verdad más vale tirar la pluma”. Su prosa es clara, sobria y pulida. Por esa calidad, su prosa es comparable a la de Sarmiento. El General Paz organizó sus *Memorias* en tres partes: “Campanas de la Independencia”, “Guerras civiles” y “Campanas contra Rosas”. Este es un fragmento de la primera parte.

Desde la malhadada campaña de Salta, la insolencia de los gauchos había subido a un grado casi insoportable; entraban al pueblo en partidas, y más de una vez hubo riñas con los soldados y lances aún más desagradables. Al fin el ejemplo de una licencia triunfante había influido en lo poco que quedaba de disciplina, de modo que amenazaba la vida del ejército.

Era urgente, indispensable y vital salir de esta posición, y supongo que por orden del Gobierno, resolvió el General dejar Jujuy y toda la provincia, para replegarse cien leguas más, hasta Tucumán. Se emprendió la marcha, al mismo tiempo que mi regimiento la principiaba desde Humahuaca, de modo que siempre fuimos tres o cuatro jornadas a retaguardia.

En Yatasto encontramos al batallón núm. 10 al mando del coronel (hoy General en Chile) don Francisco Antonio Pinto. No sé por qué singularidad este batallón recién venido había

quedado atrás, hallándose ya todo el ejército en la Villa las Trancas, a veinte leguas de Tucumán.

Nosotros también hicimos alto en Yatasto y tuvimos la ocasión de tratar de cerca al señor Pinto, que es un caballero distinguido; es natural de Chile y había sido mandado a Europa por el Gobierno de su país. A su regreso tomó servicio en Buenos Aires, no obstante que en su patria se agitaba de un modo más activo la cuestión de independencia, lo que hizo creer que su adhesión a los Carreras, cuyo partido estaba caído, lo obligaba a permanecer entre nosotros.

Después de unos cuantos días de mansión en la hacienda de Yatasto, tuvimos orden de continuar nuestro movimiento hasta las Trancas. El batallón núm. 10 se acantonó en el pueblo, donde estaba la infantería y los Dragones del Perú, quedando acampados a distancia de una legua, sobre el río del Tala.

Ya entonces se extendía la voz de que el general Rondeau iba a ser relevado por el general Belgrano, que había vuelto de Europa y había sido llamado a Tucumán, donde seguía legislando el Congreso. Con este motivo los jefes partidarios de Rondeau, a cuya cabeza estaban los coroneles French y Pagola, pensaron en un movimiento sedicioso, semejante al que se hizo en Jujuy para resistir la admisión del general Alvear; exploraron el campo, sondearon los ánimos y aun se atrevieron a tantearnos al coronel Balcarce y a mí. Si el fruto que sacaron de otros fue como el que obtuvieron de mi regimiento, debieron sacar un terrible desengaño; así es que desistieron de su empeño y se resignaron. Fuese que el nuevo General lo exigió, fuese porque ellos no quisieron sujetarse al nuevo método dis-

ciplinario que iba a establecer, el hecho es que los coroneles French y Pagola y el comandante don Ramón Rojas dejaron sus puestos y marcharon a Buenos Aires; en esos días hicieron lo mismo el coronel Ortiguera, el comandante don Celestino Vidal y otros. De este modo el general Belgrano quedó sin oposición y en aptitud de dar el impulso que deseaba para mejorar el estado del ejército. Se recibió del mando y pasó una revista, marchándose luego a Tucumán y dando orden de que le siguiese el ejército.

El 9 de Agosto de ese año (1815), recuerdo que pasamos revista de comisario en las Trancas, y luego que se concluyó me invitó Balcarce a dar un paseo por la casa de los médicos (ya entonces mi regimiento había venido al pueblo) para consultarles sobre varios síntomas de enfermedad que él sentía. Consistían en una tos bastante fuerte y una fatiga que le acometía cuando hacía cualquier ejercicio. Efectivamente, estuvimos con los doctores Berdín y Vico, quienes en el momento graduaron de muy leve la enfermedad; más, en el mismo día variaron de opinión, y la clasificaron de muy grave, cuando hubieron hecho un reconocimiento más prolijo y detenido.

A los dos días declararon que era indispensable que el enfermo fuese trasladado a Tucumán, donde podría ser asistido con mejores auxilios que en la campaña. Yo que estaba ligado por tantos títulos a este digno compañero, tomé el más vivo interés, y no fue sino con pesar que le hice preparar el carruaje y me resolví a separarme de un amigo que no debía ver más. El 22 del mismo mes falleció este benemérito jefe, este virtuoso soldado y patriota distinguido.

El 28 llegó el ejército a dicha ciudad, y solo me encontré con su última voluntad consignada en su testamento, en que me daba una nueva prueba de confianza. Me instituía por su único albacea, y por heredera de una parte que tenía en una casa en Buenos Aires, a sus hermanas solteras. Murió pobre, pero sentido universalmente del pueblo y del ejército. Solicité en nombre de mi regimiento, el permiso de usar luto por dos meses, y se me concedió, lo que todos los oficiales hicieron con la mejor voluntad.

Sus funerales si no fueron suntuosos no carecieron de solemnidad; asistieron a porfía los ciudadanos y los diputados del Congreso como particulares, fuera de los oficiales del ejército. El vicario castrense, canónigo Gorriti, pronunció su oración fúnebre y se acordó de aquel arrebato, de que he hecho mención, cuando la acción de Venta y Media, aunque sin nombrar la persona que fue el objeto de su cólera. El orador dijo y con razón, que en una vida tan llena de mansedumbre y de moderación, solo una vez se le vio exaltarse fuertemente, impulsado por el patriotismo y por el honor militar. Esta desgracia que puedo llamar doméstica, por cuanto vivíamos en una misma casa, comíamos en la misma mesa y estábamos siempre juntos, me causó el más acerbo dolor; luego diré que influyó poderosamente en el quebranto de mi salud.

El 28 de Agosto por la tarde, según he dicho, entró el ejército en Tucumán y fuera del núm. 10 que se acuarteló en la Merced, todos los demás cuerpos pasaron a lo que se decía la Ciudadela, que era aquella fortificación comenzada por el general San Martín, de que hice mención. Apenas había uno o

dos malos galpones y los demás debían fabricarlos los mismos cuerpos, a lo que se puso mano inmediatamente.

Mi cuerpo había traído la retaguardia, y de consiguiente fue el último que atravesó la población, cerca de oraciones. Para que hubiese más hombres en formación había mandado suprimir los cargueros de equipajes, echándolos en unas carretas que venían atrás y dando ejemplo con los míos. Veníamos, pues, todos a cuerpo gentil; pero creyendo que no pasaríamos de la ciudad, esperábamos que se nos reunirían las carretas, y además, que no nos faltarían recursos, aun cuando aquello no sucediese.

Era ya entrada la noche cuando recibí orden de continuar la marcha al convento de los Lules, perteneciente a la religión dominicana, situado a tres leguas al sud oeste de la ciudad. Fue preciso seguir; la noche era fría y húmeda; llegamos a la mitad de ella y tuve que pasarla toda en pie y sin tener con qué cubrirme.



Gregorio Aráoz de Lamadrid junto a su hija y yerno. Daguerrotipo. Autor no identificado.
Museo Histórico Nacional.

Restablecer la disciplina y festejar la Independencia*

Por Gregorio Aráoz de Lamadrid**

Aráoz de Lamadrid nació cuatro años después que José María Paz. Su muerte se produjo tres años más tarde que la de Paz. Si esa condición de contemporáneos, el haber combatido en la Guerra de la Independencia en los mismos escenarios y en las guerras civiles hasta la Batalla de Caseros, y el haber escrito sus *Memorias* los asemeja, por formación, carácter y actitudes, ambos se diferencian. Esas diferencias llegaron a ataques personales como los que Lamadrid lanzó a Paz quien, en 1852, se sintió herido por algunas afirmaciones de aquel. Lamadrid comenzó a redactar sus *Memorias* en 1841, dos años después que Paz lo hizo con las suyas. Paz las escribió en su exilio en Brasil, rodeado de la mayor pobreza, durante las horas que le dejaba libre el trabajo en su pequeña huerta y la venta de

* Este texto es un fragmento de las *Memorias del General Gregorio Aráoz de Lamadrid*. Páginas 108 y 109. Buenos Aires. Publicación oficial. Establecimiento de impresiones de G. Kraft, 1895.

** Gregorio Aráoz de Lamadrid (1795-1857) fue un militar argentino, guerrero de la Independencia argentina, de las guerras civiles y líder del partido unitario. Fue gobernador de la provincia de Tucumán, y efímeramente de las provincias de Mendoza y Córdoba.

huevos y gallinas. Lamadrid las redactó durante su ostracismo en Montevideo, “pobre, cargado de familia”, derrotado y acusado por sus mismos correligionarios. Nacido en Tucumán en 1795 y fallecido en Buenos Aires en 1857, Lamadrid fue un personaje caudaloso, discutido, legendario. Adolfo P. Carranza, que corrigió las pruebas de la primera edición de sus *Memorias*, lo caracteriza como “abnegado, candoroso, sin odios ni malicias, bravo como el que más; entusiasta siempre por servir a la Patria; constante en sus empresas, aunque desgraciado en ellas la mayor parte de las veces”. “Su vida no será un ejemplo de virtudes cívicas —añade Carranza—, pero es la de un soldado que no excusó jamás su corazón y su brazo, en las contiendas de los días brumosos en que se desarrolló su agitada existencia”.

Después de formado el escuadrón de Húsares y reconocido yo por Teniente coronel y jefe de él, llegó el señor brigadier general Manuel Belgrano, de Buenos Aires, a recibirse del mando del ejército relevando al general Rondeau que se hallaba ya en Tucumán con parte de él, pues los demás Cuerpos estaban recién llegados al pueblo de Trancas, que está situado al norte a distancia de 20 leguas.

Para que pueda formarse una idea del carácter y de la reputación que tenían ambos Generales en el ejército, referiré lo ocurrido en Trancas, así que se supo la llegada y recepción del mando del primero.

El señor Rondeau que era por lo demás un excelente sujeto en todo sentido, no era respetado en el ejército por su excesiva

tolerancia y bondad, por cuya razón había poca subordinación hacia él, en la mayor parte de los jefes, así fue que casi todos habían llevado una conducta irregular mientras anduvieron en el Alto Perú.

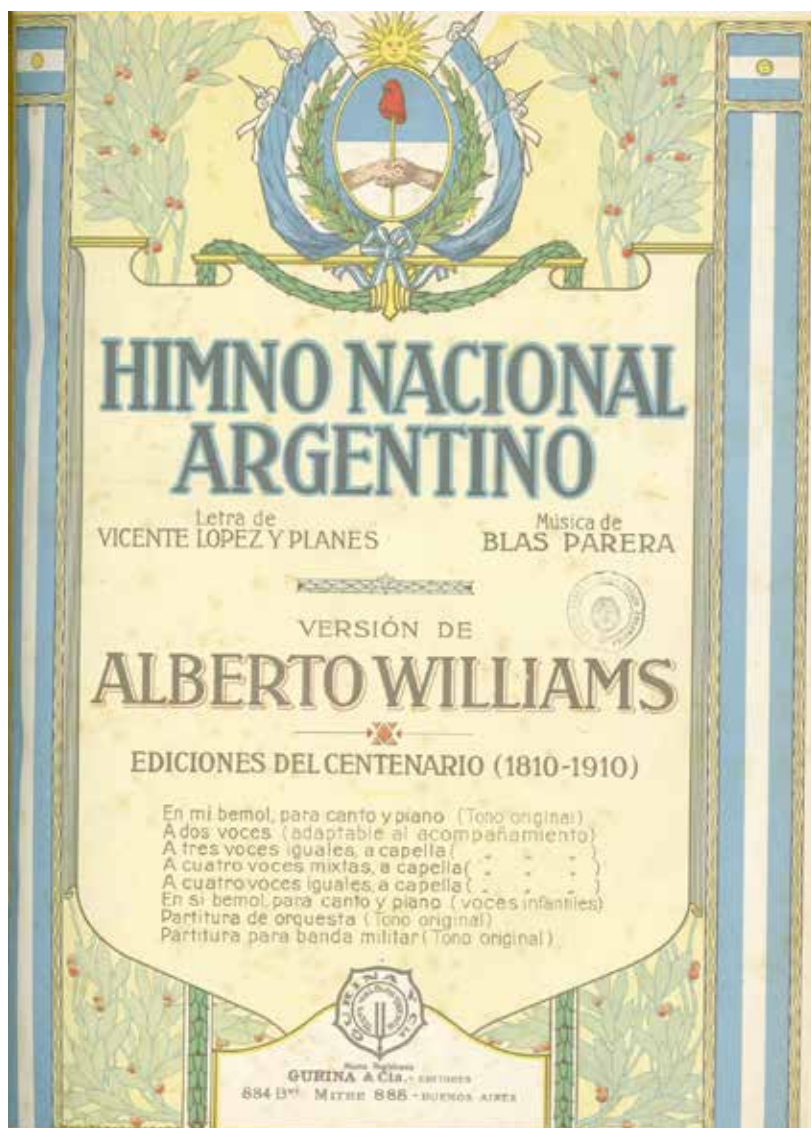
En el momento de saberse en Trancas que el general Belgrano se había recibido del mando del ejército y que pasaba a revistar los Cuerpos allí existentes, hubo un zafarrancho general en el acto, pues no quedó una sola mujer en el ejército, porque todas salieron por caminos extraviados. Tal era la moral y disciplina que había introducido en él cuando lo mandó por primera vez y tal el respeto con que todos lo miraban.

Reunidos los restos del ejército en Tucumán a mediados del año 15, se dedicó el general Belgrano a su disciplina y aumento con los reclutas que pidió a los pueblos y mandó delinear y abrir los fosos de una ciudadela a pocas cuerdas al sur del pueblo y se trabajaron en ella cuarteles para todos los Cuerpos construyendo cada uno los suyos, de tapia las paredes y los techos de paja, la cual así como las maderas fueron inmediatamente acopiadas por las milicias a virtud de órdenes del Gobernador de la Provincia, quien a más de esto, mandó que cada uno de los escuadrones y cuerpos de aquellas sembrase una cantidad de maíz, zapallos y sandías para el ejército y distribuyó además una especie de contribución de ganado, mensual, a todos los acusados según sus facultades y cuyos servicios fueron prestados sin repugnancia por largo tiempo.

No recuerdo si fue a fines del año 15, cuando el general José de San Martín, a virtud de orden que recibió del Gobierno para levantar en Mendoza el ejército que debía libertar a Chi-

le y lo libertó después, pidió al general Belgrano el cuerpo de Granaderos a caballo. Por ello es que marchó este cuerpo.

Instalado el Congreso en Tucumán el 24 de marzo del año 1816 y declarada la Independencia el 9 de julio, nos propusimos todos los jefes del ejército, incluso el señor General en jefe, dar un gran baile en celebración de tan solemne declaratoria; el baile tuvo lugar con esplendor en el patio de la misma casa del Congreso, que era el más espacioso. Asistieron a él todas las señoras de lo principal del pueblo y de las muchas familias emigradas que había de Salta y Jujuy, como de los pueblos que hoy forman la república de Bolivia.



Himno Nacional Argentino. Edición Centenario.

Archivo General de la Nación. Documentos escritos. Sala VII. Comisión del Himno. Legajo 37.

El poeta del Centenario

Por Carlos Guido Spano*

Como parte de la conmemoración del Centenario de la Independencia, el Gobierno de Tucumán convocó un concurso para componer música y letra del “Himno del Centenario de la Independencia Argentina”. Esta fue la letra seleccionada, escrita por Carlos Guido Spano. Señala León Benarós que este himno es “una de las composiciones patrióticas más olvidadas”.

* Carlos Guido y Spano (1827-1918) fue un poeta argentino cultor del Romanticismo. Su obra poética quedó plasmada en dos obras: *Hojas al viento* (1871), donde recopiló sus poemas desde 1854 y *Ecos lejanos* (1895).

El Himno del Centenario

Hoy la Patria festeja la gloria
de sus hijos preclaros, estoicos,
que resueltos, altivos y heroicos,
destrozaron un yugo fatal.

Tucumán en Congreso los viera
de ser libres hacer juramento,
desplegando con ellos al viento,
la insignia triunfal.

Cumple un siglo del hecho grandioso,
ya del mundo tenemos la palma.

Hasta el cielo elevemos el alma,
pues nos colma de inmenso fervor.
¡Salve! ¡Salve! Los bravos que dieron
libertad a una tierra bendita,
cuya fama en la historia está escrita
con emblemas de orgullo y amor.

La Independencia – 1816

Guido Spano también escribió el poema “La Independencia – 1816”, incluido en el libro de Román Vallescos *Las fiestas patrias. Tratado de la preparación y ejecución de los actos cívicos en las escuelas de la República*. Su tercera edición es del año 1907.

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,
la derrota doquier, nuestros campeones
que en la tremenda lid fueron leones
ven ya frustrado su arrogante anhelo

América contempla en torvo duelo
la bandera de Mayo hecha jirones;
el enemigo avanza, sus legiones
cantan victoria estremeciendo el suelo.

Pero la Patria irguiéndose entre ruinas;
¡Atrás! Prorrumpe; libre se proclama,
rompe el vil yugo su potente brazo.

Y triunfantes las armas argentinas
llevan la libertad, su honor, su fama,
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

Batalla de Tucumán – 24 de setiembre de 1812*

El General Pío Tristán se hallaba en Metán al frente de 3000 soldados de las tres armas con 13 piezas de artillería. A mediados de setiembre aceleró sus marchas pasando por el oeste de la ciudad, a cuyo frente dejó una fuerte columna, y prosiguió rumbo al camino que lleva a Santiago del Estero, para impedir el repliegue de Belgrano y tomarlo entre dos fuegos. Este debía combatir a sus espaldas, lo que en términos militares se denomina “frente invertido”. Tal maniobra sorprendió al General Belgrano, como lo reconoce en su apunte.

“El campo de batalla no había sido reconocido por mí porque no se me había pasado por la imaginación que el enemigo intentase venir por aquel camino a tomar la retaguardia del pueblo, con el designio de cortarme la retirada, por consiguiente me hallé en posición desventajosa, con partes del ejército en un bajío”.

* Aporte del Instituto de Historia Militar Argentina, a través de su Presidente, el General de Brigada (R) Rafael José Barni. Los extractos pertenecen al libro *Campañas militares argentinas* de Isidoro Ruiz Moreno.

Sus fuerzas “contaban con poco más de la mitad de la fuerza del ejército español”, refiere un historiador hispano contemporáneo.

Belgrano organizó la infantería (inferior en un tercio a la realista) en tres columnas de ataque, no toda ella armada de bayoneta, al punto que se distribuyeron cuchillos grandes a muchos soldados que no las tenían, quedando otra cuarta columna como reserva al mando del teniente coronel Manuel Dorrego. En cada uno de los extremos e intervalos de aquellos se colocó un cañón (Comandante General de la artillería era el coronel barón de Holmberg). Componía la primera columna el batallón de cazadores (Mayor Carlos Forest); la del centro, el Batallón de infantería 6 (Teniente Coronel Ignacio Warnes); y a la izquierda, el Batallón de Castas (Teniente Coronel José Superí). La caballería formaba en las alas, según el dispositivo usual de la época, para evitar el flanqueamiento, a la derecha, el teniente Coronel Juan Ramón Balcarce; a la izquierda, el Teniente Coronel José Berráldez Palledo; y como reserva el capitán Antonio Rodríguez. En la ciudad quedó la artillería que no se sacó, y estaba a órdenes del capitán Benito Martínez, con los servidores de las piezas y un piquete de 40 infantes, para servir de centro de reunión de los dispersos.

La batalla de Tucumán tuvo lugar el 24 de setiembre de 1812, pasadas las ocho de la mañana. “Hallándome con el ejército a menos de tiro de cañón del enemigo —recordaba el general Belgrano—, mandé a desplegar por la izquierda a las tres columnas de infantería; se hizo esta maniobra, con mejor éxito que en un día de ejercicios”.

Con el propósito de reconocer a las fuerzas adversarias se adelantó el Coronel Holmberg, “tanto —refiere Paz que lo acompañaba como ayudante de campo— que si una partida ligera de caballería se hubiese desprendido con oportunidad, pudo hacernos prisioneros”. Como consecuencia de su inspección y antes que se rompiera el fuego, Holmberg mandó a su ayudante a aconsejar al general Belgrano que hiciese cargar a la caballería de la izquierda y, cumplida la orden, el teniente Paz regresó a su puesto.

“Lo encontré algunos pasos avanzado de nuestra línea, sufriendo terrible fuego que hacía la enemiga, enfrente precisamente del cañón que mandaba el teniente Santa María, el cual le gritaba con toda la fuerza de su voz, Quítese usted señor Barón, que voy a hacer fuego de metralla. El peligro era común a mí que me había colocado a su lado y me apresuré a repetirle lo que decía Santa María, se quitó al fin y el cañón hizo su disparo, a que siguieron otros”.

La batalla se hizo general. Cuenta Belgrano que mandó avanzar a sus tropas en línea contra el enemigo del cual “sufría sus fuegos de fusilería sin responder más que con artillería, hasta que observando que este había abierto claros y que los enemigo ya se buscaban unos a otros para guarecerse, mandé que avanzase la caballería y ordené que se tocase paso de ataque de infantería”.

En tanto, la derecha patriota, a órdenes del teniente coronel Juan Ramón Balcarce, irrumpió furiosamente en la línea montada enemiga. El después general Gregorio Aráoz de Lamadrid, entonces teniente de Dragones, formaba en ese costado derecho y relata en sus *Memorias*:

“Nuestras milicias, así que se tocó a degüello, lanzaron un grito y se precipitaron sobre la línea enemiga, que no pudo resistirlas, pues fue envuelta y despedazada por ese costado, y cuando dio con los hombres y bagajes que estaban a retaguardia del enemigo, se desbandaron en persecución de los dispersos y costó bastante reunirlos”.

Hay que tener en cuenta, aunque formaban veteranos en ella, como el cuerpo de Húsares, que la mayoría de la tropa era bisoña, armada de lanza y que la caballería no sabía evolucionar aún, de modo que su acción consistía únicamente en cargar; recién al año siguiente, como se dirá, recibió una instrucción competente. De todos modos fueron capturados numerosos grupos dispersos del ejército de Tristán.

Esta acción a espaldas del centro realista de infantería, no obstante el desorden de la caballería patriota mencionado, provocó que dicha infantería se desorganizase, lo que facilitó el avance de la infantería de Belgrano (“Bizarramente”, dice Paz), apoyada por la reserva de caballería mandada por el capitán Antonio Rodríguez, que aseguró el triunfo allí.

Las operaciones del General Güemes durante la Guerra Gaucha*

En el año 1817 tuvo lugar la invasión del Mariscal de la Serna a la Intendencia de Salta, quizás la más importante de las seis invasiones que les había tocado enfrentar al General Güemes y su ejército de milicias, cumpliendo el rol de vanguardia del Ejército Auxiliar del Perú, que a órdenes de Belgrano estaba acantonado en Tucumán.

En un corto tiempo la vanguardia del Mariscal de la Serna, comandada por el General Olañeta, había dominado Humahuaca y más tarde ocupado la ciudad de Jujuy pero, una vez llegado a este lugar, las fuerzas realistas comenzaron a experimentar las falencias logísticas y tuvieron que salir de la ciudad para obtener forraje para el ganado y víveres para el ejército realista.

Esta tarea no le iba a resultar sencilla ya que, inmediatamente después de haber sido tomada la ciudad de Jujuy, fue sitiada por los escuadrones de gauchos a órdenes del Coman-

* Aporte del Instituto de Historia Militar Argentina, a través de su Presidente, el General de Brigada (R) Rafael José Barni. Los extractos pertenecen al libro *Güemes documentado* (t. 4) de Luis Güemes.

dante Pérez de Urdininea con la misión de impedir el reabastecimiento de los realistas.

Todos los días había enfrentamientos entre ambas fuerzas, y los realistas tenían que empeñar más fuerzas de seguridad para permitir el pastoreo del ganado y para obtener víveres. Eran combates cortos y con escasas bajas pero, en la suma de estas, el poder de combate realista se iba degradando y afectando la moral de su gente.

Entre esos combates, merece destacarse el de San Pedrito, por la trascendencia que tuvo para ambas fuerzas.

Como todos los días, salieron a recolectar forraje, custodiados por una compañía del regimiento Extremadura, regimiento de elite realista ya que estaba recién llegado de la península con la amplia experiencia de guerra de haber combatido y derrotado a las fuerzas de Napoleón.

El lugar elegido fue San Pedrito, a escasos dos kilómetros de la ciudad. En ese lugar fue atacado por las fuerzas del capitán Rojas al mando de la partida La Coronela, perteneciente a la división Infernales de línea, fuerza de elite de Güemes.

De esta manera le informaba el capitán Rojas al jefe de la vanguardia, Pérez de Urdininea, el resultado del combate.

“Aunque desde que tuve la gloria de haber pasado a degüello en el punto de San Pedrito un escuadrón del regimiento de Extremadura, no he dado a usted sino partes verbales por conducto de algunos oficiales, por haber contraído mi primer cuidado en mantener la división a mi mando con el orden posible para evitar cualquier alteración que en estos lances: pero ahora que estoy medio desahogado lo hago, comunicándole que la

pérdida del enemigo consiste en noventa muertos y cincuenta heridos al parecer porque el escuadrón enemigo se componía, según calculamos, de ciento cuarenta hombres de los mejores y más valientes soldados que he conocido en el ejército del rey, los cuales habían salido al rastrojo de alfalfa bien armados, montados y municionados, con el objeto de cortarla para llevar al pueblo de Jujuy, porque las partidas hostilizadoras que siempre están en los arrabales del citado pueblo, no les permiten salir en corto número[...] Dispuestos de este modo los pelotones, emprendí mis marchas sobre el enemigo con el fin de cargar por sus tres costados, pero apenas me aproximé a él fui sentido. Por esta razón mandé reunir inmediatamente los dos pelotones primeros porque también los enemigos se habían reunido con mi aproximación y formando la batalla en un campito inmediato hice salir algunas guerrillas pequeñas para que los llamasen adonde yo estaba[...] Cuando con este triunfo me consideraba ya sin enemigos, se me presentó una partida de quince oficiales, muy bien vestidos y como me figurase que viniese mayor fuerza, salí en retirada después de reunir mi fuerza: pero habiéndome desengañado prontamente que no era más que el número indicado, llamé al pelotón de infernales y cargué con él rápidamente y logré, a pesar de que eran hombres que asustaban, dar en tierra con ellos a excepción de tres que escaparon”.

La fuerza de caballería que relata Rojas se le apareció al final; se trataba de una compañía del escuadrón escolta del mariscal de la Serna, mandado por el teniente Arregui, quien solía decir con jactancia que con solo su escuadrón llegaría a

Buenos Aires a plantar allí las banderas del rey. Era, como dijo Rojas, una tropa altamente instruida formada por “hombres que daban miedo” y el teniente Arregui al menos cumplió con su jactancia y murió combatiendo con su compañía.

Desde Santiago de Chile envió San Martín un oficio al enterarse de este combate y en este mismo expresaba: “El 6 atacó el comandante Rojas con 70 hombres a más de 300 de caballería que se hallaban en San Pedrito, media legua de Jujuy, hizo sólo siete prisioneros, los demás murieron a sable con 13 oficiales. Todo lo que tengo la satisfacción de participar a VE para que si lo tiene a bien mande que se hagan repiques, al mismo tiempo que una salva de artillería del ejército de dieciséis cañonazos, anunciará a éste y al pueblo tan feliz suceso”.



*General Martín Miguel de Güemes (1785-1821).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*



*Nicolás Avellaneda (1837-1885).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

Fue el más audaz intento de dar al país su Constitución*

Por Nicolás Avellaneda**

En 1864, cuando tenía 27 años, y diez años antes de haber asumido como presidente de la República, Nicolás Avellaneda redactó, para *El Correo del Domingo*, un extenso ensayo sobre el Congreso de Tucumán. Aquel texto era un doble homenaje: a los diputados que firmaron el acta declarando la Independencia, y a su ciudad natal, donde deliberaron. Para Avellaneda ese Congreso “atravesará los tiempos eternamente glorificado”, ya que “ha dado nacimiento a un pueblo”. En 1883, su autor consideró que, por ser uno de sus primeros textos, se denunciaba “a sí mismo”, en su estilo, ideas y composición.

* Este texto contiene fragmentos de su ensayo sobre el Congreso de Tucumán, publicado en *El Correo del Domingo* en 1864.

** Nicolás Remigio Aurelio Avellaneda (1837-1885) fue un abogado, periodista, político y estadista argentino; Ministro de Justicia e Instrucción Pública de Argentina entre 1868 y 1873; Senador de la Nación Argentina por la Provincia de Tucumán en 1874; Presidente de Argentina entre 1874 y 1880 y nuevamente Senador de la Nación Argentina por su provincia natal entre 1882 y 1885.

[...] La declaración de la Independencia, acto del más sublime y heroico patriotismo, contribuyó poderosamente en aquellos días infaustos de la Revolución a hacerla irrevocable e invencible, no dejando otra alternativa sino la libertad o la muerte. ¿Quién podrá desconocer que con aquella mágica palabra los pensadores argentinos desataron las fuerzas sociales para ponerlas al servicio de la idea revolucionaria? “Hemos quemado, como Hernán Cortés, las naves, y no tenemos otra salvación sino la victoria”, decía la Comisión Gubernativa de Buenos Aires, respondiendo al pronunciamiento del Congreso.

[...] El Congreso de Tucumán era monarquista, y con él lo eran los primeros hombres que con su inteligencia o su espada marchaban al frente de la Revolución, en aquel tiempo anarquía, de derrotas y desfallecimiento. El pueblo, sin embargo, no era monarquista por un instinto tan noble como poderoso. No lo era por aquella fuerza innata de libertad en sus desenvolvimientos, que una vez partida de su foco se dilata irresistible como la luz. No lo era por el sentimiento de la igualdad profundamente arraigado en su corazón; y hoy, a Dios gracias, somos los que el pueblo quería en 1816 y en todas las épocas de la Revolución.

[...] El Congreso de Tucumán se traslada a Buenos Aires, modifica su composición primitiva, admitiendo hombres más notables en su seno, y promulga por fin, de lenta elaboración, la Constitución tan discutida, tan anhelada, tan prometida. Todos sabemos lo que aquella Constitución significaba.

La Constitución de 1819 organiza el centralismo más formidable. La facultad de dar leyes en el Congreso no tiene lími-

tes; es tan vasta, tan compleja, como la vida misma del país. El poder del mando en el Ejecutivo no encuentra tampoco restricciones; y en esta Constitución, tan prolijamente minuciosa que describe hasta el ceremonial de las sesiones solemnes, no aparecen mencionadas una sola vez las provincias, y no se sanciona algún derecho invulnerable para aquella autonomía local, que como lo ha dicho bella y profundamente Montley, es la sangre misma de la libertad.

La República quedó destrozada en mil girones, hundiéndose en la descomposición y en el caos; y allí permaneciera, si no hubieran venido las ligas *provinciales*, que renaciendo aquí para concluir más allá, y a través de peripecias infinitas, han conducido por fin a los pueblos argentinos a vivir por primera vez unidos en el orden y en la libertad, bajo una ley que en su primer artículo declara “adoptar para el Gobierno de la Nación Argentina la forma representativa republicana federal”.

[...] He ahí, entre tanto, las grandes enseñanzas que se desprenden del estudio del Congreso de Tucumán, trayéndolo con su historia a ser juzgado en presencia de la situación actual. En ella vemos incontrovertible la iniciativa fecunda de los hombres colocados por los sucesos al frente de la Revolución, al mismo tiempo que al través de su impotencia para realizar sus concepciones, se siente poderosa la opinión pública: como se vuelve nuevamente a aprender que las obras caprichosas de los hombres se quiebran como vidrio frágil, cuando chocan contra los elementos naturales que constituyen el organismo de un pueblo.

[...] El grito de la libertad que abre la nueva era se levanta en la plaza pública. La Asamblea [del Año XIII] se vale de

las leyes escritas para encarnarlo en la vida política y social, y prepara el campo para que avanzando sobre él, pueda un día el Congreso de Tucumán incorporar un nuevo pueblo a la familia de las naciones. Pero este pueblo sólo ha alcanzado días serenos adoptando para su régimen interior de gobierno las formas a las que lo subordinaban las condiciones naturales de su existencia; y es republicano y democrático por su voluntad soberana, sobreponiéndose a quiméricas concepciones, y por la voluntad de Dios, supremo legislador de las naciones.

Instalación del Congreso

En los primeros meses del año dieciséis, los Diputados de los pueblos libres acudían a Tucumán, habiendo sido elegido este pueblo para la convocación del Congreso, como el punto más céntrico de lo que en el lenguaje oficial de la Colonia se había llamado “el Virreinato de Buenos Aires”. Dejamos dicho en la introducción que la revolución de abril de 1815, al derribar al Director [Carlos María Alvear], haciendo al mismo tiempo desaparecer a la Asamblea, había impuesto a las nuevas autoridades por ella creadas la obligación de promover su reunión fuera de la Capital, con el designio de arrebatar un nuevo pretexto de descontento a los celos que con mayor a menor vivacidad se habían despertado en las provincias.

La reunión de los Diputados fue morosa. La derrota de Sipe-Sipe, entregando al poder del enemigo las provincias del Alto Perú, la influencia trastornadora de Artigas extendiéndose sobre las provincias litorales, y hasta en un momento dado sobre Cór-

doaba misma, el desquicio interior en que se hallaban las otras, a excepción de las de Cuyo, fueron otras tantas causas poderosas que naturalmente postergaron el envío de los Diputados.

El mes de marzo ya concluía cuando, encontrándose por fin en Tucumán los Diputados de Buenos Aires, de Mendoza, San Juan, San Luis, Rioja y Catamarca, dos Diputados de Charcas, uno de Mizque y otro de Tucumán, resolvieron entonces proceder a la apertura del Congreso, “con este personal incompleto, debido a los contrastes de una guerra obstinada y para así satisfacer los votos ardientes de las provincias de la Unión”.

[...] El primer rayo de sol del día 24 de marzo de 1816, al dorar las cumbres del Aconquija y antes de dilatarse iluminando los bosques y las llanuras, fue saludado con una salva de veintiún cañonazos. En este día el Congreso Soberano de las Provincias Unidas, “esperanza de los pueblos y objeto la expectación común”, hacía por fin su instalación. Reunidos por primera vez los Diputados a las nueve de la mañana en la Sala de sus Sesiones, determinaron la fórmula del juramento que debían prestar, eligiendo enseguida para su Presidente provisorio al doctor don Pedro Medrano, Diputado por Buenos Aires, y que debía ser uno de los miembros más activos e influyentes del Congreso.

[...] Al día siguiente el Congreso determinó hacer pública su instalación. Un bando había convocado a las milicias de la ciudad y de la campaña, y la novedad del espectáculo atraído a los habitantes todos de la Provincia que inundaban las calles. Entre las aclamaciones del pueblo, presidido por Gobernador Intendente [Bernabé Aráoz], y entre dos alas compactas for-

madras por la multitud, el Congreso se trasladó desde el lugar de sus sesiones al templo de San Francisco.

[...] Había subido entre tanto a la cátedra el doctor don Manuel Antonio Acevedo, Diputado por Catamarca, a quien encontraremos más tarde abriendo el debate sobre la forma de gobierno y proponiendo el primero la monarquía de los incas, de lo que se había constituido el más fervoroso apóstol por un movimiento generoso de su corazón y en odio a las crueldades de la conquista española.

[...] En las populosas ciudades, los murmullos de cada día sofocan los recuerdos lejanos; pero la tradición oral transmite hasta hoy en Tucumán, con fidelidad completa, las ceremonias de aquellos dos días, tal como se hallan prolijamente descriptas en el número primero de *El Redactor del Congreso*. El viajero es llevado a la sala de las sesiones, le muestra sobre un estrado el lugar desde donde se leyó el decreto de la instalación del Congreso, y más tarde el Acta de la Independencia [...] y entre tanto, ha atravesado la plaza donde hasta hace poco se levantaba la pirámide de Oribe, sin encontrar quién le explique lo que simboliza aquel bárbaro monumento.

[...] El Congreso iniciaba sus sesiones en un tiempo dos veces triste; y he ahí como lo describía el Congreso mismo, volviendo sus miradas tres años después a los primeros días de su instalación:

“Sopla la España entre nosotros el fuego de las disensiones. Manda ejércitos exterminadores. Ellos extienden “por todas partes la desolación y sus crímenes; y los sucesos de la guerra nos son ya adversos...”.

“Ah! en qué estado tan deplorable se hallaba la República cuando se instaló el Congreso Nacional... Los gobiernos se suceden tumultuariamente como las olas de un mar agitado. Se instala una Asamblea que desaparece como el humo; una lucha escandalosa entre el Gobierno Supremo y muchos pueblos; el espíritu de partido ocupado en combatir una facción contra otra; ciudadanos inquietos por todas partes, siempre prontos a sembrar la desconfianza; el “erario público agotado; el Estado sin agricultura, sin comercio y sin industria; en fin, todo el Estado caminando” de error en error y de calamidad en calamidad a su disolución política.



Paul Groussac (1848-1929).

Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

El Congreso se sobrepuso a aciagas circunstancias y funestos pronósticos*

Por Paul Groussac**

Paul Groussac llegó a Buenos Aires en 1866, cuando tenía 18 años. En 1871, Nicolás Avellaneda lo invitó a Tucumán. Siete años después, fue designado director de la Escuela Normal de esa ciudad, en la que residió once años. Poco antes de trasladarse a Buenos Aires, terminó su libro *Ensayo histórico sobre el Tucumán*. En julio de 1913, el diario *La Nación* publicó en dos ediciones su extenso artículo *El Congreso de Tucumán*. En la primera parte, Groussac evoca “lo que quedaba de antiguo en la ciudad de la Independencia cuando la conoció en la década de 1870”. Con mirada amplia y crítica, agudas observaciones y excelente prosa, este artículo recoge parte del material de un libro sobre el Congreso que Groussac esbozó, pero no escribió. Lo que sigue es una selección de aquel artículo publicado en 1913.

* Este texto contiene fragmentos de su artículo “El Congreso de Tucumán”, publicado en *La Nación* en julio de 1913.

** Paul-François Groussac (1848-1929) fue un escritor, historiador, crítico literario y bibliotecario franco-argentino. En el periodo 1885-1929 fue Director de la Biblioteca Nacional.

“Desde principios de marzo comenzaron a llegar los diputados de las provincias, a caballo los unos, en galera los más, en sendas mulas de paso algunos de Cuyo, seguidos por machos cabestreros con sus cargas de petacas y retobos. Fueron de los primeros, con los seis o siete de Buenos Aires, los del Alto Perú que procedían casi todos de Salta o Jujuy, donde se refugiaron al ocupar sus hogares el enemigo. Después aparecieron sucesivamente los diputados de Córdoba y Cuyo, La Rioja y Catamarca; fue algo más tardía la incorporación de Santiago y Salta.

Las elecciones de Tucumán se anularon varias veces por vicios de forma, llegando, dice el *Redactor*, a «cansar demasiado la atención del Congreso». Al fin, en junio, fueron aceptados el Dr. Pedro M Aráoz y el canónigo Thames, por renuncia de D. Serapio de Arteaga, la cual, por venir a última hora, fue calificada por el presidente Medrano de “desacato a la soberanía”. Las elecciones de dos grados se habían hecho con sujeción teórica a las reglas del Estatuto Provincial, que las formulaba tan complejas como las de la antigua Venecia; y por los recovecos que revelaban las de Tucumán, únicas que se vieron de cerca, presúmese cómo se computarían en otras circunscripciones los sufragios “que se dieron de palabra”.

A pesar de ello, los votos, más o menos inspirados por la autoridad local, recayeron generalmente en personas de alta posición, y dignas por su carácter o saber del mandato que el “pueblo” les confería. Por cierto que entre los electores predominaban los eclesiásticos, sobre todo seglares; pero el achaque correspondía, más que a vicio de procedimiento, a la estructura misma del organismo social, que resultaba bien representa-

do en su clase dirigente. Huelga recordar por sus nombres a los miembros del clero que formaron la mayoría de la asamblea: son familiares a todos los argentinos sus corifeos: Oro, Sáenz, Rodríguez, Castro Barros...

Al disponer de espacio para esbozar el grupo, acaso me apartaría de la apreciación tradicional acerca del mérito respectivo de los clérigos patriotas —singularmente en lo que atañe al último, supuesto autor de manifiestos que apenas firmara, orador grotescamente gerundiano en la tribuna como en la cátedra, y fanático violento, nostálgico del claustro, que no llevó al Congreso una sola moción que no importara la sanción de un retroceso o la proscripción de una libertad—.

Tampoco me parece demostrado, como lo asienta Avelleda, que, sobre ser más numeroso, dicho grupo clerical se mostrara superior en ilustración o patriotismo al laico de Pueyrredón, Paso, Anchorena, Bulnes, Laprida, Godoy Cruz y el chuquisaqueño Serrano, quien, a pesar de su juventud, había sido en Buenos Aires miembro de la Junta de Observación y, como tal, corredactor del Estatuto.

Muchos de los congresales, y desde luego los frailes, se alojaron en los conventos de San Francisco y Santo Domingo; otros, en casa de los sacerdotes Molina, Colombres, Thames y el ex jesuita Villafañe. Don Juan Martín Pueyrredón, los Doctores Darragueira, Paso, Serrano y algunos otros aceptaron la invitación de las familias que les brindaban a porfía la más franca hospitalidad. Fray Justo de Santa María de Oro pasó los primeros días en la antigua reducción jesuítica de Lules, deliciosamente situada cerca de la Quebrada.

Dada la calidad de los huéspedes y conocido el humor de los hospedadores, no hay que decir si menudearían en espera de los congresales rezagados los paseos al campo y las tertulias caseras. Para los recién venidos, cuya edad fluctuara entre la juventud de Serrano —que no dejó de causar algunas averías— y la madurez de Pueyrredón, aquellas horas de tregua, gozadas bajo el doble encanto de la mujer y de la naturaleza tucumana, hubieran sido de indecible dulzura, si no las perturbaba por momentos un rumor de truenos lejanos, que parecía envolver la ínsula privilegiada en un círculo de amenazas y peligros.

Para el Congreso próximo a reunirse, en cumplimiento de un artículo del Estatuto provisional, estaba dispuesto que formaran número las dos terceras partes de sus miembros; la proporción se dio por alcanzada a mediados de marzo, con la presencia de veintiún electos. Las reuniones preparatorias (no las sesiones ordinarias, como algunos han dicho) se efectuaron en casa de D. Bernabé Aráoz, mientras se terminaban los modestos arreglos de la sala de sesiones. La casa cedida por la viuda de Laguna quedó tal cual estaba, con su frente toscamente adornado, su portón flanqueado de gruesas columnas salomónicas y, de cada lado, una ventana de reja volada.

Todo el fondo del primer patio (en cuyo centro se erguía un hermoso naranjo), estaba ocupado por la sala grande de recibo y otro cuarto contiguo: de las dos piezas se formó una sola, suprimiendo el tabique divisorio, y quedó hecho el salón de sesiones, capaz para doscientas personas; casi otro tanto cabía bajo la tejada galería, pudiendo esta parte de la concurrencia asistir, en cierto modo, a la sesión gracias a las dos puertas que daban al recinto.

Don Bernabé facilitó la mesa-escritorio con sus útiles y el macizo sillón presidencial, que quizá exista, todavía; las sillas para los diputados y los escaños para la barra fueron traídos de San Francisco algunos, pero los más de Santo Domingo, por estar los padres viviendo en Lules.

La solemne instalación del Congreso, bajo la presidencia del Dr. Medrano, diputado de Buenos Aires, efectuase el 24 de marzo, después de las ceremonias religiosas que eran entonces de rigor. Las funciones presidenciales se renovaban mensualmente (por excepción, el Dr. Medrano agregó la última semana de marzo a su mes cabal de abril), eligiéndose presidente y vicepresidente en la primera sesión de cada mes.

A la feliz casualidad de haber ocupado el sillón durante el mes de julio, le debe el honrado diputado por San Juan, D. Francisco Narciso Laprida, gran parte de su celebridad (pues de su fin trágico en el Pilar nada se supo por muchos años): además de la gloria legítima que le toca por encabezar la lista de los firmantes de Acta inmortal, aparece ante el mundo —y así le designa Sarmiento en veinte lugares de sus obras— como “presidente del Congreso de Tucumán”.

Presidió un mes, ni más ni menos que su predecesor y sucesor inmediatos, los doctores Bustamante y Thames, de quienes nadie se acuerda: *habent sua fata præsides*. Fueron designados para secretarios (señalándose así la importancia primordial que a estas funciones se les atribuía), los doctores Paso y Serrano: parece que fueron éstos en realidad, los principales autores de los manifiestos y comunicaciones del Congreso. En abril se creó el puesto rentado de prosecretario, que fue desem-

peñado por el Dr. José Agustín Molina, sacerdote de gran ilustración, aunque rimador incoercible, cuyo nombre ha quedado popular como obispo y poeta igualmente *in partibus*.

Es muy probable que sean obra suya los extractos de las sesiones; que con desigual intermitencia se publicaban en Buenos Aires, y forman, hasta la traslación, los 19 primeros números del *Redactor del Congreso*. Era su editor oficial fray Cayetano Rodríguez, que solía zurcir a las actas verdaderos “editoriales”, amoldados al mal gusto enfático del tiempo, y desaliñados como todo lo suyo, pero de importancia excepcional por reflejar fiel, si parcialmente, a modo de espejo fragmentario, la fisonomía de la histórica Asamblea.

Según resultaba de su convocatoria, era el objeto principal del Congreso Soberano elaborar una constitución para las Provincias Unidas. Este programa concreto, que pareciera natural y plausible al día siguiente de Mayo o de la batalla de Tucumán revestía en las actuales circunstancias el aspecto absurdo de un sermón predicado ante turbas ebrias para contener sus desmanes. ¡Las Provincias “unidas”! No mencionemos a las que hablaban aimará o guaraní, y, no debiendo su incorporación más que a la soldadura facticia del virreinato, tenían ¡gracias a Dios! que disgregarse solas.

De las realmente hermanas por la raza y la historia, habíanse retraído al pronto las cuatro litorales para agruparse en torno de un caudillo de chiripá [José Gervasio Artigas]: gauderio oblicuo y felino a quien un patriotismo rezagado tributa a estas horas un culto degradante, si bien, —así lo esperamos, al menos, de ese pueblo tan moderno y “orientado” (su mismo

nombre lo dice) hacia la luz —destinado a desaparecer bajo una próxima oleada de civilización—.

Al otro extremo del territorio, Salta y Jujuy sufrían también la ley del caudillaje, aunque ennoblecido por su bandera de resistencia al invasor. La Rioja y Santiago se preparaban a inaugurar la era de los escándalos y sangrientos atropellos. Córdoba misma, la de las borlas y cofradías, había cedido a la atracción del desquicio artiguista; y cuando reaccionó en parte, enviando a Tucumán sus diputados, fue para constituirlos en foco de propaganda “federaticia” y agentes de perturbación.

Contra esas primeras tendencias refractarias a la nacionalidad, hallábase casi sola Buenos Aires, la capital histórica del virreinato y cuna gloriosa de la emancipación, con su preponderancia natural en población, riqueza, iniciativas y aptitudes múltiples —pero a la sazón humillada y empobrecida, exhausta de hombres y recursos, con el virus anárquico en las entrañas, entregada por días a fantasmas de gobiernos, sin nervios ni prestigio, y tan desarmados ante la asonada callejera como enfrente de la barbarie litoral—. Con todo, así debilitada y venida a menos, quedábale a la ciudad de la Reconquista y la Revolución su reserva de altas ilustraciones.

Y al tratarse de elegir sus diputados, bastole entresacar de su elenco cívico los nombres de Paso, Sáenz, Darragueira, Anchorena, Gazcón, Medrano, fray Cayetano Rodríguez, a los que se les agregarían luego los de Pueyrredón y Belgrano (si bien éste sin título representativo), para que el espíritu de la metrópoli, penetrando en el recinto estrecho, hiciera allí combinación estable —que hasta ahora subsiste— con el generoso

ambiente local, para proteger la endeble cuna de la nacionalidad contra los embates del instinto separatista o los desvaríos de un regreso incásico.

Son harto conocidos los ingratos comienzos del Congreso, según se reflejan en las pobres columnas del *Redactor* [...] Como nave inmovilizada en las calmas ecuatoriales y cuyas velas inertes gualdrapean tristemente contra los mástiles, el Congreso agotaba sus casi diarias sesiones en discusiones ociosas sobre tratamientos y diplomas; cartas de ciudadanía; tentativas de empréstitos, que resultaban sablazos al comercio español, para pagar empleados y tropas; envío de comisiones a las provincias subvertidas o rebeldes; lectura y comentario de oficios, generalmente desconsoladores, de los gobiernos o del ejército: un triste ergotizar de frailes en capítulo mientras baten los muros de la ciudad las hordas enemigas.

Al fin, el 2 de mayo una nueva comunicada de Buenos Aires, sobre renuncia del director interino, encareció la urgencia de designar al titular: y el día siguiente, después de cantarse en todas las iglesias “una misa con toque de rogación”, resultó elegido Supremo Director, puede decirse por unanimidad, el general D. Juan Martín de Pueyrredón, hermoso ejemplar de la alta burguesía porteña, valiente, ponderado, tan elegante en lo moral como en lo físico, caballero bajo todos cuatro costados. Y esta acertadísima designación, verdaderamente providencial, pues era la única que pudiera salvar al país de la catástrofe inminente y resolver sus problemas resolubles, incluso el de la expedición de San Martín, rescataba en verdad muchas sesiones de modorra o plática insubstancial.

El 1.º de Julio, con la elección de nuevo presidente mensual, D. Francisco Narciso Laprida, diputado por San Juan, y la presencia del Director Supremo, que había vuelto de Salta, pareció como que una ráfaga de inusitada actividad animara la Asamblea. El día 6, el general Belgrano había sido admitido en sesión secreta para exponer sus ideas sobre la futura forma de gobierno y la opinión de Europa acerca de las Provincias Unidas: son conocidas sus trasnochadas conclusiones en favor de “una monarquía temperada” con entronización del descendiente de algún Huaina más o menos Capac, a quien se inventaría si, como era el caso, no se encontrase legítimo.

Y este madrugón incásico tuvo siquiera la ventaja de dar la señal a las rechiflas de Buenos Aires, que bastarían a dar cuenta del ridículo fantasma. La semana entera se empleó en elaborar una nota de las materias que el Congreso debía tratar, las cuales eran 17, encabezándolas el célebre *Manifiesto*, que fue obra de Paso, al que le seguían la Declaración de la Independencia y la discusión sobre la forma de Gobierno. En cuanto al proyecto de Constitución, que venía después, se aplazó prudentemente —y tan se aplazó, que no salió a luz sino a los dos años, rigiendo en el intervalo el Reglamento de 1817—.

El martes 9 de Julio, hubo sesión ordinaria, en la que se dio lectura de la nota anterior y se puso término al largo debate sobre sistema de votación, promovido por el diputado Anchorena. A las 2 de la tarde el acto magno se inició. Era un día “claro y hermoso” (según el extracto de un manuscrito de la familia Aráoz, que me comunicó hace años mi discípulo y amigo D. José R. Fierro, a quien debo también otros toques de realidad);

un público numeroso, en que por primera vez se confundían “nobleza y plebe”, llenaba el salón y las galerías adyacentes.

A moción del doctor Sánchez de Bustamante, diputado por Jujuy, se dio prioridad al proyecto de “deliberación sobre libertad e independencia del país”. No hubo discusión. A la pregunta formulada en alta voz por el secretario Paso: *Si quedarían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España*, los diputados contestaron con una sola aclamación, que se transmitió como repercutido trueno al público apiñado desde la galería y patio hasta la calle. Después se tomó el voto individual, que resultó unánime, labrándose entre tanto el acta inmortal a la que sólo falta la firma del diputado Corro, ausente en comisión. No hubo ese día otra manifestación pública, dejándose para el día siguiente las fiestas anunciadas.

Desde la mañana del 10, reprodujéronse con mayor júbilo y pompas las ceremonias el día de la instalación. A las 9 de la mañana, los diputados y autoridades, reunidos en la casa congresal, se dirigieron en cuerpo al templo de San Francisco, encabezando el séquito el Director Supremo, Pueyrredón, entre el presidente Laprida y el gobernador Aráoz. A lo largo de las tres cuadras que median hasta la iglesia, formaban doble hilera las tropas de la guarnición.

En la plaza mayor, todavía libre de columnas o pirámides, hormigueaba el pueblo endomingado: artesanos de chambergo y chaqueta, paisanos de botas y poncho al hombro, cholas emperifolladas, de vincha encarnada y trenza suelta, luciendo, entre los ojos de azabache y el bronce de la tez, su deslumbrante dentadura.

No se encontraba un solo “decente”, estando todos sin excepción en el cortejo oficial; pero sí una que otra niña rebozada que, ligera como perdiz y remolcando a la chinita de la alfombra, se apuraba hacia el convento, enseñando sin querer —o queriendo— bajo la breve falda de seda, las cintas del zapatito cruzado sobre el tobillo. En cada esquina se estacionaban grupos de gauchos a caballo fumando su cigarro de chala, apoyado sobre el muslo el cabo del rebenque.

Después de la misa solemne y del sermón, predicado por el Dr. Castro Barros, la comitiva salió en el mismo orden, entre salvas y músicas, dirigiéndose a casa del gobernador Aráoz, donde se celebró (por estar en poder de los organizadores del baile el salón congresal) una breve sesión para conferir al Director Supremo el grado de brigadier, y nombrar a Belgrano general en Jefe del ejército del Perú, en reemplazo de Rondeau, tan desprestigiado después de la derrota de Sipe-Sipe, como el mismo Belgrano después de Ayohuma.

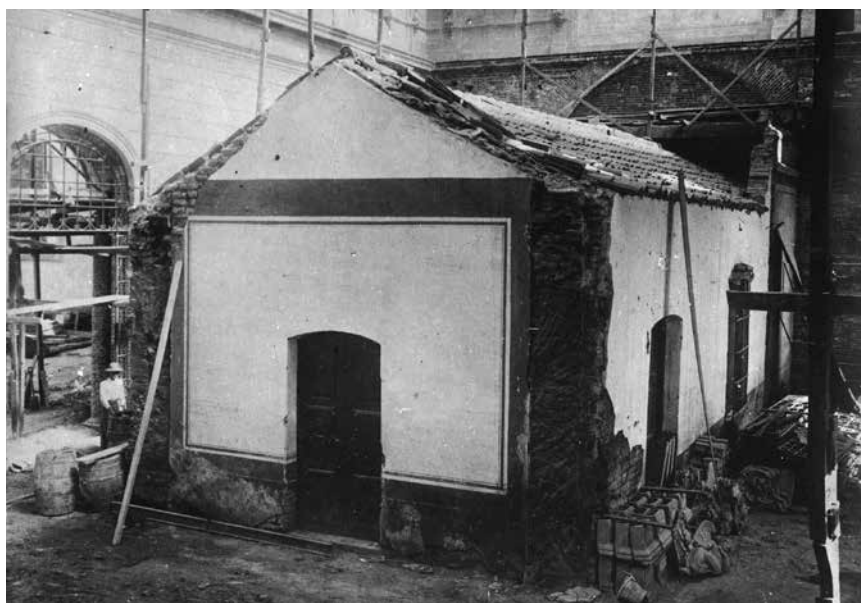
Esa misma tarde, Pueyrredón se ponía en camino para Córdoba donde llegó el 15 (habiendo recorrido en menos de cinco días aquel trayecto de 150 leguas de posta, lo que es, sin duda, un bonito andar); allí, antes de seguir viaje a Buenos Aires, tuvo con San Martín, que vino expresa y secretamente de Mendoza, la memorable entrevista de dos días que decidió de la campaña de Chile, y acaso de la Independencia sudamericana.

El baile del 10 de julio, quedó legendario en Tucumán. ¡Cuántas veces me han referido sus grandezas mis viejos amigos de uno y otro sexo, que habían sido testigos y actores de la inolvidable función! De tantas referencias sobrepuestas sólo

conservo en la imaginación un tumulto y revoltijo de luces y armonías, guirnaldas de flores y emblemas patrióticos, manchas brillantes u oscuras de uniformes y casacas, faldas y faldones en pleno vuelo, vagas visiones de parejas enlazadas, en un alegre bullicio de voces, risas, jirones de frases perdidas que cubrían la delgada orquesta de fortepiano y violín. Héroes y heroínas se destacaban del relato según quien fuera el relator. Escuchando a doña Gertrudis Zavalía, parecía que llenaran el salón el simpático general Belgrano, los coroneles Álvarez y López, los dos talentosos secretarios del Congreso, el decidor Juan José Paso y el hacedor Serrano...

Oyendo a D. Arcadio Talavera, aquello resultaba un baile blanco, de puras niñas “imberbes”, como él decía; y desfilaban a mi vista, en film algo confuso, todas las beldades de sesenta años atrás: Cornelia Muñecas, Teresa Gramajo y su prima Juana Rosa que fue “decidida” de San Martín; la seductora y seducida Dolores Helguero [madre de Manuela Mónica, hija del general Belgrano], a cuyos pies rejuveneció el vencedor de Tucumán, hallando a su lado tanto sosiego y consuelo, como tormento con Mme. Pichegru...

Pero en un punto concordaban las crónicas sexagenarias, y era en proclamar reina y corona de la fiesta, aquella deliciosa Lucía Aráoz, alegre y dorada como un rayo de sol, a quien toda la población rendía culto, habiéndole adherido la cariñosa di-
visa de “rubia de la patria”.



Arriba: Casa Histórica de la Independencia, San Miguel de Tucumán.

Abajo: En 1904 la casa fue demolida y solamente se conservó el Salón de la Jura, protegido por un pabellón de estilo francés llamado Templete.

Fotografías pertenecientes al archivo del Centro de Documentación e Investigación de la Arquitectura Pública –CeDIAP– del Ministerio de Hacienda y Finanzas Públicas.

La Casa Histórica permaneció olvidada hasta 1874*

Por Manuel Villarrubia Norri**

La Casa Histórica, donde abrió sus sesiones el Congreso de Tucumán, permaneció olvidada hasta 1878. Comenzó a ser valorada en 1874 durante la presidencia de Sarmiento; fue adquirida para sede del Juzgado Nacional y de Correos y Telégrafo. Diez años después, el presidente tucumano Julio A. Roca dispuso que se recopilara toda la documentación del Congreso y se rescataran retratos de los congresistas. En 1940 se confió su restauración al arquitecto Mario J. Buschiazzo. En 1941 fue declarada Monumento Nacional.

* Este texto fue recopilado por Villarrubia Norri y publicado en el *Álbum General de la Provincia de Tucumán*, en el primer centenario de la Independencia argentina, 1916.

** No se pudieron hallar datos de su vida. Se sabe que era tucumano y que su hermano fue un escultor bastante reconocido.

“En 1816, era la casa histórica, uno de los mejores edificios de la ciudad, tanto por la calidad de la familia a quien pertenecía y que la habitaba, cuanto por su aspecto exterior que denotaba el abolengo de sus poseedores”. (Antonio M. Correa).

El salón donde tuvieron lugar las magnas asambleas se encuentra algún tanto modificado por haberse demolido la galería del frente en el primer patio y que era igual a la existente en el segundo, sostenidas ambas por columnas de quebracho colorado bien labrado.

El interior del salón mide 15 metros de largo, por 5 de ancho y 5 de alto. El techo, de dos aguas, está sostenido por armaduras de nogal traído de las sierras del Oeste.

Es de teja y tejuela actualmente, habiéndose cambiado el antiguo sistema en que la teja estaba colocada sobre barro y un zarzo de cañas huecas, tal como eran en Tucumán casi todas las antiguas casas del coloniaje. Hasta hace poco (1910) el aspecto del salón histórico era desolador, pobre y sin una ofrenda del pueblo.

La indiferencia pública permitió que el templo de la patria permaneciera solitario y olvidado, hasta que por primera vez, el 9 de Julio de 1878, el pueblo y el gobierno le recordaron al culto de los argentinos en una solemne visita realizada para honrar a los próceres en el aniversario patrio.

Hasta 1816, ofrecía un aspecto bastante original y de muy difícil descripción por su estado de deterioro. Constaba de un frontis sobre la calle cuya arquitectura era de estilo barroco español del siglo XVII.

El portal estaba situado en el centro y entre dos pilastras,

cada una de las cuales se abría formando un nicho, donde una columna salomónica o en espiral, con doble capitel, sostenía un arquitrabe que seguía todos los ángulos entrantes y salientes de dichas pilastras. Se notaba en medio del arquitrabe un pedazo cuadrado de madera que simulaba una llave del arco de la puerta, destinado seguramente para números o fechas.

El friso dejaba ver en algunos puntos una rara ornamentación y sobre el portal algo así como un escudo que sería probablemente el de la familia a quien perteneció el edificio, o tal vez el escudo de España o adornos caprichosos sin idea ni motivo alguno. Sobre este friso aparecía la cornisa del mismo estilo, la que daba vuelta como el arquitrabe alrededor de las pilastras y columnas.

Su aspecto era por demás ruinoso y pobre. Las grietas, los revoques desmoronados y desgastados por la acción de las lluvias y el abandono general acusaban la incuria y desidia de los gobernantes y la indiferencia inexplicable del pueblo.

Cupo el honor de acordarse de ella a un tucumano, que salvó siquiera lo existente, el Dr. Uladislao Frías, quien como Ministro del Interior, y según la ley del Congreso de 1872, verificó la compra de la casa para la nación, en 25 de Abril de 1874, siendo su representante para aceptar y firmar la escritura el Gobernador de la Provincia D. Belisario López.

Los vendedores fueron el Dr. Fernando S. de Zavalía, Señora Gertrudis y Amalia Zavalía y Señora Carmen de López, como propietarias y que la hubieron por herencia de sus padres.

Está situada en la calle de la Matriz (antes Independencia, desde 1855 y después Congreso desde 1867) a cuadra y media

de la Plaza Independencia, al sur. Consta de 35 varas (30 metros 31) en su frente y el fondo de solar entero (71 metros). Fue adquirida en pesos fuertes 25.000.

Desde 1871 estaba exonerada del pago de contribuciones y, en el acto de venta, del derecho de alcabala, que aún existía. Inmediatamente después de la compra se ordenó que se confeccionaran los planos y se formularan las condiciones generales de ejecución de los trabajos.

En junio de 1874, el Presidente Sarmiento y el Ministro Frías decretan la licitación de las obras, consistentes en la demolición, excavación y construcción de dos salones y un zaguán al frente y cuatro salones más sobre el patio. En marzo 2 de 1876 se acepta la propuesta de los señores Ramón Berroa y Cabinal (español), y el gobierno de la provincia firma el contrato por la suma de pesos fuertes 8.700.

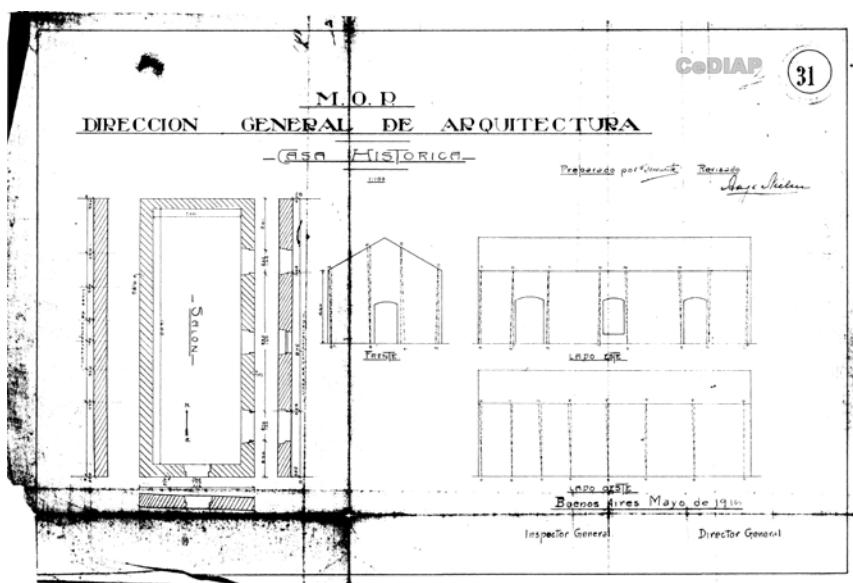
La obra termina diez meses después, en 1876, destinándose en seguida lo recientemente edificado para que pueda ocuparlo el Juzgado Nacional y la Oficina de Correos y Telégrafos.

Como queda dicho, la familia Zavalía era la poseedora de esta casa, según el orden de sucesión. [...] A su vez, la señora Gertrudis Laguna de Bazán fue hija de Francisca Bazán, casada con don Miguel Laguna.

Esta señora vivía aún en la casa donde se reunieron los Congresales de 1816, trasladando provisoriamente toda su familia a otro local. La señora Francisca Bazán fue hija de don Juan Antonio Bazán y doña Petronila Esteves, habiendo fallecido aquél en 1796, según consta del testamento que suscribió ese año.

Estos son los datos existentes en los archivos sobre el orden de sucesión de los que tenían derecho a la Casa Histórica; pero se sabe por otros documentos que casi toda la manzana donde ella estaba edificada y cuya construcción se remonta a la época de la segunda fundación de esta ciudad, pertenecía a la familia de Bazán, ligada a la de Ramírez de Velasco, porque existe la tradición, fundada también en otros documentos, de que un antecesor de los Bazán fue el señor Pedro Bazán Ramírez de Velasco, y éste a su turno, como es lógico suponer, descendiente de uno de los fundadores de esta ciudad, Alcalde Ordinario de Primer voto y Capitán de Guerra, don Luis Toledo y Velasco, a quien se le encomendó, el 4 de octubre de 1685, poner en ejecución todo lo resuelto sobre la fundación de San Miguel.

[...] Es natural deducir que tanto don Luis Toledo de Velasco como don Pedro Bazán Ramírez de Velasco, descendiente éste del célebre conquistador Juan Gregorio Bazán y de la nieta de aquél, Francisca Bazán, de donde llevaba seguramente el nombre doña Francisca Bazán de Laguna (que cedió la Casa Histórica) son de la conocida familia del célebre gobernador Juan Ramírez de Velasco, que no sólo fundó pueblos, sino dejó descendencia numerosa que dio lustre al país y cuyo hogar vino por coincidencia o casualidad a servir para la declaratoria de la Independencia, convirtiéndose en un santuario de la historia nacional.



Arriba: Friso de Lola Mora.

Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.

Abajo: Plano de la Casa Histórica de Tucumán.

Documento perteneciente al archivo del Centro de Documentación e Investigación de la Arquitectura Pública –CeDIAP– del Ministerio de Hacienda y Finanzas Públicas.



Arriba: Reconstrucción de la Casa de la Independencia con motivo de los 150 años. Museo Casa Histórica de la Independencia.
Abajo: Salón donde se juró la Independencia. Aún se conserva.
Archivo General de la Nación. Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.



*Joaquín Víctor González (1863-1923).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

¿Qué hemos hecho para engrandecer aquel legado?

Por Joaquín V. González**

En 1910, en su edición extraordinaria para conmemorar el Centenario de Mayo, el diario *La Nación* incluyó la primera edición de *El juicio del siglo*, obra de Joaquín V. González. Allí abordó el problema del odio en la historia argentina, en el que encontró una de las constantes de nuestra historia. En ese texto González señaló: “Pasarán las décadas y los siglos sobre la faz de nuestra nacionalidad y la acción del Congreso de Tucumán será más estimada porque será más comprendida”. Añadió: “En ese sentido, al contemplar allí, en el pobre salón de Tucumán, congregados

* Este texto es un fragmento del libro *Patria*, del riojano Joaquín V. González, publicado en Buenos Aires en el año 1900.

** Joaquín Víctor González (1863-1923) fue un político, historiador, educador, masón, filósofo, jurista y literato argentino; autor del libro *Mis montañas*; fue gobernador de La Rioja, su provincia natal, y varias veces ministro; fue el fundador de la Universidad de La Plata y del Instituto Superior del Profesorado de Buenos Aires. Fue además miembro de la Real Academia Española y de la Corte Permanente de Arbitraje internacional de La Haya. Falleció siendo Senador de la Nación.

a los legítimos enviados de los pueblos, se debe y es justo decir, que el Congreso de Tucumán ha sido la asamblea más nacional, más Argentina y más representativa que haya existido jamás en nuestra historia”.

La tarea de los hombres aquellos que asistieron al drama heroico de la Revolución, que formaron el Congreso de Tucumán, que sostuvieron en pie, entre victorias militares y desastres cívicos, el cuerpo de la Nación recién nacida, hasta la generación infortunada que la vio caer, libre ya pero exhausta, en el fondo, de un despotismo nacido como visión terrorífica durante el sueño de la fatiga, ha sido realmente una tarea grandiosa, y sus caracteres históricos marcarán en el porvenir los de la personalidad surgida de ese supremo esfuerzo.

¿Qué hemos hecho nosotros para engrandecer y embellecer aquel legado? ¿Cuál es la cuenta que debemos rendir hoy a los antepasados, cuyos inanes nos interrogan desde sus tumbas, dispersas por el ostracismo y el infortunio? ¿Qué uso hemos hecho de la soberanía que nos transmitieron, y de la libertad con que nos bautizaron al dejarnos dueños de la vida y de nuestro propio destino?

Los congresales de Tucumán tuvieron el concepto claro y preciso de fundar una nación democrática y republicana, y dotarla de una Constitución o carta política que definiese su gobierno, deslindase los derechos y los deberes de ciudadanos y mandatarios, y estableciese los fundamentos de la libertad y del poderío material y moral de la futura Patria que ellos no verían, pero cuya existencia era obra de su inteligencia y su va-

lor; los de 1853 y 1860 ejecutaron definitivamente la voluntad del soberano Congreso de 1816, fundando un organismo compuesto de pueblo y gobierno, de cuyo consorcio y armonía, de cuya independencia y mutuo respeto, resultaría la realización del ideal supremo de todos, la libertad y el bienestar general.

Dictar la Constitución era organizar un gobierno definitivo; asegurar después de tantos ensayos y desastres la marcha serena y ordenada de todos los intereses en desarrollo gradual y progresivo, era cerrar el cielo de las batallas y de las tiranías para empezar la vida nueva, encauzada en moldes definidos pero amplios, para cambiar fundamentalmente sus rumbos generales. Tales fueron los votos de aquella memorable asamblea de patricios, reunida en Tucumán el 9 de Julio de 1816, al resolver que se convocase el Congreso Constituyente.

Han transcurrido ochenta y tres años desde aquel día, y hoy, en medio de los esplendores de una civilización maravillosa, en que los inventos y las instituciones universales han transformado la faz de la humanidad, dando carácter especialísimo al final de nuestro siglo, cada aniversario nos encuentra batallando como en los primeros tiempos de nuestra historia constitucional, por fundar un gobierno que sea la expresión leal de la voluntad soberana, la representación legítima de las cualidades, de las energías y los anhelos de la Nación, el instrumento ideado para hacer prácticas las libertades consagradas en favor de los ciudadanos y de los Estados autonómicos, la fuerza que arrastre al conjunto y lo impulse hacia el progreso de todos los órdenes sociales sin vacilaciones reveladoras de impotencia, ni excesos de poder que desequilibran las diversas

partes del organismo nacional y anillan en un día la labor de muchas generaciones.

Manifestación elocuente del espíritu público argentino en la hora presente son las mudas inquietudes y las zozobras que el porvenir le causa, como si no viese en la actualidad quién va a conducirlo por el áspero camino, a salvarle de las dificultades de hoy y guiarle en medio de los intrincados problemas sociales, políticos y económicos que, iniciados en este momento histórico, prepáranse a provocar hondas perturbaciones en días quizá no lejanos. Siéntese como no preparado a emprender la tarea del mañana, con sus fuerzas consumidas y sus hombres fatigados y, cual si pidiese nuevos horizontes, nuevos rumbos y distintos y diversos ideales; porque en medio del incesante perfeccionamiento de todas las cosas, parecería que sólo entre nosotros todo hubiese quedado estacionario e inmóvil.

Por nuestra parte —lo hemos dicho ya muchas veces—, la clave de todas las dificultades, resolución de todas las dudas, el fin de todas las zozobras está en una operación de conciencia que debe ser ejecutada por todos, puestos de acuerdo patrióticamente, o impulsados a ello por una acertada dirección de los negocios públicos y de los estudios en los cuales la juventud se prepara a actuar en el movimiento social. Debemos resolvernos enérgica y honradamente a proceder con plena sinceridad en el examen de todos los problemas internos, en el ejercicio y cumplimiento de los derechos y deberes escritos en la Constitución y las leyes, y debemos adoptar la religión de la verdad, respecto de los extraños y de nosotros mismos, tanto con relación a nuestras condiciones sociales como a las económicas y

financieras, y por último, a nuestras deficiencias y necesidades.

Analícemos con sinceridad y con verdad, aunque nos cueste intensas amarguras, nuestro carácter, nuestras tradiciones y costumbres, para derribar y abolir lo que se hubiese levantado sobre base movediza y no sobre la dura piedra; para formar la noción, hasta ahora desconocida, de la responsabilidad histórica de los autores individuales o colectivos de los males públicos, y empezar un ciclo nuevo, auxiliados por la experiencia dolorosa del pasado: porque al fin la vida de los pueblos es eterna, y es absurdo sacrificar la gloria de la Patria en el futuro, al convencionalismo de respetar las cosas existentes sólo porque existen, y de no derribar falsas creencias, principios errados o hábitos mal adquiridos.

Tenemos que meditar y saber si tenemos o no en verdad las instituciones que proclamamos escritas; si el voto popular es un hecho y si se enseña al pueblo la verdadera moral democrática; si los organismos representativos de nuestro gobierno son una manifestación inequívoca de la voluntad soberana, y no una impostura implantada por la costumbre erigida en doctrina; si gozamos en realidad de los beneficios de la libertad que al darnos Constitución se propusieron nuestros padres y nuestros legisladores, o si esta hermosísima promesa debe ser inscrita entre las numerosas paradojas o mentiras convencionales de nuestro tiempo, sancionadas por la fuerza de los hechos consumados, aunque, por fortuna, no sean irreparables.

Por cuanto respecta a la masa popular, a la gran mayoría de los gobernados, no se imponen deberes menos sagrados y menos fundamentales. Nos falta mayor suma de educación

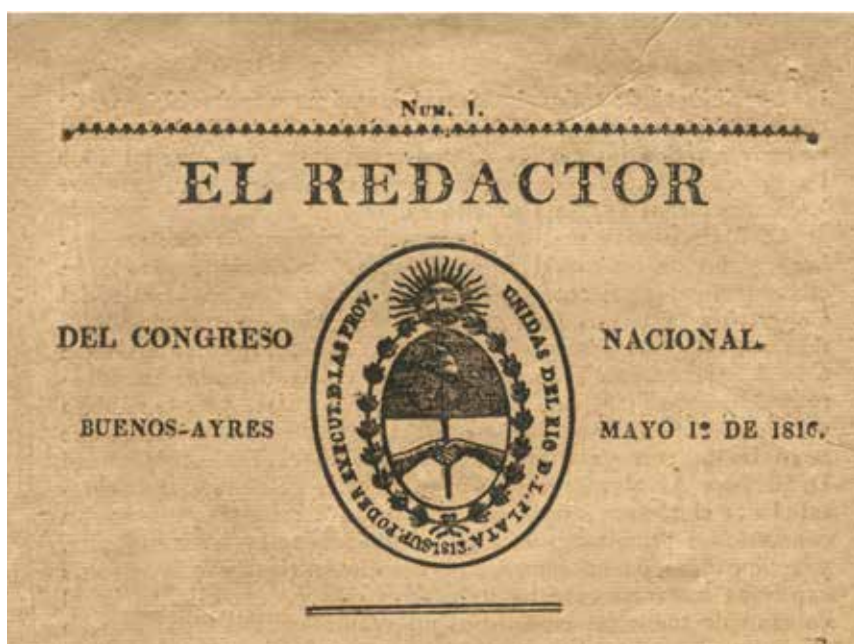
nacional, más cultivo de los sentimientos que vigorizan, acrecientan y confortan esa virtud del patriotismo, que otros pueblos cultivan y estimulan para ser fuertes en las adversidades domésticas e invencibles en la guerra. Así nosotros, el día que nuestros derechos y libertades y nuestras instituciones fuesen carne y conciencia, como conceptos inherentes a la idea de patria, no habría usurpadores que las violasen, porque temblarían ante la indignación del pueblo, que entonces no necesitaría caudillos que lo condujesen a la matanza, o a reemplazar unos hombres por otros, sino que, alzándose majestuoso con la majestad de su derecho y su soberanía, juzgando como juez, deliberando como legislador originario, imprimiría el sello de su voluntad y sentimiento a los negocios comunes, con sólo abrir una urna y echar en ella votos que invisten con su mandato a los elegidos.

El patriotismo inoculado en el seno del hogar, enseñado en la escuela, atemperado después con la experiencia, pero siempre alimentado en toda edad de la vida, será la fuerza incontrarrestable de esta República llamada a tan grandiosos destinos, como lo fuera de otras que hoy imponen al mundo su dirección y sus leyes.

Esa fue la virtud fundamental y única de los hombres de 1810 y 1816; y por eso, con escasos caudales de ciencia, pero con riqueza de fe patriótica, de convicción moral y de valor, desafiaron el porvenir, lanzándose solos en la vida independiente antes de terminar la guerra, y empeñando sus vidas y su honor ante las demás naciones.

Sinceridad, verdad, moralidad y patriotismo en todas las

relaciones internas y externas de nuestra vida nacional son las piedras angulares del monumento que las generaciones de hoy debemos exigir al futuro, para cumplir los mandatos del testamento político de nuestros héroes, fundadores de la Nación y padres de la Patria. Así, y mediante la práctica constante de tan elevadas virtudes, podremos con la frente levantada pedir al mundo su fallo, y ofrecerle tranquilos el hogar de nuestros hijos y la tierra donde nuestros antepasados duermen el sueño infinito.



*El Redactor del Congreso Nacional es uno de los documentos más emblemáticos para comprender las sesiones del Soberano Congreso (1816-1820).
Museo Casa Histórica de la Independencia.*

Documentos del Congreso, una esperanza de los pueblos libres*

Por Ricardo Levene**

Los documentos son y deberían ser cimientos invisibles, pero sólidos, de toda conmemoración histórica. Sin el apoyo documental, tales celebraciones corren riesgo de adquirir la fragilidad de un castillo de naipes. Así lo entendió la mayoría de los historiadores argentinos de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Sólo un puñado de investigadores se consagró a la árida búsqueda en archivos, lejos del brillo celebratorio y retórico. Uno de ellos fue Ricardo Levene (1885-1959), docente universitario, director ad honorem del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires y presidente de la Academia Nacional de la Historia. Levene fue director de ese Archivo durante 34 años: desde su creación en 1925 hasta 1959, año en que murió. En 1947 esa institución publicó *Documentos del Congreso de Tucumán*, obra de 600 páginas en las que incluyó 324 documen-

* Este texto escrito por Ricardo Levene es parte del prólogo del libro *Documentos del Congreso de Tucumán*, publicado en 1947 por el Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.

** Ricardo Levene (1885-1959) fue un historiador argentino, uno de los fundadores de la Nueva Escuela Histórica.

tos producidos en los cuatro años de trabajos del Congreso, reunido en Tucumán y en Buenos Aires. En su prólogo, Levene destacó la importancia de la labor legislativa del Congreso, la “que permite conocer más ampliamente diversos aspectos o expresiones palpitantes de nuestra experiencia política en la formación de la nacionalidad argentina”. Este es un fragmento de ese prólogo.

El glorioso Congreso de Tucumán fue la esperanza de los pueblos libres. Consolidó la Independencia Argentina y contribuyó a realizar: la emancipación de América, proceso histórico iniciado en 1810, aunque no pudo llevar a cabo la organización constitucional interna, terminando dramáticamente en 1820 en la crisis revolucionaria que conmovió al país.

En la historia de la formación del Poder Legislativo Argentino el Congreso de Tucumán ha dejado una enorme labor que se registra en documentos de singular alcance histórico.

El acta de la Declaración de la Independencia de las “Provincias Unidas de Sud América”, del 9 de julio, fue jurada en el momento de mayor peligro para la causa americana, iniciándose así la contraofensiva a la dominación realista; las primeras leyes fueron dictadas sobre la bandera argentina, de 25 de julio de 1816 y de 26 de febrero de 1818; las palabras enérgicas de Fray Justo Santa María de Oro, que orientaron al principio las deliberaciones del Congreso, contra la adopción del sistema monárquico, sostenían que era preciso consultar a los pueblos antes de adoptar la forma de gobierno más conveniente, tales las más elevadas manifestaciones del Congre-

so de Tucumán, reveladoras de que estaba convocado para cumplir una misión histórica.

De igual significación son asimismo el Manifiesto del Congreso de las Provincias Unidas, de 1º de agosto de 1816, llamando a los pueblos a la unión y señalando los males que la anarquía traía consigo para mantener la unidad política y conservar el patrimonio territorial, una de las páginas más profundas de la Revolución que escribió Juan José Paso; y el Manifiesto que Hace a las Naciones, de 25 de octubre de 1817, para defender nuestra causa y explicar ante el mundo las razones de la Independencia argentina que brotó de la pluma vibrante de Antonio Sáenz.

En el curso de los cuatro años que abarca el ciclo de este Congreso reunido en Tucumán y en Buenos Aires, se dictaron otras importantes leyes que permiten conocer más ampliamente diversos aspectos o expresiones palpitantes de nuestra experiencia política en la formación de la nacionalidad argentina.

[...] Merece registrarse el contenido de la nota de Pueyrredón al Congreso de 22 de mayo de 1817, por la que observa disposiciones del Estatuto Provisional de mayo de 1815 que había aprobado con variantes el Congreso de Tucumán en noviembre de 1816, que sólo habían regido en la Capital en lo referente a los límites puestos al Poder Ejecutivo al establecer en la Tercera Parte, Capítulo II, artículo III, que no procedería o no presentaría por ahora ninguna canonjía o prebenda eclesiástica.

El Director consideraba que la Iglesia de Salta, como consecuencia de esa prescripción, se encontraba en estado de or-

fandad sin su principal Pastor y sus ministros eclesiásticos, y la de Córdoba, que carecía también de su prelado, estaba envuelta en un caos de provisiones, que debía rectificarse y poner de acuerdo con la autoridad del Patronato. El Congreso resolvió autorizarlo a proveer los puestos eclesiásticos, renovándose un cambio de ideas en que se desplegó una gran erudición “desentrañándose el derecho de presentación hasta sus primeros elementos”, dice el acta de la sesión del 29 de mayo.

Para la Historia del Derecho Argentino, interesan las notas de Pueyrredón al Congreso, pidiendo que se precisara el alcance de las facultades que le habían sido conferidas para intervenir en la causa de Cornelio de Saavedra, resolviéndose en la sesión del 16 de junio de 1816, que la Comisión se extendía a sentenciar y ejecutar sin necesidad de dar cuenta; la que propone al Congreso —que resolvió de conformidad, pero con grandes variantes— la creación de una Comisión Militar que juzgara sumariamente a los muchos ladrones detenidos en la Policía, porque los juzgados ordinarios estaban recargados de tareas, sujetos a fórmulas lentas en el despacho, materia tratada extensamente en la sesión del 21 de junio, en la que se adoptaron reformas al proyecto originario, entre las cuales es la más notable de que estaría integrada por tres miembros, dos de los cuales serían letrados; la que lo autorizaba a expedir cartas de ciudadanía hasta tanto se dictara la Constitución del Estado que se resolvió en la sesión del 29 de agosto de 1817, sometida a una reglamentación de cuatro artículos; y la referente a la creación del Tribunal Militar para juzgar las causas de ese fuero.

Tiene especial interés el documento sobre el Juzgado de

Bienes extraños que, creado en 1812 y suprimido en 1814, resurgió en 1819 y 1820. En este volumen se inserta un oficio del Director Rondeau, de febrero de 1819, que suministra antecedentes importantes de esta Institución y se solicita el permiso del Congreso para admitir denuncias de los propios españoles europeos relativos a los bienes de peninsulares que se hubieren mantenido encubiertos.

Son documentos que esclarecen aspectos fundamentales de la historia económica de la época el acta extendida con motivo de la contratación de un empréstito por dos millones de pesos al nueve por ciento de interés y a pagar hasta los diez años después de concluida la guerra; la nota de Pueyrredón, del año siguiente, en 1818, pidiendo autorización al Congreso, para levantar un empréstito forzoso de \$ 500.000, destinado a proseguir la campaña de la Independencia [...].

Las notas del Director Pueyrredón, de mayo de 1817, relativas a dispensar de la contribución correspondiente a Santiago del Estero y Catamarca —con la conformidad de Belgrano— que el Congreso de Tucumán había impuesto el año anterior, se fundaba en “los motivos poderosos” de miseria, escasez y lastimosa situación de los vecindarios. Por el contrario, servía de base a los rebeldes para persuadir a los campesinos acerca de la oposición de un gobierno “que los pintaron con los colores más horribles”. El arbitrio no se había puesto en práctica sino en la provincia de Tucumán, por necesidad, y después se había recurrido a otros medios más productivos y menos odiosos que una contribución directa “difícil en su exacción y de poca importancia en sus productos”, como se dijo en el Con-

greso en la sesión del 16 de mayo de 1817.

[...] Se comprenden las expresiones originales del patriotismo de esa generación romántica con la lectura de las notas de Pueyrredón al Congreso que se insertan en este volumen, dando cuenta que había admitido la excusación del General San Martín “por un exceso de delicadeza” al goce del grado de Brigadier con que se había resuelto condecorarle por sus importantes servicios a la Patria después de Chacabuco y la resolución del Congreso por la que se le hizo donación de una finca de propiedad del Estado.

En la sesión del 4 de junio de 1817, el Congreso ya había tratado extensamente la actitud generosa de San Martín, “principalmente cuando esto no termina en el premio a un solo ciudadano sino que es a todos los militares del Estado a quienes se trata de animar a que, a su vez imiten tan glorioso ejemplo”. Consideró nuevamente esta decisión después de Maipú, en la sesión de 2 de mayo de 1818, cuando dispuso que se “abrirá una lámina en cuyo centro resaltará el retrato del General San Martín teniendo a cada lado un genio”, los genios simbólicos del derecho y la victoria. Pero nada es más tocante que la sencilla ceremonia realizada en el Congreso para recibir al General San Martín, quien después del discurso del Director Pueyrredón asumió esta actitud ejemplar, según se registra en *El Redactor*:

“Puesto de pie el General al notar que había concluido el ciudadano Presidente, contestó lleno de modestia y respeto a la alocución expuesta. Es sensible al Redactor no haber podido recoger todas sus expresiones para consignar a la memo-

ria de sus compatriotas el tenor de un discurso que hizo ver a cuantos lo oyeron que la moderación y posesión de sí mismo en medio de los aplausos no distinguen menos a este General americano que su sangre fría en los campos de batalla. Él no se permitió otro carácter que el de un mero órgano del Ejército de los Andes y se empeñó en minorar su influencia en la Victoria para realizar los servicios de sus compañeros de armas, concluyendo con protestar ante el Congreso que dicho Ejército había jurado perecer por salvar la Patria; que en Chacabuco y Mayo, había cumplido con este deber sagrado y que estuviese segura la Nación de que así lo haría en lo sucesivo”.

En un expediente en que se discutió la autonomía de La Rioja, enseguida de la Revolución Federal de 1815, se hallan nuevas páginas para el estudio del federalismo argentino y el carácter que reviste en esta etapa. Acerca de estos documentos he publicado un trabajo en el que se estudia la personalidad de San Martín y sus ideas políticas, en seguida de la Revolución Federal y Nacional de 1815, en la que tuvo activa participación. Destaco en él sus altas inspiraciones políticas, ante el intento autonomista de La Rioja, y proclama que el Congreso General futuro, a reunirse en Tucumán era el “único juez a quien compete su decisión”.

Se inserta en este volumen la nota de Pueyrredón al Congreso de 9 de enero de 1818, pidiéndole la resolución que corresponda sobre el uso de la Bandera, distinguiendo las que debían enarbolarse en plazas, fuertes y buques de guerra y la de los buques mercantes. Tal solicitud originó la resolución del Congreso de Tucumán sobre la Bandera, de fecha 25 de febrero

da ese año, estableciendo para todas las de la Nación los “colores blanco y azul en el modo y forma hasta entonces acostumbrados”, debiendo ser el sol pintado en medio, el distintivo de la bandera de guerra.

Entre las creaciones del Directorio de Pueyrredón, inspirado en los principios de la Revolución de Mayo, de la que había sido uno de sus ilustres protagonistas, figura el nuevo Colegio de la Unión del Sud, para el que propuso que se destinara a la dotación de sus maestros, como recursos propios, la parte que correspondía al Estado en las herencias transversales. La discusión que se originó en el Congreso —en la sesión del 18 de julio de 1818— se habló del escaso número de cátedras que había en el antiguo Colegio de San Carlos, y ninguna para la enseñanza de aquellas ciencias “que el progreso de las luces y la actitud presente de la Nación hacen indispensables y que aun en las épocas que habían estaban tan mal dotadas que era imposible obtener la consagración de un sabio”.

El resultado inmediato de la iniciativa de Pueyrredón fue reunir la suma de diez y ocho mil pesos, cuyos intereses se destinaban a la ilustración pública, para afianzar las ciencias y las virtudes “en que progresivamente puede llevar el establecimiento de los estudios públicos de esta Capital al grado de esplendor que corresponde a una Nación, tan nueva sí, pero lisonjeada por las más grandes esperanzas”. Obtenidos estos recursos, Pueyrredón propuso poco tiempo después, que se gravara con un descuento del uno por ciento el sueldo de los empleados públicos para la dotación de becas en el Colegio de la Unión del Sud con el fin de beneficiar a los jóvenes pobres.

Revela sus elevados ideales la nota al Congreso en la que acompaña una solicitud de Amado Bompland y pide que se le designe profesor de Historia Natural. Señala en ella la utilidad que significaría para el “progreso de las luces”, y para el Estado el hecho de vincular a su servicio un extranjero de tantos conocimientos, principalmente en Botánica.

El expediente promovido por Cosme Argerich sobre graduaciones militares y sueldos del Instituto Médico Militar, que Pueyrredón elevó al Congreso en octubre de 1818, contiene piezas en la que se descubre el estado de abandono en que se encontraba el Cuerpo Médico Militar, que no contaba con profesionales instruidos para el servicio de los ejércitos.

No son menos importantes los oficios de Rondeau al Congreso Nacional. En materia de educación se destacan el de 11 de noviembre de 1819, informando que había dado cumplimiento a la resolución según la cual se aplicaba en favor de la Biblioteca Pública el usufructo de varias fincas fiscales y el de 15 de enero de 1820 por el que pide al Congreso que se autorice al doctor Antonio Sáenz para organizar y reglamentar la fundación de una Universidad en Buenos Aires.

[...] Pero sin duda el momento histórico en que le tocó actuar al Director Rondeau fue de extrema gravedad política en todo el país. Uno de los testimonios que acusa el estado de profunda crisis social es la nota del Gobernador Intendente de Córdoba, Manuel Antonio de Castro, el magistrado y jurisconsulto que había fundado en 1815 la Academia de Jurisprudencia, en la que pide a Rondeau se sirva solicitar del Soberano Congreso la facultad para suspender las garantías individuales,

por breve tiempo y en el preciso caso en que fuera necesario “hacer uso de un terror saludable, para no verse después en la triste necesidad de castigar”. Rondeau, al enviar este oficio al Congreso, pedía para el caso “las facultades extraordinarias”.



*Adolfo Pedro Carranza (1857-1914).
Archivo General de la Nación Dpto. Doc. Fotográficos. Buenos Aires. Argentina.*

Conmemorar el Centenario en Tucumán: un acto de justicia histórica*

Por Adolfo Carranza**

La prosperidad material de la Argentina de comienzos del siglo xx y la Primera Guerra Mundial, los problemas políticos no debían relegar a segundo plano la conmemoración de los acontecimientos más importantes de su pasado reciente. No se trataba de utilizar esos aniversarios para realimentar antiguas hostilidades, sino de dotarlos de contenidos culturales, según señaló Adolfo Carranza un año antes del Centenario de la Independencia. En vísperas de ese aniversario algunos consideraban que no era importante que Tucumán fuera el centro de esos festejos. Por el contrario, Carranza sostuvo que, más allá de cualquier ridícula pretensión localista, era justo y legítimo que los actos centrales tuvieran lugar en Tucumán. A los quince años Carranza escribió sus primeros escritos sobre tradiciones patrias. En 1886 fundó la *Revista Nacional* e impulsó la

* Este texto es parte del artículo de Adolfo Carranza: “Tucumán ante el Centenario de 1916”, publicado en 1915 en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

** Adolfo Pedro Carranza (1857-1914) fue un historiador y abogado argentino, creador del Museo Histórico Nacional de su país y director de este durante 25 años.

creación del Museo Histórico de la Capital, transformado en 1891 en Museo Histórico Nacional, del que fue director 25 años, hasta su muerte. Lo que sigue es parte de su artículo “Tucumán ante el Centenario de 1916”, publicado en 1915 en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

Dentro de pocos meses cumpliremos cien años de vida independiente. El sentimiento argentino sufre una honda crisis patriótica, debido al malestar económico generalizado en el mundo, por obra de la gran conflagración europea.

[...] La importancia de la nacionalidad argentina no se la debe hacer consistir únicamente en su brillante prosperidad material: es necesario que por encima de ella se desarrolle un intenso culto, por los hechos gloriosos de la historia nacional, no con el propósito de fomentar inspiraciones de hostilidad contra nadie, sino con altos fines culturales.

[...] La guerra europea nos está demostrando diariamente cuán necesario es mantener la fibra patriótica, pues todos los pueblos en lucha lo hacen amparados en sus ideales y aspiraciones nacionales.

El ilustre presidente argentino doctor Roque Sáenz Peña así lo comprendió desde que tuvo oportunidad de regir los destinos del país y, con la visión clara de las exigencias del momento de nuestra formación nacional, afirmó que uno de los hechos históricos de mayor trascendencia, fuera de la Revolución de Mayo de 1810, era la declaración de la Independencia del 9 de julio de 1816, por lo que el gobierno nacional estaba obligado a enviar su alta representación en todos los aniversarios.

El eminente estadista no se limitó a declararlo, sino que hizo práctico su patriótico pensamiento, trasladándose dos veces a Tucumán con varios de sus ministros y magistrados superiores de la nación.

El doctor Victorino de la Plaza parece no compartir este propósito de gobierno de su antecesor, y así se ha visto que el 9 de julio pasado el gobierno nacional no tuvo representación en los festejos. Pero ello no entraña tanta gravedad este año, por ampararse en la situación general y en las graves preocupaciones que habrán absorbido al presidente actual.

Lo que sí lesiona el sentimiento patriótico y hace entrever propósitos absorbentes de centralización y de injusticia es la circunstancia de argumentarse por algunos que no tiene mayor importancia para la nacionalidad el hecho de que en Tucumán se reuniera el Congreso que declaró la independencia, porque lo mismo pudo habérselo hecho en cualquier otra provincia, sin que ello obligase mayormente el reconocimiento de los argentinos, ya que era un Congreso nacional; que, por otra parte, Buenos Aires es la capital federal, donde deben hacerse los actos principales de la conmemoración, limitando a Tucumán y demás provincias otros festejos.

Ante estos hechos conviene fundar el deseo de dar realce en Tucumán a la conmemoración centenaria de la independencia.

Son bien conocidos de todos los argentinos los momentos difíciles por que atravesaban en 1816 las Provincias Unidas del Río de la Plata, lo que obligó al Congreso de aquellos Estados a reunirse en la ciudad de Tucumán, bajo la presidencia de Francisco Narciso Laprida, diputado por San Juan.

Aquel Congreso, reunido en la modesta sala histórica, conservada religiosamente por los tucumanos, dictó el acta de la independencia, cuyos términos deben repetirse aquí como un homenaje patriótico.

Dice así: “En la benemérita y muy digna ciudad de San Miguel del Tucumán, a nueve días del mes de julio de mil ochocientos diez y seis, terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipación solemne del poder despótico de los reyes de España; los representantes, sin embargo, consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones e interés que demanda la sanción de la suerte suya, pueblos representados y posteridad; a su término fueron preguntados: ¿Si querían que las Provincias de la Unión fuesen una nación libre e independiente de los reyes de España y su metrópoli? Aclamaron primero llenos del santo ardor de la justicia, y uno a uno reiteraron sucesivamente su unánime y espontáneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la determinación siguiente: Nos los representantes de las Provincias Unidas en Sud América, reunidos en Congreso general, invocando al Eterno que preside al universo, en el nombre y por la autoridad de los pueblos que representamos, protestando al cielo, a las naciones y hombres todos del globo la justicia que regla nuestros votos: declaramos solemnemente, a la faz de la tierra, que es voluntad unánime e indubitable de estas

provincias romper los violentos vínculos que los obligaban a los reyes de España; recuperar los derechos de que fueron despojadas, e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli. Quedan en consecuencia, de hecho y de derecho, con amplio y pleno poder para darse las formas, que exija la justicia e impere el cúmulo de sus actuales circunstancias. Todas y cada una de ellas así lo publican, declaran y ratifican, comprometiéndose por nuestro medio al cumplimiento y sostén de esta su voluntad, bajo del seguro y garantía de sus vidas, haberes y fama”.

El director, don Juan Martín de Pueyrredón, en el mismo día lo participó a la comisión gubernativa del Estado de Buenos Aires, diciéndole que se lo comunicaba “para que determine la solemne publicación y celebración de este dichoso acontecimiento, y circule sus órdenes, al mismo efecto, a todos los pueblos y autoridades de esa provincia”.

El gobierno dictó un bando redactado en los siguientes términos : “Por tanto, y entre la efusión del más completo gozo por un evento suspirado por todo pecho americano, desde que, cansadas las provincias de llevar por tres siglos las cadenas de la opresión peninsular, se propusieron quebrantarlas, borrando con acciones heroicas la memoria de su pasada humillación, ha acordado el gobierno se comuniqué sin pérdida de instantes al digno pueblo de esta capital por medio del presente bando, que se publicará del modo más solemne, fijándose copia de él en los parajes más públicos de la ciudad y sus arrabales. [...] el gobierno hace saber que desde esta noche se iluminará, por diez días consecutivos, el palacio de su residencia y lo mismo

ejecutará el excelentísimo ayuntamiento en sus casas consistoriales, dejando al arbitrio de los habitantes de esta insigne ciudad el patentizar su complacencia por iguales demostraciones, por medio de algunos signos que anuncian su actual satisfacción, ínterin con el tiempo debido se preparan las fiestas que corresponden a este instante feliz, sin olvidar el tributar a la Providencia las más rendidas gracias. Dado en la fortaleza de Buenos Aires, julio 19 de 1816. —Miguel de Irigoyen, Francisco Antonio de Escalada—. Manuel Obligado, secretario en comisión de gobierno”.

José Manuel Estrada dice que la existencia de nuestra sociedad política ante el derecho público de las naciones comienza con el acta de la independencia del 9 de julio de 1816, opinión concordante con la de los demás constitucionalistas argentinos.

El doctor Vicente F. López, estudiando sobre el particular, dice que el Congreso de Tucumán fue la única de nuestras primeras asambleas que alcanzó a ver resuelto el arduo problema de los tiempos en que había sido convocada: la consolidación de la independencia por la ley y por las armas.

Luego, agrega, el Congreso de Tucumán, que iba a ser en 1816 la expresión genuina del espíritu patricio que en Buenos Aires y en las otras provincias había hecho y cooperado a la Revolución de 1810, recibía a la patria casi cadáver. La reacción colonial venía triunfante y poderosa por su frente. Los vencedores de Rancagua y de Viluma se habían dado cita para ahogar la independencia argentina en el terreno que la nación había escogido para proclamarla.

Contra todo eso, la misión del Congreso era reincorporar el país, reanimar, sus fuerzas exhaustas, quemar las naves, armar de prisa sus brazos extenuados y volverlos a los campos de batalla contra el tirano brutal que ocupaba el trono de España, y que, además del triunfo de sus bravos soldados, contaba con las decididas simpatías de la Santa Alianza, para aglomerar todo el peso de sus armas sobre la rebelde capital del Río de la Plata, único centro político y administrativo que tenía vida propia y enérgica iniciativa al sur del Ecuador.

[...] Refiriéndose el mismo doctor López a los actos del Congreso, de elegir director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata y declarar la independencia, debido a los consejos e instancias de San Martín, Belgrano y Güemes, expresa que nada fue más acertado, pues importaba tomar al toro por las astas y encarar de frente los dos grandes problemas de aquel solemne momento; era resolverlos recuperando por un solo golpe el favor de la opinión, y todo el poder moral y material con que era necesario acogotar las dos demagogias: la de las orillas del Plata y la del interior.

Con la declaración de la independencia se tranquilizaba a los pueblos y se hacía bajar sus banderas a los que pretendían medrar echando a vuelo calumnias de que se traicionaba a la patria.

[...] Completando estos antecedentes, es oportuno citar las consideraciones del doctor Rodolfo Rivarola en la invitación dirigida a los gobiernos y asociaciones científicas americanos por la comisión organizadora del Congreso Americano de Ciencias Sociales: “En el momento de mayores peligros para

la causa de la independencia, el Congreso de Tucumán, en actitud de heroísmo político y civil, la proclamó ante el mundo. El centenario de 1810 fue para la Argentina revelación de vivísimas simpatías, y muy expresivas, de las naciones de Europa y de América, a quienes las retribuye con sentida gratitud. El centenario de 1816 será ocasión para confirmar la profunda convicción de solidaridad americana que inspira el sentimiento nacional de los argentinos”.

Muchos creen que el Congreso de Tucumán sólo declaró la independencia argentina, desconociendo que, aparte de los debates monárquicos [...], resolvieron influir para que Rondeau y Güemes cesaran en sus hostilidades.

Encargó al diputado Cano para calmar las desavenencias en Salta; resolvió un indulto general en obsequio a su instalación; nombró al diputado del Cano para hacer cesar pacíficamente la lucha de Buenos Aires con Artigas y para que gestionara ante el Paraguay el envío de representantes al Congreso; se preocupó de los desórdenes en Rioja y Santa Fe y de las necesidades del ejército del Perú; nombró director supremo al coronel don Juan Martín de Pueyrredón; en la discusión de la forma de gobierno el diputado Anchorena opinó por la federación de las provincias; resolvió el nombramiento de enviados diplomáticos a Estados Unidos de América y Roma; tomó medidas al conocer el movimiento portugués en la Banda Oriental; eligió por patrona de la independencia a Santa Rosa de Lima, y resolvió la traslación del Congreso a Buenos Aires ante la aproximación del enemigo.

[...] El deseo de centralizar en Tucumán los actos conme-

morativos del primer centenario de la independencia nacional, no puede calificarse como una pretensión localista o un hecho criticable; se trata del legítimo anhelo patriótico de un Estado que se incorporó a la formación de la nueva organización política surgida a raíz de la Revolución de Mayo.

Y así como el centenario de 1810 se celebró dignamente en Buenos Aires y en su Cabildo histórico, sin que nadie lo discutiera, así también debe celebrarse brillantemente en la ciudad de Tucumán el del 9 de julio de 1816, pues la fiesta nacional de los aniversarios del 9 de julio fue decretada en honor del gran Congreso reunido en Tucumán.

[...] Argentinos de muchas provincias han sostenido que Tucumán debe ser el centro de los festejos del centenario de julio, sin perjuicio de realizar en la capital federal y demás provincias los actos conmemorativos de aniversario tan glorioso, y, para referirme sólo a los últimos, citaré al doctor Ángel Gallardo y doctor Manuel Augusto Montes de Oca, que visitaron recientemente a Tucumán; aclarando, por mi parte, que al sostener las ideas expuestas, lo hago como argentino, habiendo nacido en Santa Fe, detalle personal que deseo hacer presente para evitar el achaque de pretensión provinciana, localista y ridícula, como alguien ha calificado la fundada aspiración de los tucumanos.

Últimamente, en asamblea imponente, el pueblo y clases dirigentes de Tucumán dirigieron un petitorio al presidente de la república, reclamando la centralización de los festejos del centenario en esta ciudad, obteniendo una contestación evasiva al respecto, por lo que no se sabe si el doctor Victorino de la

Plaza vendrá o no a Tucumán el 9 de julio de 1916.

Pero si aún no fueran convincentes las razones históricas y constitucionales que demuestran el deber de conmemorar jubilosamente en Tucumán el centenario de la declaración de las Provincias Unidas del Río de la Plata, bastaría pensar que Buenos Aires tiene ya un progreso desproporcionado, vivificado permanentemente con las energías provincianas, lo que hace justo que como un buen acto de gobierno se lleve de tiempo en tiempo un poco de vida y animación a los Estados federales, con la presencia y prestigio del gobierno nacional, dando con ello nuevas orientaciones a la vida económica embrionaria de muchas provincias, por el abandono en que se las deja.

[...] En la república, prestigiado por los estudiantes universitarios, de los colegios nacionales y de diversas instituciones, se han realizado peregrinaciones patrióticas a la casa histórica de Tucumán, aparte de las visitas particulares, para rendir como argentinos su homenaje de reconocimiento a los próceres de aquel sencillo recinto.

Últimamente, con el concurso de los centros de estudiantes de derecho, medicina, ingeniería, filosofía y letras, del colegio nacional de la capital federal, y de análogas corporaciones de La Plata y de la provincia de Córdoba, entre otras, se han llevado a cabo brillantes peregrinaciones, con el fin de fomentar los ideales patrióticos, conociendo el lugar donde se juró la independencia, y de paso esta progresista provincia.

Hasta la fecha, como acto conmemorativo se ha resuelto por el gobierno nacional la celebración de un Congreso americano de ciencias sociales en Tucumán, al que serán invitados

los gobiernos americanos y, por su intermedio, las corporaciones científicas de cada país. Este importante Congreso estudiará los problemas comunes que traen aparejados la semejanza de estructura social, las formas de gobierno, los sistemas de legislación y los antecedentes históricos.

La Asociación Médica Argentina ha resuelto organizar el primer Congreso Médico Nacional en julio de 1916 en Tucumán, sin perjuicio de la sección Higiene y Medicina sociales del Congreso Americano. Se proyecta la celebración de otros congresos científicos, los que constituyen números interesantes de todo punto de vista. Falta aún sanción legislativa a un proyecto de la Comisión nacional del centenario, que determina diversos actos en Buenos Aires y en todas las provincias.

En Tucumán, el gobierno ha creado una comisión provincial del centenario de 1916 presidida por el ministro de gobierno, fomento y obras públicas, [...] habiéndose constituido una comisión central con todos los miembros, siete comisiones especiales de alojamiento, congresos delegaciones oficiales, concursos y celebraciones intelectuales, programa general y festejos, ornato e iluminación, publicaciones, propaganda y turismo.

Extranjeros ilustres han reconocido la trascendencia americana y mundial de la declaración de la independencia —limitándonos a dos últimos, a Mr. Enrique Jullemier, que ha declarado que como ministro francés nos visitará en el centenario de julio, y al senador por Potosí, de la República de Bolivia, don Manuel Aramayo, quien ha presentado un proyecto al alto cuerpo de que forma parte, por el que se dispone que Bolivia

envíe a Tucumán, en el 9 de julio de 1916, una delegación especial para adherirse a los festejos, delegación constituida por dos senadores, dos diputados y el ministro de Bolivia en Buenos Aires, debiendo venir un cuerpo de ejército boliviano o una delegación militar adecuada, todo teniendo en cuenta la participación que tuvieron las provincias del Alto Perú en el Congreso de Tucumán—.

Grande iniciativa hubiera sido la de celebrar una exposición americana, ya que por ahora no podía ser universal la que hubiera influido eficazmente en el progreso de las relaciones comerciales e industriales interamericanas.

Estas consideraciones, que podrían ampliarse, hacen de verdadera justicia y alto patriotismo que el primer mandatario de la nación presida en Tucumán los festejos del centenario del 9 de julio de 1816, mucho más si se tiene presente que en la casa de gobierno de la provincia cuenta con el cómodo y confortable alojamiento que dos veces aceptara el doctor Sáenz Peña.

Debe dedicarse un día a la Patria, al cumplirse cien años de vida independiente, dejando por un momento las preocupaciones políticas y económicas, para pensar en los hermosos frutos que la paz y libertad de este gran país ofrece a los extranjeros y argentinos que lo pueblan.

Este libro se terminó en el mes de julio de 2016



Al cumplirse el Bicentenario de la Declaración de la Independencia Nacional Argentina, **Fundación Banco de la Ciudad de Buenos Aires** consideró imprescindible reflexionar sobre este acontecimiento para convertirlo en punto de apoyo que nos facilite lanzarnos con ahínco a la reconquista de nuestra alicaída Independencia.

Veinte autores han contribuido a este libro colectivo, enriquecido visualmente por los dibujos del maestro Hermenegildo Sábat, y discursivamente por un apéndice con escritos antiguos de argentinos célebres.

Esta obra aspira a ser un testimonio de reverencia patriótica frente a un hito de nuestra historia; y también una invitación a repensarnos como nación, para seguir adelante con dignidad y esperanza, como diciendo: “¡Oíd mortales, el Grito Sagrado!”.



fundación **Banco Ciudad**

ISBN 978-987-25979-2-4



9 789872 597924